

HISTORIAS, CUENTOS Y POESÍA DEL MUNDO RURAL

Antología



BICENTENARIO 2010

BICENTENARIO 2010

HISTORIAS, CUENTOS Y POESÍA
DEL MUNDO RURAL
Antología



FUNDACIÓN DE COMUNICACIONES, CAPACITACIÓN Y CULTURA DEL AGRO-FUCOA
MINISTERIO DE AGRICULTURA



Edición, Diseño y Producción:
Fundación de Comunicaciones, Capacitación
y Cultura del Agro, FUCOA,
del Ministerio de Agricultura.

Diseño Gráfico y Diagramación:
Unidad de Diseño FUCOA.

Corrección de textos:
Prensa y contenidos de FUCOA.

Derechos Reservados:

Inscripción N° 199572 del Registro de Propiedad Intelectual.

ISBN: 956 - 7215 - 41 - 6

Santiago de Chile /2010/ FUCOA

Impresión: Gonsa





AGRADECIMIENTOS	11
PRESENTACIÓN	12
PRÓLOGO	14
JURADO 2010	16
CATEGORÍA / HISTORIAS CAMPESINAS	
PRIMER LUGAR	
Cuento rural de vegetales / Carmela Iris di Caro Castillo Iquique, Región de Tarapacá	21
SEGUNDO LUGAR	
Cambalache / Carlos Arnaldo Toro Ponce Vicuña, Región de Coquimbo	26
TERCER LUGAR	
El pacto / Alejandro Javier Lagos Vallejos Los Ángeles, Región del Biobío	29
PUEBLOS ORIGINARIOS	
Chaucono / Ingrid Cahuin Quiroz Nueva Imperial, Región de La Araucanía	34
MUJER RURAL	
Sólo quería ser feliz / Alberta Pérez González Iquique, Región de Tarapacá	36
GANADORES REGIONALES	
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
Primer lugar / Se hizo humo, Braulio Manuel Olavarría Olmedo	38
Segundo lugar / Remembranzas de mi niñez, Alfredo Juan Terán Calle	42
Tercer lugar / Un pequeño agricultor, José Olivares Callejas	44

REGIÓN DE TARAPACÁ

Primer lugar / La cachimba de don José, Senén Ignacio Durán Gutiérrez	46
Segundo lugar / Julián legañoso, María Gómez Báez	50
Tercer lugar / El cóndor y el avestruz, Fortunato Vilches Gómez	52

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Primer lugar / Guacarhue y las grandes esperanzas, Nora Lemus Villa	53
Segundo lugar / Las riquezas de Quimal, Ana María Leiva Flores	56
Tercer lugar / No quiero dormir donde la tía Juanita, Macarena Sánchez	58

REGIÓN DE ATACAMA

Primer lugar / Cuentos bajo la higuera, Mauricio Patricio Leiva Muñoz	61
Segundo lugar / Lágrimas de la Virgen, María Verónica Leiva Orrego	64
Tercer lugar / El abuelo indígena diaguita, Domingo Bordones	68

REGIÓN DE COQUIMBO

Primer lugar / La sequía, Douglas Arnoldo Henríquez Olivares	72
Segundo lugar / Patriótico centenario, Cristian Antonio Alfaro Miranda	75
Tercer lugar / Arrieros, Raúl Tapia Tapia	79

REGIÓN DE VALPARAÍSO

Primer lugar / La casa blanca del cerro de Puchuncaví, Margarita del Rosario Rojas Torres	82
Segundo lugar / Mi abuela era una bruja, Maykel Joel Nilo Romero	85
Tercer lugar / Manuel y Rufo, campeones en carreras a la chilena, Jorge Valdés Aguirre	88

REGIÓN METROPOLITANA

Primer lugar / La viuda del cuatrero, Erika Hilda Phillips Salinas	91
Segundo lugar / Aquella historia olvidada, Braulio Joaquín Cáceres Ramírez	94
Tercer lugar / Más allá del tiempo, Nancy Ester Hernández Tapia	97

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

Primer lugar / El cojín de plumas, María Inés Chamorro López	100
Segundo lugar / El tesoro de don Tuco, José Luis Gómez Navarro	102
Tercer lugar / El Quintral, Katherine Andrea González Ogalde	106

REGIÓN DEL MAULE

Primer lugar / Los viajes del falucho, Alfredo Enrique Silva Morales	111
Segundo lugar / Benito, Paulo César Cornejo Gajardo	115
Tercer lugar / Chundo, campesino con corazón de oro, Luis Rojas González	118

REGIÓN DEL BIOBÍO

Primer lugar / El velorio de Juan Papa, Luis Castro Silva	120
Segundo lugar / Romance de mi perro, Rosa del Carmen Dávila Miranda	122
Tercer lugar / Dulce, Alicia, Claudia Maritza Rojas Ayala	125

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Primer lugar / El hijo del vaquero, Rosa Olvido Jara Pezoa	128
Segundo lugar / Infancia feliz, Silvano Becerra Palma	137
Tercer lugar / Con <i>harine mei</i> , Luis Ernesto Aranguiz Andrades	140

REGIÓN DE LOS RÍOS

Primer lugar / Visión de futuro, Armiris Vernón Trujillo Álvarez	143
Segundo lugar / El <i>meao'e</i> perro, Leonardo Antonio Moya López	146
Tercer lugar / Un tesoro escondido, Claudio Eliseo Vásquez Vásquez	149

REGIÓN DE LOS LAGOS

Primer lugar / El enlesado, Guido Ruíz Hibel	151
Segundo lugar / Tito, "el Espantapájaros", Marlene Del Carmen Gamin Guerrero	154
Tercer lugar / El niño que no podía hablar, Segundo Fructuoso Alvarado Torres	156

REGIÓN DE AYSÉN

Primer lugar / Los niños de Puerto Aguirre, Felipe Antonio Medina Quilodrán	159
Segundo lugar / El buey viejo, Isidoro Alberto Castilla Ortiz	161
Tercer lugar / Niños prestados, José Francisco Muñoz Serón	165

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

Primer lugar / La necesidad tiene cara de hereje, José Guillermo Mancilla Quinán	168
Segundo lugar / Una botella con oro, unos diez kilos netos, Carlos Héctor Garay M.	171
Tercer lugar / Un asado de miedo..., Teresa Del Carmen Santana Águila	174

CATEGORÍA / **ME LO CONTÓ MI ABUELITO**

GANADORES NACIONALES

PRIMER LUGAR

El camarón del pozo / Amanda Andrea Núñez Bermedo 179
Concepción, Región del Biobío

SEGUNDO LUGAR

El Diablo en su caballo / Felipe Andrés Muñoz Molina 181
Vallenar, Región de Atacama

TERCER LUGAR

El cóndor agradecido / Marcela Alejandra García Ángel 184
Cisnes, Región de Aysén

PUEBLOS ORIGINARIOS

El gran canelo / Camila Andrea Orellana Delgado, Temuco, Región de La Araucanía 185

MENCIÓN HONROSA PUEBLOS ORIGINARIOS

Mi abuelito me dijo que Chaw Ngunechen estaba enojado / Óscar Tomás Llebul Millapi 187
Cañete, Biobío

GANADORES REGIONALES

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Primer lugar / El príncipe de la cordillera, Katty Quispe Gutiérrez 189
Segundo lugar / El joven zorro y la señorita Rosita, Jairo Javier Mamani Mamani 191

REGIÓN DE TARAPACÁ

Primer lugar / El cerro de Laimisiña, Nayareth Valentina Vargas Cáceres 193
Segundo lugar / Gracias abuelito... te extraño, Dayana Quispe Quispe 194

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Primer lugar / Mi perro Botella, Jonathan Orellana 196
Segundo lugar / El Media Taza, Javiera Maizares 197

REGIÓN DE ATACAMA

Primer lugar / El zorrillo llamado Horacio, Daniel Leiva 199
Segundo lugar / Los espantos de mi tío, Nelson Leiva 202

REGIÓN DE COQUIMBO	
Primer lugar / Atrapados en la nieve, Arístides Rojas Roco	206
Segundo lugar / Figura irreal, Luis Simón Díaz Urrutia	208
REGIÓN DE VALPARAÍSO	
Primer lugar / El diablo no existe, Katalina Pilar Baeza Valdevenito	209
Segundo lugar / Me lo contó mi abuelito, Natalia de los Ángeles Latín Achú	211
REGIÓN METROPOLITANA	
Primer lugar / Fantasma del fundo Santa Julia, Rocío Belén Carreño Castillo	213
Segundo lugar / Cuando despunta la vida, Angélica Constanza Villarroel Espinoza	217
REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS	
Primer lugar / Los misterios de la noche, Claudia del Carmen Abarca Osorio	221
Segundo lugar / El hechizo, Maite Carolina Zúñiga	223
REGIÓN DEL MAULE	
Primer lugar / Atrapado en la nieve, Carlos Alejandro Cerda Alfaro	225
REGIÓN DEL BIOBÍO	
Primer lugar / El toro del diablo, Catalina Angélica Carrasco Alborno	228
Segundo lugar / El espantapájaros milagroso, Nathalie Nicole Herrera Cancino	230
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA	
Primer lugar / Minchekeu, Tafat Rivas Lepilaf	232
Segundo lugar / La pequeña María, Camila Andrea Orellana Delgado	234
REGIÓN DE LOS RÍOS	
Primer lugar / La gatita Josefina, Carla Alejandra Suazo Abello	236
Segundo lugar / El árbol del amor, Jorge Alberto Suazo Abello	237
REGIÓN DE LOS LAGOS	
Primer lugar / La mamita Paula y la tela, Paula Castillo Álvarez	239
Segundo lugar / Las enseñanzas de mi abuelo, Luis Diedrichs Villarroel	241
REGIÓN DE AYSÉN	
Primer lugar / El huevo de doble yema, Yordy Orellana Lincomán	243
Segundo lugar / El ermitaño, Paloma Isis Leal Brange	244

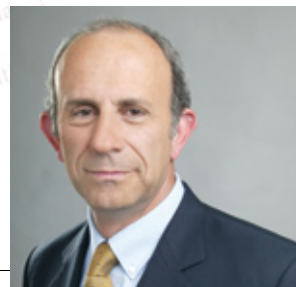
REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA	
Primer lugar / El río Penitente, José Ignacio Jara Gómez	246
Segundo lugar / El puma sin dientes, Diego Alexis Mellado Ojeda	248
CATEGORÍA / POESÍA DEL MUNDO RURAL	
PRIMER LUGAR	
Casamiento aymara / Rolando Andrés Martínez Trabuco	253
Arica, Región de Arica y Parinacota	
SEGUNDO LUGAR	
Campo y pena / Ada Erica Zapata Mera,	257
Panguipulli, Región de Los Ríos	
TERCER LUGAR	
Poemario "Mi abuela y otros poemas"/ René Andrés Vargas Llanllán	260
Punta Arenas, Región de Magallanes	
MENCIÓN HONROSA	
La vieja casa de adobe / Felipe Vásquez Soto	262
Castro, Región de Los Lagos	
MENCIÓN HONROSA	
Oda al campo chileno / Laura Nivia Jaque Zúñiga	266
Cunco, Región de La Araucanía	
MENCIÓN HONROSA	
La ruta del cochayuyo / Aurelia Pincheira Plaza	269
Temuco, Región de La Araucanía	
MENCIÓN HONROSA	
Pitío / Jaime Mancilla Romero, Osorno, Región de Los Lagos	273





el Viejo amigo.
Indio Viejo amigo.
o ciego vez- tenía que c
no había mela cerca
pa que haga su último
ono no es más que en
don quedando... Prej
en la provincia
Ese va a ser m
salir

AGRADECIMIENTOS



Este año tan especial, donde nuestra patria ha cumplido 200 años, se hace más importante rescatar las tradiciones, recuerdos y todo lo que constituye la memoria y sabiduría de nuestro campo chileno, ya que la idiosincrasia de la población rural es parte fundamental de nuestra sociedad chilena.

Es por eso que el Ministerio de Agricultura quiso darle un realce especial a su tradicional concurso organizado por Fucoa hace 18 años, “Historias, Cuentos y Poesía del Mundo Rural”, nombrándolo su proyecto cultural Bicentenario.

Una de las mejores maneras de mantener viva la tradición del campo chileno es contar las historias del mundo rural. Por eso la importancia de esta iniciativa, en donde los mayores pueden rescatar sus tradiciones a través de la poesía y el cuento, al mismo tiempo que los jóvenes y niños pueden traspasar al papel las historias que escucharon de sus mayores, esas que los entretuvieron y que incluso los asustaron en las largas noches del campo.

Agradezco a Cecilia Morel, Señora de S.E. Presidente de la República, por apoyar el concurso junto a nosotros. También a todos los participantes de norte a sur que enviaron sus relatos, así como al jurado, editores y organizadores de Fucoa, por el arduo trabajo realizado en esta edición especial.

José Antonio Galilea Vidaurre
Ministro de Agricultura

PRESENTACIÓN

Siento gran alegría y satisfacción de presentar esta Antología de “Historias, Cuentos y Poesía del Mundo Rural”, elaborada sobre la base de los textos ganadores nacionales y regionales en el concurso del mismo nombre, organizado por la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, Fucoa.

Como fundación ligada al Ministerio de Agricultura, está entre nuestros objetivos fundacionales rescatar y visibilizar la cultura rural.

Todos los chilenos, en mayor o menor medida, tenemos nuestras raíces en la ruralidad. Es por ello, que la fundación, a través de este concurso y de esta publicación se ha propuesto destacarlo.

Este año y en la 18° versión del concurso, quisimos darle un realce especial, por lo que se le designó como el proyecto cultural Bicentenario del Ministerio de Agricultura. Agradecemos al ministro José Antonio Galilea, todo el respaldo otorgado a esta iniciativa.

También, instauramos por primera vez los jurados regionales, compuestos por escritores, periodistas y

profesores de lenguaje de cada zona del país, quienes definieron los textos ganadores por región en cada categoría. Agradecemos el compromiso y la ayuda de los seremis de Agricultura y de los representantes regionales de Fucoa, que se encargaron de la conformación de estos jurados, así como de difundir el concurso y realizar sus lanzamientos locales. Fue una decisión acertada, que permitió que a las consideraciones literarias, se sumara con mayor fuerza una valoración de los aspectos tradicionales, de idiosincrasia y herencia de cada zona de nuestro país.

Además, se designó un jurado nacional de excelencia. Agradecemos con especial afecto a la señora del Presidente de la República, Cecilia Morel, quien no sólo accedió a ser la presidenta del jurado, sino que se transformó en una gran difusora e impulsora del concurso, participando de todas sus instancias públicas y aportando ideas útiles para su ejecución.

En la categoría de “Poesía”, fue un verdadero privilegio tener al poeta Floridor Pérez dentro del jurado -quien lleva una trayectoria de toda una vida dedicada a las letras-, junto al destacado escritor mapuche huilliche, Jaime Huenún.

on
los que nos en
o junto a él... respiró p
Gran Cacique Quilchamal
aje...



Francisco Contardo Morandé

Vicepresidente Ejecutivo de la Fundación de Comunicaciones,
Capacitación y Cultura del Agro FUCOA



En el caso de “Historias Campesinas” (categoría para mayores de 18 años), el jurado también estuvo conformado por tres destacados del área: la antropóloga de la Universidad de Chile, Sonia Montecino -quien ha dedicado parte importante de su vida a catalogar, antologizar y transcribir historias de campo; el destacado escritor, editor y gestor cultural, Marcelo Beltrand; y la promisoría escritora Francisca Solar.

Asimismo, los ganadores de la categoría “Me lo contó mi abuelito” (menores de 18 años), también contaron con un selecto comité de selección: la presidenta del jurado Cecilia Morel; Michelle Salazar, quien con las letras y melodías que ha creado dentro del grupo Mazapán, es un verdadero ícono de varias generaciones; el payador popular del Biobío, Fernando Yáñez; la periodista y escritora, Francisca Aninat, y Mónica Bombal Molina, vicecoordinadora del Plan Nacional de Fomento de la Lectura “Lee, Chile, Lee” del Ministerio de Educación.

A todos ellos, nuestro agradecimiento por su comprometida labor de selección de estas historias. Fueron, sin lugar a dudas, un tremendo jurado y la selección de los ganadores así lo demuestra.

Los textos a continuación están plagados de leyendas, vivencias y sentimientos, que tienen que ver con nuestros ancestros y que en muchos casos han sido escuchados por sus autores de labios de sus abuelos, padres o conocidos.

En un año acontecido como éste, fueron varios los hechos que dejaron huella en los textos recibidos, como el terremoto en las historias de los niños o el rescate de los mineros, por nombrar algunos. Es en estas circunstancias, donde el concurso adquiere aún más fuerza en su rol de ubicarnos más allá, en lo que permanece, en nuestras tradiciones y nuestra cultura, enraizada en la tierra y la ruralidad.

Fucoa, junto al Ministerio de Agricultura, ha asumido este desafío de rescatar y visibilizar todo lo anterior.

Esta obra ha sido editada y diseñada con cariño y compromiso, al igual que cada una de las etapas del concurso que le sirvió de base. Ello explica el tremendo éxito de convocatoria y la calidad de las líneas que quedan disponibles para los lectores.

Santiago, diciembre 2010

PRÓLOGO

El 2010 fue muy especial para los chilenos. No sólo porque fue el año del Bicentenario, sino especialmente por el terremoto y maremoto que nos remeció de una manera muy dura. A pesar del desastre, como nación supimos rescatar aspectos positivos. Uno de ellos es que le “pusimos el hombro” a nuestros compatriotas afectados. También, las localidades rurales y aisladas se hicieron más visibles. Conocimos cómo vive realmente la mayoría de los chilenos: el hombre de campo, el pescador artesanal y también el minero, a raíz del exitoso rescate en la mina San José.

El año del Bicentenario nos dio la oportunidad de conocer a nuestros hermanos rurales, del norte y del sur, que eran, en alguna medida, invisibles.

Es por eso que me siento especialmente honrada de presidir, en esta oportunidad, el jurado del concurso “Historias, cuentos y poesía del mundo rural”, que este año ha alcanzado su mayoría de edad. Son 18 años ininterrumpidos en que el Ministerio de Agricultura, a través de la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (Fucoa), se ha dado a la tarea de rescatar las tradiciones, costumbres, relatos y vivencias del sector rural de nuestro país.

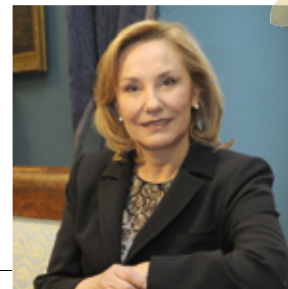
Durante este tiempo, son miles los trabajos recibidos y cada año es difícil seleccionar “la” historia ganadora. Aunque el tema central es el campo chileno, cada trabajo refleja visiones de mundo diferentes y relatos costumbristas que expresan las formas de vida rural en nuestro país.

Este año no fue la excepción. Elegir a los ganadores nacionales resultó, sin duda, una tarea complicada. Sin proponerlo, como jurado seleccionamos, en las tres categorías, trabajos que representan lugares de Chile, desde el desierto del extremo norte hasta los canales fueguinos del sur.

El primer lugar de la categoría “Historias campesinas” –“Cuento rural de vegetales”, que se ha transformado en el cuento rural Bicentenario –, está ambientado en el altiplano nortino. A través de una personificación de la variada flora de esa zona, nos hace reflexionar sobre el peligro que corre nuestro ecosistema.

“Cambalache” obtuvo el segundo lugar, con un relato humano y sencillo que refleja la bondad, la transparencia y la confianza del campesino con los demás. “El pacto”, con el tercer lugar, es una historia ambientada en los parajes sureños, que nos remonta a las creencias y a las hermosas leyendas que han perdurado hasta hoy en el mundo rural.

Cecilia Morel Montes
Señora de S.E. Presidente de la República,
Sebastián Piñera E.
Presidenta jurado nacional



Los trabajos ganadores de los premios especiales “Pueblos originarios” y “Mujer rural”, con las historias “Chaucono” y “Sólo quería ser feliz”, respectivamente, nos acercan a una realidad algo ajena o solapada. El segundo relato pone de manifiesto la violencia intrafamiliar y nos invita a reflexionar que, sin importar los estratos sociales o económicos, esta situación es, lamentablemente, más común de lo que registran las estadísticas.

La categoría “Me lo contó mi abuelito” muestra el mundo rural desde los ojos de los niños. Llama la atención que en la mayoría de los casos, las historias fueron efectivamente contadas por los abuelos a los pequeños escritores, lo que demuestra que la tradición oral sigue siendo una fuente de cultura muy fuerte en nuestro mundo rural.

El primer lugar, “El camarón del pozo” es una anécdota vivida por la propia ganadora con su abuela, que además nos recuerda del cuidado del medio ambiente.

El segundo lugar, “El diablo en su caballo”, nos cuenta una historia que vivió el abuelo del concursante y el tercero, “El cóndor agradecido”, representa una leyenda que la niña escuchó de parte de sus abuelos.

Los trabajos ganadores de la categoría “Poesía del mundo rural” nos hacen recorrer Chile de extremo a extremo y nos entregan parte de la cosmovisión de dos de nuestros pueblos originarios: los aymaras y los kawésqar.

En “Casamiento aymara”, poema que obtuvo el primer lugar nacional, el autor nos aproxima a la celebración actual de esta ceremonia. “Mi abuela y otros poemas”, poesía ganadora del tercer lugar, es un homenaje y un acercamiento a uno de los pueblos que habitaron los canales fueguinos, que fue escrito por uno de sus descendientes.

En esta antología se presentan los trabajos ganadores nacionales y regionales con gran valor artístico. Al jurado nacional nos fue muy difícil seleccionar los mejores de cada categoría, por el valor literario y humano de cada uno. Y no me cabe duda de que para el jurado regional fue una tarea igualmente difícil, pues ellos tenían la misión de buscar los mejores textos y también los más representativos de su región.

Jurado Nacional

18° CONCURSO DE HISTORIAS, CUENTOS Y POESÍA DEL MUNDO RURAL

Presidenta del jurado en sus tres categorías:

Cecilia Morel,
Señora de S.E. Presidente de la República, Sebastián Piñera E.

HISTORIAS CAMPESINAS

Marcelo Bertrand, sociólogo y escritor
Sonia Montecino, antropóloga y escritora.
Francisca Solar, periodista y escritora

ME LO CONTÓ MI ABUELITO

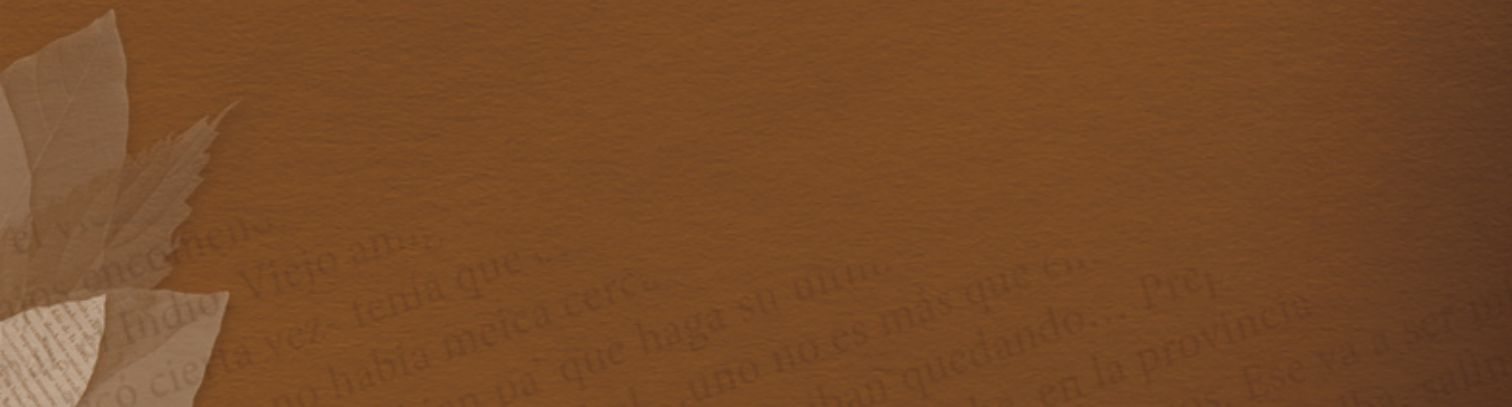
Francisca Aninat, periodista y escritora
Mónica Bombal, historiadora
Cecilia Morel,
Señora de S.E. Presidente de la República, Sebastián Piñera E.
Michelle Salazar, compositora música infantil
Fernando Yáñez Betancourt, payador y cantor

POESÍA DEL MUNDO RURAL

Jaime Huenún, poeta
Floridor Pérez Lavín, poeta y profesor rural



PRIMERA PARTE





"HISTORIAS CAMPESINAS"

Historias Campesinas

Se me anudó...
o menos un año, me...
para cerciorarme de los trabajos en...
e, la de don Manuel Quilchamal, el Indio...
que de toda esta zona - me explicó cierta vez...
se me murió eso sí pariendo un hijo... no había meica...
que me en lo alto de la loma, la acomodé bien pa' que ha... uno no...
leza, como el guanaco, el zorro o el árbol... pocas tehuelchas iban que...
me junté con mujer, la última reducción Tehuelche...
El Chalia, la última reducción Tehuelche, en...
quiero estar enterrado junto a mis antigu...
me agregé en su frente la vino...
ulares, su corazón quería descansar. Dios...
da la situación, seguramente Don Manuel era...
hora me doy cuenta... na' es de uno... si uno...
ser enterrado para hacer el viaje más llevadero, como...
habíamos para hacer el viaje más llevadero, como...
de ese viejo que poco a poco se iba apagando... pens...
ese viejo Manuel estaba cada vez más pens...
encontrábamos... y...
profundo... y...

sin tener ninguna pretensión, este cuento sucede -nada más ni nada menos, que en el Valle de los Pájaros, ubicado entre las serranías del secano costero; donde habita un gran número de pequeños agricultores que están severamente castigados y empobrecidos por lo de siempre, los rigores de la naturaleza. Así y todo, se organiza una reunión y le cursan respetuosamente una invitación al para que venga a conocer su extrema y difícil situación, a la cual el señor Director accede positivamente, respondiendo a vuelta de correo, fijando día, fecha y hora. Los agricultores están maravillados y empiezan los preparativos para recibir a tan connotado visitante.

PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

PRIMER LUGAR
Carmela Iris Di Caro
84 años
IQUIQUE, REGIÓN DE TARAPACÁ

Cuento rural de vegetales

Aquel caluroso día, el Tamarugo estaba extenuado de alzar los brazos al cielo pidiendo ayuda. Sin recibir una gota de agua, se aferraba a la tierra para ver si sus raíces lograban alcanzar alguna napa subterránea, pero era inútil.

Habían transcurrido varios días con ese calor sofocante de la pampa que no mermaba, se sentía malhumorado y sediento, echaba de menos esa niebla exquisitamente húmeda que beneficiaba a todos y nada... ¡Qué días y noches tan amargos!

La Yareta también estaba exhausta, no sólo de sed sino de tanto hablar, hablar sin parar, abrazada a la tierra decía así:

- ¿Cómo va a vivir uno sin agua?... ¿Por qué nos han abandonado?

- ¿Acaso la Camanchaca no tiene conciencia de que sin ella no vivimos?... Antes, ella acostumbraba a danzar por valles y quebradas, a todos nos cubría con su

beneficiosa humedad y ahora... ¿Qué se ha hecho? ¿Dónde está?

A la Chachacoma, antes muy buena para conversar, no sé qué le pasaba porque no decía palabra, estaba muda, no miraba a nadie, tenía la vista clavada en el suelo. La Yareta, entonces, al verla tan decaída, quiso ser amigable con ella y sacarla de su mutismo.

- Oye, a ti te hablo. ¿No recuerdas qué simpática era antes la Camanchaca con nosotros? Se ponía en torno nuestro, alegre y generosa, luego nos iba mojando dulcemente, como acariciándonos. Era una verdadera delicia esperarla todos los atardeceres cuando el Sol, nuestro padre, comenzaba a esfumarse... ¿No te acuerdas? Estábamos achicharradas de tanto calor... Tampoco olvido cuando la Camanchaca llegó una tarde tan densa, pero tan densa que encegucía. No se podía ver ni a medio metro, entonces sucedió algo inusitado: por la carretera apareció bruscamente un bus repleto de estudiantes, sus ruedas patinaron por el pavimento húmedo y ¡Pum!... se fue encima de un

humilde pimiento que estaba al borde del camino para darnos sombra... ¡Fue una hecatombe!

El Tamarugo, muy apenado, dijo entonces:

- Sí, fue horrible... ¡Nunca he podido olvidarlo!

La Chachacoma, de repente pareció reaccionar y replicó:

- ¿Cuándo sucedió ese accidente? Yo estoy aquí más de dos años y nunca vi nada parecido.

La Yareta, con aire displicente, repuso:

- Eso sucedió mucho antes de que llegaras. El hecho fue de tal magnitud que salió publicado en todos los diarios del norte. Sólo un joven falleció, los demás sufrieron heridas leves.

- ¿Qué quiere decir "leves"? , preguntó la Chachacoma.

- Que no hubo más que lamentar, pues los demás sufrieron golpes suaves, dijo la Yareta.

El Tamarugo, volviendo sus ramajes al cielo, elevó su potente voz:

- ¿Cómo que no hay más que lamentar? ... Lo triste es que junto al joven estudiante también falleció nuestro hermano Pimiento, el pobre quedó destrozado en la huella, mientras sus semillas rodaban en todas direcciones, queriendo asirse a sus ramas de encaje que morían esparcidas... ¡Nuestro hermano Pimiento a todos nos daba sombra!

La Lampaya, que no había expresado palabra alguna sobre estos hechos, hizo un esfuerzo supremo e interrumpió con voz irritada:

- ¡No hablen tanto que la garganta se les va a secar... y les va a dar más sed...! ¡Cállense de una vez!

A todo esto, desde el pie de la cordillera, comenzó a sentirse una voz muy diferente, era la Rica-Rica, parecía que un malestar muy grande la hacía sufrir, porque su forma de hablar era muy lastimera:

- Hermanos, no sé si me escuchan y si se acuerdan de mí. Yo soy Rica-Rica, antes muy mentada porque proporciono salud y bienestar a la gente. No sé qué hacer. Todos estos días he sufrido una sed horrible, las acequias y riachuelos que nos alimentaban se han secado, me temo que no podré resistir por más tiempo. Si no llueve o se derrite la nieve de la cordillera todos moriremos... ¡Gran Padre Sol! Apíadate de nosotros, ya ves que la Madre Tierra no halla qué hacer con esta sequedad, ella busca y rebusca entre sus napas ocultas y ¡Nada!

- Todos estamos igual que tú, contestó la Lampaya. Lo importante es guardar fuerzas sin hablar, debemos rezarle al Sol en suave murmullo y con mucho amor, él puede influir sobre el viento y las nubes, sólo así volverá la etérea Camanchaca a todos los caminos y la armonía del viento y la gracia del agua darán vida a la pampa y a todos sus sembrados y a su laboriosa gente.



Todo el mundo quedó asombrado de la sabiduría de la Lampaya y de la forma de expresarse. Cada cual, a su manera, comenzó a cavilar y terminaron implorando unidos para salir de tanta desventura.

A la distancia, se sentía gemir a un sin fin de especies, todas rezaban y entre lágrimas suplicaban por el agua; cebollas y cebollines hacían lo suyo.

La Tola-Tola, entre sus plegarias, agradecía a Inti Padre Sol y a la Pachamama, la gracia de haber nacido, clamaba por considerarse indispensable para seguir prodigando a los humanos el beneficio de sus hojas y tallos que eran prodigiosos para combatir los dolores de huesos y músculos.

El Ajo de Camiña, que era muy agrandado, también rezaba, se le oía decir:

- Yo estoy al servicio de la humanidad, cuido que a las personas no les suba el colesterol, tomándose uno de mis blancos dientecitos en ayunas. Además, desinfecto la garganta y, sobre todo, exalto el sabor de los alimentos. No soy cualquier cosa. ¿Quién puede cocinar sin ajos?... No nos abandones, Padre Sol, derrite la nieve de la cordillera y envíanos una linda lluvia.

A la distancia, el Cactus, solitario también, elevaba sus brazos suplicantes. El aún guardaba algo de líquido en sus pequeños frutos recubiertos de espinas. Desde el fondo de su corazón, deseaba ser caritativo y ofrendarlos a los demás, pero no tenía cómo hacerlo.

Aunque el Cactus también tenía sed, él deseaba ayudar saciando la sed del prójimo.

Desde lo alto, la Coca había escuchado a todos y suspiraba en el viento. Ella siempre había surcado muchos caminos desde tiempos inmemorables, sabía muy bien la importancia de sus hojas que paliaban el dolor, lo que permitió a los nativos, en épocas lejanas, caminar y caminar por senderos inhóspitos, llevando el recado de los Incas a través de ayllus y apachetas. Sabía, además, que el mundo no sólo la utilizaba con fines medicinales, sino que había abusado de sus poderes, transformando sus dones en forma indebida.

- ¿Cómo es posible, Padre Sol, que haya seres indecorosos que aprovechen mis dones para hacer daño? exclamaba llorosa. ¿Qué puedo hacer para impedirlo?

La Tola-Tola, siempre tan refinada y conspicua, que ya estaba informada de los problemas de la Coca, quiso sacar provecho de esta situación, explicando que lo que sucedía no era tan negativo, porque prescindiendo de esas hojas, ella poseía muchas cualidades sanativas como curar cólicos y, sobre todo, bajar el colesterol y disminuir el sobrepeso:

- Yo otorgo verdaderamente cosas muy positivas, declaró.

La Manzanilla, el Matico y el Llantén exclamaron al unísono:

- ¡Qué fresca!... Miren que la sabelotodo se cree superior a la Coca... ¿Dónde cree que vive?

La Tola-Tola acentuó entonces su voz:

- Ustedes no saben lo que dicen, además no me conocen bien. Yo tengo alcurnia.

- ¿Alcurnia? rezongó el Matico. ¿Quién dijo esa mentira?

El Llantén, en cambio, en forma jocosa, recalcó:

- Mira, confunde tanto las cosas que en vez de Tola-Tola deberías de llamarle Tole-Tole.

En un rincón, bastante escondido del altiplano, la Marihuana trataba de ocultarse detrás de una serie de plantas diversas, quería parecer ignorada; la Chanca Piedra y el Asenjo ya la habían descubierto. Ella, como buscando un atisbo de humedad, se inclinaba hacia la tierra tratando de esconderse y entonaba muy bajo una canción de nana simulando dormir.

El Ajenjo no le quitaba los ojos de encima y la Chanca Piedra buscaba la forma de que hablara, que dijera algo para justificar su existencia.

Sorpresivamente, el Ajenjo quiso llamar la atención con su excelente voz de barítono y comenzó a cantar una especie de copla:

“Yo estoy sanando a diabéticos que rabea
a toda hora, también a ulcerados que creen
ser engañados a los que tienen dolores de
estómago sin motivo, y a los que tanto han
sufrido por no consumir Ajenjo”.

Al escucharlo, la Chanca Piedra comenzó a aplaudirlo como loca, el resto de los vegetales hicieron lo mismo, nadie los hizo callar y ella aprovechó la ocasión para hacer oír su excelente voz de soprano:

“Purificando la sangre del mundo estoy,
los cálculos de vejiga borrando voy,
el hígado desinflamo y no hay dolor,
porque yo sano a la gente con mucho amor”.

En ese momento, la Marihuana se dio cuenta de que todos la miraban y que ya no tenía razón para esconderse. Sacó por conclusión que debía defenderse de alguna manera, así es que empezó a afinar suavemente su voz de contralto y se lanzó con una cancioncita que parecía tonada:

“Igual que todo lo verde de la llanura,
Marihuana, un día me puso el cura,
poseo tiamina y calcio asimilable,
también fósforo y hierro para inestables,
un mal día me liaron dentro de un pucho
y desde entonces me escondo y sufro mucho.
¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!”

Cuando la Marihuana finalizó su interpretación y se preparaban para aplaudir, un ruido horrible estremeció la tierra, un rayo atravesó vibrando el cielo del altiplano, incendió una choza de paja donde dormía un arriero que salvó por milagro y una serie de truenos y relámpagos sacudieron llanos y montes causando pánico. Las plantas, de puro susto, se recogían en sí mismas, todos creían que era el comienzo de un terremoto. Inexplicablemente, todo se calmó y empezó a caer una copiosa lluvia que era como un regalo a la aridez. Eran las cuatro



de la madrugada y, cosa extraña, no hacía frío.

Las gotas que caían del cielo parecían una bendición que el Padre Sol repartía a todos por igual. Fueron momentos maravillosos, la lluvia parecía descender con música de ángeles para suavizarlo todo, aun las asperezas que rodean al mundo. El desierto nortino iba a florecer.

En esos sublimes instantes, el Tamarugo habló a todos sus congéneres, con una voz emocionada y profunda:

- Hermanos, somos los hijos valientes del desierto, soportamos el frío y la tormenta, poseemos un sol ardoroso y, a la vez, compasivo. Como los humanos, poseemos virtudes y defectos. Es hora de rezar por esta dicha de haber sobrevivido, también de rogar

porque se enmienden esos seres inútiles que proliferan por todos los caminos, transformando el bien en mal. Con la gloria del agua y el rocío, poblaremos el amplio territorio, el murmullo del viento esparcirá semillas por doquier. Seremos un paisaje diferente, mostrando al mundo una sonrisa nueva, porque la pampa comenzará a florecer.

Todas las plantas se sintieron embargadas de hondos sentimientos que se palpaban en el temblor de sus ramas y hojas que la lluvia lavaba y abrillantaba. Hubo un hermoso acto de recogimiento infinito. El viento de la cordillera iba desglosando como un eco las frases del Tamarugo, mientras un inmenso coro vegetal repetía:

"PORQUE ASÍ SEA" 

PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

SEGUNDO LUGAR

Carlos Arnoldo Toro Ponce

71 años

VICUÑA, REGIÓN DE COQUIMBO



Casi todas las personas viven la vida en una silenciosa desesperación
Henry David Thoreau Escritor estadounidense (1817-1862)

A sí nomás *jue*, don Carlitos. Nosotros perdimos todito lo que teníamos por allá en Alcoguz.

Como le estaba diciendo, mi abuelita, doña Fabiola, bonito nombre tenía mi abuelita, ¿verdad, don?, cuando ella murió, tenía, si mal no recuerdo 105 años. Estaba arrugadita como una pasa, pero tenía muy buena memoria, pero no tanto como la que tenía don Máximo Zárate, el hombre más rico del valle, si hasta las aguas del río, ese río que parte desde los cerros grandotes por allá arriba en la cordillera, decía que eran suyas, y todo el mundo le creía lo que él decía, ya que además de rico hacendado, era juez de paz y, según decían los que más lo conocían, fue un famoso picapleitos en su juventud por allá en la capital.

Como don Zárate era la persona más letrada de Alcoguz en aquellos años, nosotros creíamos todo lo que él decía. El padre de mi taita, es decir mi abuelo, mi papá y nosotros -los cabros chicos- sólo llegamos

hasta tercer año de preparatoria, ahí en la escuelita que estaba en el Pabellón, cerquita de aquí nomás. En esa escuelita existía un solo curso y ahí estudiábamos revueltos todos los cabros: grandes y chicos, niños y niñas. Sólo había un profesor, don Gervasio Peralta, un hombre medio curco, enclenque y con una nariz enorme parecida al pico de un tiuque, de canillas flacuchentas y que tosía como un condenado. Un día cualquiera, el profe paró las patas y se nos *jue pa'l* patio de los callados, dicen que se murió del malacate. Se tuvo que cerrar la escuelita por varios meses, hasta la llegada de uno nuevo. Así que usted comprenderá que casi toditos en el poblado y sólo con tres años de estudios, apenas sabíamos deletrear el abecedario y, cuando más, cantar como loros, las tablas del 1 al 10.

El patrón hizo quemar todos los utensilios personales del profe, incluso los libros que usaba para enseñarnos, por temor, dijo, a que se les pegara la tisis a los niños. También ordenó a uno de sus peones azufrar el



cuartucho que usaba como dormitorio don Gervasio y la salita de clases *pa'* matar a todos los bichos infecciosos, microbios los llamaba él, para evitar todo tipo de contagio. Mi abuela quería el par de frazadas que protegían del frío nocturnal el cuerpo esmirriado del profesor, pero el patrón también ordenó quemarlas.

El patrón, don Máximo, leía mucho y nos leía las noticias que traían los diarios de la capital para que toditos estuviéramos al tanto de lo que pasaba en el país. Una vez a la semana partía hacia Vicuña, en su cacharro, un Ford viejo, de color verde, que resoplaba como condenado cuando regresaba por el camino terroso que serpenteaba como culebra orillando los cerros desde Rivadavia hasta nuestro pueblito, que en ese entonces era re chiquito. A veces el patrón llegaba hasta Rivadavia con su autito y ahí tomaba el "Elquino" hasta La Serena. De vuelta traía un montón de libros, revistas y diarios y entonces, casi siempre los domingo por la mañanita, que era el único día para descansar, en la plazuela, justito al pie de la iglesia, nos daba cuenta de lo que decía el Diario Ilustrado, El Mercurio o el Día de La Serena. Claro que nos leía solamente de día, pues por allá, no como ahora, no existía luz eléctrica, solo nos alumbrábamos con chonchones a parafina. Mi taita, puchas que tenía cachativa, mi viejo, hacía unas lámparas de carburo con un par de tarros, uno de salmón y otro de sardina, que alumbraban más que los chonchones. Sepa usted que cuando usábamos los chonchones por la noche, toditos amanecíamos con la cara más sucia que no sé qué y los hoyos de las narices taconeadas de hollín.

Eran otros tiempos don Carlitos, si hasta para obrar teníamos que ir hasta el fondo del huerto y, la verdad, no era un huerto, era sólo un peladero y allá en el

fondo, detrasito de unas mollacas donde al mediodía a los rayos del sol, retozaban algunas iguanas de pecho *colorao*, ahí *mesmito* hacíamos nuestra necesidades. Pero eso sí, y esto es verdad, aunque usted no lo crea, el culo nuestro era más sabio que cualquiera de nosotros, ya que nos limpiábamos el hoyo con papel mercurial y del Diario Ilustrado. A pesar de esto, solo uno de mis hermanos, el Gustavo, ese que de niño tenía la cara de zorzal brevero y que *toavía* sigue de gañán y de peón al peo en el fundo de los Zárate, salió momio por limpiarse por años el traste, y no se ría usted don Carlos, con hojas de El Mercurio. Los diarios los traía mi abuelita *pa'* la casa, ya que ella una vez a la semana hacía el aseo en la casa del patrón.

El patrón era *regüena* persona, según comentaban mi abuela y mi taita. Cuando al atardecer tomaban su mate junto al brasero... ¡Ah!, olvidaba decirle que mi santa madre murió cuando parió a mi hermana chica, la Violeta, esa es la más pichusca de la familia. Esa niña, al parecer, salió con vocación de servicio, porque toda su vida ha sido empleada doméstica. Desde que murió mi mamá, nos crío a toditos mi Mama Vieja, así le decíamos a mi abuelita, porque para nosotros era una muy buena mamá, pero un poquito más vieja. Sí, los dos viejos, mi abuela y mi taita, querían al patrón, porque de vez en cuando, sobre todo *pa'* la Pascua, nos regalaba algunas pilchas *pa'* toda la familia.

Lo que no sabían era que don Máximo era re mañoso, ya que siempre estaba al *aguaita pa'* joder a alguien y, finalmente nos jodió nomás el futre aquel. Un día, le dijo a mi abuela: - Mira, Fabiola, yo te conozco desde hace mucho tiempo, prácticamente de toda una vida y te estimo bastante, porque has sido una buena mujer para conmigo y tu familia es honrada y honesta. Eso yo

lo aprecio mucho, por lo tanto, Fabiola, te propongo un trato. Escucha bien lo que voy a decirte: tú sabes que no tienes nada en esta vida, nada donde caerte muerta, pero yo te prometo que cuando mueras tendrás tu buen ataúd y de muy buena madera. Todo eso a cambio de tu campito que no sirve para nada; como tú lo ves es solo mala tierra árida y sin agua. Además, el flojo de tu hijo nunca la va a trabajar. ¿Qué te parece el trato mujer? Oh, por supuesto tendrás una buena misa y un muy buen velorio, eso te lo prometo querida Fabiolita.

Eso es lo que le dijo el patrón a mi Mama Vieja, días después de que ella cumpliera los ciento cuatro años de edad y ella se lo creyó a pies juntillas. Se lo creyó, porque ella confiaba en don Máximo y, además, ella siempre soñó con un buen funeral, con misa y con un buen ataúd de madera. Cuando se lo contó a mi taita, éste al tiro le dijo que aceptara, porque era un buen negocio, ya que ni ella ni él tenían dinero suficiente para un buen entierro. Así que mi abuela puso nomás el dedo gordo de su mano derecha al pie de un documento donde estaba escrito su nombre y que para tal efecto había redactado don Máximo: el campito de mi abuela por un buen funeral cristiano y como Dios manda. También, don Zárate le pidió a mi abuela aquellos papeles amarillentos donde estaba, -de acuerdo con lo que nos dijo nuestro taita unos meses más tarde, cuando fuimos desalojados por los pacos de nuestro rancho-, registrada la legitimidad de la tenencia del campito de los López de Alcoguz.

Una semana antes de que mi abuelita parara las chalas, el patrón llegó desde Vicuña con un muy buen ataúd, forrado por dentro con un género blanco y muy suavcito y con un buen olor a madera nueva, uno de los mejores que había construido un tal Galleguillos, que era, así lo dijo el patrón, el mejor mueblista de la región. Llegaba a brillar el cajón de lo lustroso que estaba.

Mi abuela y mi taita emocionados estaban por tanta suerte. A ella le corrían algunas lágrimas por los surcos de su arrugada cara y el viejo de mi padre le dijo a mi Mama Vieja: “Viste viejita lo bueno que es el patroncito”. Sí, asintió la abuelita con una sonrisa. Lo peor de todo es que, al parecer, la vieja sólo estaba esperando la llegada de aquel ataúd, ya que seis días después la abuela Fabiola se murió.

Desde entonces, don Carlitos, nosotros, los López de Alcoguz, no tenemos nada y siempre hemos trabajado en tierras de ricos y mucho menos de soñar con un rancho propio. Así es la vida de los sufridos. ¿No lo cree así, usted, don Carlitos?

Así terminó diciendo, después de un largo suspiro quizás de resignación, para ponerle fin a su largo monólogo, aquel anciano de canoso cabello y de mirada triste. Luego tomó su pala para seguir laborando, como todos los días, en campo ajeno, y con tranco lento se perdió tras un inmenso viñado. 🍷



PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

TERCER LUGAR
Alejandro Javier Lagos Vallejos
29 años, sociólogo
LOS ÁNGELES, REGIÓN DEL BIOBÍO



Cuentan que la noche en que desapareció Rodomiro Uribe, se desató una tormenta tan grande y de tanta violencia en la alta cordillera, que arrancó de cuajo fornidos coihues y añosas araucarias. Si hasta los más ancianos se asombraron de la magnitud de la tormenta, reconociendo que era, sin duda, la más grande vista por sus ojos y eso ya es mucho decir.

Incluso para quienes conocían a 'on Rodo fue algo inesperado. La furiosa tempestad y los vertiginosos vientos aterrorizaron a la comunidad entera, pero de alguna forma todo tenía lógica. Algunos aseguran que en el camino de Piedra Rajada azotó un relámpago que iluminó la noche como un día de verano y que se encendieron todas las velas del camino. Según dicen, ese era el lugar donde el hombre había realizado el pacto, al menos así testifica un puñado de valientes que alguna vez esperó hasta la noche a escondidas para confirmar con sus propios ojos quién era el hereje que prendía las velas al revés en la falda de la montaña rocosa, aunque todos ya sospechaban de 'on Rodo. Al pasar por el camino, no era fácil distinguir el rústico altar a la vera del camino, aún estando éste a pocos

metros de la huella de los caballos, pero de todas maneras, o por si acaso, todo jinete que pasaba por allí, se persignaba rápidamente casi como una costumbre y rezaba un improvisado rosario mascado entre dientes.

'On Rodo había llegado hasta la montaña de Huiza desde el norte, oriundo de los alrededores de Los Ángeles. Llegó a trabajar como campero en el fundo Los Guindos, dicen que vino a pie y con un saco al hombro donde llevaba una manta vieja, un pantalón y un cuchillo oxidado, pidiendo trabajo a cambio de techo y comida al capataz del fundo. Era increíble imaginarlo así, harapiento, flaco y desgredado, cuando en la memoria colectiva estaba la imagen de un hombre fuerte, de gran alzada, de cuidadoso bigote, cabello muy peinado y de vestir elegante e imponente. Estos antecedentes de su pasado eran parte del mito, jamás nadie pudo confirmar el pasado de 'on Rodo, pero el cuento de roto a ricachón alimentaba aún más la leyenda del hombre de Huiza.

Nunca habló de sí mismo, de familia, de dónde venía y mucho menos de su asombrosa fortuna, siendo

un hombre muy reservado y muy solitario solía de cuando en vez tener momentos de júbilo, haciendo rodar asados de chivos y regando los bares de vino en noches de juerga. Gustaba mucho de juegos de naipes interminables, de carreras de caballos y de rodearse de mujeres jóvenes, se atraía fácilmente por las chinas de edad mediana, aunque nunca llegó a formalidades con ninguna, dicen que eso también era parte del trato.

La gente del pueblo recuerda que el día de la tormenta había amanecido bajo un sol maravilloso; es muy raro, pero los más viejos aseguran que fue un día de mucho calor a pesar de la estación fría del año. El sol se movía más lento que de costumbre y los animales se refugiaban en los quilantos para capear el intenso calor. Varias personas aseguran haber visto a 'on Rodo cerca del pueblo durante la mañana de ese día. Iba como apurado, concentrado en el horizonte, con su sombrero de paño hacia los ojos y la pipa trabada entre las muelas, a tranco largo en un rosillo moro. Le saludaron, pero no recibieron ni siquiera una mirada como respuesta, algo raro, porque aunque huraño y misterioso, el hombre nunca dejó de ser educado y buen vecino.

Algunos dicen que ese día tuvieron un mal presagio, que el ganado estaba inquieto, como espantado, corriendo de lado a lado buscando refugio en el monte. Mencionaron la aparición de siete culebras muertas en el camino principal, señal fija de malas nuevas, y hasta vieron una leona con tres cachorros cerca de las casas. Incluso unas mujeres devotas se fueron a rezar a la capilla por miedo a las señales. Otros describen ese día como uno muy normal, que aparte del calor y la escasez de viento, no se sospechaba nada, solo al llegar la noche se dieron cuenta de que algo pasaba al desatarse la furia de los truenos.

Parte de la leyenda es también, que un día un osado entre el juego del truco y unas copas, se aventuró a preguntar, cómo era que un patipelado peón de fundo había llegado a tener una fortuna tan grande. La pregunta la hizo un solo hombre, pero todos esperaron la respuesta en un silencio funerario.

El fundo de 'on Rodo era tan productivo que no alcanzaba a cosechar todo lo que sembraba, en sus galpones cabían cien yuntas de bueyes con carreta, además poseía ganado gordo de lomo partido e incontable y era dueño de los caballos más hermosos y de fina estampa; la envidia de todo el pueblo.

El interrogatorio fue imprudente, claro, el agua ardiente y lo perdido en el juego envalentonaron al impertinente, la respuesta sonó como sentencia – “un gañán *callao*, es un gañán que sigue vivo hombre... ¿si es tan gallo *pa'* preguntón, será tan gallo *pa' pion*? - la mirada penetrante de 'on Rodo se sintió en el salón del burdel e hizo que los demás jugadores rechazaran al atrevido. La leyenda dice que unos días después de aquel evento, el valiente intruso apareció colgado en un coihue gigante, pocos metros antes de llegar a Piedra Rajada. El juez de paz y la policía estuvieron de acuerdo con la tesis del suicidio, pero nunca nadie pudo explicar cómo es que un hombre pudo subir a amarrar un lazo hasta esa altura para ahorcarse, estando aún con sombrero y espuelas puestas.

La tarde de la tormenta, un par de vecinos vieron a 'on Rodo enfilando por la ladera de un cerro con su manta de castilla y la escopeta atravesada en las prevenciones. Iba en un caballo negro de largas crines y sin los perros que acostumbraban a acompañarle. Lo vieron por largo rato siguiendo la huella de los veranaderos, hasta que



se perdió en lo alto de Piedra Rajada. Los inquilinos de su campo no supieron responder qué había pasado, ninguno vivía cerca de la casa principal; a 'on Rodo le gustaba vivir sólo. Tenía un par de camperos que ayudaban a ver el ganado y que poco se acercaban a él. La única pista que había de lo sucedido, era el relato de un viejecito ciego que mientras recogía piñones entre la nieve derretida oyó el paso de un caballo, reconoció el andar resoplado del manco de 'on Rodo y apresurado preguntó adónde se dirigía. La respuesta fue aún más misteriosa: "Voy a cumplir mi parte del trato".

Los carabineros, mientras investigaban el caso, interrogaron al ciego, éste alcanzó a declarar que cuando dejó de oír los pasos del caballo comenzó a soplar el viento puelche tan rápido y con tanta fuerza, que apenas alcanzó a refugiarse entre unos escuálidos ñires. Sin embargo, no se quedó allí escondido, la curiosidad lo alentó a seguir los pasos del jinete presintiendo adónde se dirigía y queriendo escuchar lo que venía. Caminó despacio, guardando un silencio sepulcral que inundó el cerro en ese momento y allí sintió cómo los primeros vientos de la tempestad traían un inconfundible olor a azufre. El miedo y la intensidad de la tormenta, lo llevaron a buscar camino a su rancho para capear el gélido viento y la intensa lluvia que azotó esa noche. Cuando bajaba hasta su casa, dijo haber oído un disparo, pero pudo haberse confundido con los truenos. Fue el último testimonio acerca de 'on Rodo. A los pocos meses, el viejo murió en la más completa soledad cordillerana, en realidad nadie sabía mucho de él, vivía solo desde que su único hijo se mató y eligió la montaña para llorarle como un ermitaño.

Siguiendo las pistas de la desaparición, el último rastro de hombre y caballo se perdía en Piedra Rajada, pero

el mentado jinete no apareció nunca, como si se lo hubiese tragado la misma montaña; sólo su caballo fue encontrado cerca de los corralones de la casa patronal junto al gran rosillo moro, el favorito de 'on Rodo. Los caballos estaban mojados y asustados, les tomó todo un día a los camperos poder lacearlos y llevarlos a las pesebreras. Nunca se recuperaron del trauma, dicen que al sentir una tormenta venidera, los caballos se alborotaban de tal forma que escapando de sus corrales corrían de forma descontrolada por el bosque buscando la montaña.

Uno de los policías que investigaba el caso encontró en la falda del cerro un pequeño escapulario de plata con una foto muy antigua y una inscripción en que se leía "Mercedes Hernández de Torreón". Nada más se supo oficialmente del caso y allí nació la leyenda.

Un sinfín de historias afloraron sobre la desaparición de 'on Rodo, cada cual con argumentos más fantásticos que poco a poco se desvanecían en el mito uno sobre otro, con explicaciones supuestas que sus narradores aseguraban como verdades absolutas. Las había desde las más simples hasta las más fantásticas. Los más escépticos hablaban de un desbarrancamiento en lo alto de Huiza, allá donde los desfiladeros son inexpugnables; nadie creía sinceramente esta tesis, pues 'on Rodo era conocedor de esas huellas y era casi imposible llegar hasta el límite del barranco. Otros aseguraron que se había ido a Argentina por el paso del Bagual e incluso dicen haberlo visto por ahí en alguna estancia, pobre y roto trabajando como ovejero. No faltó quien asegurara que fue fulminado por un rayo en la montaña. Sin embargo, ninguna de estas teorías tiene completa adherencia en la comunidad, eran muy pocos quienes daban fe a estas historias, pero había

una que todos compartían aun en lo más profundo de su incredulidad.

Niños y viejos han contado un sinnúmero de veces la célebre historia de la desaparición de Rodomiro Uribe. Según cuentan, 'on Rodo había obtenido todas sus riquezas mediante un pacto firmado con sangre, sacada de su mano izquierda con un puñal de oro. A cambio de la fortuna inmensa que éste mantenía, entregaría un día su vida y alma al cabo de un tiempo determinado. Ese tiempo se había cumplido, el día llegado y el anuncio del fin del trato fue precisamente la magnífica tormenta que aún está en la retina de los habitantes de Huiza. Aquel hombre que nunca perdió un solo juego de truco, ni una carrera de caballos y no se le fue ni una sola china, debía llegar aquel día a Piedra Rajada para cumplir su parte del pacto. El mito dice que estaba arrepentido y que deseaba deshacer el dichoso trato a como diera lugar, lo que le costó su vida mundana y alma eterna. Todos sabían quién era la contraparte del trato y que no se deshacían contratos con él.

Esta historia fue relatada a los carabineros que llevaban la investigación, quienes debieron archivar el caso, haciendo aún más creíble el mito del pacto que envolvió la muerte del hombre de Huiza.

Pero la verdad, dista mucho de la leyenda.

La tarde en que comenzó la tormenta, Rodomiro dormía plácidamente una siesta luego de regresar del pueblo donde había comprado un par de provisiones que faltaban en su despensa. El calor del día lo agotó, durmió mucho más de la cuenta y solo se despertó cuando comenzó el primer resoplido de los vientos. Al darse cuenta de que había dormido más que de

costumbre, salió a tranco ligero de la casona para encerrar sus caballos; manejaba cuatro o cinco para su montura y los cuidaba como hueso santo, pero su rosillo moro, el regalón de sus aperos, no estaba en el corral donde lo había dejado antes del almuerzo. Al acercarse a las trancas, notó un par de huellas pequeñas que venían desde el monte, las huellas estaban acompañadas de un palo, dando la impresión de apoyo, una especie de rústico bastón, y se perdían al llegar al camino de los arrieros de Huiza.

Rápidamente, ensilló uno de los caballos que comenzaba su etapa de amansa y comenzó a seguir la huella del moro. No era difícil seguir las pisadas dejadas en la tierra húmeda, debido a la envergadura del manco. Rodomiro, además, era un rastrero experto y el ladrón no la iba a tener tan fácil. Escopeta cargada y municiones extras en el cinto, ató los perros a las puertas del caserón como guardianes y se encumbró a los desfiladeros de Piedra Rajada persiguiendo al osado ratero. Mientras subía hacia la cumbre, pudo distinguir a algunos de sus trabajadores que finalizaban sus labores y apuró el paso antes de que le encontrara la noche en la persecución. Las huellas del moro se hacían cada vez más frescas subiendo, pero difusas en la dirección de cada paso, pareciera que el jinete pretendía desorientar a su persecutor y zigzagueaba entre los últimos vestigios de nieve que se derretían por el intenso calor del día.

El cielo se cerraba cada vez más rápido, el puelche chocaba con furia sobre su manta de castilla y hacía muy dificultosa la visión para caballo y jinete. El agua rápidamente comenzó a borrar las huellas que lo guiaban y casi por instinto siguió un viejo camino que llevaba hasta el límite del desfiladero.



La caída de un trueno espantó al caballo que comenzó a corcovear como si hubiese sido atacado por una fiera. Rodomiro era jinete avezado y se sostuvo con hidalguía sobre los lomos del furioso pingo, pero lo escarpado del terreno hizo tropezar al robusto animal y cayó de hocico y rodó varios metros hasta el borde barranco abajo. La caída lo hirió gravemente y quedó con una pierna rota con el hueso asomado bajo la bota y las costillas quebradas que no lo dejaban respirar. El caballo había rodado sobre él y sentía como que se había reventado por dentro sufriendo dolores insoportables. A duras penas se arrastró hasta unos ñires y se puso de espaldas para respirar profundo. Con desesperación, buscó bajo la manta el escapulario de su madre, lo besó con devoción y se aferró a la idea de la vida. Con la imagen de su madre en las manos, pidió fuerzas para salir de aquella desventura. La lluvia se hacía cada vez más intensa, los truenos estallaban en sus oídos y recostado sobre el barro veía iluminarse el cielo con los rayos que se seguían uno tras otros como tratando de atraparse.

El caballo, lastimado también, se levantó del barro con desespero, y huyó cerro abajo saltando y pateando como si tuviera al león en sus corvas. Le escuchó resoplar el agua en su loca carrera alejándose irremediabilmente cada vez más de él.

Resignado, trató de guarecerse un poco más bajo los ñires, pero el intenso dolor no le daba movimiento alguno. Comenzó a pensar que pasaría la noche de tormenta ahí, en medio de la nada y que los camperos que habían visto su paso le buscarían en la mañana siguiente. De pronto, de entre el ruido del agua que caía furiosa, logró distinguir unos pasos cansinos muy, muy cerca. Gritó ayuda con todas sus fuerzas esperando ser oído y rescatado, no recibió respuesta, pero estaban cerca, podía sentir la respiración jadeante del caminante casi como si estuviese en sus barbas.

Los pasos se acercaron en un andar lento y zigzagueante, por encima de su cabeza, una sensación de pánico y alivio se mezclaron en su mente. Un bastón de madera labrada tocó su cabeza, le quitó de las manos el escapulario y lo arrojó hacia el vacío y puso en su pecho el doble cañón de un choco. La lluvia caía sin cesar sobre su rostro, respiraba con dificultad, mientras sentía el apretón de los tubos de la escopeta en su corazón, ni siquiera preguntó quién estaba detrás del gatillo, lo supo de inmediato. Comprendió que era su hora, sacándose el sombrero, miró desafiante y escuchó las últimas palabras antes del silbido tronador del trabuco: "Un gañán *calla'o*, es un gañán que sigue vivo".

PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

PREMIO ESPECIAL
PUEBLOS ORIGINARIOS

Ingrid Cahuin Quiroz

29 años

LOLOCURA, NUEVA IMPERIAL, REGIÓN DE LA ARAUCANÍA



Era una vez un cacique que tenía una gran fortuna, compuesta por animales, terrenos, bosques y varios hombres que trabajaban para él. Estaba casado con dos mujeres: con la primera tuvo tres hijas y años más tarde, con la segunda tuvo un solo hijo, a quien llamó Chaucono.

Chaucono era su predilecto, ya que lo sucedería cuando él muriera, pues solo el mayor hijo hombre podía tener el cargo.

Los años pasaron con normalidad, aunque la convivencia entre las esposas era de total rivalidad. La primera esposa nunca quiso aceptar que ese niño fuera prácticamente dueño de todo. Su impotencia e envidia hacia la segunda esposa y su hijo la hicieron tomar la decisión de envenenarla y para no despertar sospechas no quiso hacer lo mismo con el niño hasta que pasaran unos años.

Chaucono creció solo, aunque siempre protegido por su padre, quien le enseñaba a medida que crecía todo

lo referente al campo y las formas de hacer negocios para así asegurar un buen futuro para él y sus hermanas. Fue así como se desarrolló, y llegó a ser un joven hábil, inteligente, alegre y sobre todo amable con todas las personas de la comunidad, nunca miraba con altivez a nadie sabiendo que sería el nuevo cacique cuando su padre faltara. Estaba enamorado de Naitui, una joven muy hermosa con muchos pretendientes, hija de un toqui que vivía en un lugar cercano. Su amor era correspondido, aunque el cacique -su padre- no aceptaba la relación, porque su familia no tenía un buen nivel económico. El toqui, por su parte, siempre estuvo interesado en que su hija se casara con Chaucono, ya que tendría muchas ganancias por la compra de su hija cuando él pidiera su mano, además era el mejor postor.

Mientras, en la casa del cacique, la madrastra quiso continuar con sus malas intenciones, ahora contra el muchacho a quien trataba de envenenar al igual que a su madre, pero esta vez equivocadamente, su padre tomó el veneno. La mujer, en su desesperación y de



acuerdo con sus hijas, culpó a Chaucono de haber envenenado a su padre para poder heredar luego y casarse con su amada sin que nadie se interpusiera. Fue entonces que lo expulsaron de la comunidad y escogieron provisoriamente a un nuevo cacique, a través de una junta hecha por los líderes y ancianos del sector.

Chaucono se fue a vivir con su abuela materna sin nada y con el honor hecho pedazos por creerlo todos un asesino. Además, el toqui, al saber lo ocurrido y que ya no tenía nada, prohibió el romance con su hija para siempre, a pesar de que ella estaba convencida de que era inocente.

Al pasar el tiempo, el toqui escogió un nuevo pretendiente para su hija en contra de su voluntad; era un mapuche ya mayor, pero con dinero dispuesto a pagar lo que fuera por ella. Cuando Chaucono supo de esta noticia se puso tan triste que quiso morir. Su abuela, al verlo tan desolado por su amada, quiso ayudarlo, le regaló un caballo ensillado, el mejor que tenía en su corral, gran parte de sus joyas y una manta que ella misma había tejido con hermosos dibujos para cuando fuera cacique. La idea era que se robara a Naitui y se fueran lejos a empezar una nueva vida. Es así que un día antes de que se casara, muy temprano, cuando ella recogía leña en el bosque apareció Chaucono en su caballo y le propuso huir juntos; ella ni siquiera lo dudó y a todo galope se fueron muy lejos, donde nadie sabía sus apellidos ni familias.

Con el dinero de la venta de las joyas de su abuela compró un terreno y algunos animales y con sus propias manos hizo una “ruca” y labró la tierra tal cual su padre le había enseñado.

Al paso del tiempo, en la casa de la madrastra, sus tres hijas se casaron con hombres vividores y flojos que disfrutaron cada una de las riquezas existentes y, como no trabajaban, fueron vendiendo todo poco a poco incluso los terrenos, hasta que llegó el día que no tuvieron nada, solo el peso de la conciencia que no las dejó vivir en paz.

En cambio, Chaucono formó una bonita familia y una pequeña fortuna, nunca tanto como la de su padre, pero el resultado de su trabajo le dejaba buenos frutos. Siempre en sus temas de conversación recordaba su niñez y decía que él era un cacique, pero la verdad nadie le creyó, porque no tenía riquezas y por eso lo llamaban el cacique pobre. 🍒

PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

PREMIO ESPECIAL

MUJER RURAL

Alberta H. Pérez González

Educadora de Párvulos

IQUIQUE, REGIÓN DE TARAPACÁ


Solo quería ser feliz

¡¡Luna, luna,... dame nariz!! Así le cantaba la madre al bebé para hacerlo dormir.

Ella era una mujer de la comunidad aymara de Camiña y como muchas de las mujeres había quedado embarazada y se había “juntado” con el hombre con quien vivía.

El bebé jugaba con sus manitos y repetía cada vez que escuchaba a la madre: “¡¡ga, ga, guhh!!”

Ella lo miraba, sonreía y se preguntaba: ¿Dónde estará? Yo estoy muy cansada y sólo quiero ir a dormir, la comida se enfría y él no llega.

El bebé por fin se durmió y junto a él también ella, que estaba muy cansada por el trabajo del día.

De pronto, un tremendo golpe en la puerta de entrada la despertó, ella muy asustada sabía lo que venía. Ilusamente se hizo la dormida pensando que, tal vez, él la dejaría, pero de un manotazo descolgó la cortina

raída y desteñida que separaba el ambiente y él entró echándole los consabidos garabatos.

- Oye, tal por cual, ¿es que no *podí* entender que me gusta que me *esperí* con la comida caliente, como a mí me gusta? Apenas ella se enderezó en la cama cayó al suelo producto de los puñetes y patadas que él le propinaba.

Había llegado borracho y le estaba pegando otra vez.

Aguantó los golpes, no quería que el niño despertara con la bulla y se asustara, pero fue inútil, el bebé despertó y se puso a llorar.

- ¡Haz callar a ese cabro de m...!

Como pudo, se levantó, tomó al niño y le puso la “teta” para que se volviera a dormir y con la otra mano calentó la comida y la puso en la mesa.

Tan borracho estaba que no alcanzó a comer y se quedó dormido con la cabeza apoyada en la mesa.



Ella estaba harta, ya no sabía qué hacer, antes había ido a la tenencia a denunciar el mal trato, pero el carabinero le dijo que posiblemente ella tenía la culpa. También había ido a la municipalidad a hablar con la señorita que conocía su situación, pero ya no estaba trabajando allí y ella no tenía confianza con las otras personas como para contarle su caso; además, la mamá le había dicho que los hombres eran así y se les pasaba cuando estaban viejos.

En fin, así pasó la noche pensando y sobándose los lugares del cuerpo que más le dolían hasta que cantó el gallo.

Se enderezó, arropó al bebé y lo cargó en sus espaldas. Debía ir a la chacra a fumigar el ajo, luego regresar a hacer el pan y cocinar.

Mientras preparaba la "bomba" pensaba que ella había visto a otras mujeres que los maridos la sacaban a la cancha, a la iglesia o hasta a las fiestas, pero su "marido" salía siempre solo... Estaba en eso, cuando la idea se le cruzó por la mente y no lo pensó dos veces. Entró en la casa, aún permanecía el hombre borracho en el suelo y roncando. Ella llenó el jarro con el veneno y se agachó con la intención de vaciarlo en la boca del hombre, medio dormido él movió la cara y ella muy decidida se sentó sobre él, le apretó la nariz y empezó a vaciarle el jarro dentro de la boca, otro poco y otro poco hasta

que no quedó nada. Se levantó y puso el jarro en una de las manos del hombre.

Pasó tal vez un par de minutos y el veneno empezó a hacer efecto. Ella firme en su propósito se paró frente a la puerta como para impedir que saliera. Él cayó al suelo cuando trató de incorporarse, se retorció y emitió extraños ruidos, la miró y se desplomó definitivamente. Ella no sabía cuánto tiempo había pasado. Por un instante sintió que se arrepentía, pero pensó:

- ¿Qué habría pasado si se hubiese salvado? Tal vez, estaría presa o él la habría muerto a golpes y ¿qué habría sido de su bebé?

Todo había terminado y no había lugar para remordimientos.

Tomó al bebé, lo cargó en sus espaldas, el sol empezaba a calentar y dar color a la "ladera", el lugar donde estaba su chacra; decidió que ya no fumigaría. Respiró profundo y con la cortadera en una mano y la manta en la otra se marchó a la chacra donde estaría hasta el medio día.

Miró el cielo, estaba muy limpio y azul. Respiró profundamente el aire que en ese momento se combinó con el olor del veneno de sus manos, se sintió muy aliviada y tranquila: Ahora sería feliz. 

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

PRIMER LUGAR
Braulio Manuel Olavarría Olmedo
65 años
ARICA


Se hizo humo

Emiliano Marca era apenas un muchachito cuando se incorporó a la arriería. Fue aquel día en que su padre le confidenció que se sentía enfermo y necesitaba que le ayudase en sus trajines entre la precordillera y la pampa. En verdad, no le disgustó la idea de dejar la escuela e ingresar -niño todavía- a la vida del trabajo; cosa que en aquellos tiempos era bastante común.

Fue un cambio de vida sustantivo. Pudo salir de ese pequeño mundo que hasta entonces había conocido: su pueblo natal de Coscaya, acurrucado y en proverbial letargo -al igual que otros pueblos aledaños- en el fondo de quebradas a las que se accedía serpenteando endiabladas cuestas, en medio de un paisaje caracterizado por cascajos, arbustos secos y uno que otro árbol. En adelante, y sobre todo después de que murió su padre, se le abrió el horizonte de la pampa salitrera: ancha, pródiga de luz, colores y distancias, bajo la esplendente bóveda celestial.

La monotonía del terreno la rompían unas lomas que no lograban empinarse sobre el centenar de metros,

a espaldas de las oficinas. Más allá, otra vez la planicie arenosa y las distancias crecedoras y, al fondo, en el umbral de la cordillera marítima, se columbraba una cortina azul-morada de cerros huraños, coronados de nubes, que retroceden adrede cuando se percatan de que uno pretende aproximarseles.

Un nuevo mundo que le desplegaba tantas vivencias entrañables como las gélidas mañanas cuando, tras la salida del sol, un viento juguetón se entretenía arreando vellones de camanchaca o, por las tardes, cuando un viento sátiro se empecinaba en levantar las faldas de chusca de las calicheras vírgenes.

Sólo las plantas de producción interrumpían el silencio escénico de la pampa salitrera. Armatostes de fierro, máquinas que resoplan traqueteos y vapor, rechinantes cintas transportadoras, estanques que se llenan y vacían sin tregua, descomunales martillazos provocados por el volquete mecánico de los carros, altas chimeneas que vomitan incesantes columnas de humo, acopios de oro blanco, ordenadas rumas



de sacos, convoyes de trenes impacientes por partir raudamente al puerto. Una secuencia de engranajes en febril interacción.

Todo ello manejado por hombres igualmente frenéticos y bulliciosos: los pampinos. Trabajadores rudos, estoicos, curtidos por el cuchillo del frío y por el látigo de muchos soles enardecidos; ágiles para desenvainar tanto el chascarro como la quisca certera.

De todas las oficinas, a Emiliano le agradaba sobremedida la estampa de la Santa Laura, con esas altivas torres que se le antojaban las chimeneas de la planta en prolongado, o tal vez definitivo, receso y a las que un desconocido poeta, un tal Braulio Olavarría, les dedicara estos versos:

¿Alguien más soñó,
tras los mirajes de un día complaciente,
con despertar ese sueño amortajado de herrumbre?

Por la noche, la pampa se envolvía de silencio, frío y oscuridad (aunque había también noches clarísimas) y se insinuaba pletórica de magia y palpitos de encantamientos. Se lo habían contado, pero a Emiliano no le impresionaba mucho saber que en los extramuros de lo tangible y en medio de la intemperie nocturna merodeaban furtivas figuras de ultratumba.

Por ejemplo, por la torta de ripio de la oficina Peña Chica, se paseaba el Pije, profiriendo gritos y silbidos que taladraban la noche y el ánimo de los eventuales caminantes.

- ¡Eh, amigazo, a *usté le'igo*! ¡Arrímese *pa'cá*, que le tengo *argo güeno*!

A los interpelados les crecían batidoras alas en los pies.

- ¡Te le aconcharon, cabrito. Ja, ja, ja,ja! ¡No *sabís* lo que *perdí*s, torrante. *Vai a seguirl* siendo un pobre hueón pobre!

Y continuaba paseándose con una elegancia que ni el mismísimo Coronel North hubiese podido emular: enhiesta chistera, frac reverberante, guantes altísimos, relucientes zapatos de charol. ¿Quién más Pije que él?

Un voluminoso maletín colgaba de su mano izquierda, mientras que en la diestra empuñaba un bastón, cuya puntera remataba en rutilante taco dorado. Dueño y dispensador de toda riqueza soterrada en la pampa, no cesaba de pregonar su invitación.

Los valientes que se atrevían a aceptar la oferta debían sujetarse a la siguiente fórmula: avanzar y detenerse a unos diez pasos de la torta de ripio, fijando la vista solamente en los deslumbrantes zapatos de charol y, muy importante, mantener la mente fría y sepultar toda ambición. Apenas se difuminaba la silueta diabólica –tras quizás cuán eternos segundos– había que ponerse a escarbar en la arena como quirquincho. Nunca se supo de alguien que le haya atinado a la oferta.

Dentro del espectro fantasmagórico pampino, contaban los más antiguos acerca de una especie bastante poco conocida: los cueros o espantos. Siluetas revestidas de un pellejo tan duro que eran invulnerables, incluso a las balas. Se les avistaba únicamente en el sector de Dolores, en las proximidades de un antiquísimo panteón.

Aparte de los duendes (buenos y malos, blancos y negros), se temía a la Viuda. Claro que hubo más de alguna que desquició el mito, pues se descubrió que no eran sino esotéricos chiflados o tipos proclives a las bromas de mal gusto.

A propósito de duendes, se decía que éstos encarnaban el despecho y el rencor hacia la maternidad desnaturalizada. Son guaguas que murieron moras (sin bautismo) o también fetos a los que se negó el ser y quedaron por allí simplemente botados o a medio sepultar y, por eso, salen de noche a penar y a molestar a los cristianos.

Una manera infalible para evitar esto, según revelaban los viejos, era enterrar bien el feto, pero también era imprescindible ponerle vainas de ají sobre el cuerpo.

Un viejo pampino aseguraba haberlos observado una vez que trajinaba tras un entierro por la oficina Rosario de Huara, ya por entonces abandonada tras el incendio que la arrasó. Resulta que el administrador negó su permiso para que el baile de la oficina concurriera a la fiesta patronal que se celebra por agosto en el pueblo de Tarapacá, lo que provocó la ira y el castigo de San Lorenzo: Rosario de Huara nunca más volvió a funcionar.

Decía ese amigo que vio a los duendes jugando en la calle, como escolares en recreo e ignorantes de los ojos que atisbaban por las rendijas de un galpón.

Fue un chiripazo que no lo hayan descubierto, porque los duendes son sumamente agresivos. No se condice su diminuto tamaño de niños como de tres a cuatro años con la fuerza incontrarrestable de que hacen gala.

Ah, y tienen una mano dura y otra blanda. Se plantan frente a su víctima y amenazan:

-¿Con qué mano *querís* que te pegue: con la de fierro o con la de lana?

Se trata de una alternativa totalmente capciosa, de opciones cruzadas. Si se escoge la mano de lana, queriendo evitar el castigo, uno se matricula precisamente con la de fierro y en un santiamén irrumpe el golpazo de manopla. En cambio, los intrépidos que eligen el metal, apenas reciben una guantada. Comoquiera que sea, el duende pega y se va.

En el bosque de Las Pillallas, más o menos entre el pueblo salitrero de Huara y las estribaciones de la precordillera a la altura de Tarapacá, moraba un duende de excepcional fiereza y diferente a todos los de su casta. Ese duende no se arredraba ante los garabatos, ante los correazos ni tampoco ante los excrementos. Su presencia, sumada a la temible cercanía del cerro Unita, hacía que los arrieros evitaran pasar por allí en horas de la noche, porque nadie sabe cuándo pueden sobrevenir las horas malas.

Emiliano consideraba que la gigantesca figura (como de dos cuardras de largo) que los gentiles dibujaron en ese cerro no era como para tener recelo. Él la interpretaba como la representación de un tite y ocurre que el gato andino es un animal no solamente inofensivo, sino también benefactor. En efecto, para la fiesta familiar de cada 24 de junio, su abuelo bailaba con un tite embalsamado al hombro, pues de esa manera se propiciaba el múltiplo del ganado.



En su labor de arriero, Emiliano empleaba siempre las vías más directas. Como aquella noche en que pasando por el bosque de Las Pillallas, se encontró de sopetón con el pequeño fantasma.

- ¡Bájate, hue'ón!, tronó el duende.

- ¡Bájame *voh, puh*, pergenio de mier...!

No alcanzó a terminar su bravata, cuando se vio mordiendo polvo. El duende, que se desternillaba en agudos chillidos, se le acercó:

- ¿Con qué mano te pego, ah?

- ¡Pega con la de fierro, no más, *hue'ón*! - replicó el arriero, rearmándose de valor.

Una suave guantada y el duende se alejó mascullando maldiciones.

Tras la venturosa escaramuza, el arriero fraguó su carta de triunfo. Esperó y con las primeras luces del alba emprendió una excursión por Las Pillallas. Una minuciosa búsqueda entre los matorrales entregó el fruto esperado: dentro de una descolorida caja de cartón descubrió los nauseabundos restos de un feto. Juntó ramas y hojarasca, encendió una fogata y el terrorífico duende se hizo humo. 🍂

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

SEGUNDO LUGAR
Alfredo Juan Terán Calle
48 años, mecánico
ARICA



Remembranzas de mi niñez

En mis recuerdos más atesorados, aún está la imagen de mi hermano Juan, el mayor de los hombres, llegando en septiembre a la fiesta del pueblo Parinacota con sus invitados durante las vacaciones de verano. Lo hacía con los jugadores, hinchas y simpatizantes y, por supuesto, con la familia residente en Arica. ¡Qué memorables eran esos momentos!, en especial, cuando mi papá hacía el recibimiento correspondiente a toda la comitiva, y nada menos que con fuegos artificiales de esos tiempos. Se realizaba cuando ellos entraban al pueblo vecino, Chucuyo, porque en esos tiempos, desde el cerro bajaba el camino que llegaba al pueblo de Chucuyo, bueno cuando entraban, mi padre hacía reventar tres dinamitas en el cerro.

Cuando estaban entrando a la curva de Tuldune, reventaba dos, ¡qué estruendoso era! parecía un trueno de lluvia. Después, el estallido principal, cuando llegaban al alto del pueblo. Me imagino que cuando el camión con sus pasajeros llegaba a ese lugar esperaba a que los otros vehículos que lo acompañaban lo alcanzaran, para que entraran todos juntos. Para mí

era tan lindo y emocionante, por toda la expectación y el arco de queñua que le había hecho mi padre para recibirlos; todo se veía bonito. Cuando ya la caravana se adentraba al pueblo comenzaba a sonar la música de la banda y la alegría reinaba en el entorno. Cuando se aproximaban al arco, la banda comenzaba con la serenata y los petardos o cohetillos sonaban y sonaban. El recibimiento era maravilloso, pasaban todos por el arco y se dirigían a la plaza del pueblo y la banda los acompañaba.

Una vez en la plaza, todos comenzaban a bajar de sus respectivos vehículos y los abrazos de bienvenida se hacían sentir, la alegría era desbordante. También los “apunados” se hacían presente con los achaques de la famosa puna. Todo era de algarabía, se bajaban todos y yo, por supuesto, miraba y miraba. Luego de darles la comida a los que podían comer, y los famosos mates de chachacoma, a los apunados, se les enseñaban sus lugares de alojamiento. La casa de mi papá se hacía pequeña. Mi hermano Juan venía con mis otros hermanos y hermanas que residían en la ciudad y



también con los jugadores del equipo de Parinacota Sporting Club, residentes en Arica que llegaban junto a sus esposas.

En los días sucesivos, los jugadores participaban con los niños de la escuela y sus apoderados, representándoles "squetchs". También tocaban canciones y música. Todo era bonito. Recuerdo siempre cómo mi hermano hacía el personaje del cojo que llegaba de viaje y también a mi prima Brígida cantando "La Felicidad" de Palito Ortega. Tantos momentos inolvidables que ahora con nostalgia recuerdo. Sí, la alegría para mí en ese entonces era inmensa, me pregunto cómo les habría gustado a los otros niños del lugar y a su gente.

También en los días posteriores todo el equipo de fútbol o la mayoría, iban de paseo a los lagos Chungará y Cotacotani y a otros lugares, pero en el lago ellos miraban cómo mi papa junto a su hijo mayor, Juan, se adentraban en los diferentes lugares para sacar huevos de aves. Algunos de los jugadores que los acompañaban estaban asombrados por la variedad que sacaban, diferentes tamaños y colores, imagínense las diferentes especies de aves del lugar.

Luego tenían que ver cuáles huevos eran "güeros", o sea estaban con pollo, y cuáles los buenos que estaban aptos para comer. Claro que al final se los comían todos. Yo me preguntaba entonces por qué lo sumergían en el agua y era justamente para eso: saber cuál estaba con pollo. Bueno, después, en los días posteriores se presenciaban partidos de fútbol, ya sea con el pueblo de Caquena que yo recuerde y también en otra oportunidad con el pueblo de Chucuyo, que los reforzaba Carabineros.

Recuerdo cómo mis primas distraían al arquero para que nuestro equipo pudiera hacer los goles al equipo rival.

Ya pasado los días, que se hacían muy cortos, todos ellos, los que habían traído la alegría, regresaban a la ciudad y nosotros solo nos quedábamos con la tristeza del silencio y el recuerdo de bellos momentos de alegría para todos.

Estos acontecimientos los viví, que yo recuerde, en tres ocasiones aproximadamente, entre los años 1968 y 1971, cuando tenía entre 6 y 9 años. ●

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

TERCER LUGAR
José Olivares Callejas
Agricultor
ARICA

Aln pequeña agricultor

Un pequeño agricultor del Valle de Azapa estaba vendiendo unos cajones de tomates muy hermosos en su pequeña camioneta. En un momento se acercó un señor que por su aspecto parecía provenir del sur, era un comerciante mayorista de Lo Valledor, uno de los terminales del agro más importantes de Santiago.

Este señor elogió al agricultor por la dureza y el color de sus tomates y le preguntó cuántas hectáreas de tierra poseía.

El agricultor contestó que solo una pequeña hectárea. Este comerciante santiaguino le comentó las ventajas que podría tener si arrendaba más tierras. El agricultor contestó que se sentía satisfecho, pues el trabajo de la agricultura en mucha extensión necesitaba de mucha dedicación, esfuerzo y sobre todo mucho dinero, ya que los insumos y los diferentes productos para combatir las plagas eran muy caros.

“Siento que tengo lo suficiente para vivir y disfrutar

con mi familia, especialmente los fines de semana que nos vamos a Tacna a disfrutar de un buen almuerzo, además llevo todos los días a mis hijos al colegio y por las noches los ayudo en sus tareas: soy muy feliz”, comentó el agricultor.

El comerciante insistió, además de ser comerciante soy ingeniero comercial y deberías hacerme caso: “Arrienda más tierras, planta en los cerros y en el lecho del río, es algo que se está haciendo muy común en el valle y cosecharías toneladas de tomate y luego te instalarías con un packing, comprarías camiones para llevar tus productos, te comprarías una bodega en Lo Valledor y tú mismo venderías tus productos”.

El agricultor, un tanto sorprendido ante tanto optimismo transmitido por el comerciante, preguntó cuánto tiempo significaría todo ese avance.

La respuesta fue “un poco más de diez años” y después qué ocurrirá continuó preguntando. El comerciante lo miró y dijo: “luego de hacerte conocido por tus



productos, solo te bastaría ofrecerlo por internet y te harías millonario”.

“Mucho dinero”, pensó el agricultor, y después qué ocurrirá.

El comerciante con una voz fuerte replicó: “Descansar, compartir con tu familia, salir los fines de semana a comer a un lugar hermoso, hacer las tareas con tus hijos, disfrutar con tus amigos un partido de fútbol los sábado por la tarde”.

El agricultor, muy sorprendido, exclamó: “Pero, esa es la vida que llevo hoy”.

Tanto tiempo que a veces se trabaja para buscar la felicidad que uno ya posee y que en algunos casos no la descubrimos. 

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE TARAPACÁ

PRIMER LUGAR
Senén Ignacio Durán Gutiérrez
77 años, jubilado
IQUIQUE

La cachimba de don José

Londres. Los salones del suntuoso Palacio de Exposiciones, iluminados a giorno, están plenos de público importante que asiste a la primera muestra de la más completa colección de pipas de fumar, cuyo feliz coleccionador es Luis Smith.

Luis, de poco más de cincuenta años, desde muy joven sintió la pasión de coleccionar esos utensilios para fumar. En treinta años, en sus muchas y constantes giras internacionales, el estudioso logró reunir la más vasta y valiosa colección de piezas rescatadas en todas las regiones del mundo.

Su rostro resume satisfacción mientras relata a su público el origen de cada una de esas reliquias que guardan las regias vitrinas artísticamente dispuestas: este narguile perteneció a un mandarín oriental que vivió a principios del siglo XVII; esta pequeña pieza de forma fálica la obtuve de los jíbaros en las selvas del Alto Amazonas, trocada por diez libras de sal marina; con esta pipa -decía, indicando una de sesenta y cinco centímetros- se fumó la paz entre blancos y Sioux en

las praderas del Medio Oeste de Estados Unidos de América.

La exhibición de tubos y tabletas era explicada concienzudamente por el erudito. Cada artefacto, cada uno de esos receptáculos, tenía un origen apasionante. Luis mostraba toda la historia del adminículo que hace más refinado el placer del tabaco, con sus usos y transformaciones en el transcurso del tiempo. Fue ese mismo día, tan memorable para el coleccionista, cuando se enteró de que su maravillosa colección carecía de algo. Estaba incompleta, pues estaba ausente una pipa de raíz de calafate.

Supo que en Chile, en los confines de sus territorios, al occidente de la Patagonia americana, allá por los valles del Baker, Mayer, Cochrane, los habitantes de Trapananda tallaban pipas de la raíz de un arbusto nativo: “El Calafate”, del que el viajero debía cuidarse de probar sus frutos, si deseaba regresar a su patria. La singular tradición prendió en la imaginación de Luis, se hizo el compromiso de ir en busca de una de esas piezas



para así poseer el más perfecto y total muestrario de que haya memoria. Jurándose no probar el calafate, se fue a las provincias australes de Chile y, entre quilantos y nalcaeros, se internó en el corazón de la silvestre provincia de Aysén.

Es algo sabido en esas comarcas que el nativo, al hacer una pipa, la crea sólo para él, que de muchacho así lo deseó, cuando joven para ello se preparó y ya en su madurez pone manos a la obra con esa habilidad artesana heredada de los antiguos pioneros que dieron origen a los pobladores de esos boscosos valles. Cuando él muera, su pipa formará parte de la herencia que por derecho natural corresponde al hijo mayor varón, el que no permitirá que manos profanas la usen.

Don José Barría Verdugo, feliz hijo del monte, nacido en Guadal, destetado en Mallín Grande; crecido entre huemules, ovejas y baguales; en su vida fue pionero, actor y testigo de la colonización de Aysén; antiguo entre los antiguos, puestero de la Estancia los Cóndores, había decidido hacer su "Paipa". En sus frecuentes recorridos por los suelos con olor a bosque, entre mallines, lengas y ñires escogió la mejor mata madurada de calafate, con su machete la derribó y de ella tomó el trofeo: la raíz, cuidadosamente la secó al sol después de haberla macerado en grasa de oveja. Ese trozo de madera informe, retorcido, cubierto de asperezas, lo colgó al humo del fogón; allí lo vigiló diariamente mientras se entregaba al ritual del mate amargo, cimarrón inseparable y buen compañero en soledades y silencios.

Al anunciar el invierno su arribada, dejó descansando perro y caballo y el ganado a resguardo en la majada.

Tomó asiento en el trono de su albergue -un tronco cubierto con piel de chiporro- y dio comienzo a su obra, desbastando con cuidado y seguridad el trozo de raíz curado. Las hábiles manos fueron descubriendo una cazoleta y de ella desprendía una especie de cañuto. Noche tras noche, el trabajo avanzaba perfeccionándose. Mientras afuera la nieve danzaba sobre los coironales, él continuaba tallando. Don José no tenía prisa, en su filosofía: "el que se apura pierde el tiempo"; él quería una cachimba bien hecha, modelada por sus propias manos, creada nada más que para José.

Tras varias nevazones y temporales, la cachimba estaba casi terminada, mejor dicho lista para abrir el conducto del humo a lo largo de la delgada chimenea. Tomó don José un gran alfiler de gancho extendido y calentando repetidamente al rojo el extremo aguzado, fue perforando milímetro a milímetro el delicado conducto. Noche tras noche, esta suerte de broca fue avanzando en el corazón mismo de la noble madera hasta que un día una pequeña nube de humo anunció que el barreno había llegado al final del estrecho conducto. La cachimba estaba hecha. El invierno había terminado, así lo anunciaban calafates y ciruelillos cubiertos de yemas de la nueva primavera.

Es asombroso cómo esta obra fue tallada por manos encallecidas en la áspera labor de campos bravíos, trabajada con paciencia inagotable en las extendidas noches de todo un invierno en la Patagonia chilena, laborada a la luz del hachón inquieto de las llamas del fogón y del chonchón de cebo. Trabajada con el mismo machete con que el poblador se abre senda en la espesura y hace los envaralados, con el propio inseparable facón con que el hombre carnea el ganado,

con el exacto templado acero con que el campesino churrasquea; con el indicado afilado cuchillo que, como una costilla más a su espalda, el colono carga al cinto. Fiel herramienta que a veces se convierte en instrumento de defensa del honor, se troca en este caso en dócil escalpelo en manos del hombre artista para tallar la cachimba de raíz de calafate, todo ello al amparo de una reducida habitación.

Don José se aprestó a la estimulante delicia de cargar por vez primera su flamante cachimba con un buen tabaco de hebra. Pleno de satisfacción y sano orgullo se entregaría al placer tanto tiempo esperado. Ya se veía con la preciosa pieza aprisionada entre ambos labios y de ella surgiendo a la vida las espirales transparentes, leves, de la esencia y el alma de la rubia cautiva que abandona su cuna para, enamorada, ir en pos de su amado, el sol.

Iba a acercar la brillante llama de una astilla al tabaco cuando ladridos de su perro y trancos de caballar anunciaron la llegada de un extraño. Abrió la puerta don José, con esa llaneza de campesino sin temores. Ante él, de pie, estaba un espigado y rubio extranjero: era Luis Smith. Los azares del destino ponían al tallador, artista innato de la soberbia Patagonia, frente al coleccionista apasionado. Luis, con la intuición del hombre viajado, se dio cuenta de que se encontraba ante un prodigio: el nacimiento de una pipa de raíz de calafate. Así lo demostraban las finas virutas adheridas al ropaje del anciano, la intocada madera interior de la cazoleta, la satisfacción suprema que emanaba del habitante por luengos años de aquellos casi inaccesibles campos, la lumbre que ya se extinguía en la diestra de don José. Por favor, encienda usted, dijo entrando a la habitación del patriarca. Sus ojos no se

apartaban de la pieza subyugante. Don José encendió con calma, aspiró con satisfacción.

Luis propuso valorar la adquisición de la pipa, lo que el digno veterano de inmediato rechazó. Esto exacerbó al extranjero que siguió formulando razones extraordinarias por la cachimba de don José; ante tanto interés, se acrecentó la terquedad del curtido hombre de la montaña, las aspiraciones del extranjero se estrellaban contra un peñón inmovible. Desde entonces la codiciada pieza se vio en los labios de don José y de ella surgiendo alegres y caprichosas volutas de humo.

Avanzaba la primavera, corolas iluminaban la floresta. Don José y Luis se habían hecho buenos amigos. Luis había perdido toda esperanza de obtener lo que vino a buscar; regresaba llevando en su bagaje el sinsabor de la frustración y una rama verde de calafate prendida a su mochila, la que simbolizaba sus últimos afanes y desvelos. Temprano pasó a despedirse de su amigo don José y se perdió de vista, seguido del pilchero, cabalgando cuesta abajo por el sendero que bordea el río. Crecido y espumante, entre rocas, se retorció el torrente, arrastrando en su seno troncos y piedras que sonaban opacas al chocar entre sí. Era el salvaje mugido de aguas y de impactos perturbadores de peñas en corrientes profundas, era la melodía de la poderosa riada del Baker que, llenando los breñales, acompañaba al viajero que río abajo se dirigía abriéndose paso entre matorrales.

A media mañana, don José adoptó la suprema decisión, alcanzaría al gringo y le regalaría su pipa, ya tendría tiempo él de hacerse otra. Ensilló su zaino y tomando por el atajo entró al vado. El accidente, como todas las



desgracias, fue rapidísimo, perdió pie la cabalgadura y casi al instante flotaban al capricho de las aguas don José, el zaino y el tronco fatídico, el sombrero corriente abajo.

Abrió los ojos, sentía fiebre. Acordándose del caudal proceloso, estremeciéndose. Ante él se erguía Luis. Él le había rescatado de la correntada. Él le hizo la respiración artificial por angustiosos minutos. Lo había rescatado de las garras de la muerte. Ofreció su cachimba, ofrendó su querida pipa al salvador. Nada más tenía que ofrecer aparte de su gratitud. Fue Luis quien se negó ahora a recibir lo que para ambos significaba la más valiosa posesión. Mas cuando supo que don José había salido de su rancho expresamente a brindar este regalo, aceptó conmovido y acompañó al añoso poblador de regreso a la choza. Esa noche, el rubio whisky se paseó de mano en mano entre los dos hombres. Al día siguiente, al despedirse Luis, que ahora regresaba triunfante a su tierra, entregó al canoso José un paquete, bajo la promesa de no abrirlo hasta treinta días después.

Al mes, don José supo el contenido del bulto: libras, libras esterlinas en billetes de banco. Cuando pudo viajó a la ciudad más cercana, Coyhaique. La casa de cambio le entregó una verdadera fortuna que le permitió adquirir el fundo en que se formó y trabajó durante casi toda su existencia. Laboró con constancia, abundantes rebaños de ovejas y tropillas de yeguarizos pastaban en las amplias praderas. Buena casa patronal reemplazaban el antiguo puesto de una habitación. En la época de rozar él vigilaba que no se destruyeran las matas de calafates más hermosas, porque en la raíz de ellas, decía, guardaban para quien con tenacidad supiera encontrar, un valioso tesoro. 🍷

Glosario

Aysén: Voz huilliche, significa: Tierra adentro. La Academia Chilena de la lengua acepta: Aisén. El uso local histórico y ancestral impone Aysén.

Bagual: Caballares y vacunos salvajes. Animales indómitos.

Cachimba: Pipa para fumar.

Calafate: Arbusto espinoso de 1 a 2 m. altura. Madera color amarillo. Frecuente en la Patagonia.

Cañuto: Tubo de longitud y grosor regulares. Canuto

Chiporro: Cordero nuevo, de tres a cuatro meses. Faenado, da unos diez kilos de carne.

Churrasquear: Comer carne asada de cordero.

Cimarrón: Mate amargo.

Cinto: Faja de cuero que se ajusta a la cintura. Cinturón

Ciruelillo: Árbol de hasta 10 m. altura, tronco recto. Su madera fina es estimada.

Coironal: Estepa cubierta de coirón.

Coyhaique: Voz tehuelche, significa: Entre ríos. Academia Chilena de la lengua acepta: Coyaique. El uso local histórico y ancestral impone Coyhaique.

Envaralado: Camino de palos hachados, construido sobre mallines para paso de peatones y jinetes.

Facón: Cuchillo grande, recto.

Lenga: Árbol de 30 m. de alto y 1,5 m de diámetro. Su madera es usada en construcción y mueblería.

Majada: Corral en que se recoge el ganado, especialmente ovejas.

Mallín: Tierra pantanosa, fuente de agua y buen forraje.

Nalca: Pecíolo comestible del pangue. De 0.6 a 1 m. de alto. Frecuente en riberas de ríos.

Ñire: Árbol nativo de la Patagonia. 10 a 20 m. de alto.

Paipa: Pipa o cachimba.

Patagonia: Parte más austral de Sudamérica, desde Río Petrohué al Estrecho de Magallanes.

Pilchero: Caballar de carga para transporte de bagajes (víveres, vajilla, campamento, etc.)

Quilantos: Conjunto macizo de quilas. Quila: Coligue

Trapananda: Antiguo nombre de la Patagonia chilena.

Yeguarizos: Caballares.

Zaino: Color de pelaje del caballo alazán oscuro.

Vendavales de Tapananda, invierno 2009

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE TARAPACÁ

SEGUNDO LUGAR
María Gómez Báez
41 años
Ayudante de proyectos
IQUIQUE


Julían Legaña

Corría el año 1948, en la hacienda Santa Marta de Longotoma. En esa época, las casas de los inquilinos estaban bien separadas unas de otras. Eran de paredes de adobe con techos de teatina y coirón, para que no se llovieran. Las cocinas tenían paredes de quincha, los techos también eran de teatina y coirón y estaban fuera de la casa. Sus hornillas albergaban los anhelos infantiles de comer queso asado ensartado en unos palitos que se guardaban entre la quincha una vez usados y esa exquisita mazamorra hecha con leche, canela, azúcar y harina de trigo, que sólo los domingo preparaba con tanto cariño la abuela Zoila.

En ese entonces, la patrona, misiá Marta, estaba decidida a mejorar la producción de leche del fundo y “en menos que canta un gallo”, estando aún el viento jugueteando con las hojas que se habían caído de los álamos que estaban a la orilla del camino que unía La Canela con La Engorda, trae a Julián, un magnífico ejemplar de la raza Holstein Friesian, gran productora de leche.

Julián era un toro de grandes manchas negras sobre

fondo blanco, con cachos romos, gallardo, robusto, musculoso, muy poderoso y de curvas perfectas. No venía solo, venía acompañado por varias hembras de su raza. Es así como misiá Marta ordenó cuidados especiales para él, ¡cómo si se tratara de una niña bonita! Es por eso que Julián llega a vivir a “La Engorda”, a un costado de la administración, a un corral con techo y lo ponen bajo el cuidado de un peón de dedicación exclusiva. Este hombre andaba con él todo el día: lo lavaba en una acequia que cruzaba la calle, manteniéndolo limpiecito, y lo llevaba a pastar a un potrero sembrado con alfalfa, también exclusivo para él, cercado por pircas y ubicado al lado de la casa del capataz, don Pedro, en La Canela.

Cuando lo llevaba a pastar, el hombre demarcaba la zona donde comía con unas baterías con alambre formando un rectángulo. Si Julián tocaba estos alambres, le daba la corriente. Se hacía esto para que no pisara toda la alfalfa de una vez, corriéndole las baterías cada semana. Julián cumplió a cabalidad su rol de macho reproductor. Cubrió muchas vacas, tanto de su raza como vacas comunes. Algunas de estas últimas, eran muy chicas y sus dueños,



que eran inquilinos del fundo, no estaban de acuerdo con la cruz, pensando que por su tamaño Julián iba a causar más daño que bien, pero no hubo mayores quejas por parte de las vacas. Lamentablemente, tenía un solo defecto que resultó ser su talón de Aquiles: juntaba legañas en sus ojos. ¡Esto no pasó inadvertido por la picardía infantil sin límites!

Los niños, después de la escuela y de ayudar en las labores tradicionales de campo, asignadas con antelación por sus madres, se iban a jugar a los potreros. Entraban al potrero, donde estaba Julián, sólo los más buenos para correr. Éstos le gritaban: “¡Julián legañoso!, ¡Julián legañoso!”, y tenían que partir corriendo porque este toro, que la mayoría del tiempo era pacífico, se enfurecía y los correteaba. Los niños corrían más rápido que él y saltaban la pirca apenas a tiempo, quedando Julián encaramado sobre ésta, a punto de pasar para el otro lado. Este bruto reaccionaba como si hubiera tenido la conciencia de que “legañoso” era una ofensa a su estirpe holandesa.

Una desafortunada mañana, a fines de primavera, Julián amaneció con la “maña” y las emprendió contra su cuidador: lo arrinconó una y otra vez con la fuerza de su cabeza contra el muro de una casa hasta darle muerte. Esta desgracia conmocionó al fundo entero. Muchos atribuyeron a la “falta de vaca” la reacción de Julián, tratando de justificar a este querido y admirado animal, que sólo mostró una faceta más de su naturaleza bravía. Para su desgracia, los problemas no terminaron ahí para el pobre Julián: el administrador del fundo, don Raúl, apodado “Patas Largas” por lo alto y delgado, lo fue a ver en una inspección rutinaria. Julián, traicionado nuevamente por su bravura, lo desconoció y lo correteó. ¡Esa fue la última de sus correteaduras!, porque don Raúl “Patas Largas”, ordenó que lo castrarán. A pesar de que

los peones y gente del fundo trataban de interceder por él para que lo dejaran como toro no más, no hubo quién pudiera librarlo de la sentencia.

Los días de solaz de Julián empezaron a quedar atrás. Ahora sus labores en el fundo habían cambiado drásticamente. Tuvo que levantarse más temprano para ayudar en la preparación de la tierra. Guiado por un peón, pasaba primero un arado, que en ese entonces era tallado a pulso por un maestro que había hecho de eso su oficio, para abrir la tierra. Luego, debía cruzarla con una rastra de ramas de espinos para mullirla, con el hombre subido arriba de ella. Hasta aquí llegaba su labor si lo que se sembraba era cebada y trigo. Esto debía estar listo para “abril aguas mil”. El hombre se encargaba de esparcir la semilla al voleo. Si lo que se debía sembrar eran papas, lentejas, porotos o arvejas, luego de pasar la rastra, pasaba un arado aporcador. Entonces venía el sembrador. En el caso de las papas, daba un tranco y enterraba dos papas, daba otro tranco y enterraba otras dos papas. Luego, volvía a pasar el arado aporcador para tapar. Al tiempo de cosechar, se cortaban los vástagos y Julián pasaba el arado nuevamente, pero esta vez no para tapar, sino para sacar a la luz el premio al esfuerzo, la paciencia y la dedicación: el ansiado fruto. Las papas se seleccionaban: las grandes se iban en sacos para su comercialización; las medianas, llamadas también “semillón”, se guardaban para semilla y las chicas se cocían y se les daba a los chanchos. Cuando se sembraba lentejas, porotos o arvejas, las semillas de éstas se colocaban en hileras, para que luego pasara Julián aporcando.

Subiendo y bajando cerros terminó Julián Legañoso, otrora toro bravo, como buey manso, arando las tierras del fundo Santa Marta de Longotoma y correteando sólo las moscas con su cola. 🍷

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE TARAPACÁ

TERCER LUGAR
Fortunato Vilches Gómez
Agricultor
CAMIÑA



El cóndor y la avestruz

Antiguamente, el avestruz volaba como el cóndor, Aeran muy amigos y cazaban juntos. Un día, cazaron una vicuña, el cóndor le dio un trozo a la Pachamama y dijo a su amigo:

- Démosle un trozo a nuestra Pachamama, agradeciéndole porque ella nos alimenta.

El avestruz contestó:

- ¿Qué, a caso ella cazó la vicuña? Nosotros comemos gracias a nuestro esfuerzo.

Cuando ya estaban comiendo el último bocado, el avestruz se echó a dormir una siestecita y al despertar le dijo al cóndor:

- Amigo, ¿vamos a cazar?

El cóndor le respondió:

- Sí, vamos a cazar, desperté con hambre.

Cuando el par de amigos quisieron volar, el avestruz no pudo y se cayó al suelo. El cóndor le preguntó:

- Qué te pasa, amigo?

El avestruz respondió:

- No sé. ¡No puedo volar!

El cóndor le dijo:

- Tú eres mal agradecido. No agradeciste a tu Pachamama por los alimentos. Ella proporciona la comida a todos; en castigo no volarás.

Desde ese día, el avestruz no pudo volar más y con mucha pena, ahora sólo pasta en vez de comer carne y sólo puede correr en vez de volar. 



PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE ANTOFAGASTA

PRIMER LUGAR
Nora Lemus Villa
68 años
Profesora normalista
ANTOFAGASTA



Guacarhue...y las grandes esperanzas

La carreta avanzaba lentamente, sorteando los bellos paisajes sureños, en un día soleado de los años 50. Habían salido de Rengo, pasando por la Quinta de Tilcoco para llegar al lugar de las grandes esperanzas: Guacarhue.

Don Francisco llevaba en su carreta todo lo que poseía de valor: su mujer y 11 hijos, su caballo pilchero para cargar sus cositas, una vaca flaca, un buey que había conocido tiempos mejores, una gallinita con sus polluelos, etc. y en su corazón llevaba la alegría de que al fin la suerte estaba de su lado.

Había conocido a una “futra”, que en forma generosa había hecho un trato con él, nada de papeles ni de tonteras escritas, el trato era “de palabra”, como todo buen campesino acostumbra a hacerlo. ¿Para qué papeles y firmas, si el trato lo hace un campesino que es un hombre de palabra? Así lo hicieron siempre sus padres y los padres de sus padres.

La “Futra” era dueña de un terreno virgen al lado de un cerro, jamás lo habían trabajado ni mucho menos sembrado.

En dicho terreno había pajonales con malezas, moras y árboles. Al parar la carreta, don Francisco miró todo sin ver la enormidad del trabajo que lo esperaba, sus ojos de campesino sabio sólo veían una tierra fértil, que nunca había sido sembrada y, por lo tanto, una vez lista para la siembra, iba a ser pródiga y dadivosa con sus cosechas.

El trato al que habían llegado, era el pago de un arriendo al alcance de su bolsillo, y que una vez que se produjeran las cosechas, el 50% de todo lo que saliera era para la dueña del terreno y el otro 50%, para él. Por lo tanto, no importaba cuánto trabajo significara, esa tierra buena lo iba a premiar, porque como era tierra excelente el 50% era más que suficiente para él y su prole, para vivir e incluso ahorrar.

Y empezó la titánica tarea de limpiar el terreno, de a poco cortó las moras, ayudado por los hijos mayores.

En la casucha que armaron quedaba su esposa con el resto de los niños. Su esposa, mujer campesina neta, tenía la fuerza para trabajar codo a codo con él: ordeñaba la vaquita, hacía mantequilla y queso de la leche que pobremente le daba su vaca flaca, amasaba, cocinaba y lavaba y cuando terminaban las labores de casa, limpiaba pequeños trozos de tierra para empezar a sembrar papas, tomates y las hierbas necesarias para la cocina.

Don Francisco había iniciado esta aventura, porque confiaba plenamente en el apoyo y ayuda de su mujer; ella era de una fortaleza y valor increíbles, cada vez que traía al mundo un hijo, tomaba un buen mate “para hacer leche” y un caldito de gallina negra “para la debilidad” y al otro día ya estaba circulando y afanándose con los quehaceres de la casa, ¡eran muchas bocas que alimentar! y para agregarle más pesares, los últimos hijos que habían nacido eran mellizos y algo delicados habían salido.

El trabajo era titánico y arduo: sacar las moras, hacer salir las aguas para secar el terreno y dejarlo fértil, desmenuzar o remover la tierra, abrir zanjas, cargar tierra, extraer raíces, arrancar malezas. Todo esto lo hacían ayudados sólo con las encallecidas manos de campesinos y con las pocas herramientas que el labriego tenía: hoz, rastrillo, azada, pico, pala, hacha, sierra, machete. Los tractores eran un sueño de ciencia ficción para ellos.

Al lado del terreno arrendado, la “Futra” tenía abandonado, de muchos años, unos parronales, botados en el suelo y que no producían nada por el

abandono y le pidió a don Francisco si podía tratar de enderezar las parras y arreglarle los parronales. Don Francisco no se pudo negar y al arduo trabajo del terreno arrendado tuvo que agregar el arreglo y el levantamiento de esos parronales.

Todo este trabajo tomó como dos años, para que al fin el terreno estuviera listo para sembrar y entonces, don Francisco y su prole plantaron papas y choclos.

Los parronales del terreno del lado estaban hermosos y las uvas que empezaron a entregar era grandes y olorosas.

¡Con qué orgullo don Francisco empezó a ver el fruto de su trabajo! Los choclos que se estaban dando eran enormes y al viento se inclinaban y mecían, demostrando que la cosecha iba a ser dadivosa.

Un día, llegó de visita la patrona, la dueña de las tierras, observó todo y escuchó al campesino que orgulloso le mostraba el fruto de su trabajo.

Al otro día, llegó un fute de la ciudad y dijo que lo había enviado la Señora como administrador para vigilar las siembras. El campesino no lo podía creer: ¡¿dudaban de su palabra?! Él había hecho el trato que iba a entregar el 50% de la cosecha a la dueña y eso iba a hacer... ¡¡Un campesino que da su palabra no falta a ella!... Enojado no dejó que el “fute” entrara... ¡¿habrase visto tamaña insolencia?!!

La esposa estaba acongojada, aún le duraba el dolor de la muerte de sus mellizos, ella que tenía la sabiduría de todas las hierbas que curaban y que nunca había necesitado llevar un hijo a un doctor, porque los curaba solita, no pudo salvar a sus mellizos y tampoco hubiera



podido llevarlos al médico... en esas soledades... ¿Dónde encontrar uno?... ¡¡Esa es la suerte del pobre!!; pensaba, resignada.

Al otro día, al despuntar el alba, estando don Francisco en su amado campo, llegó el administrador acompañado por dos carabineros. Tenía que salir, le dijeron..., porque esos terrenos tenían dueña y él los estaba usurpando.... Al defenderse diciendo que tenía un trato con la dueña, le pidieron los papeles... ¿papeles? ¿qué era eso para un campesino que sólo sabía confiar en la gente?

Al enfurecerse y discutir, el administrador le disparó en la pierna y le dio la orden perentoria de salir inmediatamente.

Así fue como una triste caravana abandonó el terruño, con 9 hijos en vez de los 11 que habían llegado. Sin el buey, que había muerto por el exceso de trabajo realizado y sin las grandes esperanzas de don Francisco, que se habían quedado enredadas en sus hermosos choclos y sus cristalinas uvas.

Don Francisco, en su dolor e impotencia, recordaba a un tío, amante de las películas mexicanas, que solía decirle: "La ley de Herodes o te chingas o te jodes". En ese entonces, él no había entendido ese dicho, pero en ese momento comprendió que debería haber acatado la ley de los poderosos, porque ellos siempre tienen la fuerza y la razón de su lado. 🍒

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE ANTOFAGASTA

SEGUNDO LUGAR
Ana María Leiva Flores
56 años, agricultora
CALAMA



Las riquezas de Quimal

Quimal es un salar, situado al Oeste o al poniente en la Región de Antofagasta. Son montañas y llanos de arena y en tiempo de viento es una gran tormenta que avanza hacia la cordillera, envolviendo todo con un manto de polvo, de tierra y arena y es aquí donde ocurrió este relato.

Don Manuel estaba enfermo, fui a visitarlo. Me encantaba escuchar sus historias, sus vivencias que eran muchas. Cierta vez llegó un gringo a estos lugares, buscaba un guía que conociera los alrededores o tal vez algo más lejos; el viaje era hacia Quimal y buscaron tres personas más que completaron cinco en total. Al amanecer partieron a caballo con dirección al Oeste, cabalgaron horas y horas y no se divisaba nada sólo pampa, sólo arena. Después de descansar para tomar el camino de regreso, a uno de los jinetes se le hundió el pie. Estaban parados sobre una casa, cuyas puertas estaban hechas de cuero de animal posiblemente de guanaco o llamo, pero lo más particular era que la

puerta estaba en el techo. Lograron bajar a las piezas que se comunicaban entre sí y con asombro vieron mesas repletas de figuras de oro, como tazas, platos, cucharas, floreros e incluso cucharitas de té. Había muchas casas, era una ciudad de los Incas.

No dudaron mucho, había que llenar las alforjas con todo el oro posible. Los cinco jinetes hicieron lo mismo. Al subir a los caballos todos estaban muy contentos. Tenían que apurarse antes de que los pillara la tarde, estaban muy lejos. El sol todavía brillaba, cuando uno de ellos miró para atrás para ver cómo se alejaban del lugar y avisó que se veía un polvo como de jinetes y cada vez más cerca y sin pensarlo empezaron a galopar a todo dar.

Al mirar hacia atrás, se dieron cuenta de que eran los jinetes que se acercaban eran cinco, pero lo extraño era que traían lanzas grandes antiguas, incluso sus vestimentas eran como las de los guerreros indios antiguos.



El pánico se apoderó de ellos y más apuraban a sus caballos, pero el oro que traían en las alforjas era muy pesado. Uno de ellos fue más cobarde y botó la alforja para apurar el caballo; ahí se dieron cuenta de que un jinete se quedó donde el oro había caído, solo seguían corriendo cuatro jinetes. Luego, otro botó su cargamento y otro jinete indio se detuvo. Seguían ahora tres guerreros indios, mostrando sus enormes lanzas y acercándose. Un tercer cargamento fue arrojado al suelo, y un tercer jinete indio se detuvo. El gringo y don Manuel se negaban abandonar su oro, mientras los otros gritaban ¡tiren las alforjas, tírenlas! Cada vez se acercaban más, no quedaba otra opción, así se hizo y los guardianes de estas riquezas al fin se detuvieron.

Era tarde cuando llegaron al pueblo, los animales estaban muy cansados y ellos sin nada para mostrar, sólo el susto de ver lo que vieron, fue sueño o realidad lo único importante es que estaban vivos.

El lugar de este relato aún existe con toda su inmensa riqueza y les aseguro que vivirá por siempre, porque los guardianes protectores incas no dejarán sacar nada de su tesoro, pero absolutamente nada.

Solo nos hacemos esta pregunta: ¿Qué hubiera sucedido si los guerreros les dan alcance? Y otra pregunta más: ¿Qué hubiera sucedido si no devuelven el oro robado a los incas?

Se cansó al contar esta historia don Manuel, dijo que otro día nos contaría otra, gracias por venir a verme señora "Chimo", así me dicen. 🍒

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE ANTOFAGASTA

TERCER LUGAR
Macarena Soledad Sánchez Rubilar
22 años, estudiante
ANTOFAGASTA



No quiera dormir donde la tía Juanita

Ha llegado el día viernes... Terminé la escuela, no me gusta *ná'* ir a esa cuestión; si ya sé leer y escribir, *pa'* qué tengo que seguir yendo, quiero estar en la casa con mi mami, ayudándole a cuidar a los niños de la Casa Nacional.

Cuando mi papi se *jue* al cielo, mi mami ya tenía 5 críos y estaba esperando a mi hermana. Yo tenía tres años cuando él partió, no tengo muchos recuerdos de él, sólo sé que me llamaba "*mi Moñito*" y yo movía mi palmerita. Dicha la mía de tener un apodo de cariño y mi hermanita no lo pudo ni conocer. Ahí quedamos *pué'*, sin un quinto, sin casa ni terreno, sin animales, con la pura pena de una familia sin papá. Por cada chiquillo de la Casa Nacional, mi mami recibía un quintal de harina, un saco de porotos, un saco de arroz, colchones y frazadas, eran puras cositas que también nos servían a nosotros, ya que ella no podía trabajar fuera de la casa, sino con quién dejaba a la "*Sole*"; así llamaron a mi hermana, Soledad. Yo siempre quise que la llamaran Esperanza, pero la pena siempre fue más grande.

La tía Juanita, hermana de mi mami nos hacía un favor. "Favor" para quien quiera llamarlo así. Yo siempre pensé que era un abuso, pero en las cosas de grandes no hay que meterse, *pa'* que no quede la *embarrá'*. Una vez que se terminaban las clases, mi mami tiraba camas y petacas arriba de un camión que conseguíamos con el vecino y emprendíamos viaje al campo de la tía Juanita y el tío Segundo, con todos mis hermanos a trabajar. De sol a sol pasábamos limpiando porotos, sacando choclos, recogiendo huevos, arando la tierra, desgranado maíz *pa'* los pollos, viendo la siembra, buscando los animales y haciendo el aseo, no podíamos estar "*hilando babas*", porque ahí mismo nos llegaba un chancacazo. Sin darnos cuenta y casi sin descanso, llegaba marzo y nos volvíamos a la casita que nos prestaba la tía Juanita en Malloco. De vuelta con todas las pilchas a vivir la realidad.

Nunca me gustó ir *pa'* allá, la tía era más "*guapa*" y arisca, fría como una roca, nunca la vi sonreír, ni con la frente estirada. Mi mami nos obligaba a ir, al menos



una vez al mes durante el año, y siempre querían dejarme allá, *pa'* entrarme en línea decían, para que no mojara la cama y *pa'* que le hiciera caso a mi mami. Un día sábado, acompañé a mi mami con la ropa de misa y los zapatos bien lustrados, con unos pancitos amasados y la mermelada de alcayota *pa'* la once. Juntas emprendimos viaje a San Miguel. Un cuarto de hora se demoró la "Mosca Azul", una micro chatarrienta y la única locomoción que transitaba, una vez en la mañana y una vez en la tarde. Llegamos a la hora del almuerzo. Un plato de porotos con riendas y longaniza en la mesa humeando, apetitoso y listo para ser devorado. Yo soy muy buena para comer, siempre quería repetición, pero donde la tía Juanita no se podía. Me levanté de la mesa en cuanto pude, corrí al patio y me escapé por la acequia de atrás, justo había unas tablas que me sirvieron de puente y me fui como siempre a la casa de la Luisita, una abuelita amiga que yo tenía por allá. No recuerdo cómo nos conocimos, ni a qué edad, pero ahora tengo 11 años y desde que tengo uso de razón visito a la Luisita.

Ella vive con su hermana que es cieguita y su otro hermano que tiene un bastón: los tres muy abuelitos. La Luisita tiene unas trenzas largas y blancas, unos lentes de marco negro y su carita de pasa de uva rubia, una pintora floreada y un delantal de cocina con vuelitos. Juego un rato con el Misifú, uno de los gatos de la casa, mientras la Luisita, con un caminar muy despacito, va a la pieza a buscarme los embelecocos que guardaba para mí: un run run, hilos de colores, botones, cintas de regalos, broches, unos pinches y unos retazos de telas. ¡Qué alegría sentía! y yo feliz me quedaba ahí toda la tarde en esa casa de adobe con ventanas cubiertas de madera, que no dejaban entrar la luz del sol. Las horas no pasaban allí, siempre era la misma hora, no había luz del día. Una ampolleta de 20 watts era más que

suficiente para ambientar la casa. La Luisita me cuenta de su infancia, mientras me hace zanahoria rallada con azúcar y un poco de merengue. Creo que ella me regalonea, porque no tuvo hijos y, tal vez, yo soy su única amiga en el mundo. Sin darme cuenta ya es de noche. Mi mami me va a dejar acá y no quiero.

- Chao Luisita, la quiero mucho- patitas *pa'* que las quiero, afuera es una boca de lobo.

Yo no le tengo miedo a nada, ni a la noche, ni a los perros, ni al Pantoja (el viejo del saco que se roba a los niños que se portan mal), a nada; bueno, sólo a la tía Juanita. Corrí hasta que llegué a la acequia, salté las tablas y corrí por entremedio de los choclos. Los grillos acompañaban mi correr y unas lágrimas locas de desesperación, también.

- Ahora te quiero ver... Me dijo la tía cuando entré a la cocina. Ahora te quiero ver que no está tu mamá, te voy entrar en vereda, chiquilla fundí'a.

- ¡Mami, mami! grité con fuerza, pero ya no estaba. Llorando corrí al patio a ver si alcanzaba la "Mosca Azul", pero no había ni siquiera rastros. Me escondí en el cuarto de la leña un rato; después, detrás del pale del tractor; jugué un rato con los gatos, pero ya era hora de acostarse y yo sin querer dormir en esa casa. Un ruido me alertó, uno extraño, porque no era el de grillos, ni del suave viento de la primavera, tampoco era el agua ni los ocasionales gemidos de animales. El ruido de un motor en medio de la noche fue un atisbo de alegría. Era el "Poncho", un sobrino del tío Segundo, y el Juan, los dos vivían en Malloco: ¡Mi salvación!

Se bajó de la camioneta y entró a la casa, mientras yo me ocultaba rápidamente al lado de las zarzamoras.

De un brinco ya estaba en la parte de atrás de la camioneta, me escondí bajo unos cartones y me tapé con una malla de kiwi color negra. Pasó como una hora, hasta que vi un rayo de luz escapar de entre la puerta de la casa: ¡por fin!, pensé.

– ¡Ah, tío se me olvidaba un encargo...! y dale a la cháchara otra vez. Y así como tres veces más. Ya casi me hacía pipí de tanto esperar, hasta que al fin subieron a la camioneta y el ruido del motor otra vez quebró el silencio campesino. El camino de tierra me soltó los riñones con tanto meneo, pero no me importó nada, solo quería llegar a Malloco. Como media hora andando y con las tripas hechas nudo, nos acercamos al puente Oliveto. Ahí sentí miedo de la noche, del olor a río y madera seca y por lo que la gente comenta pués, que en ese puente aparece el *colu'o* a corretear a cualquier alma que anduviera rondando en la noche. Paralicé mi respiración por unos segundos hasta pasar el puente, solo se oía el ruido del motor. Ese era el momento exacto para que se dieran cuenta de la mercadería extra que traían consigo. Entre devolverse y pasar el puente

recorriendo un largo camino de tierra y seguir para Malloco en un camino liso y pavimentado, no había por dónde perderse. Así que comencé a destaparme y pasadito el puente, golpeé la ventanilla de vidrio: toc, toc.

¡Hola! y un ¡guaaaaaaaah!, en dúo se escuchó en medio de la noche. El “Poncho” pensó que había visto al *colu'o* y la camioneta zigzagó varios segundos y al lado del riachuelo fuimos a parar.

- ¿Qué ‘tay haciendo aquí Moño? Casi nos *mata'i* del susto. Entre sollozos expliqué la situación y decidieron pasarme a la cabina para seguir rumbo a Malloco. Yo iba feliz, casi nunca andaba en auto, no veía mucho, una que otra vaca por el camino, pero eso ya era suficiente.

Sabía mi futuro al llegar a casa con mi mami. De ésta no me escaparía, aunque unos angelitos blancos y con alas grandes vinieran a buscarme en una carroza llena de flores, pero seguía feliz, iba camino a mi Malloco querido. 🍌



Cuentos bajo la higuera

Mi padre sonrió plácido cuando accedió a mi petición. La verdad es que muy pocas veces él y yo podíamos comulgar con nuestros sentimientos, ya que nuestras vidas habían crecido separadas por el destino y no porque lo quisiéramos. Ciertamente es que mi padre, un antiguo hacendado del pueblo de San Fernando, había nacido entre los chañares y la buena tierra, generosa en sus hortalizas que se regaban con las aguas del río Copiapó. Aquella tarde hacía calor y yo volvía de un largo viaje de año y medio, estudiando en la capital, situación que mi padre dejó entrever cuando nos abrazamos por primera vez después de tanto tiempo.

Extendió, recuerdo, sus brazos resacos por el sol, y en aquel abrazo afloraron como reminiscencias los aromas cálidos de los damascos maduros y las granadas rojizas que solíamos cosechar en aquellas temporadas. ¡Ah!, qué bien me hace recordar aquellas tardes de invierno, cuando reunidos al bracerío al rojo vivo, quemaba queso de cabra y calentaba pan amasado que mi

madre hacía. Él, más viejo y avezado, empinaba el codo bebiendo del rico vino copiapino y encendía su cigarrillo. Me contaba historias que según yo, eran las más inverosímiles historias de un pueblo de San Fernando, rodeado de mitos y leyendas.

Mi abuelo, don Raimundo -contaba mi padre con brillo melancólico en sus ojos- vendía huevos frescos. ¿Sabes? Todas las mañanas se levantaba al alba y bien abrigado soltaba a las gallinas y a los patos. Luego, recogía los huevos y después se iba a las hortalizas. Yo era chico como tú,- me decía, señalando mi estatura-. Sí, como de siete años más o menos y siempre andaba bajo las barbas de mi taita.

- ¡Jajajajaja!

Un día, recuerdo, lo seguí cautelosamente por entre los maizales y me agaché para que no me viera. De pronto, ¡Uuuuuuaaaaccccccccccchhhhhh! Cayó una plasta de vaca sobre mi cabeza ¡Si le llegaba a salir

humo al pastel! Yo grité desesperado, porque pensé que la vaca se había sentado en mi cabeza y mi taita se apretaba la guata riéndose de puro malo que era: ¡Con eso aprenderás a no andar a la siga mía, cabro gill! ¡Jajajajajajajaja!

Era divertido oírlo. Luego, se mandaba otro trago de vino copiapino, fumaba otro cigarrillo y de nuevo ese brillo triste en sus ojos. Aquel silencio taciturno que rodeaba el fogón y el incesante va y viene de la cola del perro blanco de la casa.

-¿Te das cuenta de lo grande que está la higuera chiquillo?

- Sí, papá...

- Esa debe tener por lo menos... ¡setenta y cinco años! Yo la vi crecer. Mi taita (tu abuelo Raimundo) la plantó el día de mi nacimiento. Me dijo: cada 24 de junio deberás azotarla en la noche de San Juan.

- ¿Y para qué? -pregunté.

- Dicen... que en la noche de San Juan, el Diablo anda suelto y que, entre otras cosas, florece la higuera; sale el Tué Tué (martes hoy, martes mañana, martes toda la semana) y se azotan los árboles de todo el terreno para que den hartos frutos el año siguiente. Doce veces cada árbol y se debe decir: ¡Árbol del diablo *maura* los frutos o te arranco de un salto!

Cuando lo escuchaba, mi corazón se estremecía y el temor se apoderaba de mí tanto, tanto que me daban puras ganas de mearme en los pantalones.

- ¡Por eso está esa higuera tan grande, poh!

Quedé atado al espanto de aquel relato. Más aún si faltaban pocos días para que otra noche de San Juan abrazara a mi querido pueblo. No dormía en las noches, pensaba solamente en cómo poder azotar los maizales y darle una sorpresa a mi padre. ¡Que el próximo año dé muchos choclos! ¡Cada mata, por lo menos veinte!

Llegó la tan esperada noche. Los maizales caían noctámbulos sobre la oscura hilerilla que se alumbraba con los plateados rayos de la luna. Me levanté, hacía mucho frío y me dirigí con el perro blanco al fondo del terreno donde estaban los pobres maizales durmiendo y esperando su triste castigo. Enrollé un alambre de cobre que encontré tirado por ahí y empecé.

- ¡¡Árbol del diablo, madura los frutos o te arranco de un salto!!

Los golpeaba incansablemente, aunque yo sabía que no eran árboles, sino maizales. Total, la cosa debe funcionar igual nomás. Doce veces cada mata, como lo había contado mi taita, pero yo quería que dieran muchos choclos más, por lo que aumenté la dosis a 24 alambrazos cada una de las matas, después para asegurarme le di patadas y mechoneos. ¡Si me habrán dado por lo menos las dos de la madrugada!

De pronto siento pasos acelerados. Dejé mi ritual y puse oído a los pasos que se abrían por entre los matorrales.

-¡El diablo, el diablol - grité desesperado tratando de arrancar del lugar. El diablo me persigue, auxilio!

De tanto correr y correr, me tropecé con unos montoncitos de barro y caí al suelo. Sentía que una gran sombra se abalanzaba sobre mí.



- ¡Auxilio auxilio! Gritaba desesperado. Entonces, me tomaron del suspensor y me levantaron en el aire.

- ¡Noooooooooooo, nooooooooo! Gritaba, mientras me sacaba el barro y la caca de chanco de la cara.

- ¿Qué hiciste chiquillo endemoniado, ah?

Reconocí la voz: era mi padre. ¡Mi taita había venido a socorrerme del diablo! ¡Qué dicha que mi taita me hubiera rescatado!

A la mañana siguiente no me podía levantar y no de susto propiamente tal, sino de los correazos que recibí de mi salvador. ¡Había destruido toda la plantación!

Mi padre terminó su relato casi medio ebrio.

- ¡Ah! Chiquillo mío, la inocencia de antes -exclamó sustancioso.

Ante aquella reflexión, imaginé cuánto amor debió haber tenido él por mi abuelo, quien fue todo, todo para él, ya que su madre murió cuando él era muy pequeño.

- Te quiero mucho papá...- le dije abrazándolo.

- Yo también quise mucho a mi padre... ¡Qué pena no poder decírselo!

Yo miré la higuera, alta e indemne; con sus hojas duras y verdes, luciendo sus preciados higos, e imaginé los latigazos del abuelo hacia ella, implacable como lo era y luego miré a mi padre. Sus ojos otra vez se habían humedecido y no por el humo del cigarrillo, sino porque su pena traspasó su propio sentir.

- La naturaleza también siente y guarda papá. Quizás si en vez de castigar a la pobre higuera cada año como te lo pidió el abuelo, acariciaras su tronco y sus ramas, estoy seguro de que estarás diciéndole al abuelo que también lo amas.

Lloraba ahora. Mi padre, como pocas veces lo vi, lloraba y se empinaba otro trago de vino copiapino y fumaba otra vez.

Me acerqué a él sin temor y lo besé en la frente.

Mi padre murió el 24 de junio del año 1989; bajo la higuera se durmió el hombre para siempre. Hoy por hoy, escribí su nombre en el tronco de aquel noble árbol que año a año ofrece sus frutos generosos para mis hijos y mis nietos... 

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE ATACAMA

SEGUNDO LUGAR
María Verónica Leiva Orrego
23 años
COPIAPÓ

Lágrimas de la Virgen

Mauricio era un hombre de mediana estatura, joven y con mucho ímpetu. Trabajaba en las cosechas de uvas y también en la ganadería, pero desde un tiempo a esta parte y producto de la sequía, el trabajo escaseaba y eran muy pocas las posibilidades de ocuparse en algún predio. Era durante esos tiempos, donde al no tener respuesta, flaqueaba en su fe y comenzaba a dudar. Nadie -según él- lo ayudaba y todas las puertas que tocaba, estaban cerradas. No había trabajo, no había cosecha, no había pasto para los animales... La sequía estaba destruyendo la ciudad. No había nieve ni lluvias en la cordillera y el tranque Lautaro agonizaba de seco.

Mauricio evocaba a su madre toda vez que se sentía en aquellas situaciones. Extrañaba su sonrisa sincera y sus tibias manos acariciando su rostro. Él la amaba a pesar de que la mujer había partido a la eternidad y siempre, todos los martes de cada semana y por casi nueve años, acudía al templo de Nuestra Señora

de La Candelaria, en el pueblo de San Fernando, y la evocaba. Recordaba que su madre siempre iba a cuchuchear con la chinita y muchas veces la sorprendió riéndose. ¡Algo pasaba allí entre la Virgen y ella que Mauricio no podía entender! Esa tarde de martes no fue la excepción. Caminó hasta el santuario y mientras llegaba, arrancó una rosa de un jardín cercano al templo y la llevó como ofrenda a la Virgen de La Candelaria.

Entró lentamente, se arrodilló y se persignó con agua bendita. Desde lejos, la vislumbraba centellante con las muchas velas que encendían en su nombre. Su corazón palpitaba extrañamente, el aroma a flores frescas que emanaba del altar de la chinita parecía envolverlo, había algo tan especial en el ambiente que, cuando estuvo a los pies del altar, un suspiro profundo fluyó de su corazón y se convirtió en una súplica.

-¡Ayúdame, madre mía!



De pronto, la rosa que llevaba en sus manos cayó con estrépito a los pies del altar y de un acto evitó que se estropeará en el suelo y cuando levantó su mirada, un halo de luz proveniente de la imagen lo cegó casi por completo. Invasido por el temor y envuelto también por ese exquisito aroma a flores frescas, levantó lentamente su mirada y se preguntó qué pasaba. Miró desde un lado al otro, pero nadie había, el templo estaba vacío y solo la compañía de las candelas y su débil calor fueron su respuesta.

Por la entrada principal, caminó lentamente una anciana que llevaba un ramo de flores, el que depositó en el Cristo crucificado al lado derecho de la imagen. Él la observó mediera y contemplativa, con su mirada muy parecida a la de su madre, profunda, oscura y muy brillante. Ella le sonrió y en un acto estuvo a su lado.

- ¿Viene a ver a la chinita de las candelas otra vez?

Mauricio la miró extrañado:

- ¿Me ha visto otras veces?

- Sí, todas las veces que usted viene, hijito.

- ¿Vive en el hogar de ancianos, usted?

La anciana sonrió grácilmente y se encogió de hombros.

- ¡Vivo tan cerca y tan lejos a la vez! Tan cerca como el cielo mismo y tan lejos como la tierra.

- ¿No será al revés querrá decir?

- Es así como yo le digo... pronto lo entenderá.

- Dicen que la chinita es muy milagrosa y he venido a pedirle por trabajo.

- Como su madre, ella ha de saber todo lo que necesita. Mire. Aquí viene mucha gente a pagar sus mandas, a entregar flores y a encender velas en honor a la Virgen, pero no son persistentes. Pedir es una cosa, pedir con fe es algo muy diferente. Una rosa se seca, una lágrima se evapora, pero una oración ella recoge y se la lleva a su hijo Jesús. Así como su madre que, de seguro, pedirá por usted a Nuestra Señora...

Mauricio la miró con denuedo...

- No me entiende -dijo la anciana. Mire, escuche y abra su corazón. Hace muchos años, cuentan por ahí, un hombre joven y con hijos no podía establecerse, todo lo que hacía le resultaba mal. Angustiado el pobre, se acurrucó a los pies de quien -según él- le ayudaría a solucionar sus problemas. Oró con atención y la Virgen lo escuchó y le susurró a su alma que aquel año, ella dejaría caer sus lágrimas por toda la Región de Atacama y que durante ese tiempo, él tenía que hacer ofrendas de humildad y rezar, rezar mucho, porque al cabo de un tiempo y cuando el sol comenzara a brillar con más fuerza, aquellas lágrimas derramadas se convertirían en preciosas flores que adornarían el desierto, junto a los pastos que crecerán en la cordillera y los valles, junto a todo lo que aquel hombre necesitaba para establecerse, y así sucedió.

- Hermosa historia -replicó Mauricio- pero no viene al caso.

- No lo crea hijito -respondió ella. Una madre no se cansa de esperar. ¡Como la suya! Que por largos años se refugió en el manto de nuestra Señora. Usted la ha

invocado en su oración y más que escucharlo, ella lo ha acariciado. ¡Pídale lo que aquel hombre hace años, pídale que lllore para que esta ciudad comience a florecer en la abundancia, para que haya verdor en las praderas y haya uva en los parronales. Que lllore para que el sol brille majestuoso sobre nuestros cielos y haga incandescente el oro y el cobre de nuestras minas para que usted pueda sustentar a sus hijos! ¡Pida, hijito, pida!

- ¿Pero cómo podría pedirle a la Virgen que lllore? ¿Con qué corazón la haría sufrir más de lo que ha sufrido la pobre?

- La Virgen llora al ver que sus hijos sufren y no hacen nada por remediar sus dolores. ¿Entiende ahora que el cielo está más cerca de la tierra, que la tierra del cielo?

La anciana se retiró lentamente del lugar, dejando a Mauricio atrapado en un extraño sentimiento.

- ¡Espere! Le dijo Mauricio, casi con un grito.

La anciana se detuvo y caminó hacia él.

- Por favor, tome esta rosa.

- ¿Para mí? ¿Es que no se la traía a la Virgen?

- Recíbala usted en honor a mi madre. Sentiré que se la he dado a ella.

La anciana la acurrucó en sus manos detalladamente y miró con profundidad a Mauricio, que ahora no sabía verdaderamente lo que estaba pasando. Luego de eso, comenzó su retiro del templo no sin antes besar los pies del Cristo crucificado.

Posteriormente se arrodilló, cerró sus ojos e inmediatamente comenzó su súplica. En eso estaba el hombre cuando comenzaron a sonar grandes tambores y silbidos de pitos, ocarinas, bombos, salterios y arpas.

¡Viva la reina Candelaria! Escuchaba, mientras el templo comenzaba a llenarse de coloridos trajes. Se levantó, miró hacia el altar pero la imagen de la Virgen no estaba, entonces volteó a la entrada del templo, y allí venía ella, preciosa y en anda de los chinos que con sus singulares bailes la conducían hasta el altar.

- ¿Qué ha pasado, qué ha pasado?

Preguntó profundamente consternado a un promesero.

- ¿Qué no sabe acaso que hoy es el día de la Virgen? Hoy es 15 de agosto y está de tránsito. Nuestra Madre Candelaria ha salido a pasear por las calles de nuestra ciudad para saludar a sus hijos que la vienen a venerar. ¡Viva la madre de los mineros!

Mauricio cayó rendido de emoción, mientras miraba consternado que la imagen era colocada en el altar que estuvo vacío durante largo rato, el suficiente para que él pudiera dialogar de corazón a corazón con la madre de Atacama.

- Virgencita linda, gracias, por estos momentos -le decía-, mientras tocaba su manto y se persignaba una y otra vez.

Regresó lentamente y con su corazón lleno de gozo, cantándole el trocico a la Virgen, cuando a lo lejos y entre la muchedumbre divisó a la anciana que le había contado tal historia y que se había llevado su rosa.



Corrió a prisa para no perderla, pero como el humo, ella se diluyó entre la multitud. Nuevamente el aroma a rosas frescas invadía el ambiente, y justamente al pasar por aquel jardín de donde él había cortado la rosa se hacía más penetrante el perfume. Se detuvo y con más impresión aún, comprobó que la rosa que había regalado a la anciana se encontraba en su lugar, erguida y preciosa, tan fresca como nunca la había visto. Cerró sus ojos por unos segundos y con un gran espíritu dijo.

- No estoy solo, mi madre siempre estará conmigo.

Aquel año las lluvias invadieron los resacos suelos nortinos, los cerros indemnes se cubrieron de blanco y los pastizales del pueblo llegaron con bendición para alimentar a las majadas. Los parronales comenzaron a pintar de verde y los racimos maduraban lentamente con el calor de un sol que majestuosamente bañaba la cordillera, los valles y el mar.

Mauricio reflexionó y dijo:

- Si las lágrimas de pena que ha llorado nuestra chinita han vestido de abundancia esta tierra, cuánto más la vestirán si llorase aunque sea una sola vez, de alegría porque todos los hombres se vuelvan hacia Dios.

Mauricio había vuelto a creer. 🍀

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE ATACAMA

TERCER LUGAR
Domingo Solano Bordonos Campillay
32 años, Bibliotecólogo
VALLENAR

El abuelo indígena diaguita

A los pocos días de terminarse el invierno y cuando ya eran alrededor de las once de la mañana, camino varios kilómetros desde la casa de mis papás, en la localidad de Malaguín, por una aldea, hasta llegar a la majada de mis abuelitos, lugar que se llama Las Copitas. Tiene ese nombre, porque hay una piedra grande con figuras como copas, dibujos que dejaron nuestros antepasados. Allí mismo viven mis viejos en una humilde choza, con murallas de pirca de piedras con barro y techada con cañas, que ellos mismos hicieron varios años atrás.

Desde que los conocí, siempre fueron ganaderos, dedicados a la crianza de cabras. Mi abuelito, con sus 75 años de vida, José María Campillay, siempre trabaja con esmero recorriendo el cerro, las pampas y los riscos sin descansar, pastoreando y buscando hierbas para sus animales, día a día detrás de sus cabras, con la compañía de mi modesta abuela, Graciela, preocupada en preparar sus alimentos.

Antes de llegar a su sencilla vivienda, veo a mi abuelo José. Venía llegando a su terruño montado en un burro, junto a su perro regalón. Al verme, el perro ladra, seguramente, me desconoció. En ese momento, sale del rancho mi abuela Chela, a recibirme, mientras mi abuelo José se baja del asno y se saca las espuelas y el sombrero. Me acerco a ellos para saludarlos con un abrazo. Están muy contentos con mi visita. En seguida, mi abuela me hace pasar a una ramada. Mientras tanto, mi abuelito amarra el burro a un algarrobo, le saca el freno y la montura. Mi abuelita, luego de entrar, sirve el almuerzo.

Vuelve el abuelo y me dice: "A ver hijo, alléguese más *pa'cá*, *pa'* servirnos algo". Nos sentamos a la mesa para almorzar una rica cazuela de gallina con chuchoca. "¡Mmmm, qué delicioso esto!", comento yo. Hacía tiempo que no comía una cazuela hecha por mi abuelita. Mi abuelo José me dice: "Chiquillo, ¿por qué no habías venido por estos *laos*?". No he podido venir por mis estudios, pero ahora estoy contento, por compartir



con ustedes y me alegro de que estén bien. ¡Ah!, dice mi abuelito: ojalá que pueda volver pronto *pa'cá*, para esperarlo con unas ricas humitas. Como usted ve, en aquel potrero tengo sembrado: maíz, papas, porotos, tomates y unas matas de zapallos. Como usted sabe, cuando el año es más o menos regular, conviene sembrar. Además, me gusta la siembra, porque tengo un buen arado. Se notaba dichoso por su sembrado. En este momento estábamos terminando de comer la cazuela y ya mi abuelita servía el postre: mote con huesillo.

A medida que pasa la tarde, doña Chela también aprovecha de hacerme algunas preguntas: "Hijo, ¿cómo han estado tus padres y hermanos? ¿Cómo han pasado de salud?". "Todos están bien, gracias a Dios..., solo mi madre estuvo resfriada unos días atrás, pero ahora está bien". De repente, dice mi abuelita: "Chumingo, ¿cómo han sido tus cuatro años de estudios en el pueblo de Vallenar? Le contesto: "¡Eh!, ha sido una bonita experiencia, aprendí mucho, conocí a varios compañeros de curso y buenos profesores y estoy muy contento por lo que he logrado. Pero ¿sabe que abuelita?, yo siempre recuerdo cuando dejé esta localidad, mi hogar bendito y querido, donde pasé una niñez sano y feliz. Recuerdo aquel día, cuando mi madre me vio partir en un bus, junto a la puerta de la casa, tomada sus manos a las de mis hermanos menores. Cuando me alejaba por un recodo del camino, vi cómo se limpiaba las lágrimas con la punta de su delantal. Lo que recuerdo, es que dejé con pena este bello lugar, que es testigo de mi nacimiento y de mi infancia, Malaguín. Por eso, me fui a Vallenar, con todas mis pertenencias al hombro, quería ser otra persona, con unos años más de estudios. Siempre recuerdo el cariño, la comprensión y el apoyo de mi familia. Mis

estudios no fueron fáciles, luché y estudié con sudor y sacrificio. No quería defraudar a mis padres y tampoco a ustedes.

"Mira, a mí y a tu abuelo nos has hecho correr las lágrimas. Sé que tienes buenos recuerdos de tu infancia, así como lo dijiste tú. Ojalá que algún día, te puedas tomar un tiempo y puedas escribirlo...". La interrumpo: "Abuelitos, disculpen, no fue mi intención hacerlos llorar, lo hice porque así fue ese día y todo lo que me pasó es parte de mi vida.

A todo esto había caído el atardecer. Mi abuelo José se para y sale a observar el cerro: "Allá viene el ganado, ¡hem!, hijo vamos *pa'* arriba a encontrar las cabras". Yo también me paro y salgo de allí y lo acompaño. Mientras caminábamos, nos siguió el perro, contento, moviendo la cola. "Chumingo", me dijo don José: "Ahora me acordé, ¿sabe qué...! tengo que comentarle algo muy asombroso que me pasó en febrero de este año. De tantas cosas que me han pasado, ésta fue una de las que me dio que pensar un poco...". Yo le puse mucha atención a lo que me iba a decir, porque siempre me contaba las anécdotas de su vida cotidiana.

"Hijo, cuando recorrí *pa'* la cordillera de la Laguna Grande, ya se me había hecho la noche casi y me quedé a alojar, en el cerro Cantarito. Este cerro tiene mucho misterio, es el lugar sagrado de nuestros antepasados, según decía mi padre que fue indígena y que perteneció al pueblo diaguita. Que nuestro cerro era el altar para ellos, le hacían rituales especiales, inclinaban sus cabezas en reverencias y otros se arrodillaban, para su adoración. En realidad, hijo, yo creo que es cierto aquello, yo le tengo un gran respeto, porque cada vez que paso por allí, siento algo muy especial. Es como

que te atrae un poco, como si fuera un imán. Yo he estado varias veces ahí, es como que mil ojos te están observando. Recuerdo lo que me dijo mi padre, que los diaguitas llevaban sus cántaros vacíos, para que les cediera sus favores. Se dice que es el cerro que tiene más oro que los otros, de esa manera los diaguitas iban a buscar su deseo, convertido en metal. Por eso tiene el nombre de Cantarito, puesto por nuestros mismos nativos. ¡Ah, hijo...! aún no he terminado con lo que me pasó en ese cerro. Allí también hay una majada. Estaba tan cansado que apenas encerré las cabras en un corral viejo de pirca que ahí había. Hice un poco de sahumero de hierbas, para los insectos, por si me picaban, armé mi cama y me acosté a descansar. Esa noche fue estrellada y había una luna llena, muy luminosa. Ya había dormido como tres horas, cuando a me empiezan a tirar las orejas a cada rato. Pensé que el perro me estaba molestando, me levanté, para amarrar el perro, pa' que ladrara un poco y así poder asustar al león..., por si se acercaba a los animales. Me volví a costar, ya me estaba quedando dormido, cuando de nuevo vuelve a pasar lo mismo y me di cuenta que el perro no era, porque estaba amarrado. Entonces dije yo, es otra cosa que está pasando. Ya era medianoche y mi cuerpo estaba tiritando de miedo. Me tapé con un chamanto de lana, hasta la cabeza y seguía temblando de pánico. Además había un silencio absoluto, porque el perro dejó de ladrar, hasta que por fin pude tranquilizarme un poco, con unas oraciones que le hice a Diosito y pude dormir. Cuando desperté, estaba saliendo el sol, me levanté un poco preocupado de lo que había sucedido, ordené mi cama, busqué un poco de leña, luego hice fuego y coloqué la tetera pa' tomar té. Mientras esperaba que hirviera el agua, me di cuenta de que algo extraño había en la pirca, donde yo alojé. Seguramente alguien lo dejó ahí, así que con

un palito lo saqué. Había un pedazo de cuero viejo de animal, enrollado. En su interior había dos aros de un cántaro antiguo, color café rojizo. ¡Caramba!, dije ¿qué es esto? Estaba tan contento, porque primera vez que encontraba una cosa así.

Los guardé con mucho cuidado y les tomé gran aprecio, porque son objetos de nuestros antepasados. Los traje *pa'cá* y los tengo en el rancho. En ese momento, recordé el interrumpido sueño que había tenido en esa noche y que no había podido dormir tranquilo. Ahora encontrarme esto, los aros de un cántaro, me preguntaba, ¿sería esto lo que me estaba penando...? En ese momento le digo: "Abuelito, qué suerte la tuya, no cualquier persona encuentra algo como eso", y él agrega: "*pa'* que vea hijo, que todo esto que me ocurrió fue así y creo que fue una de las cosas más sorprendentes que me ha pasado".

A todo esto, encontramos las cabras y las trajimos al corral, mi abuelito las encerró, contento por su jornada, porque estaban todos sus animales. Después volvimos a su rancho, mi abuelita estaba preparando la once, había retirado brasas del fuego, tenía en la parrilla asando queso, y un poco de charqui de cabra. Tomó el oloroso mate y cebándolo, lo dio a mi abuelo, a mí me preparó leche de cabra con té. Compartimos los tres muy alegres.

Al rato, mi abuelo preguntó: Chela, ¿dónde quedaron los aros del cántaro que me encontré en el cerro Cantarito? Mi abuela se para, va a la choza, los trae y se los pasa. El abuelo me dice: "Tome, hijo, se los voy a regalar a usted, sé que van a quedar en buenas manos, ojalá que los cuide mucho, así como los he cuidado yo".



Se los recibí, muy contento, con la curiosidad de verlas. "Abuelito, nunca pensé que me las iba obsequiar. Las guardaré, como unos de los mejores regalos que he recibido, muchas gracias", y le di un abrazo.

Hasta que llegó el momento en que yo tenía que retirarme, porque a mí se me había hecho tarde. Me despedí de ellos; vi que quedaron un poco tristes y me encargaban que me cuidara mucho. Con un poco de pena, me retiré, pero a la vez contento con un obsequio tan extraordinario.

Al pensar en el regalo que me hizo mi abuelo, cuando regresé a mi hogar, pensé que, a mí también me podría suceder lo mismo. La misma vivencia que le pasó a mi abuelo, de tirarme las orejas o algo parecido que me penara asustándome de otro modo. Me di cuenta de que nada sucedió, creo solamente que son espíritus del más allá que nos visitan, que hacen acto de presencia de diferentes maneras, para recordar que ellos existen por el bien de nuestro pueblo. 🍀

Epílogo

Sólo quiero añadir que el eco del campo es lo significativo para el hombre que le gusta la labranza y la crianza de ganado; es el trabajo duro y rústico, son las tareas de la vida diaria. Dichosos somos los campesinos, al oír al amanecer, el canto de los pájaros jubilosos que buscan su alimento. ¿Sabe usted lo que me llevó a escribir esta historia? Son las vivencias de mis abuelitos, su humildad, sencillez, sus costumbres y su espíritu, quienes me enseñaron a conservar nuestra cultura, tradiciones y nuestras propias creencias. Vosotros sois testigos de esta historia o cuento de alguien que está orgulloso de pertenecer a la etnia Diaguita y ser del Valle El Tránsito, Localidad de Malaguín, lugar que me vio crecer; además, de ser siempre amante de este hermoso suelo donde vi por primera vez la luz.

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE COQUIMBO

PRIMER LUGAR
Douglas Amoldo Henríquez Olivares
57 años
Funcionario público
COQUIMBO

La seguría

Al rubicundo sargento de Prisiones, Cien Golillas, de esa pequeña, pero simpática cárcel pueblerina, le encantaba matar el tiempo inventando cosas, dando rienda suelta a su imaginación y se empecinaba para llevar a la realidad las más increíbles ideas. Este suboficial, hombre de tez blanca, tirando para rosado, rubio de pelo liso, peinado a la cachetada y con la partidura al costado, algo remachado, de estatura mediana, buen conversador, se desempeñaba en forma muy eficiente en su rol de experimentado vigilante, cumplía su turno sin mayores dificultades. Por supuesto, su manera de ser, provocaba la ironía y las risas de los gendarmes, quienes se divertían sobremanera cuando Cien Golillas andaba con alguna de sus descabelladas ideas.

Los alcaides que pasaban por ese establecimiento penal, terminaban por acostumbrarse ante este curioso personaje, tomándole afecto, respetando su capacidad de trabajo y tolerando sus numerosos fracasos, cuando alguna de sus ideas no resultaba. Aparte de sus labores

de guardia y vigilancia, asumía por sí mismo el rol de jefe de mantención, para lo cual el gendarme-inventor se había apertrechado de muchas herramientas y tenía al interior del penal, su propio pañol, bodega, donde guardaba una enorme cantidad de fierros, tornillos, tuercas, golillas, pernos, metales de todo tipo, cables eléctricos y un sinnúmero de objetos extraños, que algún día le podrían servir o satisfacer alguna orden de la jefatura. Cien Golillas tenía solución para todo, ya que acumulaba gran cantidad de supuestos cachureos.

La vitalidad y presencia de Cien Golillas eran parte de la vida cotidiana de ese establecimiento penitenciario, el cual con una treintena de funcionarios debía custodiar a un centenar de reclusos, generalmente de la localidad y con delitos típicos de los pueblos rurales. Entre las obsesivas ideas de Cien Golillas, estaba una de construir un pozo, una noria, para extraer agua de vertiente, ya que según él, como estaban cerca del río, lo más probable es que saldría agua de esas napas subterráneas, y así este vital elemento serviría para regar una pequeña



chacra de hortalizas que Ciro y algunos reos de buena conducta, trataban de cultivar con mucho esfuerzo. Obviamente la sola idea de hacer un pozo no agradaba en absoluto a la mayoría de aquellos gendarmes, quienes vaticinaban fugas, y con variados argumentos alarmistas, se encargaban de convencer al alcaide para que se opusiera tenazmente a esta idea, atentatoria contra la seguridad del penal.

El creativo sargento Cien Golillas era hombre perseverante, obsesivo y de ideas fijas. Cuando se proponía lograr algo, no descansaba hasta conseguir su ansiado objetivo. Con argumentos técnicos e ingenieriles trataba de ganar adeptos, quienes le seguían la corriente y hacían las veces de comprenderlo, pero en el momento de los quiubos, no apoyaban al empecinado funcionario. A tanto llegó su afán por construir la noria, que esperó pacientemente la llegada de algún alcaide que autorizara y apoyara su idea. Hasta que por fin llegó destinado a esa Unidad Penal un alcaide de poco carácter, timorato, vacilante en las decisiones, que solía perder el dominio del personal, quienes ante un jefe irresoluto y miedoso, no tardaban en subirse por el chorro, salirse con sus afanes personales y descuidar el interés superior del servicio. Este alcaide le tenía cierta distancia a Ciro y optaba por ignorarlo y para que lo dejara de molestar, le dio una autorización a regañadientes al sargento para que iniciara las obras de la noria, pero sin mayor respaldo que el trabajo voluntario de los mocitos que quisieran excavar, bajo la atenta mirada del experimentado suboficial. Las risitas irónicas de los gendarmes comenzaron al ver que pasaban los días y Ciro cava que cava con febril desesperación, ya iban más de veinticinco metros de profundidad en ese pique y no aparecía el agua. Trataban de desanimarlo y que desechara la idea, ya

que en ese sector jamás encontraría agua. Cada día que pasaba, este desafío tomaba más fuerza, lo que no hacía otra cosa que acrecentar la motivación de Ciro. Todos se reían de él, incluido el alcaide, quien trataba con variados argumentos de convencer a Ciro que abandonara la empresa y se convenciera de su triste realidad. El sargento, con diferentes bocetos, planos, cálculos, croquis, mapas, y argumentos de tipo hidrográficos, intuía que el agua estaba cerca. Siguieron cavando algunos metros más. Nada. Realizó diversas gestiones, fue a los talleres mecánicos del pueblo y logró armar con diferentes piezas una bomba para extraer agua. Las bromas y la risa de los gendarmes, ya no le importaban. Hasta que por fin, ante la desbordante alegría del suboficial, apareció el agua a una distancia cercana a los treinta metros de profundidad. Seguramente las lluvias habían ayudado a elevar el nivel de las napas y la bomba, accionada en forma manual, funcionaba de maravillas. El íntimo orgullo y la satisfacción de Ciro no tuvieron límites, fue un gran acontecimiento interior para él y los reclusos trabajadores. Con el correr de los meses pasó a ser algo normal y la pequeña huerta comenzó a producir y sus diversos productos agrícolas contribuían a mejorar la alimentación de personal y de los reos.

Ciro siguió inventando extraños artefactos de diferentes tipos y de enredada explicación en cuanto a su funcionamiento; solamente él se entendía. Sin duda se trataba de un brillante inventor, quien debido a la falta de recursos en su infancia, no pudo acceder a una carrera de ingeniería. De todos modos, igual amaba la institución y se sentía realizado como funcionario del Servicio General de Prisiones, destinado a trabajar en ese aislado pueblito campesino. Cuando la curiosa noria, ubicada al interior del penal ya no constituía

ninguna novedad, el destino de la naturaleza quiso que por aquel tiempo, el pueblo y sus alrededores fueran azotados por una terrible sequía.

Era una sequía tan grande, que los árboles andaban detrás de los perros. La gente del pueblo no tenía agua en sus casas. La escasez del vital elemento llegaba a extremos realmente dramáticos. Alguien dijo que en la cárcel había agua y, primero, algunos vecinos acudieron tímidamente con sus chuicos, baldes, bidones y tiestos a conseguir agua con los gendarmes. Estos servidores públicos, en forma muy generosa y con gran amabilidad comenzaron a entregar agua a estas angustiadas personas. Poco a poco se fue corriendo la voz y, en breve, gran parte del pueblo comenzó a ir a buscar agua a la cárcel. La vertiente de la noria era una fuente de agua inagotable, rica y cristalina. Se formaban largas filas de hombres, mujeres y niños que ordenadamente llegaban a pedir su ración de agua. A tanto llegó la gratitud de la gente por la excelente disposición del personal de penitenciario y la utilidad pública de la

cárcel local, que esto motivó una gran admiración por parte de la comunidad. Sus autoridades, entre ellos el señor Gobernador, felicitó calurosamente al alcaide y se tomó la delicadeza de enviar a la capital una conceptuosa carta al propio Director General de la época, quien ante este admirable comportamiento funcionario, decidió estampar una nota de mérito al alcaide, la que quedó debidamente registrada en su hoja de servicios. Nadie sabe para quien trabaja.

Sin la perseverancia, la creatividad y la alegría de servir a sus semejantes de un funcionario especial, no habría sido posible este reconocimiento. Y allí está el buen Ciro, prestando servicios en otra cárcel enclavada en la zona rural, donde abundan terrenos de secano. Esa tarde, bajo el picante sol, sentado en una piedra, pensativo, soñaba con echar a andar una colonia penal, mediante el trabajo agrícola de los reclusos, para tal efecto se está consiguiendo un pedazo de tierra más bien pedregoso, pero está convencido de que, con perseverancia, voluntad e ingenio, de alguna parte tendrá que salir agua. 🍃



PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE COQUIMBO

SEGUNDO LUGAR
Cristian Antonio Alfaro Miranda
30 años, periodista
RÍO HURTADO

Patriótica Centenario

Mi relación con Peñita fue algo así como amistad a primera vista. Él ya era un hombre de años viejos aquella tarde en que me habló por primera vez, siendo yo todavía un niño. Fue al regreso del colegio, a fines de septiembre. Yo iba enrollando la lienza alrededor de mi trompo para hacerlo bailar en la calle, cuando oí su vozarrón que me llamaba.

- ¡Muchacho! me permites tu trompo para recordar viejos tiempos- me dijo amablemente.

Yo accedí y ese fue el comienzo de una amistad que se prolongó por 23 años. En esa ocasión, me contó que a él en su juventud le decían el “Rey del Trompo”, pues los fabricaba y los hacía bailar como nadie, y me enseñó algunos trucos para que la peonza quedara “sedita”, “cucarra” o con “buen arranque”, según la necesidad del momento. “El secreto está en la posición de la púa”, me aseguró. Ese día jugamos hasta que el sol se puso y antes de despedirnos me prometió que buscaría entre sus cachivaches su vieja y querida “tortera” para regalármela a la jornada siguiente. Y así lo hizo.

Desde ese momento nos hicimos casi inseparables, al punto que yo muchas veces preferí quedarme junto a él escuchando sus historias fantásticas, antes que ir a la multicancha con mis amigos a jugar una pichanga, que en esos tiempos era el panorama más entretenido para los chiquillos de mi pueblo. Podría considerarlo un abuelo suplementario, pero más que eso, Peñita fue casi un padre.

En los primeros años de amistad, siendo yo un mocoso aún –lo conocí a los siete años-, él se limitaba a jugar conmigo, contarme leyendas u otras historias fabulosas que había recogido a lo largo de su vida o a darme sanos consejos. No obstante, a medida que fui creciendo nuestras conversaciones fueron madurando hasta extinguirse todo rastro de fantasía, transformándose en centro de discusión la vida misma; la mía transitando aún por la alborada, la de él acercándose ya al ocaso. Me contó de sus experiencias, sus logros y frustraciones, y yo, por mi parte, busqué en él un refugio para capear las tormentas de mis primeras desilusiones amorosas. Por medio de estas charlas sostenidas en el tiempo

fui armando, como un rompecabezas, su prolongada existencia, una existencia que, más allá de los dolores y desesperanzas que a todo nos toca vivir en este mundo, resultó muy entretenida y bastante particular.

Peñita nació en 1910, en el año del Centenario de nuestra patria. En ese entonces, Hurtado era apenas un puñado de casitas de adobe en torno a la plaza y a la imponente iglesia -que hasta hoy se conserva-, y otras viviendas dispersas por aquí y por allá, con varios huertos alrededor y muchos llanos para el sembradío de porotos, papas y trigo. Apenas tuvo noción del mundo, su madre le contó que justamente el día que nació apareció en el nítido firmamento hurtadino un hermoso cometa, de cabeza reluciente y majestuosa cabellera. Su mamá, mujer bastante instruida para la realidad de la época, supo por un diario que se trataba del Cometa Halley, objeto celestial que ronda las cercanías del sol cada 76 años. Aun conociendo los fundamentos científicos de tal fenómeno, para ella todas estas manifestaciones naturales eran un regalo de Dios, por lo que una de esas noches tomó a su hijo y se lo presentó al cometa rogándole que su pequeñito tuviera una vida larga, dichosa y saludable.

Conociendo de ésta, la historia de sus primeros días, de boca de su madre, Peñita comprendió que los hechos que marcaron el año que nació –el Centenario y la aparición del Halley-, marcarían también su vida, por cuanto aún siendo un adolescente se prometió a sí mismo vivir su existencia de manera responsable, tratando siempre de ser feliz y lejos de cualquier vicio, con el único y gran objetivo de observar en plenitud la próxima aparición del cometa de su nacimiento y luego, tarea difícil pero no imposible, alcanzar los 100 años para ser testigo de la otra gran fiesta de Chile: el Bicentenario, en 2010.

La primera meta la alcanzó sin dificultad, pues a sus 76 años gozaba de excelente salud y una lucidez mental propia de cualquier muchacho de 20. Fue el '86, el año anterior al que nos conocimos. Me contó que desde abril ya andaba ansioso, oteando todas las noches el firmamento hacia el sureste, por donde, según oyó en los noticiarios televisivos, aparecería el famoso viajero estelar. Manuel, uno de sus hijos, que tenía un buen empleo en Chuquicamata y conocía muy bien los sueños de su padre, le compró un telescopio para que gozara como pocos de tan sublime acontecimiento. Desde principios de mayo, Peñita lo instalaba cada jornada en una oscura explanada detrás de su casa y allí junto a su familia aguardaba anhelante el esperado suceso. Por fin una de esas noches el Halley se presentó. Asomó pequeñito, como a las nueve de la noche, por la ladera este del cerro Gigante y desde allí, a medida que transcurrieron las horas, comenzó a subir hasta colocarse muy arriba en el cielo después de la medianoche, para luego comenzar a descender hacia el suroeste y ponerse finalmente cerca del cerro Morado de Los Maitenes de Serón. Una trayectoria similar a la que realiza diariamente Beta Centauri, que fue muy favorable para los habitantes de nuestro hemisferio por lo austral de esa ruta.

Yo, con apenas seis años, recuerdo perfectamente aquel suceso. El Halley a simple vista se veía diminuto, pero Peñita con su telescopio lo tuvo al alcance de la mano, y por desgracia para mí aún no lo conocía o si no de seguro hubiese compartido esta vivencia con él. Según me contó nostálgico años después, aquella fue una experiencia sobrecogedora que lo estremeció en lo más profundo de su ser. Durante la semana que el cometa estuvo visible, mi querido amigo lo observó con detenimiento cada noche, empapándose de tan



extraordinario acontecimiento, que los afortunados que pueden vivirlo, sólo lo hacen una vez en su existencia. Cuando el cuerpo celeste ya parecía decir adiós, con su cola flameando al viento espacial, Peñita se sintió invadido por una emoción indescriptible, pues había cumplido la primera parte de su gran objetivo. Ahora sólo debía esperar 24 años más para completar el resto de su misión autoimpuesta.

El 17 de septiembre en la noche me lo encontré en la inauguración del aramada. Estaba sentado en una banca, al lado contrario del escenario, escoltado tiernamente por dos de sus hijas y vestido con un elegante terno azul oscuro. Me acerqué a saludarlo y nos dimos un abrazo apretado, ya que desde hace bastante tiempo que no nos veíamos tan a menudo, porque hace diez años emigré parcialmente de Hurtado por mis estudios y hace cinco lo hice definitivamente por mi trabajo. Mientras aguardábamos el inicio de la ceremonia conversamos largamente, pese a su sordera y a las dificultades para pronunciar algunas palabras, propias de su avanzada edad. Me contó que estaba tremendamente emocionado por el intenso año vivido, tanto a nivel país como personal: primero, el terremoto de febrero; luego, la exitosa teletón; en junio, Chile en un mundial después de 12 años; y, en agosto, la tragedia, la feliz tragedia de los mineros de Copiapó.

- Y en lo personal, mi querido Cristian, estoy feliz... feliz de poder disfrutar el Bicentenario en mi pueblo, junto a mis hijos, mis nietos y bisnietos. Mañana, cuando en la plaza termine el acto, me entregaré a Dios y le diré que de ahí en adelante haga conmigo lo que le plazca, porque ya me sentiré bendecido, sentiré que mi meta al fin fue alcanzada -me dijo

lentamente y con algunas lágrimas rodando por sus rugosas mejillas.

Y allí estaba el 18 en la tarde, en primera fila, en medio del alcalde y de la gobernadora provincial. No podía ser de otra forma, si el "Tata Peñita", como todos lo llamaban cariñosamente, era la reliquia de nuestro pueblo.

Al momento del himno nacional se apoyó en su bastón y se puso de pie, aunque varios le sugirieron que no se esforzara tanto y que mejor permaneciera sentado. Colocó su mano derecha firme junto al pecho y lo entonó con todas las fuerzas permitidas por su anciana voz. A pesar de su espalda encorvada, yo diría que era el ciudadano con la posición más erguida y orgullosa de todos los presentes ese día en la plaza. A la distancia, noté que sus ojos brillaban de emoción. Con cien años a cuestas y cantando nuestro himno con un patriotismo ejemplar... un patriótico centenario... ¡eso es!, la frase que busqué en ese instante para definirlo se me viene ahora a la cabeza... ¡Patriótico Centenario!, creo que lo describe perfectamente.

A mitad de la ceremonia, vino la gran sorpresa para él. El alcalde, el concejo municipal y la junta de vecinos de Hurtado le entregaron un precioso galvano de reconocimiento, tallado en fina madera, a través del cual lo nombraron personaje del Bicentenario en la comuna. La gente aplaudía a rabiar y yo más que nadie, mientras las autoridades le estrechaban la mano o lo abrazaban y besaban con afecto sincero. Bien merecido que se lo tenía mi amigo este homenaje, no sólo por sus cien años, que son toda una hazaña, sino también porque siempre fue un vecino ejemplar, un

gran dirigente comunitario y un destacado deportista en el glorioso club Galvarino de nuestro pueblo.

Al finalizar el acto, me acerqué a felicitarlo y le dije que dentro de un momento pasaría por su casa para que compartiéramos un rico té. Lo vi alejarse entre la gente junto a algunos de sus hijos e hijas, mientras yo me quedé conversando en la plaza con un par de amigos de infancia, ya que el 18 siempre es el momento propicio para reencontrarse y recordar anécdotas con viejos conocidos.

Fui a su casa como se lo prometí, pero llegué un poco tarde. Elisa, su hija menor, me contó que apenas llegó dijo que se sentía cansado y pidió que lo llevaran a su pieza. Allí se tendió en su cama y su vida comenzó a apagarse lentamente. “Gracias Dios mío..., misión cumplida”, alcanzó a balbucear y luego expiró rodeado de todos sus familiares.

Cuando entré a su cuarto lo encontré recostado de espalda, con una bandera chilena aferrada a su pecho junto al galvano que acababan de entregarle y en su cara una expresión de calma y felicidad. Sin duda se fue a descansar conforme por lo obrado durante su larga y hermosa existencia. Yo sabía que en general su vida había sido feliz, que había alcanzado los cien años y además había logrado sus dos grandes objetivos: ver el paso del Cometa Halley y vivir las fiestas del Bicentenario. Pero a pesar de esas poderosas razones para sentirme tranquilo y conforme con su partida, verlo allí en su lecho de muerte me estremeció en lo más profundo de mi alma. Mi gran amigo, el de casi toda mi vida, ya no estaría nunca más para compartir momentos inolvidables.

¡Hasta siempre, Peñita!... ¡Hasta siempre, Patriótico Centenario! 🍂



PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE COQUIMBO

TERCER LUGAR

Raúl Tapia T.

74 años, pequeño productor agrícola
COMBARBALÁ



En días de verano ya próximo al otoño, una tarde, don Segundo dice a su hijo: Juanano, hay que dejar el caballo y los cuatro burros encerrados y bien forrajeados porque mañana temprano nos iremos a Camarico a cortar totora y tome para arreglar los techos de la casa y los galpones, ya que el invierno próximo será muy lluvioso. Así asegura don Emergildo, hombre viejo y sabio que tiene prestigio en estos pronósticos.

Al día siguiente, muy de madrugada al despuntar el alba, Juanano y don Segundo aperan los animales, toman un contundente desayuno y emprenden el largo viaje antes de la salida del sol, que desde la Quebrada Grande hasta Camarico hay más o menos 50 kilómetros. El largo trayecto lo hicieron sin descanso y llegaron a la casa de la tía Rosa Amelia como a las 5 de la tarde. En ese fundo vivía la tía con su familia y trabajaban en ese mismo lugar. Para Juanano ese trayecto fue muy duro; solo contaba con 11 años de edad. Así eran las condiciones de vida a mediados del siglo veinte para los campesinos pobres. El recibimiento de la tía fue muy bueno y acogedor, además constituyó una gran

alegría mutua después de tanto tiempo sin visitarse. Al día siguiente, muy temprano don Segundo fue a hablar con el patrón antes de que saliera para pedirle la corta de totora a medias. No hay problema, dijo el patrón, corte lo que necesite y me avisa cuando el material esté seco para repartirnos; eche los animales al potrero, el que está al otro lado del canal, indicando el lugar con una mano. Después de algunos días de duro trabajo -cortar, sacar y tender-, había que hacer los atados y en seguida hacer los hachones con una cantidad determinada de atados para que todos queden iguales.

Han pasado algunos días y se avisa al patrón y éste manda a una persona para que reparta la cantidad de hachones. Para Juanano, estos días fueron de trabajo y de recreación, ya que tuvo la oportunidad de compartir con los parientes, especialmente con los primos que eran más o menos de la misma edad. El trabajo de regreso es mucho más duro; ahora hay que cargar los burros con los hachones que en el camino son un problema, ya que al encontrarse con los vehículos

se dificulta el paso o a veces se asustan. Ten mucho cuidado Juanano, dice don Segundo, que los burros son como burros de porfiados, además recuerda lo que le pasó a tu abuelo cuando se encontró con un camión y un chofer de mala intención chocó a propósito al pobre bruto; el burro buscó pasar por entre las dos luces y ese choque fue mortal. Al suegro no le quedó otra, que descuerar el animal para no perderlo todo, luego cargar el animal que montaba con lo que traía el atropellado y, luego, él tuvo que seguir a pie hasta su casa; eso a nosotros no nos puede pasar.

Salieron de Camarico aún con bastante sol, pero el lento caminar y largo trayecto fue motivo para llegar a media noche al sector de Los Arrayanes, en plena cuesta de los Mantos de Punitaqui. En ese lugar descargaron las bestias, les dieron agua y los animales comieron lo que encontraron en el lugar. Los arrieros prepararon choca y comieron los alimentos que llevaban en las maletas de la montura del caballo que compartían alternadamente padre e hijo; después de un breve descanso nuevamente a cargar y seguir la pesada ruta.

Al rato de caminar, dan deseos de tirarse al suelo y dormir donde sea. El sueño se empezó a sentir en la amanecida y así fue como Juanano se quedó dormido caminando en dos ocasiones; dos caídas, dos porrazos que al final ayudaron a espantar el porfiado sueño. En el sector de Los Arrayanes, en aquel tiempo no había habitantes y el único animal salvaje que pudieron ver fue, al parecer un zorro, y Juanano fue el primero en verlo, ayudado con la claridad entregada por la Luna llena. Le causó temor por ser bastante grande y su figura un poco extraña, tenía más forma de gato que de perro. El alba los sorprendió por el sector del Carrizal.

El agotamiento se hacía sentir, pero el recuerdo de lo compartido con los parientes de Camarico mitigaba en parte ese agotamiento extremo.

Don Segundo dice a su hijo:

- Ojalá cuando seas hombre grande tengas más suerte que la mía, te puedes ir al norte siendo joven y puedes tener un futuro mejor que el mío y no tener que arrear burros para ganarte la vida. Yo me fui a la pampa cuando ustedes ya estaban crecidos y el tiempo que estuve fue poco, ya que si uno tiene familia, no anda bien que el hombre esté en el norte y la familia en el campo. Para atender bien la casa y la familia deben estar todos juntos.

Juanano responde:

- Cuando yo sea más grande, quiero trabajar para tener una familia numerosa y una casa grande, no con techo de totora como la que tenemos ahora, y muchas cosas más para no seguir siendo tan pobre, espero que salgamos de esta situación y que la suerte me acompañe, yo haré todo lo que esté de mi parte.

- No me queda la menor duda que así será -dice don Segundo.

El sol ya está alto, la casa está bastante cerca, los perros de la casa los escucharon y conocieron de lejos y salieron a encontrarlos moviendo la cola y aullando de contentos, mostrando una fidelidad tan singular que solo los perros son capaces de otorgar. Como que Juanano olvida el cansancio, ya en casa es hora de descargar y sacar los aperos a los animales. Mientras, la mamá se esmera en preparar comida para atender



a los recién llegados, especialmente a su hijo, quien aún siendo niño está haciendo trabajo como si ya fuera todo un hombre. Con mucha ternura la mamá pregunta:

- Viene muy cansado *mijito*.
- Parece que se me pasó el sueño y el cansancio con solo llegar a casa -contesta Juanano.
- Por fin descansaremos y mataremos el hambre que no se siente tanto con el agotamiento, dice don Segundo, quien se sienta en un palo largo de álamo, que prestaba el servicio de asiento en la enramada y agrega, pero vale la pena hacer este tremendo sacrificio; ahora en pocos días más arreglaremos bien las techumbre y cuando llueva lo celebraremos comiendo sopaipillas fritas en manteca de chanco, a la orilla del fuego, de ese que matamos unas semanas atrás, que dio dos latas de manteca, y de ese mismo que preparamos arrollados y llevamos a la tía Rosa, esos que tanto le gustaron, por algo tengo fama de buen componedor de chanco, dice don Segundo e interrumpe Juanano preguntando ¿cómo tiene que prepararse el chanco para que quede bueno como le queda a usted?

Es cosa de trabajarlo bien, contesta don Segundo, el martes no se le da de comer al animal, el miércoles se mata, se pela, se desposta, se troza y se preparan las ricas prietas con hierba buena que a la hora de onces se coman con té o con mate. El jueves, a primera hora, se prepara la carne para los arrollados, se lava y se echa a desaguar en agua con vinagre y se cuecen las presas, también se pueden hacer los arrollados. El viernes se cuecen los arrollados, se preparan los costillares y, si alcanza el tiempo, también se cuece la cabeza; el aliño es muy importante, no puede faltar el ajo, comino, orégano, ají de color y la sal muy bien proporcionada. El sábado se rifa la cabeza y se hace la fiesta, a veces también se rifan los costillares cuando no se han vendido. La fiesta no solo consiste en las ruedas de juego para definir a los ganadores de las rifas también el baile es muy importante donde las jóvenes mostrarán sus habilidades y coquetería y los varones tendrán la oportunidad de hacer alguna conquista amorosa demostrando sus cualidades y valores. Ahora, hay algunas personas que lo hacen todo apurado, ni siquiera hacen fiesta, matan un día y al siguiente ya lo tienen cocido, y así el chanco no queda bueno, pero como me interrumpiste te diré que celebraremos mirando como baja la Quebrada Grande con tanta agua llevando árboles y cardones que se asoman y se esconden como si fueran jugando, nos iremos del próximo invierno bajo un buen techo, por muy duro y violento que sea, ¿no te parece, Juanano?

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE VALPARAÍSO

PRIMER LUGAR

Margarita del Rosario Rojas Torres

48 años

Encargada Biblioteca Pública 237

PUCHUNCAVÍ



La casa blanca del cerro de Puchuncaví

Cuentan que por el año 1950, llegó a vivir al pueblo de Puchuncaví, a una casa blanca emplazada en lo alto de un cerro con una excelente vista al valle, justo donde pasa la carretera del pueblo, una familia campesina compuesta por el marido, su señora y tres hijos de ambos de entre 6 a 10 años de edad. Él era un hombre apático y mal genio y bueno para beber alcohol, tenía muy mala comunicación con el resto de la comunidad justamente por su carácter y no trataba en forma muy amistosa a su propia familia.

Este pueblo muy particular queda entre el campo y el mar, la naturaleza era generosa con este pueblito: por un lado, se podía disfrutar de las maravillas del mar y, por otro, las grandezas de la madre tierra. El mar entregaba sus maravillosos productos con sus grandes beneficios y la posibilidad de que trabajasen en sus aguas los pescadores del pueblo. Por esos años, existían servicios básicos como: escuela, consultorio, carabineros, parroquia, etc. En este pueblo, se cultivaba la tierra y era una gran fuente de trabajo como ganadería, lechería y una gran producción de lentejas, porotos, trigo y maíz.

Respecto del matrimonio, este hombre salía a trabajar todos los días al campo y tenía en su casa una pequeña granja con animales y una huerta para el consumo familiar, cuyo cuidado daba tranquilidad y alegría a su esposa e hijos cuando él estaba trabajando en un fundo cercano perteneciente a una familia alemana.

Cada cierto tiempo, la madre y sus hijos acudían a comprar los víveres a un almacén ubicado en el centro del pueblo, que pertenecía a don Pedrito, quien era un hombre generoso. Cada vez que llegaban esta madre y sus tres hijos al almacén, a él le llamaban mucho la atención estos traviesos hermanos y siempre les regalaba más de algún caramelo y entablaba una amena conversación con ellos. Al comienzo de la conversación, siempre mantenían la vista baja y demostraban vergüenza, pero luego de un rato, comenzaba la risa y la alegría de saborear un rico caramelo; una vez realizada la compra se retiraban sin más ni más a su casa y ya no aparecían hasta la próxima compra.

La vida de esta familia continuaba habitualmente entre los malos tratos y el mal carácter del padre de la familia. Los niños no asistían a la escuela.

Un día, a la hora de almuerzo, llegó el jefe de hogar y pidió a los hijos que amarraran su caballo para poder almorzar tranquilo. Era un caballo bien criado y de buena raza por lo que el padre lo quería y lo cuidaba mucho. Los niños tiraron del caballo por sus riendas y lo llevaron a un sector de la casa donde había una clava para dejarlo ahí, pero entre risa, jugarreta e ingenuidad de los chicos, amarraron mal al caballo, lo que provocó que se pusiera chúcaro e inquieto. Los niños, al verlo así, se asustaron y comenzaron a apaciguarlo hablándole suavemente, pero el caballo no obedecía las órdenes de tranquilizarse que le daban los niños y amarrado comenzó a darse vueltas y vueltas hasta que se enredó y comenzó a colocarse morado, ya que las riendas alrededor de su cuello estaban por explotar. Al escuchar tanta batahola y alboroto, los padres acudieron donde estaban los niños. Mayor fue la sorpresa del padre al ver su caballo regalón en esas condiciones, ya casi no respiraba estaba casi ahorcado por la presión de las riendas en su cuello; intentó reanimar al animal pero todo fue en vano, el caballo después de mucho sufrimiento dejó de existir...

En ese momento, el hombre lleno de ira y de rabia tomó a los niños y los empezó a golpear de forma despiadada y sin clemencia por no haber tenido cuidado con su caballo. Los golpeaba con tanta fuerza y ciego de arrebató que no se fijó que uno de ellos alcanzó a huir y a esconderse entre los matorrales, donde estuvo a salvo, pero la suerte no fue la misma para sus hermanos. Fueron tantos los golpes que recibieron a manos de su padre y ante la mirada atónita de su madre, quien

intentó en varias ocasiones quitárselos pero ella recibió la misma suerte de los hijos, muchos golpes de pies y puños. Ellos gritaban y clamaban perdón pero él no escuchaba razones. El hombre estaba como endemoniado y no cesaba de golpear a esos pobres niños poseído por la saña hasta que al final los dejó sin aliento; mató a los dos hermanos, de tanto pegarles quedaron tirados en el suelo como dos animalitos,

Como ya no había llantos ni gritos, los miró, los tocó y fue en ese instante que se dio cuenta de lo sucedido, los llamó por sus nombres... pero ya no había nada que hacer; estaban muertos en un charco de sangre. Miró a su mujer que estaba con los ojos desorbitados de miedo, llanto, pena y dolor de ver cómo trataban con tanta crueldad a sus hijos. El hombre se dirigió hacia ella, la tomó por el pelo y la obligó a ayudarlo a sacar a los niños de ahí. Fue hacia un árbol que se encontraba en el patio de esa casa blanca y bajo el árbol cavó un hoyo profundo y enterró ahí a los dos hermanos. La mujer pasó los días más amargos de su vida, pensando en sus hijos, sólo había quedado uno vivo -el más pequeño-, de aquella tarde del cruel escenario.

Por la noche, esperó a que su marido se durmiera y corrió a los matorrales donde se encontraba su hijo. Se abrazaron y lloraron hasta que amaneció y se fue hasta la casa. No era capaz de levantar la vista por miedo, pasaron varios días y ella alimentaba a su hijo a escondidas. El padre intuía lo que hacía su esposa y un día le dijo: "Dile a ese chiquillo que vuelva a la casa y no se hable más del asunto". Se lo dijo de tal manera que fue como una puñalada en el corazón y no decía nada de los otros dos hijos, como si nunca hubieran existido, como si en sus manos hubiese tenido la libertad de decidir la vida de sus hijos. El niño menor andaba de un

lado a otro taciturno, casi no comía, lo invadía la pena y la tristeza de haber presenciado ese cruel espectáculo.

Pasaron varios meses de ese perverso acontecimiento. Un día, la madre y su hijo volvieron a comprar al pueblo al almacén de don Pedrito, a quien le llamó mucho la atención de que fuese sólo un niño y no los tres como solía suceder. Luego de varios minutos, le regaló un caramelo al pequeño y entabló una breve y amistosa conversación, donde obviamente le preguntó por sus hermanos. La mujer al oír la pregunta, miró hacia abajo y se quedó callada; el niño, a su vez, mostró tal sorpresa y dolor en su rostro, que el dueño del almacén quedó muy intrigado. La madre y su hijo regresaron rápidamente de las compras sin hacer ni un comentario el uno con el otro.

Después de varios meses, un día cualquiera, a media tarde llegó nuevamente al hogar el dueño de casa, en estado de completa embriaguez y comenzó a golpear a la mujer, quién lloraba y trataba de que su hijo no la escuchara. Con todo el alboroto el niño pequeño volvió a huir de su hogar, pero esta vez corrió, corrió y corrió hasta llegar al almacén del pueblo y llorando entre sollozos le contó a don Pedrito lo sucedido en su hogar con sus hermanos. Este hombre tomó al niño de la mano y lo llevó a Carabineros, donde repitió lo que el niño le había contado. No colocaron en duda las declaraciones del niño, ya que era sabida la crueldad con este hombre trataba a su esposa e hijos. Después se dirigieron a la casa blanca, ahí estaba el hombre ebrio, sentado a un costado de la mesa bebiendo más todavía y la mujer, aterrorizada, llorando en un rincón de la casa, porque no sabía dónde estaba su pequeño hijo. Grande fue la sorpresa del matrimonio

al ver al capitán de policía en su casa, irrumpieron con su presencia, los tomaron a los dos y verificaron los cuerpos, los que efectivamente se encontraban enterrados bajo el árbol. Esposaron al hombre y a la mujer, luego los llevaron detenidos caminando desde su casa hasta el retén de carabineros para ser condenados por el delito de asesinato y a la madre por encubridora. Al pasar por las calles del pueblo, la gente los quedaba mirando y se preguntaban cuál sería el delito de este matrimonio para ser llevados de esa forma, mientras el pequeño -de la mano de don Pedro- no dejaba de sollozar.

Desde ese día, de los padres de estos niños -él, hombre desnaturalizado y ella, una madre que no fue capaz de arrebatarse los hijos y defenderlos de la muerte-, nunca más se supo.

El hijo menor y único sobreviviente de los tres hermanos quedó bajo el amparo del dueño del almacén del pueblo y acudió a la escuela y tuvo una vida digna junto a don Pedro, quien lo crió como a un hijo y le entregó cariño y una buena educación. El niño estudió y fue un reconocido maestro de preparatoria por muchos años en el pueblo de Puchuncaví, conoció a una hermosa mujer, se casaron, tuvieron hijos y se fueron a vivir a una hermosa casa en la comuna de Quillota.

La casa blanca sigue estando en el mismo lugar emplazada en el cerro, a un costado de la carretera y muy cerca, en el patio de esta casa, bajo la sombra del árbol, existe una grutita en la más absoluta soledad; sólo el triste recuerdo de quienes alguna vez escucharon de los labios de sus abuelos, padres o familiares la quimera de esta casa.



PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE VALPARAÍSO

SEGUNDO LUGAR
Maykel Joel Nilo Romero
32 años
Obrero
SAN ANTONIO

Mi abuela era una bruja

La historia que voy a contar es verídica e inexplicable. Ocurrió hace muchos años, en la zona centro rural de nuestro país, en el corazón de un campo hermoso y próspero. Hoy en día, para mí es solo un recuerdo, que estará por siempre en mi memoria y en la de mis hermanos.

La tarde es negra y la lluvia intensa. El invierno de este año 1976, se ha dejado caer de manera fría y desmesurada sobre Melipilla y Cuncumén. A pesar del viento y la lluvia, la abuela insiste de mala forma que vaya al cementerio con el Ricardo -mi hermano menor- y traiga un poco de tierra en una bolsa; además, quiere una flor seca y un par de coronas de color morado. Siempre nos pide traer cosas muy raras como huesos de perro, gusanos de árbol o hierbas extrañas.

La gente dice que mi abuela es hechicera; otros dicen que hace magia negra, incluso algunos aseguran que tiene asuntos con el coludo. Todos le temen, menos el Ricardo o Carita como le decimos a mi hermano menor; él se burla

de la abuela constantemente y hasta le grita “bruja”.

Nuestra casa está ubicada al interior de Puangue, a los pies del cerro. La casona grande es muy antigua y el campo es abundante en ganado y alimentos, además los patrones de mi papá son muy buena gente con nosotros y con el resto de la peonada.

La abuela se va sola al cerro cada una semana y ahí se queda uno o dos días. Ella dice que va a visitar a una amiga y lleva en un bolso viejo todas las cosas extrañas que juntamos con el Carita para ella en la semana. En una ocasión, la seguimos y después de dos horas de caminata se perdió en unas laderas rocosas. No había casas ni fundos, solo piedras y cuevas.

Ella era realmente misteriosa. En ocasiones, venían señoras muy elegantes a visitarla, eso sí que de manera muy discreta y breve. Mamá decía que eran clientas, que habían perdido al marido o que necesitaban algún favor. En ese momento no lograba comprender la relación de mi abuela con esas personas.

Un día, la ranca amaneció alborotada, una hermana de la patrona venía de la capital a hablar con la abuela. Mamá andaba como loca barriendo y limpiando todo, mientras la abuela sentada, fumaba serena, segura de sí misma como si ella fuera la dueña del fundo. Ella no hablaba con nadie, era fría e ignoraba a las personas, sus ojos negros y profundos atravesaban con la mirada. Su rostro era tosco y lleno de surcos, al igual que sus manos impregnadas de raros olores.

Los patrones llegaron a casa junto con la señora. Mis hermanos y yo vestíamos nuestras mejores pilchas, mamá nos había peinado con medio limón a cada uno. La señora pasó directo a la pieza de la abuela, allí estuvo por largos minutos. El Carita me dijo: “Vamos a sapear por la ventana”. Nooo, le dije, si la mamá nos pilla me tapa a correazos. Al pasar los minutos, la curiosidad me comía: “Yaaaa, vamos”.

Nos dirigimos hasta la ventana del patio y nos asomamos con cuidado. Nunca olvidaré los que mis ojos de niño no comprendían. La señora estaba tendida de espalda en el suelo, rodeada de velas negras, muy gruesas. La abuela bailaba descalza sobre un carbón encendido, empuñando un puro que fumaba sin cesar. El cuadro era realmente espantoso y nos asustó mucho, corrimos hacia el granero.

El Carita me dijo que la abuela nos había visto. “Estate tranquilo, ella no nos hará daño”, respondí, tratando de calmar su pálida y agitada figura.

Estuvimos muy asustados por varios días, pensando que ella nos pegaría o tal vez nos acusaría con mamá. La abuela actuaba normal, como si guardase su odio para dejarlo caer de golpe sobre nosotros y castigarnos

cruelmente. Esa actitud indiferente y extraña no dejaba de inquietarnos.

Al paso de unos días, el mal clima no cesaba, la lluvia y el barro nos obligaban a estar en casa, al pie del brasero, mirando cómo las velas se consumían lentamente. En eso estábamos, cuando la abuela grita del dormitorio: “Ricardo, ven *pa’ca*”. Mi hermano, como un resorte, saltó de la banca y fue pensando que tenía algún mandado. Entró y salió muy rápido y asustado: “¿Qué pasó?”, pregunte. El Carita respondió: “Me tomó del cuello y dijo “agradece que vo’ soy mi nieto, pero igual me las *vai’a* pagar “. Y le hechó encima todo el odio que tenía.

Así pasamos otra semana durmiendo juntos, aún más asustados por su amenaza. Todo parecía normal hasta esa horrible e inolvidable noche. Nos habíamos acostado muy temprano, como era costumbre. El Carita tomó el candelabro para ir al baño. Le dije que se apurara, porque me daba miedo quedar oscuro; no pasó ni un minuto, cuando se escuchó un grito de terror de mi hermano que me erizó los pelos. Todos se levantaron a ver qué pasaba, menos la abuela. Él no podía hablar, simplemente sollozaba y se aferraba al pecho de mi padre. Yo sabía que la abuela tenía algo que ver en todo esto. Muy enojado y desafiante, fui a su habitación y desde la puerta oí que ella reía a carcajadas de forma diabólica. Empujé su puerta y la vi. Tenía los pies en un lavatorio con agua, tres velas en el suelo y en su mano el chaleco de mi hermano. “¿Qué le hiciste?”, grité. Ella me miró con desprecio y dijo: “Si vo’ mañana *entrai* a mi velorio, te voy a llevar conmigo *pa’l* otro *la’o* “. Fuera de mi vista”. Salí corriendo y me acosté junto a mis padres y el Carita, quien aún no recuperaba el habla.



En la mañana, escuché a mi buena madre llorar: nuestra malvada abuela había muerto, al parecer, por causas naturales, pero sin padecer enfermedad alguna. Se preparó todo para el velorio, yo no dejaba de pensar en la amenaza que me hizo antes de morir y tampoco podía comprender cómo ella sabía que iba a morir.

Pedí a mi mama permiso para quedarme donde la tía Juanita durante esos dos días de velorio, para no tener que entrar a la casa y escapar de su promesa maldita. Mamá me dijo que sí y que me llevara al Carita, quien todavía estaba mudo.

Fuimos en carreta con don Pedro y llegar donde la tía fue un alivio. "¿Que pasó?", le pregunté al Carita. Por fin, sacó la voz y dijo que cuando fue al baño y pasó

frente al espejo, lo miró y vio a la abuela parada tras él con un cuchillo en la mano y una risa espantosa. Se volvió para mirarla y no estaba, pero en el espejo continuaba su reflejo riendo a carcajadas. El pobre Carita quedó paralizado y solo atinó a gritar de horror. Me dijo que jamás lo olvidaría, tal como dijo la bruja antes de morir.

Terminó el velorio y la enterraron junto a todos sus secretos y su maldad. Hoy en día, con mi hermano y a nuestros cuarenta y tantos años nos preguntamos, cómo se le apareció al Ricardo y cómo supo exactamente cuándo iba a morir. Tal vez, tenía algún pacto demoníaco y sabía cuándo sería la hora de pagarlo. Como fuera, de algo sí estamos seguros y es que "el cielo nunca pisó".

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE VALPARAÍSO

TERCER LUGAR
Jorge Valdés Aguirre
75 años
LIMACHE

*Manuel y Rufa, campeones
en carreras a la chilena*

Corría el año 1940 y doña Adelaida Rodríguez aún poseía vastas tierras por allá, en San Ignacio, pueblo ubicado al interior de Chillán.

Misiá Adelaida, viuda, con cincuenta años a cuesta y dos hijos, que nada quisieron saber del campo. Ellos estudiaron en la capital, allí trabajaron y, como era lógico, allá formaron sus familias.

Al verse sola, doña Adelaida puso sus ojos en el hijo menor de su mediero, que tenía cinco años. Fue tanto el cariño por el chiquillo, que pidió a sus padres que le permitieran vivir junto a ella, en la casona patronal. Fautino, el mediero, con tres hijos varones más, aceptó las peticiones de su patrona, y así Manuel pasó a ser una carga menos para él.

De inmediato, empezó a notarse la diferencia entre hermanos. Envidiaban a Manuel que comía, vestía y recibía mejor trato que ellos. Además, él no tenía que

doblar su espalda para ayudar al padre en agotadoras faenas campesinas.

Manuel, al crecer, se convirtió en un muchacho estudioso, agradable y bien parecido. La envidia aumentó en sus hermanos cuando fue a estudiar su enseñanza secundaria al liceo de Chillán. Su protectora no escatimaba en gastos y le costaba un buen internado y transporte para regresar los fines de semana a San Ignacio.

Todo iba de maravilla para Manuel, hasta que la muerte repentina de misiá Adelaida cambió para siempre su joven vida.

Ella no dejó nada estipulado para él y sus hijos vendieron las tierras sin acordarse para nada del protegido de su madre.

Los nuevos dueños siguieron el trato con el antiguo



mediero, pero Manuel quedó sin estudios y sin saber nada de las faenas del campo.

Esto causaba la burla de sus hermanos, porque el pobre muchacho no era capaz de tales tareas y, aunque luchaba por obtener logros, nunca alcanzaba la cuota exigida por su padre.

Era inteligente y decidió cambiar de rubro. Tuvo suerte al ocupar el puesto de ayudante del viejo Misael Vargas, criador y entrenador de caballos para carreras a la chilena, en un fundo del pueblo de Pinto.

El viejo Misael le tomó cariño y le llamaba cariñosamente Huachito. Era un trabajo duro y diferente a trabajar la tierra, pero él prefería esto a estar frente a sus hermanos, quienes no perdían ocasión para humillarlo.

La inexperiencia causó varios problemas al muchacho, pero ahí estaba Misael para ayudar y solucionarlos.

Cierto día, la mejor yegua, la preferida del patrón, la que estaba bajo sus cuidados, cayó enferma. El animal, con su panza hinchada, se quejaba, no comía, ni defecaba. El pobre muchacho no sabía qué hacer.

¡Cálmate Huachito! -le dijo Misael-, a lo mejor le diste de comer *cebá mojá*, es lo *pior*, pero esto se arregla. El viejo tomó un huevo de gallina, metió su brazo hasta al codo por el ano de la yegua y lo reventó en su interior. Manuel aún no salía de su asombro, cuando le escuchó decir con toda naturalidad: "Ahora llévala a caminar y que tome harta agua".

Fue santo remedio, porque el animal vació todo lo que tenía estancado en su barriga. Así fue aprendiendo de

Misael, todo lo necesario sobre este oficio y también fue idea del viejo que montara al caballo Rufo y que compitiera un domingo cualquiera, en carreras a la chilena.

Manuel nunca pensó lo capaz que era para ese deporte y no solo ganó ese domingo, sino que en muchos más.

Manuel compró a Rufo y formaron excelente pareja. Se hicieron conocidos y de diferentes pueblos los invitaban a participar.

En cada carrera, las apuestas a su favor eran muchas y como siempre ganaba, también ganaba bastante dinero. Nuevamente, su inteligencia y buena cabeza lo guiaron para invertir en compra de tierras y empezar su propia crianza de caballos para carreras a la chilena.

Manuel se convirtió en un hombre admirado por las mujeres, por su posición económica, buena estampa, rostro y carácter agradable.

Ahora, la envidia de sus hermanos al verle triunfador, aumentó mucho más. ¿Por qué si ellos continuaban siendo unos pobres peones trabajando de sol a sol, cómo era posible que Manuel lo tuviese todo: dinero, fama y mujeres? La envidia los llevó a tramar una estratagema para hacerle caer en desgracia.

Ese año, las Fiestas Patrias prometían ser las mejores. En el campo, además de las fondas, las carreras a la chilena son las más esperadas.

Manuel, como de costumbre, era el más solicitado y eran muchos los que apostaban a su favor. La carrera

principal la ganó fácilmente, causando gran alboroto en el gentío. No quedaron conformes con verlos correr una vez y pedían a gritos que repitiesen su participación. Manuel respetaba mucho a su compañero y jamás lo exponía a esfuerzos innecesarios, pero esta vez eran tantas las solicitudes, que aceptó el desafío.

Después de que ambos descansaron largo rato, la famosa pareja volvió a correr y volvió a llegar en primera.

Luego, vinieron los festejos, aunque Manuel era poco dado al licor, aceptó los agasajos, ya que uno de sus hermanos, era el más solícito en las invitaciones.

El joven brindó feliz junto a su hermano mayor, quien lo abrazaba fraternalmente, adulando su capacidad de jinete y la hermosura de su caballo.

Se acercaba la noche y su casa estaba lejos del pueblo, entonces emprendió la retirada, no sin antes despedirse y agradecer a sus hermanos y amigos.

Culpó al licor ingerido cuando trató de subir al caballo y sintió su corazón golpear con fuerza su pecho. Rufo lo recibió de una forma diferente, no hubo un relincho de bienvenida como era su costumbre.

Ya montado sobre el animal, sintió que su cuerpo pesaba como plomo. Era incapaz de enderezarse, debió doblar su cuerpo sobre el lomo de Rufo. Su cabeza y oídos parecían estallar y no sabía qué rumbo tomar.

El caballo tampoco estaba en mejores condiciones; zigzagueaba como si estuviese mareado y corcoveaba a cada paso, como si el cuerpo de su amo le molestase.

Los caballos bien enseñados son capaces de llevar sanos y salvos a sus amos hasta las puertas de sus hogares, porque memorizan los trayectos que recorren a diario.

El camino que habitualmente hacía Manuel junto a Rufo era cruzar dos caudalosos canales, llamados Los Mellizos, allá en San Ignacio. Rufo tenía una precisión asombrosa al poner sus patas sobre esos delgados tablones y llegar con éxito al otro extremo, pero esta vez no ocurrió lo mismo, sus patas resbalaron y con un corcoveo lanzó al jinete, el que cayó de bruces a las aguas del canal. La fuerza de la corriente lo arrastró hacia una orilla, donde a la mañana siguiente, lo encontraron ahogado, y a Rufo inmóvil a su lado.

Su muerte fue muy lamentada por las personas de su pueblo y alrededores. Más tarde se supo que el licor ingerido por Manuel, ese día 19 de septiembre, contenía tabaco, y que su caballo había comido una hierba mala llamada villuca, que le produjo mareos. Esa fue la causa de que perdiera el equilibrio al cruzar los canales e hiciera caer a su amo.

Después del funeral de Manuel, Rufo desapareció, pero extrañas muertes sucedieron en el pueblo. Cada cierto tiempo aparecía un hombre con la cabeza destrozada. Según los entendidos, las heridas eran producidas por las patas de un caballo. Lo más extraño aún es que fueron los tres hermanos de Manuel quienes sufrieron esas muertes; de Rufo no se supo nunca más. 🍀



PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN METROPOLITANA

PRIMER LUGAR
Erika Hilda Phillips Salinas
70 años
Profesora jubilada
LA CISTERNA



La viuda del cuatrero

Era viernes. Sabían que estaban llegando a Huelquén. El trueno de su galope hacía temblar la cebada y el aire se perfumaba a pólvora y sudor de cuerpo galopado durante una noche entera. Sabían que tenía que ser él...

Cerca del puente del Inca, la Cuatralba dejó de trotar; relinchó alegremente en un saludo a los caballares vecinos; siempre hacía lo mismo al llegar al estero... por costumbre y ardores de compañía equina. El jinete miró hacia los cerros y enfiló por la quebrada en la yegua cerrera de patas blancas... Más allá del roquedal se divisaba el oscurecido bulto de sus desvelos.

El olfato de la Viuda anticipó la proximidad del bandolero. La brisa mañanera le acarreo la fragancia del cuerpo mojado de ese hombre que venía cabalgando desde Rancagua entre montes y valles bajo lluvia intermitente... La mujer de luto se iluminó... Puso en la canasta unos pollos, fiambres, pan, grapa, yerba

mate y dos mudas interiores en el saco quintalero para su hombre. Arrebozándose en el chal, cortó por el atajo que la llevaba al horno carbonero del Cerro del Monje y se puso a esperarlo con el "choco" que Martín Fierro, el herrero, le había entregado con tantas recomendaciones...

"¡Huelquén, Huequén! Hacienda de quién sabe quién", cantó un pajarito.

La Viuda... Llegó viuda a Huelquén. Una mujer sola en el mundo; aunque todos sabían que tenía propietario y se sabía quién era; razón suficiente para que no se le acercaba nadie a pesar de su belleza escondida... Frecuentaba al herrero con las primeras luces del alba; la gente del poblado decía que la mujer iba a afilar el cuchillo carnicero y la guadaña para enfrentar a la muerte que la andaba rondando. Decían también que estaba embrujada por el bandolero y que cuando salía de compras, el espectro del difunto marido cuidaba

la casa vestido de novio... Astudillo cocinaba, lavaba y planchaba ropa por la mañana; regaba el jardín, barría el patio y la vereda por la noche. La gente decía que un día vieron la sombra del muerto detrás de ella y aseguraban que el fantasma la seguía queriendo en calidad de muerto.

La amante del cuatrero, de manos adornadas por anillos de oro y piedras preciosas, con perlas que parecían luna llena en cada oreja y vestida de azabache... no dejaba adivinar la edad. Podía tener veinte como setenta. Se cubría con manto oscuro; parecía monja camino a la iglesia, pero ni siquiera pasaba cerca de los santos. No hablaba con nadie; se la veía canasta en mano ya entrada la noche a la hora de los murciélagos, o al alba, cuando empiezan a volar las primeras diucas. Su casita aislada a los pies de un cerro, recién pintada y con cortinas muy blancas, alegraba la vista. Por los visillos tras pasaba la sombra de la mujer oscura moviéndose de un lado a otro... Las noches de los viernes, un cirio ardía en la entrada de la casa, iluminando el alma de Astudillo, muerto de un solo balazo el día del casamiento, a la salida de la parroquia donde quedó tendido con una mano en el corazón, ante la mirada de asombro de la novia de blanco y el griterío de los convidados que bien poco les importaba la interminable ceremonia religiosa y rogaban que el cura terminara pronto para dar rienda suelta a la tomatara y a la comilona.

El Cecilio nunca montó un rocín macho; al salteador le gustaban las yeguas y las mujeres. Decía que "se parecían por lo resistentes *pa'* galopar... que las polleras no traicionan cuando se les sabe dar calor... y que obedecen que es un gusto sin espuelearlas ni rebenquearlas... siempre y cuando no *haiga* libreta *é casao é por medio*".

Cuando el bandolero andaba por esos lados, nadie abría ni siquiera los postigos para no hacerse cómplice de su presencia; se sabía que el visitante era un "cardo negro" muy buscado. Los cardos negros, como se les llamaba a los forasteros sospechosos, así como llegaban a Huelquén, se iban sin despedirse; se dejaban caer de sorpresa a mover la triste economía del pueblo, gastando el botín de sus asaltos con gañanes, carrilanos, peones y chinganeras en las fondas de los alrededores; tomaban tanta chicha, que no sabían de su alma... no eran capaces de subirse al lomo de sus bestias y tenían que ser ayudados por los compañeros de parranda; así proseguían su camino bamboleándose entre cerros...

El Cecilio era cuatrero profesional: no iba a chinganas y se emborrachaba con subanda en clandestinos seguros. Las manos endurecidas por la rienda, el rebenque y la pistola se ablandaban al pensar en la viuda. Un par de ojos verdes y chicos brillaban suspicaces en medio de la cara renegrida; entre el bigote mejicano y la barba matusalena, sobresalían sus labios pulposos y jóvenes. Venía a Huelquén cada quince días a dos asuntos importantes: donde Martín Fierro, a cambiarle zapatos a la yegua, repasar su corvo y a hacer mantención a su "*recortao*". Esa era una... la otra era "la Viuda", también le venía a hacer mantención... Se le había entrado en la sangre desde chiporra, una tarde de domingo después del rodeo, en que la persiguió hasta acorralarla en la tranquera "y *jué* mía y de *naide* más"...

Cuando la dejó viuda, se cubrió con un "pasamontaña"; nadie supo quién había sido el matador. Sin embargo, el Cecilio sentía la amenaza fantasmal del difunto novio. Él no mataba por matar... esa mujer era suya y de nadie más, ya lo había dicho... Su profesión era asaltar a hacendados explotadores a rostro descubierto, no por



maldad, sino por justicia; para tener qué comer y repartir las ganancias entre los pobres, tal como lo había leído en "El Peneca", su revista preferida de infancia. Era muy querido en Huelquén... nadie lo vendería; el cuatrero hacía justicia a su manera... y todos decían que estaba al amparo de Dios... Hasta el cura opinaba sobre las epopeyas del Cecilio sin condenarlo... eso sí que entre amigos de confianza y lejos del púlpito.

La carbonera abandonada supo de los encuentros... lugar de arrumacos e intercambio de datos de interés bandido, armas, oro y dinero. Las joyas no se vendían, eran para adornar a la viuda y a la potranca. La Cuatralba también lucía una perla en cada oreja y un diamante que parecía lucero en la correa frontal de la cabezada. Los amantes tenían muchas guaridas que iban rotando; era el tercer encuentro en ese escondrijo que nadie conocía ni siquiera Martín Fierro.

Antes de guarecer en la cueva del horno a la Cuatralba que pastaba alegremente en compañía de un percherón de tiro, la mujer se sorprendió al divisar su casa iluminada. Llamó al Cecilio... Hasta la vela de la palmatoria parecía tener su llamita ardiendo... Cuando el hombre miró, la casa quedó a oscuras, como por magia; tan sólo la llama del cirio siguió parpadeando... Entusiasmados como estaban en sus amores, no le dieron importancia al asunto de las luces, menos a la vela encendida, y se dedicaron a sus deleites olvidándose de todo. Era viernes... Cansados de amarse, tapiaron la boca de la cueva con la gran piedra de entrada y se entregaron al descanso a la espera del nuevo día...

En medio del sueño, la Cuatralba se movía nerviosa. Un gallo afónico cantó lejano; luego, vino un silencio oscuro, iluminado tan sólo por el diamante de la potra...

Otro gallo más cercano quiso dar la voz de alerta y su canto fue transformado en un cacareo al trote al ser perseguido por un par de bototos y voces ásperas que daban órdenes de disparar al momento de mover la roca. La policía había rodeado el horno...

Apenas los perseguidores sacaron las piedras del boquete, dispararon al interior hasta agotar las armas... Cuando pasó el alboroto, los carabineros entraron despejando el humo con las manos, intentando ubicar al muerto. No era uno... eran tres: la Cuatralba, la Viuda y el Cecilio.

"Es de no creerlo" -comentó riendo el oficial, "por primera vez, desde que trabajo en este retén, un personaje vestido de novio fue a vender a un cardo negro a mi propio dormitorio... me lo sopló al oído mientras dormía... y no quiso que le pagara por el sople..."

En la casita recién pintada, Astudillo tomó la palmatoria, cerró la puerta apagó la vela y se fue a descansar en paz... 

Fin

Epílogo

En Huelquén, las noches de los viernes se divisa cuatro patas blancas subiendo el cerro del Monje... dicen que es la Cuatralba con el Cecilio y su Viuda al anca...

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN METROPOLITANA

SEGUNDO LUGAR
Braulio Joaquín Cáceres Ramírez
76 años
Jubilado
TIL TIL



Aquella historia olvidada

Qué triste cuando se olvidan las historias verdaderas, como la historia vivida por los pobres de mi tierra. Allí sembraron sus vidas generaciones enteras regando con su sudor esas haciendas chilenas, por esto rindo homenaje a esas vidas campesinas, que nacían y morían labrando la tierra ajena. Yo me llamo Juan Farías, y por mi madre Jorquera, y soy nacido y criado en la Hacienda las Canteras.

Tendría, tal vez 10 años cuando empecé a ir a la escuela, y aunque quedaba muy lejos quería aprender a leer, era hartó sacrificado ir tan lejos a estudiar, mas los números y las letras me empezaban a gustar. Sin embargo, el gusto duró poco, porque un día el patrón le habló a mi *taita* ¡mira hombre! -le dijo- vas a mandar al Juanuco al potrero Los Quillayes, porque está recién sembrado, que correteé los pájaros, sino el trigo no me sale; desde ese mismo momento comenzaron mis tormentos.

Supe lo que era andar con lluvia, barro y escarcha, todos mis huesos calados por el frío y por el viento, y

en verano un calor que parecía un infierno. La juventud se me fue como el agua entre los dedos, porque un día la patrona me sorprendió conversando con la hija de ño Amadeo. Me empezó a dar un sermón que yo no entendí ni un bledo, entre otras cosas, me dijo que en su hacienda... no quería ni un enredo; mandó a llamar a mis viejos, habló con el cura del pueblo y, en menos de lo que canta un gallo, armaron el casamiento, al poco de estar casado, mi *taita* me le enfermó, fue entonces cuando el patrón me llamó *pa* la oficina.

Mira hombre -me dijo- a partir de hoy mismo tú entras a pagar la obligación y tienes que vigilar a todos los inquilinos, y si a alguien pillas robando o sacándome la vuelta de inmediato tú me avisas *pa* despedirlo de la hacienda. ¡Pobre de ti si te pilló haciendo de tapadera!, porque te pongo en la calle con toda tu parentela. Vas a firmar un contrato de acuerdo con la ley vigente donde están todas las cosas que debes tener presente. La casa donde están tus padres a ti te toca cuidarla.



No quiero ni un allegado, aunque sea algún pariente, y si algo se echa a perder ¡me avisas! para mandar a arreglarla. Tú sabes que acá en la hacienda se trabaja de sol a sol y no me haces ni una cosa si no lo ordena el patrón, y también como obligado, tu hermano va a trabajar, y si no lo quiere hacer, de la casa y de la hacienda me lo mandas a cambiar. Si tú te comportas bien, y obedeces sin porfías yo te voy a mantener muchísimas regalías, *pa'* empezar te doy la casa donde tengas tu familia, una media cuadra de tierra para que puedas sembrar, dos talajes *pa'* tus vacas para que puedan pastar, y no vas a ir al pueblo a comprar tus mercancías, porque si algo necesitas ahí está la pulpería, y al terminar el año si me va bien con el trigo traeré para la pascua juguetes *pa'* tus chiquillos.

Pasaron algunos años desde que firmé el contrato, mi viejo se me agravó y se sostenía apenas. Cierta día me llamó y me dijo: "Hijo, yo ya estoy *pa'* l gato."

Y aquél que nació en la hacienda y en la hacienda se crió, le dio la vida a la hacienda, y allí en la hacienda murió.

Mas... muy poco tiempo después iba a cambiar mi destino, porque... como todos los años para la corta del trigo, de todas partes llegaban muchísimos afuerinos y entre ellos algunos muy bien letrados, nos contaban de que ahora habían algunas leyes que se habían "*aprobao*" a favor del campesino. Como hablaban tan "*bienazo*" les pusimos atención, paramos los "*hechonazos*" y allí en el mismo potrero hicimos una reunión. ¡Cuándo me iba a imaginar! que de esa simple conversa iba a quedar la "*embarrá*", porque no sé si en el grupo había un "*sapo soplón*" o el patrón estaba aguaitando de arriba del mirador.

La cosa es que al otro día, al llegar a la "*pará*" al tiro me pegó el grito: ¡Juanuco... ven para acá! Ahora me vas a contar ante toda la "*gallá*" qué es lo que estaban hablando en el potrero El Cardal. Confieso que sentí mucho miedo y comencé a tiritar, más no sé de dónde saqué "*agallas*" y me paré bien derecho.

¡Mire patrón! –le dije-, con respeto se lo digo. Hablábamos de algunas leyes a favor del campesino, se lo digo "*pa'*" empezar que la ley dice muy claro que hay que dar el familiar, que "*toítos*" los "*feria'os*" son hechos "*pa'*" descansar, que en el día son ocho horas las que hay para trabajar y el derecho a vacaciones, usted debe respetar. También las imposiciones al día deben estar y si usted no cumple esto y algunas otras cosas más, la ley dice que a la huelga también podemos llegar. ¡Ay, mi amigo! viera usted cómo se puso de furioso ese cristiano cuando terminé de hablar si a "*patás*" no me agarró fue por pura dignidad.

Se contuvo unos momentos, y empezó como a bufar. Se subió sobre una piedra y empezó a dar unos gritos que escuchó toda la hacienda:

- Roto insolente – dijo- mugriento y mal "*agradeció*", seguro que esas ideas te las metió un comunista. Desde hoy día, ni en pintura te quiero ver en mi hacienda y de aquí, mañana mismo con tu mujer y tus críos te vas a la misma...

Desde entonces no fue lo mismo, porque de hecho en las haciendas aunque se trabaja mucho y se gana mucho "*re poco*" uno vive más tranquilo. Empecé a buscar trabajo por ahí en los fundos de al lado, mas... parece que el patrón se me había "*adelantao*", ya que en los fundos vecinos a todas sus amistades ya me había "*recomendao*".

Al fin, encontré trabajo en fundos más retirados, después mi peregrinar con mi vieja y mis chiquillos terminó en la capital ¡y aquí estoy! Primero en un conventillo, después me fui de *"allegao"*, nos tomamos un terreno y ahí *"mismo"* a lo actual, tengo mi rancho *"intalao"* y como *"pal"* chuzo y la pala yo soy hombre de respeto, me contrataron de obrero para hacer excavaciones y *"pa"* revolver concreto.

Pero, en los últimos años ya no hay dónde trabajar y lo que uno logra ganar no alcanza ni *pa'l* puchero, por eso es que hoy me encuentro *"como palo de gallinero"*

sin poder encontrar *"pega"*. Yo no sé hacer otra cosa, sólo trabajar la tierra y a mis años yo me siento como un niño desvalido.

Ya no me queda otra cosa que resignarme al olvido como fueron olvidados mis hermanos campesinos ¡que Dios los haya acogido en las haciendas del cielo! y que todos reunidos tengan por fin el consuelo, porque allí no habrá pesares, injusticias ni despidos, porque sé que *pa'l* Señor ¡el pobre es su preferido! 🍷



PREMIOS REGIONALES

HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN METROPOLITANA

TERCER LUGAR

Nancy Ester Hernández Tapia

53 años

Dueña de casa, cuentista y poetisa

PUENTE ALTO



Más allá del tiempo

Nuestro destino era un pueblo llamado Alhué. Mientras corríamos sobre la ruta que se hacía interminable, comentábamos su distancia y lejanía. En tanto, yo mantenía en mis manos un trozo de papel amarillento que decía con letras borrosas "Mi hermoso y místico Alhué, con iniciales A. C. de los R., y que es parte de un libro añoso y apolillado que mi abuela conservó en vida y que hoy guardo. Pensaba en eso, cuando de súbito, alguien dijo - ¡Oigan, estoy seguro de que vamos adonde el diablo perdió el poncho! Otro respondió... ¡Y seguro que lo anda buscando todavía... ja, ja, ja!

Horas después, al entrar en Alhué, su silenciosa quietud nos hizo pensar que dicho poblado no existía y tal parecía que ahí no había ser humano viviente y solo quedara un triste y abandonado pueblo sumergido entre grandes montañas, interminables caminos coloreados de tierra y flora, olvidado por leguas de distancias de la urbe y a cientos de años en el tiempo. Al manipular el papel en mis manos, no podía dejar

de recordar a mi abuela cuando me decía, "Algún día conocerás Alhué, hermoso lugar donde vivió mi madre..."

Un pueblo llamado Alhué o "Espíritu de Muerto" (lengua mapuche) y que estremecía mi cuerpo ante la incipiente sensación de abandono, cual soplando del viento frío y errante, que penetraba en mi ser y se acrecentaba a medida que nos internábamos a través de sus calles de tierra, y los cuatro costados de la plaza, parecían que lo habían pavimentado hacía poco tiempo, adornadas con típicos farolitos en sus esquinas. Y la plaza de Villa Alhué, un escenario con frondosos y gigantescos árboles que proyectaban su fresco verdor, invadiendo con su presencia todo lo que para mí y mis compañeros era el despoblado de un pueblo llamado Alhué.

¿Y a quién le vamos a cantar y a bailar en este pueblo muerto...? Preguntó una de mis compañeras, y otro respondió - "Bueno, cuando escuchen la melodía al

compás de las guitarras, el acordeón y las vihuelas, todos se arrimarán contagiados por nuestra danza, que no es más que la misma cueca mi alma...”

El afán es reírnos y contagiar con la risa, de alegrar nuestro espíritu y alegrar otros espíritus con rimas folclóricas, payas y chistes, desplegando toda la alegría posible al difundir nuestro folclor por un compromiso que nació con nosotros. Justamente ese afán nos llevó a Alhué, bailar hasta quedar agotados, y eso es lo que hicimos por un par de horas y sin parar. Sin embargo, un dejo de desilusión y cansancio vi en cada rostro de mis compañeros.

Nadie vino y ya no vendrán, se hace tarde y debemos buscar donde dormir... Dijo el director del grupo, don Juan.

- No sé que decir, compañeros, se suponía que nos iban a estar esperando en algún lugar del pueblo, cerca de la plaza... Con tono triste en su voz, dijo Rosita, la secretaria que hizo el contacto con la señora..., traté de recordar su nombre, cerré los ojos un instante. De nuevo un viento frío recorrió mi cuerpo, me estremecí al sentir el contacto de una mano fría en mi mano. De súbito abrí los ojos, temblorosa, mas, percibí frente mío un rostro de mujer ceniciento, pero apacible. De expresión contemplativa y ojos vacíos, sin presente y con una eternidad de años que delataba su frágil humanidad.

Quise desligarme de ella pensando a la vez cómo apareció sin que ninguno de mis compañeros la viera venir... ¿Por dónde vino?... me preguntaba yo... Fue entonces cuando oí su voz apacible y materna como ella misma. - ¡Qué bueno que vinieron, hija, los estaba

esperando...! - me dijo, sin soltar aún mis manos de las suyas. -Yo soy la señora Ángeles, la que les dará alojamiento... Usted no es Rosita... - ¡No...! No soy..., yo soy... - Sí..., ya sé, usted es Isabel..., mucho gusto *mijita*...

- Era extraño que de pronto tuviera la sensación de que mis compañeros no la vieran. Bueno, los pobres estaban cansados y hambrientos. - No se preocupe... - me dijo, cual adivina - van a estar bien cuando lleguen a mi casa... allá tienen comida, un buen vino de la zona y camas limpias para descansar... Mañana tienen mucho trabajo... la mesa está puesta y la comida lista para ser servida, *mijita*...

Se despidió de mí tan gratamente, tanteando el camino para voltearse sin desviar su rostro del mío. Cuando quise preguntarle por el camino hacia su casa, de súbito cayó un papel de mis manos. Me agaché para recogerlo y al levantar la vista, ella ya no estaba, entonces yo me sentí de vuelta al presente desde un plano donde todo se veía gris, cual vestuario de ella, triste, colonial y quieto como el mismo pueblo... Nerviosa, miré el papel, ¡era el mismo que yo traía desde mi casa...! Y que, aparte de las iniciales, ahora había un mapa que indicaba el camino a su casa. Supuse que habían pasado unos veinte minutos por lo menos. Casi oscurecía. Me acerqué a mis compañeros con el mapa en mis manos. Les dije que partiéramos ya porque la señora Ángeles nos esperaba en esa dirección con comida y camas para descansar. - Es raro, Isabel, - me dijo Rosita, - si la señora con la que hablé por teléfono se llama Eva y acordamos en que nos iba a esperar hoy aquí, en la plaza del pueblo. - Sí, puede que se llame Eva de los Ángeles..., es la señora con la que hablé un buen rato..., ustedes me vieron o no... - Puede ser Isabel,



- siguió el director - pero solo te desapareciste cinco minutos y pensamos que andabas conociendo el otro costado de la plaza... Sentí una profunda confusión y todos se dieron cuenta - Vamos hija, - me consoló don Juan, posando su brazo en mi hombro - todos estamos un poco nerviosos, vámonos...

Nos demoramos unos veinticinco minutos en llegar a la casona de doña Ángeles. Realmente era una hacienda maravillosa que bordeaba los faldeos de los Altos de Cantillana; cordón macizo montañoso y "Patrimonio Natural". El estilo de la casona netamente colonial, realzaba el horizonte rico en foresta. Antes de entrar, quisimos extasiarnos con la belleza mística del paisaje.

En el portón de la entrada y sobre él, en lo alto, había un yugo que tenía escrita unas iniciales, pude distinguirlas desde abajo, "Hacienda de A. C. de los R." Entramos a la casa y todo estaba dispuesto para cenar, solo había que servir los platos. Pensamos que la señora Ángeles estaba durmiendo a esa hora y no quisimos molestarla, así que, después de comer, todos se fueron a descansar. Yo también, mas no pegué los ojos en toda la noche.

Al otro día, muy temprano, Rosita recibió la llamada de la señora Eva..., y le decía que nos estaban esperando

en la plaza. Nos sorprendimos al ver la mesa puesta para el desayuno y la señora Ángeles por ninguna parte. Desayunamos rápido y raudos nos fuimos al lugar donde el gentío era masivo. Había un escenario y también un cóctel esperándonos. Nos recibió la señora Eva, muy distinta a la señora Ángeles. - Señora Eva, mucho gusto, - le dijo mi compañera - ¿qué les pasó ayer que no había nadie aquí? - ¿Ayer?... pero *mijita*, la cita era para hoy, ve que el trece de abril de cada año celebramos una misa en el cementerio recordando la muerte de la señora Ángeles Catalán. - "Vengan, los estaré esperando el viernes en la plaza" - Rosa se lo decía textual. Y la señora Eva insistía en que la cita era para el sábado y domingo. Instintivamente nos buscamos las manos con Rosa. Yo, con la emoción contenida a punto de estallar en llanto, le pregunté a la señora si fue ella quien había preparado y dispuesto la cena y toda la comodidad que encontramos en la casona de los Altos de Cantillana, - ¡No, *mija*, no! Además esa casona *mija*, era de doña Ángeles Catalán, y desde que murió ella ha estado abandonada. Ahora la están remodelando, ve que con el terremoto del ochenta y cinco casi se cayó enterita y quieren conservarla como museo o algo así...

"Mi hermoso y místico Alhué"... 

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

PRIMER LUGAR
María Inés Chamorro López
43 años
Dueña de casa
RANCAGUA

El cajón de plumas

Muy largas eran las puntadas que le daba Rosalinda a la sábana blanca y que pronto cubriría el cuerpo de su pequeño hijo. La mujer estaba demasiado apenada, con una mano enjugaba las lágrimas y con la otra oprimía el trozo de tela contra su pecho henchido de néctar de la vida. La muerte repentina de la criatura sorprendió a todo su entorno y más aún no saber la causa la desconsolaba sobremanera.

- Tiene que tomar hartito mate de leche comadrita- le decía María a Rosalinda.

- Lo tengo muy claro comadre, ya sé que es lo mejor *pa'* criar a los chiquillos bien sanitos, le contestó la mujer.

Fue el diálogo que sostuvieron ambas mujeres hace unos meses...

Y ahora qué saco con tener la leche en mi pecho decía Rosalinda, si mi niño ya no está conmigo. Mi hijo estaba creciendo robusto, vigoroso y no puedo

entender qué le pasó, cada vez que lo acostaba en su camita lloraba desconsoladamente, le revisaba los oídos, le frotaba la guatita, hasta la mollera se la tocaba suavemente y nada. Hasta que ya no tomó más pecho y se empezó a poner pálido.

- Le juro comadre que vino la señora Etelvina a santiguarlo tres días seguiditos, le tiró hasta la colita por si estaba *empacha'o*, pero no hubo caso.

Pasaron algunos días y Rosalinda decidió ir un tiempo a casa de sus padres al sur a reponerse de la honda pena que embargaba su corazón.

- Vaya nomás comadre -comentó María- yo me voy a ocupar de la tumba de mi ahijado y le pondré una flor en su nombre.

- Yo sabía que podía contar con *usté'*, le dejaré de recuerdo el cojincito de mi guagua. ¿Cómo sabe si más adelante quiere agrandar su familia? Extendió la



trémula mano y entregándole el obsequio Rosalinda emprendió su viaje.

No había pasado mucho tiempo y el cielo bendijo el vientre de María con un hijo, quien llegaba a cumplir el más grande de los sueños. Esta mujer nunca abandonó la tumba de su ahijado y cada domingo era un verdadero ritual para ella ir al cementerio.

- Te traje las flores más lindas del jardín *mi'jito*- le decía- estas fresias que te voy a poner son por tu mamita, ella ha estado bien *delicá* de salud...

Transcurrió el tiempo y nació el hijito de María, crecía fuerte como un roble, pero de pronto comenzó a dejar el pecho y lloraba día y noche, tal cual había sucedido al pequeño de su comadre. Fue todo muy rápido y no pudo hacer nada, de pronto se sorprendió hilvanando la suave sabanita blanca que cubriría el cuerpo de la criatura. Todo ya estaba preparado. La mesa de largo vestido blanco esperaba ansiosa la silla que cobijaría el cuerpo del angelito. Un arco de flores impregnadas de lágrimas adornaba cuidadosamente la rústica mesa. La llama de las velas se movían al compás de las ramas del sauce llorón, el que era testigo de tanta desgracia y las flores de las madreselva embriagaron la noche triste con su suave aroma.

El rostro del angelito estaba iluminado con la túnica resplandeciente que le colocó su mamita, solo una sonrisa se pudo escapar de los brazos de la muerte de este ser indefenso.

Terminado el cortejo las dos comadres se abrazaron y caminaron hasta la casa de María. Rosalinda no podía estar ausente en este proceso tan doloroso y que, por cierto, comprendía perfectamente.

Al llegar a casa, María besó cada una de las ropitas de de su guagua. En un momento de descontrol tiró el cojín contra la pared y sintió que algo sonó, le llamó la atención y lo rompió. Grande fue su sorpresa cuando de entremedio de las plumas que rellenaban el cojín apareció un horrible bicho de color rojo. Mandaron a buscar a don Aceituno que era el *meico* de aquellos lados, tenía 85 años y le dijo que en su vida había visto solo dos ejemplares, el de ahora y el otro por los años `60 allá en Huemul. Le explicó que se alimentaban de sangre de las personas que pusieran la cabeza cerca de él. Fue ese el instante que comprendió los llantos lastimeros de los niños fallecidos, pues los dos usaron el mismo cojín. Estos bichos mueren solo con el fuego, agregó el anciano, la mujer lo lanzó con todas sus fuerzas al brasero ardiente y del cual se escuchó un pequeño estadillo. 🍒

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

SEGUNDO LUGAR
José Luis Gómez Navarro
Agricultor
MOSTAZAL



El tesoro de don Tuco

Hace muchos años, en casa de mi abuelo paterno, en una de esas inolvidables noches de invierno de mucha lluvia y tempestad donde el vendaval y truenos y relámpagos llegaban a dar escalofríos, junto a un gran fogón, entre mate, tortillas al rescoldo acompañadas ya sea de queso de cabeza o picantes arrollados, mi abuelo nos contaba sus historias, que, por lo demás, eran muy entretenidas y siempre nos entregaban alguna que otra enseñanza que a la postre nos serviría en nuestro andar por la vida.

En aquella lontana época, él nos relató sobre el tesoro de don Tuco. Éste era un veterano que ejercía como capataz del fundo La Estación en Mostazal, era un hombre con cierta sapiencia y una gran experticia en todo lo que se tratara de animales. A pesar de sus años, era un hábil y diestro laceador; conocedor de cada páramo de los territorios que conformaban el fundo, razón de más para que fuera uno de los hombres de confianza del dueño, don Samuel Rojas. Este reconocido terrateniente del lugar había otorgado al viejo Tuco

toda la autoridad sobre los demás capataces de cerro y arrieros y sobre cualquier inquilino. La palabra del viejo Tuco, en pocas palabras, era ley y se decía y obedecía a sus disposiciones y requerimientos.

Sin embargo, el viejo Tuco no era un hombre malo, aprovechador de las circunstancias o un creído por el mandato que se le había otorgado; muy por el contrario, pecaba de sencillo y su actuar era simplemente con mucha equidad, lo que causaba la admiración y respeto de todos los del fundo y por qué no decirlo del pueblo mismo y sus alrededores.

En cierta ocasión, el viejo Tuco se las arrimó al alto de Cantillana en el Huilmay en busca de unos caballares y vaquillas perdidos en una veranada. Él junto a una decena de hombres, se las emprendieron cordillera arriba, ya era costumbre en cualquier época del año; sin embargo, por variadas razones, esta vez sería especial para don Tuco. Este viaje cambiaría su existencia en 180 grados. Una vez arriba, se emprendió la búsqueda,



Don Tuco ordenó formar grupos o colleras, las que salieron en diferentes direcciones y quedaron de juntarse en el llamado corral de piedras de los cuatro vientos. Cabe destacar que este corral era nada menos que un inmenso pucará incásico que los vaqueanos y arrieros usaban para dejar la animalada. Don Tuco se quedó solo allí, pero instintivamente echó a andar su cabalgadura, la que a paso tardo siguió una huella que lo condujo hasta unos farellones y cuya huella pasa por entre unos robledales. El animal siguió y más adelante la senda se perdía en una desviación hacia un bajo, el que al mirar parecía no tener salida, porque de ahí mismo la montaña hacía un barranco o precipicio de inconmensurable profundidad. Don Tuco acercó el animal y miró hacia lo profundo, pero aún veía la huella que proseguía hacia una gran mole granítica que cortaba el paso. Para no exponer al animal, don Tuco se bajó de su cabalgadura y siguió el trayecto a pie. Miró que no había forma de pasar sin caerse al barranco mismo, pero por entre las matas algo le llamó la atención; se acercó y pudo ver que la roca estaba como rajada por ese lado y una serie de peldaños moldeados en la piedra conducían hacia lo alto. Sin pensarlo dos veces, el hombre subió por las escalinatas. Al llegar arriba, notó que la piedra estaba trabajada y formaba un gran arco de varios metros de longitud, el que como un terraplén se proyectaba hacia el vacío, lo que semejaba un círculo de colosales dimensiones, que tenían una serie de pictogramas o nomografías. El viejo no sabía si era un lugar de culto a la Luna o al Sol; algo intrigado, esperó largas horas para averiguar qué o para qué era realmente todo aquello. Al ponerse el sol, los últimos rayos moribundos alumbraron de luz rojiza el gran arco, el que tenía unas indicaciones que para él eran desconocidas, pero algo lo hizo quedarse allí hasta más tarde, hasta que la noche llegó y con

ella, la luna, la que al ponerse en la Cordillerana de Los Andes por un momento se reflejó completamente en aquel extraño círculo. Su curiosidad se hizo extrema y se quedó allí toda la noche a la espera del nuevo amanecer, que traería consigo el nuevo sol, el que lo sacaría de todas sus dudas y conclusiones. Por un momento, se dijo para sus adentros... Tuco, esto es lo tuyo, aquí sí que encontraste algo grande... Así pudo contemplar que igual como pasó con la luna, por un momento el círculo del sol quedó atrapado en el arco y fue cuando vio en la roca un reflejo amarillento que indicaba hacia abajo por delante de la colosal circunferencia.

No lo pensó dos veces y buscó la forma de rodear el inmenso peñón granítico; avanzó y se encontró con una especie de gradas que conducían a unos matorrales que estaban en el mismo filo del abismo. Al llegar allí, encontró un boquerón como si se tratara de una mina abandonada. Apenas cabía por la abertura, pero al estar adentro, el interior de la bóveda era inmenso y había una cantidad de objetos indígenas inimaginables. Por la mente del viejo Tuco, lo primero que pasó fue que era un tesoro. Soy rico -exclamó a viva voz, retumbando su gruesa voz en el interior de la cueva, con sus ojos desorbitados. No titubeó en empezar a elegir objetos y unas especies de bolsas de tejido y cuero, comenzó a guardar unas piedras con hoyos en el medio, una inmensas piedras con figuras antropomorfas que eran como pitos y unas olletas de gredas de coloridos colores, en cuyo interior había tierra amarillenta, la que tiró al piso para traerse los cacharros de greda. Marcó el lugar para no perderse y como pudo, se las arregló para llegar hasta su cabalgadura con todas esas especies y emprendió el viaje de vuelta. La jornada era larga, pero a don Tuco no le pareció nada; una vez en su rancho,

guardó las cosas y luego fue a las casas patronales a decir que se había sentido mal y pidió a Lizardo que un peón fuera a la brevedad al monte a dar aviso a sus hombres que él estaba en el fundo; lo que así se hizo.

Desde aquel día, todos vieron y encontraron extraño al viejo Tuco; algo pasaba con él y el comidillo propio de los pueblos chicos empezó a especular una cantidad de causas probables sobre lo que podía haber sucedido con don Tuco, desde aparición del diablo a otras descabelladas conjeturas, pero más de alguno dijo que don Tu había hecho algún hallazgo en el cerro, lo más probable es que fuera una mina de oro de buena ley.

Cierto día, don Tuco, junto a una china joven y unas maletas, se las emprendió en un inusitado viaje para la capital. Esto no pasó inadvertido ante los demás y el habladero cundió entre todos los parroquianos. Don Tuco, ya en Santiago, llevó su tesoro a una casa de compra y venta de oro. Un hombre con facciones orientales le atendió y preguntó qué tenía para vender. Don Tuco sacó sus cacharros de greda y sus piedras doradas y se las mostró al hombre, quien puso cara de incredulidad ante lo que veía y le dijo: Señor, nosotros compramos oro no objetos antiguos indígenas, creo que se equivocó de sitio. Pero esto es oro, musitó el viejo, aludiendo a una de las piedras. Señor -le dijo- ésta es simplemente una piedra. No -dijo don Tuco, un poco molesto por la porfía del comprador, y dijo: "Esto es dinero indígena, es oro que está bajo hechizo y hay que buscar la forma de que estas piedras vuelvan a ser lo que son, es decir, oro. Ante esto el hombre del mostrador se echó a reír a carcajadas y don Tuco agarró sus cosas y se marchó del lugar. De tanto preguntar, llegó hasta

una compraventa de antigüedades. Un hombrecito bajo con gafas preguntó qué andaba ofreciendo para vender. Don Tuco mostró lo que guardaba en una de sus maletas y el anticuario empezó a detallar todo lo que andaba trayendo. El viejo Tuco no lo podía creer; "sabe harto el guaina", le musitaba a la joven que lo acompañaba. ¿Cuánto quiere por todo esto? preguntó el hombrecito de las antigüedades. La verdad, patrón, que no sé, pero dígame, ¿esto es oro? No, amigo mire -y extrayendo una cantidad de piedras doradas- si fuera así, yo sería rico. Se especula que pudo haber sido utilizado por los indios como dinero, pero de eso no hay nada cierto. Se dice esto por la inmensa cantidad que existían y deben de haber tenido un propósito y muchos creen que era ése, pero no hay nada claro -agregaba el hombre. Dígame -preguntó el hombre- esto lo encontró en un cementerio indígena. Don Tuco respondió que sí y el hombre, agregó: Por casualidad, ¿no encontró algunas de estas ollitas o mechenes con una arena o polvo amarillo? "Sí, contestó, don Tuco, pero no le di importancia. ¡Pero, hombre, por Dios! Dijo el anticuario, si eso que usted botó era oro. ¡Oro!, dijo don Tuco. Por la mismísima mierda, añadió el viejo, peco de ignorante, si todas las ollas y las otras cosas estaban llenas de eso que usted me dice... Ud. perdió una fortuna -sentenció el hombre- o mejor dicho un tesoro. El rostro de hombre viejo de don Tuco se descompuso y unas "rechitas" o "por la flauta" o "la mismísima m..." se dejaba escuchar como un prolongado lamento.

Don Tuco vendió al anticuario lo que andaba trayendo y se marchó a paso raudo en busca de la Estación Central, tratando de volver rápido a Mostazal y desde ahí volver al lugar que había realizado el hallazgo. Así lo hizo, no supo cómo nuevamente estaba en la



montaña y buscó el lugar, pero la verdad que no lo encontró. Busco, por días, semanas, meses, quizás años, pero ni un atisbo de aquel sitio. Lo único que logró fue quebrarse un pie y esto lo dejó inválido. Aún así prosiguió y perseveró en la búsqueda de su afamado tesoro, pero nunca lo encontró.

Don Tuco murió de más de cien años y sus últimas palabras fueron: "pude haber sido rico, pero el destino así no lo quiso".

Esta es la historia del tesoro de don Tuco y como un recuerdo de aquel hallazgo, existe una piedra antropomorfa que como una pipa o pito es fiel testimonio de aquel hallazgo de un lugar que aún permanece en secreto y se hace esquivo a los demás. Quizás algún día, otro hombre como don Tuco, sin saber, baje con piedras y cacharros de greda, dejando el oro nuevamente en aquella cueva misteriosa de las montañas del Huilmay... 

PREMIOS REGIONALES
HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

TERCER LUGAR
Katherine Andrea González Ogalde
26 años, Dueña de Casa
San Fernando
COLCHAGUA

El Quintral

Todo esto comienza en el corazón de un pequeño pueblo llamado Quintral, donde todo el trabajo se centralizaba en un fundo “El Mirador”, el que era conocido por la fama del dueño como un ser malhumorado y déspota.

Allí, los campesinos trabajaban con alevosía y deseo, aún por la fama de su patrón que lo veían como un hombre frío y abstraído de su entorno, como ellos dicen, todos los ricos son RAROS.

Luis es uno de los tantos trabajadores del campo. Un hombre luchador, gentil y da todo por su familia, lleva dos años de casado y pronto será padre. Se esfuerza en largas jornadas de trabajo para reunir dinero para su pequeño que pronto llegará a iluminar su vida.

En el fundo todos murmuran, oyen, y nadie sabe con seguridad, pero comentan que algo está sucediendo en el campo.

Los trabajadores del turno de tarde, al llegar el anochecer escuchan cosas que no se explican cómo suceden... la mayoría se calla por no parecer un tonto y explicar lo inexplicable.

Así pasan los días, en los que el patrón se ve cada vez menos en el campo, ya que viaja muy seguido al pueblo en busca de sacerdotes con quienes platica largas horas y así se fue volviendo un hombre sombrío. Cierta día, cuando pasaba en su coche a la orilla del camino y Luis estaba trabajando, se detiene y lo mira pensando: “Este hombre, qué afortunado es, tiene grandes campos, casas llenas de lujo, un coche con dos parejas de bellas bestias y está ‘solo’ no lo entiendo -dice Luis- si yo tuviera la quinta parte de lo que él posee, sería feliz, mi hijo no tendría carencias ni apuros... “Deja de soñar, Luchito”, le dice Carlos, su compañero de faena y amigo de la infancia: “Tenemos hartos que hacer y la tarde ya se acaba, apúrese gancho”. Y así movió su cabeza y dijo: “Chita, a lo mío.”



Los meses pasan rápido y su bebé ya está en las últimas. Luis y su señora, Angélica, ansiosos van al pueblo, a donde el sacerdote de la capilla, a pedirle la bendición para que su hijo venga sanito y fuerte. Al entrar a la capilla, pasa por el oratorio y se fija que está su patrón, don Maximiliano Echeverría, y se pregunta qué le pasará.

En el campo, las cosechas se arruinaban y la pérdida económica se hacía notar, empezaron a despedir a las personas y Luis se preocupó por su familia, ya que si no tenía trabajo cómo lo haría con su hijo.

Al llegar a casa, durante la cena, Angélica se puso pálida y con unos calambres en su vientre y gritó: "El niño Lucho, el niño, ya es hora, llama a doña Mercedes que venga". Y se quejaba. Luis corrió y la tomó del brazo y la puso sobre la cama, diciéndole. "Tranquila, vieja, yo voy a buscar a doña Mercedes. Tú, tranquila".

Angélica, entre retorcijones y alegría se quedó ahí. Luis salió corriendo y gritando: "Mi hijo, mi hijo ya está por nacer". Con gran afán y alegría, llegó gritando a la casa de Doña Mercedes. "Mi hijo, mi hijo", -decía Luis. ¿Qué pasa, hombre? Salió, diciendo la viejita. "Mi hijo, mi hijo" -dice Luis. ¿Qué le pasa a su hijo?

- Está por nacer, a la Angélica le empezaron las contracciones; venga, vamos.

- Espere, voy por una manta, que *pa'* la vuelta va a estar helado.

- Pero apúrese, que la Angélica está sola.

- Ya voy, ya voy, -dice la viejita.

Tan pronto llegaron a la casa, Angélica exhausta por los dolores, sonríe al ver a la doña Mercedes. Ella es la partera del pueblo, los médicos son muy caros, sólo *pa'* los ricos, pero allí la doña Mercedes ayudaba a todas las mujeres a parir y todo salía bien.

Angélica, confiada que todo saldría bien, se calmó y dijo:

- Ya es hora de que nazca mi muchacho.

Sobándose su vientre y en cosa de minutos se oye un llanto, era del hijo de Luis.

- Un varón, dice doña Mercedes.

Luis no lo podía creer. Al fin, su hijo estaba junto a ellos y serían una familia y entre cara de sorpresa y emoción le dice: Angélica, "aquí está el Tobías, nuestro hijo" y ella sonríe.

Así pasan los primeros días de que nació el pequeño Tobías. En el fundo, su compañero Carlos le dice:

- Felicidades, Gancho, supe que nació su muchachito.

Luis con los ojos con un brillo especial y sonriente dice:
- Sí, ya está mi Tobías con nosotros.

Carlos le dice: "Ahora tiene que romperse el lomo, Gancho, que como está la situación, las cosas se hacen *na'* y con su muchachito, las guaguas necesitan hartas cosas, según lo que veo con mi hermana, la Julia.

Luis sonríe y dice:

- Estoy dispuesto a todo por mi Tobías, *pa'* que sea un hombre de bien.

En ese momento, pasa rápidamente el coche del patrón y se preguntan en qué andará este caballero.

- Lo vi la otra vez en la capilla rezando,
- Sólo, *na'güeno* será, dice Carlos, es raro ver a los patrones en la iglesia.

En El Quintral se escuchaba cada cosa, como que en el bosque andaban duendes y que los entierros aparecían en el cerro. Todo el pueblo comentaba, pero nadie se atrevía a ir en busca de estos seres misteriosos, como dice Luis, hay que tenerle respeto a estas cosas.

Su Tobías ya tenía unos tres meses, grande, robusto, pero algo le pasaba y no sabían qué. Hasta que Angélica lo lleva donde la médica del pueblo y le dice que su hijo está mal, que tiene que verlo un médico de esos de la ciudad. Angélica la mira y vistió a su muchachito. Camino a su casa pensaba, cómo lo voy a llevar a un médico, si valen mucho dinero y apenas tenemos *pa'l* gasto. Esperó que llegara Luis del fundo, Angélica ansiosa se sobaba las manos y caminaba de un lado para otro, cuando llegó Luis le dice:

- Qué pasa mujer, qué es tanto lo que te preocupa.

Angélica lo mira y le dice:

- Es el niño.

- ¿Qué tiene el niño? dice Luis, mirándolo de reojo.

- Es que no sé qué le pasa, lo llevé hoy día a la médica

y me dijo que teníamos que llevarlo a un médico de la ciudad o se pondría aún peor, y con lo que valen esos médicos.

Luis se pregunta si será cierto que está tan mal como dice Angélica. Angustiada ella le dice:

- Si pues, hombre, *pa'* que nos va a mentir.

Luis se toma la cabeza a dos manos, diciendo y de dónde vamos a sacar la plata y dando tranquilidad a su esposa la abraza diciéndole:

- Ya verá, todo saldrá bien -mirando a su Tobías.

Esa noche no pudo cerrar un ojo, pensando qué haría para conseguir el dinero. Sabía que su patrón no le daría esa cantidad de dinero y recordó las historias del duende que vivía en el bosque. Sabía que si lo encontraba le podría pedir algo, pero el duende también le pediría algo y sabía qué podía ser, pero estaba decidido a todo por sanar a su Tobías. Él era sus ojos, no imaginaba nada sin él. Se levantó de prisa, se puso un manto y llevando una lámpara, miró a su hijo diciendo: "Todo estará bien", y salió camino al bosque.

Pasaron unas horas y Luis estaba en el medio del bosque sólo acompañado de una lámpara que poca luz daba, pero era todo lo que tenía y empeinado en buscar al duende. De pronto, se oye un crujir de ramas y Luis ve un pequeño bulto que corre entre ellas, sin pensarlo corrió detrás de él y le gritaba "Espere, espere" y el bulto se detuvo. Luis, cansado y asustado, acerca la vieja lámpara y alumbró a un pequeño hombrecito.

Luis le dice: "Ayúdeme, necesito su ayuda, es *pa'* mi



Tobías, que está malito. El hombrecito se acerca a él. Luis estaba temblando de miedo, cuando el duendecito pregunta: -¿y cómo te puedo ayudar? Luis responde: Necesito dinero *pa'* llevar a mi muchacho al médico en la ciudad. El hombrecito pregunta: ¿Qué gano con esto?

-Lo que pida, responde Luis.

- ¿Estás seguro? preguntó el pequeño hombrecito.

Luis dice: -Sí, estoy dispuesto a todo por sanar a mi Tobías.

Entonces, el hombrecito le dijo: Cuando quieras dinero mete la mano al bolsillo de tu pantalón y lo tendrás, pero tienes que volver aquí en tres meses y te quedarás conmigo para siempre.

Luis, ni siquiera entendió lo que le decía el hombrecito y acepto diciéndole: "Trato hecho". En segundos, el hombrecito corrió entre las hierbas y los árboles y desapareció. Luis atónito regresó a su casa y le dijo a Angélica: -Ya, solucioné el problema.

¿Cómo?, dice Angélica. Él mete su mano al bolsillo y sacó la mano llena de billetes de 100 y 500. Angélica y Luis se miraron y no dijeron nada y al anochecer viajaron a la ciudad en busca de un médico. Así Tobías fue tratado por los mejores médicos de la ciudad y se recuperó rápidamente. Así pasaron dos meses de ese día en el bosque.

Luis estaba viviendo cómodamente en la ciudad, cuando le llegan comentarios de que su patrón estaba perdiendo todo y tendría que vender el fundo.

Pensó que sería la oportunidad perfecta para regresar al pueblo y ver el fundo en que tantos años trabajó. Recordando que el tiempo se le terminaba, fue a El Quintral y se reunió con don Maximiliano Echeverría, claro que él no lo recordaba y jamás pensaría que era uno de sus empleados. Luis le dice: -¿Y en cuánto avalúa el fundo, don Maximiliano?

Él lo miró y responde: -Unos \$20.000.

-¿Ése es el último precio?, pregunta Luis.

Don Maximiliano que era un hombre tosco y malhumorado responde de manera sublime: -Sí, ese es el precio final.

Luis dice: "Mañana le traigo el dinero". Y así, con un apretón de manos cerraron el trato y se marchó.

Al llegar el otro día, Luis lleva el dinero y cierran el trato. Luis sabiendo lo que se le venía, le dice a don Maximiliano: "Por qué no se queda aquí en el fundo y me ayuda. Yo no conozco mucho la gestión del papeleo del fundo, podemos ser socios". Don Maximiliano, no acostumbrado a estas cortesías lo mira, le sonríe y estrechan las manos. Así se abrió más oportunidades en el nuevo fundo llamado "Fundo Tobías" para sus amigos y ex compañeros de faena y con un trato amable y gentil como Luis lo hacía.

Angélica sabe que el tiempo de Luis se acababa y que él ayudó a su hijo y cumplió su sueño de darle una vida sin penurias ni incomodidades a su esposa e hijo.

Llegó el día que tenía que marcharse, se despidió de su esposa e hijo y les dio un beso diciendo: -Cuidense

estaré bien, cuida al futuro don Tobías. Sonriendo se marchó donde el pequeño hombrecito.

Al llegar, el hombrecito lo mira y Luis le dice: -Aquí estoy y gracias por ayudarme a sanar a mi hijo. El hombrecito sabía que Luis fue un hombre de bien, curó a su hijo, ayudó a su patrón a pesar del trato que éste le dio. Por eso, le responde: -Eres un hombre sabio, el dinero no te cegó, fuiste bueno con todos, incluso con los que no lo fueron contigo. Así que dejo que te vayas con tu familia y cuídate que no te ciegue la avaricia.

Luis no podía creer lo que escuchaba y salió corriendo del bosque en dirección a su casa. Al llegar, Angélica estaba con Tobías en sus brazos, pensando en todo lo que Luis se sacrificó por ellos y al verlo su cara se ilumina y Luis le dice: -Soy libre, me dejó libre. Se abrazaron y daban gracias a la bondad del hombrecito.

Así termina y comienza la nueva vida de Luis, dando inicio a una época de situaciones inexplicables. 🍀



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DEL MAULE

PRIMER LUGAR

Alfredo Enrique Silva Morales

52 años, Mecánico y reparador de herramientas agrícolas

CONSTITUCIÓN

Los viajes del falucho

El río Maule está en silencio, en sus riberas se respira el perfume de su fresca lozanía. La cuenca, meciendo con la brisa sus miríficos pabellones verdes, desnuda los encantos de su belleza en mis pupilas.

Bella tarde de primavera, con nostalgia recuerdo la historia de la orilla sur del río, que en el pasado fue el sector que le dio vida a Constitución. Y hasta hoy, permanece en la memoria colectiva, el recuerdo de tan pintoresco pasado.

En dicha ribera, existían alrededor de catorce astilleros, muelles y atracaderos para todo tipo de embarcaciones, también para algunos vapores que llegaban de la mar, a descargar y llevar productos desde Constitución hacia otros puertos. Con la ribera preñada de embarcaciones, nostalgias y recuerdos, nació esta historia que a continuación voy a narrar. don Pedro Santoro era uno de los armadores más reconocido de aquel entonces e hizo su fortuna en su astillero construyendo todo tipo

de embarcaciones; pero lo que más construyó fueron los célebres faluchos maulinos.

A don Pedro también se le conocía entre sus amigos, como el “ministro”, porque cuando se echaba unos tragos con ellos, se jactaba ¡puf! Yo tengo más plata que un ministro *pos* hombre - decía. Cuando se paraba la quilla de un falucho en el astillero de don Pedro, por tradición, ésta debía de ser celebrada con un chuico de dieciocho litros y un cordero. Pasado algunos días de parada de la quilla, el falucho comenzaba a vestirse con el arbol del noble pellín maulino, al cabo de un mes, éste ya estaba completamente terminado. Ahora, el armador debía contratar a la tripulación de su confianza. Este contrato era sólo de palabra y también era celebrado con hartos vinos y empanadas; este exceso de alcohol y fiestas le dio muchos problemas a los tripulantes en sus viajes.

Esta vez, el Ministro contrató los servicios del patrón

Manuel Enrique, y éste procedió a comunicarse con su tripulación Miguelito Pichamán era el de más edad, y el más avezado de todos, el Monty, de rostro bermejo, ojos grandes y fijos, enamorado del mar y de su poesía, y Samuelito farsante, el más joven de todos a quien siempre se le veía con una sonrisa a flor de labios.

En los primeros días de julio, el falucho, con su carga de maderas y su tripulación, ya estaba listo para zarpar. El sol de la mañana, derramaba sus dones sobre la exuberante cuenca maulina, que se desprendía de su transparente gasa flotante, embriagando el entorno con sus verdores perfumados. Desde la ribera, con pañuelos al aire los familiares despedían a sus marinos, deseándoles buena suerte en el viaje, cuatro botes, con cinco bogas cada uno, remolcaban mansamente al falucho hasta la boca de la barra. Cuando ya estaban cerca de la desembocadura, al grito de los timoneles de cada bote, los remeros bogaban con fuerzas para darle velocidad al falucho y así, poder sacarlo sin problemas fuera de la barra. Una vez en mar abierto, se procedía a cortar las amarras de los botes, luego los marinos izaban la vela, el patrón Manuel buscaba el cuarto en el compás y ponía la proa del falucho con rumbo al norte, hacia el puerto del Callao en el Perú.

Entre el azul y el horizonte ataviado de púrpura y de cobre, el falucho iba devorando la distancia que lo separaba de su destino. Durante la navegación debían ir turnándose en las guardias; éstas consistían en sacar todas las mañanas el agua de la sentina, y a la hora del rancho, uno debía preparar la comida y la infaltable tortilla de rescoldo; los turnos de noche eran cada tres horas en el timón.

El falucho llevaba dos días navegando y ya había

dejado la cuadra de Valparaíso. El patrón Manuel, que iba en el timón, echó de menos al Monty, y haciéndole un visaje a Samuelito farsante, le encomendó que se preocupase de él. Éste partió en su búsqueda, encontrándolo en el fondo de la sentina con el oído pegado a las tablas, e invitándolo a que bajara a escuchar las cuecas que allí estaban tocando.

Después de forcejear con el Monty y sacarlo de la sentina, tuvieron que amarrarlo al mástil, para que no fuese a tirarse al mar en su locura, y dándole vino con una cuchara sopera, pudo recuperarse de su mal; lo que sucedió es que tanto beber en tierra, el Monty se había trastornado.

Al sexto día de navegación, habían pasado la cuadra de Antofagasta, el patrón Manuel aferrado a la caña, sintió en su rostro una leve brisa del norte, y casi imperceptible a la vista, vagaba en el cielo el río Jordán, que son unos hilos de nubes coloradas que son un mal augurio para la navegación. El cielo estaba compenetrado de azul y el día saturado de luz, y con rumores de brisa de plata; el patrón Manuel por su experiencia advirtió a sus amigos, que posiblemente vendría mal tiempo. De inmediato, Miguelito Pichamán alzó la voz: ¿Cómo puede ser patrón, si el día está tan claro y sin una nube alrededor? - Así es pues muchachos respondió el patrón; Luego todos continuaron con lo que estaban haciendo. Cuando ya eran alrededor de las seis de la tarde, la advertencia del patrón Manuel, comenzaba a hacerse realidad, el cielo de un momento a otro comenzó a llenarse de nubes negras y amenazantes; el viento a cambiar de curso; la vela, a azotarse contra el mástil. El patrón de inmediato ordenó a sus marinos arriarla y atrincarla al mástil y tapar los víveres y sus pertenencias con una tela impermeabilizada con



pintura, ya que en el falucho no había una garita donde protegerse, y ellos sólo tenían sus precarios trajes de agua, para enfrentar el mal tiempo.

Cuando se perdió todo vestigio de luz, el temporal ya estaba desecho sobre el desvalido falucho, que ahora navegaba sometido a la voluntad del viento y las olas. El patrón Manuel amarró el timón a las falcas, para que no se fuera a quebrar con el golpe de las olas, y la carga era constantemente revisada en sus amarras, mientras el mar con sus bramidos estruendosos, el viento ululando, silbando con su fuerza incontenible, se daba locamente contra las jarcias y los palos del falucho, que estoico luchaba con el desbocado tropel de las inmensas olas, que intentaban llevárselo hasta las profundidades del lecho materno del mar. El viento no cejaba, y en el abismo de la noche borrascosa sacudía las nubes y exprimía sus racimos de aguas diluviales, sobre la tosca embarcación; y ésta, con su constante rolar le arrancaba destellos dorados y de cobre, al viejo farol que alumbraba en la popa, única luz de esperanza que podían ver los empapados y agobiados marinos, que lata tras lata achicaban la sentina, mientras los relámpagos con sus fucilazos nocherniegos iluminaban el cielo y quemaban y destazaban la atmósfera con sus enemigas raíces eléctricas.

Comenzó a insinuarse la pálida luz del alba, y luego vino el día, pero el temporal no amainó. Como la navegación se hacía cada vez más peligrosa, el patrón Manuel con el Monty, comenzaron a deslizar tablones de roble sobre las falcas, aligerando el falucho de esta forma flotara un poco más sobre su línea de agua; después de esta maniobra, volvieron a la sentina a extraer el agua junto a sus amigos.

A eso del mediodía se dieron un descanso y como eran creyentes, se encomendaron a la virgen del Mutrún, para que los ayudase; el patrón Manuel les trajo un poco de vino y unos pedazos de tortilla de rescoldo, para que repusieran sus fuerzas y los alentó a tener valor, ya que el temporal en algún momento debía pasar. Y transcurrió el resto del día, se vino la noche, y los marinos ya fatigados seguían extrayendo el agua de la sentina. Pasada la medianoche, el temporal comenzó a perder fuerza, y al venir el alba ya se podían distinguir los cerros de la costa, el patrón ordenó a sus marinos que izaran el *baticulo*, vela chica de popa, porque se encontraban casi frente a Talcahuano. Luego de desamarrar el timón el patrón Manuel amuro hacia la costa, y cuando el día se hacía más claro, un barco de la armada, salió de la rada, para socorrerlos, así, estos avezados marinos muchos lograron salir indemnes de esta azarosa travesía.

Cuando el falucho estuvo a buen resguardo dentro de la rada, los marinos echaron el ancla al lado de la insigne Baquedano, que por entonces sólo servía de buque pontón. El sargento Gutiérrez que estaba al mando, ordenó a sus grumetes bajar el bote e ir en ayuda de los marinos muchos. Cuando los grumetes estuvieron a bordo del falucho, no pudieron sentir más que admiración por la bizarria de estos abnegados marinos. Después de estar cuatro días anclados al lado de la Baquedano, comenzaron a prepararse para zarpar pero como el sargento Gutiérrez estaba atento a las maniobras del falucho, les advirtió que debían esperar ya que posiblemente vendría mal tiempo. Al amanecer del quinto día, la tripulación del falucho no haciendo caso a las advertencias del sargento Gutiérrez, nuevamente zarpó. Al atardecer del mismo día, el falucho con buen viento, pasaba frente a las costas de

Constitución, buscando en los ojos azules del mar, la blanda y ancha senda para llegar a su destino. Todo iba bien, al caer la tarde del segundo día ya habían pasado por la cuadra de Valparaíso, y los marinos cada tres horas se relevaban en el timón. Antes de media noche, el viento comenzó a cambiar de curso, el patrón Manuel nuevamente dio la orden de arriar la vela a sus marinos y atrincarla al mástil, mientras pasaban por su mente las advertencias del sargento Gutiérrez, entre tanto, la tripulación se preparaba para enfrentar este nuevo temporal. Transcurridas un par de horas, el falucho ya navegaba al garete, el cielo airado con voz estruendosa retumbaba con sonos de guerra en la atmósfera aterida y el eco sonámbulo y resonante, desde otro confín respondía. Entretanto, los relámpagos y las serpentinas, con sus destellos electrizantes, imprimían en sus negativos la imagen del falucho, proyectándola en el amplio telón de la noche tenebrosa y borrasca.

Se vino nuevamente el día y casi toda la jornada los marinos estuvieron extrayendo el agua de la sentina, ya cansados y empapados creyendo que pasarían otra noche de penurias, el temporal amainó. Con la visión

clara, el patrón Manuel oteando los cerros de la costa, ordenó a sus marinos que izaran la vela chica, ya que se encontraban nuevamente frente a Talcahuano. Antes de medianoche, el falucho entraba por sus propios medios a la rada y echaba el ancla, en el mismo lugar de donde habían zarpado días antes, del lado de la Baquedano. En la mañana del día siguiente, grande fue la sorpresa para el sargento, al ver al falucho anclado al lado de su barco, y vino a su mente el recuerdo del mensaje que había enviado al armador, de que el falucho había zarpado hacia el norte sin novedad. Después de cinco días de permanecer al lado de la Baquedano, el falucho nuevamente zarpó, y el sargento Gutiérrez y sus grumetes, desde cubierta se despedían de sus amigos muchos, deseándoles suerte, porque ahora sí, que venía buen tiempo. Después de navegar durante doce días con muy buen viento, por fin llegaron a su destino, el puerto del Callao en el Perú.

Cuando el patrón Manuel entregó la documentación de rigor en la capitanía de puerto y el falucho a sus dueños, un barco mercante peruano, los trajo de regreso hasta Valparaíso; y desde allí, por tierra regresaron hasta su querido y amado terruño maulino. 🍌



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DEL MAULE

SEGUNDO LUGAR

Paulo César Cornejo Gajardo

27 años

TALCA



Un día domingo, apareció de la nada, llegó por sorpresa, se acercó a nosotros y se presentó como Benito, luego comenzamos a jugar.

Era un niño simpático, divertido y alegre.

De hecho, nunca tuvimos una pelea o altercado con él, siempre estaba de buen humor.

Nunca fuimos a su casa y tampoco conocimos a su familia, creo que nunca nos invitó o tal vez nunca le preguntamos.

Siempre hablaba de sus hermanos y su madre, nunca lo escuchamos hablar de su padre.

Mi abuela siempre lo invitaba a tomar el té con nosotros en la casa por las tardes.

Le gustaba mucho jugar a la pelota y montar en bicicleta. Lo que nos llamaba la atención era que

siempre andaba ordenado y peinado a la derecha, como si fuese a una fiesta.

Recuerdo como si fuera hoy el día soleado que comenzó a llover en el campo.

Mi hermano Sebastián, mi primo Agustín y yo construíamos el circuito a base de mucha agua y tierra, creando pozas y barro por toda la pista de carreras.

Al comenzar la competencia se nos unió Jacinta, Javiera y Francisco; el primo Héctor, no quiso sumarse debido a su avanzada edad de 16 años. (Mi abuela decía que estaba en la edad del pavo)

Todos estaban en sus marcas y comenzamos la carrera, a ratos chocábamos, caíamos al barro y sobre todo gritábamos de estupidez.

La adrenalina aumentaba por cada vuelta y el barro en la muralla, el triple.

La casa se teñía de barro, sobre todo la muralla y los ventanales.

Luego de su siesta, el abuelo despertó y se levantó en medio de la carrera, con su notable estado de enfado, detuvo la carrera de inmediato.

- ¡Pablo, vas a lavar cada una de las partes embarradas de la casa!

- Tata, reconozco que fui yo el de la idea, pero todos embarramos la muralla, -responde Pablo.

- Tú limpias, fuiste quien dio la idea a tu hermano y primos, -responde el abuelo.

Al cabo de una hora, estaba comenzando a limpiar la casa, el cielo comenzó a nublarse y el viento silbaba entre los árboles al fondo del bosque cercano al terreno.

Una gota en la punta de mi nariz, de pronto un relámpago y comenzó a llover; luego de eso, mi madre aparece por la puerta del corredor.

- Pablo, entra, llueve demasiado fuerte, te vas a resfriar ahí afuera.

Yo lo había pensado y entré antes de mojarme por completo. Adentro mi abuelo encendía la chimenea y mi abuela preparaba el té. Mi hermano y primos se duchaban y algunos ya estaban duchados.

Héctor jugaba Nintendo en su pieza, recuerdo el olor a pasto mojado que salía del campo, el calor de la chimenea, el olor a tostadas y leche caliente.

Recuerdo el sonido del tejado cuando cada gota que caía se desintegraba por completo en la teja.

El ambiente acogedor de una veraniega tarde de viento, lluvia, truenos y relámpagos, acompañado de algunos miembros de la familia.

Eran las 19:56 hrs., y no paraba de llover. En la televisión estaba Don Francisco con sus Sábados Gigantes, ese programa hacía reír al Tata y a la abuela en el living de la casa.

Yo, por mi parte, jugaba Nintendo, junto a los demás chicos en la galería.

Ya estaba oscuro y era una tarde mágica. Luego, cuando el reloj marcaba las 22:00 hrs. mi madre entró a la pieza con varios cuentos bajo el brazo, acercó una silla y comenzó a leer. Nos dormimos escuchando la lluvia de verano.

A la mañana siguiente había un sol hermoso, Domingo 14 de enero, exactamente las 16:05 hrs, jugábamos a la pelota frente a la casa y de pronto, fugazmente, llegó Benito.

Siempre llegaba entre las 16:00 y 16:30 Hrs.

La semana completa Benito era parte de nuestros juegos. Si bien era un niño pálido y delgado, era simpático y alegre.

Mi prima Javiera siempre lo molestaba, porque se parecía a Papelecho, pero él solo reía.

Por lo general, cuando se retiraba a su casa, el desaparecía entre el bosque cercano al terreno.



Nunca quiso que lo acompañáramos a su casa, decía que había muchos perros y era peligroso que solo a él lo conocían, porque eran de su padre y él tenía mal genio.

Esta semana Benito no ha venido a jugar con nosotros, es raro, desde que lo conocimos nunca faltó a nuestra casa, era sagrado Benito en nuestros juegos de la tarde.

Mis abuelos saben que no ha venido a la casa, se han preocupado y deciden ir a su casa a ver por qué Benito no ha ido a visitarnos.

Vamos con la abuela Lidia a casa de Benito, pero la verdad que no hay nada ni nadie, solo una vieja construcción de adobe en ruinas.

No existe nadie, tampoco vive nadie en todo el radio cercano a ese terreno.

Luego de una extensa búsqueda, encontramos una pequeña casa a 4 Kilómetros de donde estaban las ruinas.

- ¡Aló! ¡Hola! ¿Hay alguien aquí? -pregunta mi abuela con voz ensordecedora.

En instantes, se asoma una anciana pequeña, con un bastón de madera.

- ¿Qué se lo ofrece señora, en qué le puedo ayudar?

- Mire, la verdad que busco a un niño de nombre Benito que vive algunos kilómetros cerca de aquí. Mi abuela pregunta a la anciana, con mucha preocupación.

- No, no conozco a ningún niño con ese nombre, pero hace tiempo había un niño con ese nombre, tenía el pelo rubio, era bajo y muy alegre, siempre peinado como que estuvieran de fiesta todos los días. Era hijo del patrón don Gonzalo Sotomayor, fue muy triste esa historia, pasó hace una cantidad de años ya. El niño murió montando a caballo. En medio del bosque se le abalanzaron los perros guardianes de su padre, eran de terror los brutos, el caballo se levantó en sus patas traseras relinchando y Benito Sotomayor cayó sobre una piedra que estaba en el suelo, su muerte fue instantánea.

Esto ocurrió aquí cerca, llegando a Santa Helena. Su padre, don Gonzalo, era muy malo con el niño y cuando Benito falleció el patrón mandó poner una grutita donde se mató su hijo, dicen que don Gonzalo siempre visitaba la gruta en completa soledad entre las 16:00 y 16:30 de la tarde.

Su madre nunca se recuperó y falleció pocos años después de la muerte de Benito, un cáncer fulminante se apoderó de su cuerpo. Su padre nunca terminó de perdonarse la muerte de Benito y murió de viejo hace varios años. Sus hermanos se fueron de Chile tras la muerte de su padre, quien les dejó varias hectáreas de herencia hace muchos años.

Nunca más volví a ver a los Sotomayor Rodríguez; triste la historia de esa familia.

Si me disculpa señora, tengo que ir a atender a mi esposo que está enfermo, con su permiso, -termina la anciana con tristeza.

Yo me pregunto ¿Dónde estará Benito? 

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DEL MAULE

TERCER LUGAR

Luis Rojas González

64 años

Artista y trabajador agrícola

VILLA ALEGRE



Chundo, campesina con corazón de oro

Este cuento real de los campos chilenos sucede allá por el año 1952, en el crudo y helado invierno de la localidad de Duao, pequeño poblado internado en la precordillera del Maule, en la Verbena, hermoso campo que me vio nacer.

Junto a mis hermanos en compañía de muchos niños hijos de trabajadores campesinos compartíamos a diario jugando en las polvorientas calles y senderos, entre una inmensa vegetación y riachuelos, que presentaban un paisaje lleno de belleza. La alegría del campo, su tranquilidad y la bondad y el cariño de su gente, lo transformaban en un verdadero Jardín del Edén.

Año a año éramos visitados por familiares amigos de mis padres y junto a sus hijos pasábamos las vacaciones de invierno y verano.

Terminadas las jornadas de trabajo, peones e inquilinos, después de recibir sus galletas, se retiraban a sus casas, a su merecido descanso y también lo hacían caballos y

yuntas de bueyes. Esto nos daba paso a nosotros, los niños, para jugar en las carretas, saltar de ellas con los aperos y subirnos a las monturas transformándonos en huasos de a caballo: el sueño de todos nosotros. La alegría que me embargaba, compartiendo con mis amigos, también escondía en mi alma una gran tristeza, al tener dentro del grupo de trabajadores a un joven, semi inválido que por años trabajaba en las bodegas limpiando fudres, toneles y pipas, sacando la dañina borra a la espera de la próxima vendimia; no recuerdo su verdadero nombre pero todos lo llamaban Chundo. A pesar de sus limitaciones físicas era delgado y atlético, seguramente por su mal parecido, gestos y movimientos, era la risa de la gran mayoría de los trabajadores, muchas veces lo vi llorar de dolor e impotencia, pero en su interior escondía un alma noble y un corazón bondadoso, que nos llevaba siempre a estar preocupados de él.

La agilidad, su bajo porte y su físico delgado, le hicieron ser el mejor limpiador de cubas, valiente y arriesgado, pasando horas sacando borra y, de vez en cuando,



asomaba su cabeza a través del portalón de las gigantes cubas y toneles para captar un poco de aire y, luego, sumergirse en las profundidades oscuras, donde el tanino muchas veces dejaba huellas imborrables en estos hombres.

Para Chundo, las vendimias eran su máxima alegría. Ya una parálisis facial le hacía su vida difícil, pero el máximo dolor llegaría a él y su familia cuando, en cierta ocasión, a poco de terminar sus labores se reventó una de las poleas cortándose una gigante correa transportadora, que alcanzó a este joven trabajador y cercenó una de sus piernas. Con el correr del tiempo mejoró y siguió en su trabajo a pesar de estar inválido, pero él no se alejaba de las bodegas, y con el dolor de mi alma, seguían burlándose de él y en más de una ocasión lo encontré tirado junto a un tonel, embriagado para apaciguar su dolor y su tristeza.

Nada hacía presagiar que en una de las tardes de invierno, Chundo sería el principal protagonista de este cuento campesino, transformándose en un héroe de los campos chilenos.

Andrés, uno de los pequeños niños que nos visitaban, mientras jugaba en las bodegas desapareció. Mi papá y el de él andaban en Talca. Lo busqué por todos lados y no aparecía; como era pequeño, se me ocurrió que se podría haber metido en algún fudre desocupado: Al rato después de deambular sentí gemidos, una pequeña escalera lo había subido en la boca de un tonel; no había a quién recurrir en ese momento y por más que metía varillas, el niño no atinaba a tomarla para salir afuera. Llegó luego su madre y gran número de personas y los niños se agolpaban alrededor de la cuba; sin perder más tiempo, salí de la bodega en busca de la única persona que lo podía rescatar... Chundo; ese

del que se reían y se mofaban todos.

Chundo adivinando mi pensamiento y a pesar de faltarle una extremidad, se lanzo junto a mí, en veloz carrera, sorteando antes un puente con turbina, en el que tropezó y rodó por el suelo, rápidamente seguimos en pos de la bodega. En dos saltos, este joven ya entraba en la boca del tonel en busca del pequeño Andrés, después de pocos segundos y ante la impotencia y el dolor de la madre, asoman los pies del niño saliendo sano y salvo; madre e hijo se abrazaron entre llantos y también con la felicidad de todos nosotros.

Chundo no salió tan fácil como entró; el cansancio y el esfuerzo desplegados lo agotaron; solo de su rancho a la bodega ya había corrido una cuadra; luego asoma por el portalón y con una leve sonrisa, preguntó:

- ¿Cómo está el niño?

- Bien, bien, bien. Fue la respuesta, nos abrazamos junto a él, felices.

Chundo había hecho una hazaña, yo por lo menos no había visto nunca tal heroísmo; fue tal la felicidad después del rescate que en la Verbena, era un verdadero carnaval.

Bajo una lluvia torrencial, Chundo, riéndose a carcajadas saltando en un pie, volvió a su hogar sin antes decirme.

- Patrón los fudres, no me la ganan *ná*.

Chundo nos dejó a los pocos años. Visito seguido su tumba, siempre dejo una flor en su epitafio que dice: "Chundo, campesino con corazón de oro".

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DEL BIOBÍO

PRIMER LUGAR

Luis Castro Silva

29 años

Asistente de buses

CURANILAHUE



El velatorio de Juan Papa

El más largo de la Cordillera de Nahuelbuta, fundo San Jerónimo

Corría el año 1885, en una casa de adobe nació Juan Castro Vergara, hijo de Heliberto Castro y doña Carmela Vergara, inquilinos de don Santiago Emilio Salas Cuevas, quien fuera mi bisabuelo materno.

En esos años, la gente campesina se fijaba mucho en los velorios y funerales por el prestigio del apellido, así que los *jutres* se preparaban dejando órdenes que debían cumplirse al pié de la letra: dos vaquillas más dos pipas de vino de 400 litros cada una para la despedida y si faltaba, que le pusieran con repetición si era mucha la gente en acompañarle, ya que no querían desprestigio en su funeral, no por así valía su apellido de renombre para quedar en la historia estampado.

Juan crece como peón en el fundo del bisabuelo y lo que más le gustaba comer era papas cocidas; él solito se comía seis kilos, de ahí viene su sobrenombre de Juan Papa: hombre alto, medio rubio, ojos verdes, quien al cumplir su mayoría de edad se puso lacho.

Llegó a tener cinco pololas al mismo tiempo: la Juana, la Rosa, la Carmela, la Delfina y la Dominga.

Cuando se enteraron estas mujeres de su engaño, la más enojada fue la Dominga, hija de una vieja bruja llamada la "Chorolata". Habló con su madre, juntaron unas hierbas y procedieron a hacerle una brujería para que no se riera de nadie más, pero se les pasó la mano y lo dejaron enfermo, pegado en el pasado.

Así don Juan Papa solía recorrer descalzo por los alrededores de la Cordillera de Nahuelbuta, cumpliendo con el mal hecho por esas dos mujeres hasta el final de sus años.

Cruzaría desde Las Corrientes, La Generala, Espigado, Cabrera, Mundo Nuevo, Bajo los Patos, El Tesoro, fundo Herrera y Curanilahue. Casi todos estos lugares estaban cubiertos de bosques nativos, donde solía pasearse el puma chileno y por misericordia de Dios nunca le pasó nada.



Don Juan Papa pasó varias veces a nuestra casa en Curanilahue para que se le diera alojamiento y poder vender en algunos escudos sus sacos de harina, que no pesaban más de un kilo, pero como estábamos en monedas de peso, mi bisabuelo le seguía la corriente y le pagaba lo que él quería. Se ponía tan contento que bailaba con los pies descalzos al estilo de Juan Papa, cosa que llamaba mucho la atención. Se le recuerda con su barba blanca, su manta rota y sus pies callosos de tanto caminar.

Así pasó año tras año, hasta que en uno de sus viajes a la altura de Cabrera, que era la mitad del recorrido que él siempre hacía, pasó a pedir alojamiento donde un tal "Chandoreyes". Este hombre lo cobijó en la cocina de su casa, costumbre que era muy usual en esa época.

Al otro día, al ir a preparar el desayuno, lo encontró muerto a la edad de noventa y cinco años.

El hombre, sabiendo que Juan Papa no tenía familiares, no demoró en decirle a su esposa, doña Rosa, que él lo velaría; le informó a los vecinos en especial a don Pepe Cuevas, quien era muy solidario, enseguida dispuso de una pipa de vino y un ternero y mandó a ensillar caballos para que sus peones informaran la noticia al norte y al sur.

No tardó la respuesta y empezaron a llegar donaciones de los lugares que recorrió don Juan Papa, desde Las Corrientes, la Generala, Cabrera por el norte hasta Curanilahue por el sur. Llegaron chivos, vaquillas, vino, agua ardiente, sacos de papa y pan.

Con tal la cantidad de gente que llegó a acompañarlo, y había tanta comida y vino que lo velaron tres noches seguidas hasta que se olvidaron que era un velorio.

Al cuarto día, no faltó la vieja copuchenta que les recordó que don Juan Papa estaba muerto y se estaba descomponiendo. Entonces, al amanecer del quinto día, decidieron llevarlo al cementerio, pero cuando el cortejo iba llegando se encontraron con un campesino que traía una vaquilla y una pipa de vino, enviados por su patrón con la orden que se devolvieran con el difunto. Decidieron regresar a casa para recibir el vino y la vaquilla quedándose dos días más con él, esta vez en el patio para que no se sintiera mal olor.

Al final, la vieja copuchenta que también se había quedado, tuvo que ensillar su caballo y viajar a Curanilahue para ir por los carabineros para que se dirigieran al lugar.

Así don Juan Papa tuvo que ser sacado por los carabineros para poder darle sepultura como correspondía, aunque haya sido al octavo día.

Este cuento es una historia real, solo se cambiaron algunas cosas para no ofender a nadie. Como se darán cuenta, los ricos querían quedar en la historia y que su apellido fuera recordado, teniendo el mejor funeral; en cambio don Juan Papa, que no tenía nada, tuvo el velorio más largo y recordado de la Cordillera de Nahuelbuta, hasta hoy. 🍒

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DEL BIOBÍO

SEGUNDO LUGAR

Rosa del Carmen Dávila Miranda

50 años, Artesana

CONCEPCIÓN

Romance de mi perra

Sí, era cierto yo jamás ponía una tranca al portón de mi cerco, me bastaba con la verdadera muralla de colmillos y rugidos que mi perro imponía en mi casa.

Al Malinche lo encontré un día de intenso trabajo cordillerano, malherido, desnutrido y, al parecer, brutalmente atacado por un puma. He de suponer que en su afán de bravo, agresivo y hambriento intentó atacar a un puma y éste, literalmente “se le fue en collera”.

Reconozco que soy un arriero de cuero duro y de una personalidad bastante burda, sentí una lástima que me llegó al corazón, ¿o a mi conciencia...? No lo tengo claro, lo cierto es que después de ese sentimiento tan profundo, en alguna parte de mi ser decidí rescatarlo y adoptarlo. Noble el animal. Era un ejemplar muy joven e inexperto. Tuve que hablarle como a una dama y se me entregó mansito, consciente que solo quería ayudarlo. Hice un camastro de quilas y con dos largueros le fabriqué una suerte de camilla que subí con mucho

cuidado y lo acomodé en la parte delantera de la silla de mi caballo, que también se llamaba Malinche hace 7 años.

Yo vivía solo, solterito y no me había picado aún el bichito del amor que es algo que también se siente, no sé si en el corazón, en el alma, la conciencia o en la mente, no lo sé, no lo tengo claro porque siempre he escuchado decir que eso lo saben los médicos o unos que se llaman cardiólogos o los que se llaman siquiatras o unos que son sicológicos. Y siempre he tenido esa inquietud, ¿en qué parte del ser humano están esos sentimientos...? El amor, el odio, la lástima, la bondad, la caridad, los deseos, la angustia y unos que ahora se han puesto de moda y de los que sólo he oído de oídas; los estados depresivos y que al parecer solo le da a las mujeres...

Bueno, pero eso no tiene nada que ver con el Malinche. La verdad es que entre caballares y arreos de vacunos, corderos y hatos cordilleranos, el animalito se recuperó



rápidamente, le di un trato especial, lo cuidé como a un hijo y él me respondió con una fidelidad y una inteligencia que nunca vi en otros seres. Estoy seguro que de haber nacido humano, fijo que habría sido doctor, abogado o ingeniero. Lo digo porque desde un principio noté que era un perro muy inteligente y que sólo le faltaba hablar para completar mi cariño por él. Y qué manera de ser bueno para el trabajo en el arreo. En esas condiciones de buen trato y cariño el animal alcanzó una adultez de grandes dimensiones. Alguien en la hacienda y más letrado que yo, se atrevió a opinar que se trataba de un hermoso ejemplar mezcla de pastor alemán y gran danés...

- Es muy hermoso tu Malinche, Remigio, lo veo como un animalito muy protector... Me dijo una vez un trabajador de la hacienda que no era común y corriente. Se trataba del sobrino del dueño y era un experto en arreos de ganado mayor.

Pero el Malinche, bravo como él solo, era capaz de enjear con su propia dentadura sana y completa mi espacio dentro del fundo. Su hermoso pelaje tirando a té con leche era largo y brillante. Ojos negros y vivaces y con una fortaleza incansable en el arreo. Eso sí, esquivo como niña rica, ni por nada hacer siquiera el intento de acariciarle el lomo o la cruz de su voluminoso pecho. Celoso con su cuerpo, al parecer aún traumatizado por su experiencia juvenil con el puma en plena cordillera...

Recuerdo, clarito, que un día, arreando en plena cordillera un ganado vacuno que había entrado por el paso Pichachén desde el país del tango, me vi envuelto en una suerte de estampida de cientos de animales exaltados por el ataque de un puma. En el alboroto, mi caballo fue investido a gran velocidad por un par

de toros mañeros. Caí sobre una piedra volcánica y un manto de niebla tupió al rojo los ojos, la memoria y la conciencia, ¿Cuánto tiempo estuve así...? No lo sé. Pero sentí nítido, aunque lejano, el gemido lastimoso del Malinche y sus lengüetazos en mi cara, estaba nervioso. Recobré el conocimiento y ahí estaba a mi lado cuidándome, esperando a que reaccionara... - Te debo una, Malinche - le dije emocionado y lo abracé. Se dejó acariciar, era la primera vez que lo hacía...

Pero el tiempo pasó y de repente ese sentimiento maravilloso llegó. El amor se prendó en no sé qué parte de mi ser, insisto...En definitiva me enamoré de la hija del sobrino del patrón. Bueno y me casé con ella... Me hice yo mismo un ranchito dentro de la hacienda, con un alero muy prolongado hacia afuera y allí antes de dos años ya gateaba sobre el pellejo de la mesa del mismo nombre, mi hijo, el que me hizo entender que el amor definitivamente está en el corazón y no en el sexo de los seres humanos. No necesité que me lo explicara un médico, ni un siquiatra y mucho menos un psicólogo...

Fue entonces, cuando el Malinche y mi niño se hicieron yunta, uña y mugre, es decir, uña y dedo, siempre juntos. Qué manera el animal, de demostrar su fidelidad al humano. Dejó el arreo para dedicarse a él desde que comenzó sus primeros pasos. Mi niño le quitó lo arisco y celoso. Lo veía recostado y se le tiraba encima como si fuera el colchoncito de su cuna. Y el Malinche tranquilo y sereno, diría que hasta los tres años le soportó todas sus imprudencias y juegos infantiles...

Tanta inteligencia demostró el animal que cuando presentía que el niño caería, corría a echársele de colchón para amortiguar una caída segura. Todo hacía suponer que lo había tomado por cachorro de su raza.

Con mayor razón el sobrino de mi patrón insistía en quedarse con el Malinche. Y claro, él ni nadie podría haber predicho la verdadera tragedia que se avecinaba hacia ya el quinto año de propiedad de mi noble bestia menor...

El dramón se presentó de un repente. Mi niño y mi perro seguían siendo yunta inseparable. Mas, un día, estando yo en mi catre tirado a media tarde, después de una veranada en Argentina, sentí el grito desgarrador de la mujer carne de mi carne...- ¡Remigio, ven...Apúrate!!- Salté de mi cama y de inmediato pelé mi facón transandino. En el alero de mi rancho, al lado del horno, el espectáculo que vi me envalentonó mucho más aún... La patrona tenía a mi niño en sus brazos a la altura del pecho, tiritando como corderito entumido y mi perro, ese que tanto quería y admiraba, acosándolos rabioso, brutalmente agresivo y con una baba espumosa en el hocico... ¡Malinche...! Le grité tan rabioso como él. Se fijó en mí y sus ojos estaban crispados, los colmillos de su espectacular dentadura sobresalían de la espuma blanca...Entonces dejó de acosarlos y se me lanzó directo al pecho. Sólo me bastó levantar un poco mi mano con el cuchillo y lo que recuerdo con claridad en el asalto es su

pecho robusto y aún caliente presionando diestra ensangrentada. Cayó de golpe, quedó tendido sin sangrar, movió la cola una vez, dos veces, tres veces. Hizo un esfuerzo y me miró, sus ojos expresaban, además de su agonía, un sentimiento de perdón... Luego hizo un estertor mediano y murió. Me hiqué y lloré y oré... - "No tenía otra opción hermano, fue por el niño, estabas enfermo hermanito..."- le dije y le pedí perdón... Para felicidad de mi niño, mi patrona tuvo el tino de apartarlo de inmediato de la brutal escena. Nada les ocurrió, fue solo un susto.

Desde entonces, nunca más quise tener un perro de mi propiedad. Sí los respeto y los amo y opino que quién dijo que estos seres son nuestros hermanos menores, está en lo cierto. Así como rindo un homenaje y apoyo a quienes se dedican voluntariamente a rescatar de la vagancia a estos animalitos que hoy pululan por las grandes ciudades. A ellos les pido perdón por lo que hice y si bien esto ocurrió hace ya algunos años, mi hijo, hoy adulto, adora a todos nuestros hermanos menores y me ha insinuado en varias ocasiones que le gustaría estudiar la carrera de medicina veterinaria, en alguna universidad de la gran ciudad... 🐾



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DEL BIOBÍO

TERCER LUGAR

Claudia Maritza Rojas Ayala

Asistente social

CURANILAHUE

Dulce Alicia

El llanto rasgó la noche, un chillido interminable, como los gritos de su madre parturienta. Doña Peta, india añosa y de piel oscura, asustada, mandaba a callar a la joven, aunque la entendía, la criatura venía atravesada. Tantos años de experiencia, que el olor a sebo de las velas ya ni siquiera la molestaba, ni el olor a ropa amontonada, pero la niña venía atravesada, no era su culpa, a lo mejor el tatita Dios tenía sus razones y al final quién era La Peta, sino una vieja comadrona “guena pa’l trago y pa’sacar chiquillos”, pero la niña era deforme, al final no era su culpa. De todas maneras iba a pedir sus dos gallinas acostumbradas, total, ella había hecho el trabajo.

Era una ventaja ser del tamaño de las flores, podía contemplarlas con más atención entre las quilas en aquel pedazo de tierra en la cordillera, pero ser tan pequeña le traía problemas para acarrear los baldes de agua desde la vertiente y alimentar a los animales, las piernas cortas eran muy lentas, hacer las camas era bueno, aunque se cansaba, menos mal que eran

pocas: la de sus padres, la de sus dos hermanos, que solo tenían un camastro en el suelo y la de ella, que aún usaba un corral de madera en bruto que le hizo su padre cuando nació. Cuando iba a la huerta a buscar las verduras para el “cauceo”, Alicia pensaba que nunca, nunca había visto a alguien como ella, pero no importaba, su madre no quiso tener más hijos después de que ella nació y una sola vez en la vida le habían permitido mirarse en un espejo, que estaba quebrado, lo que le devolvió una imagen aún más tétrica de ella misma: la espalda curva, lo que le provocaba muchos dolores, sobre todo en invierno; un pecho abultado, como el de un pájaro de mal agüero; las piernas tan cortas; un cabello hirsuto; una nariz puntiaguda y flaca. ¡No, no más, nunca más un espejo mamá!

¿Cuántas palabras es necesario saber en este lugar tan lejazo? A lo mejor, soy la única en el mundo, mis hermanos me miran con indiferencia, mi padre me mira con rabia y lástima a la vez, mi madre sólo me mira. ¡No es mi culpa!

El tiempo de la cosecha es el mejor. Me gusta la fruta fresca sacada recién de los árboles, aunque sea más trabajo preparar comida para los vecinos que vienen a ayudar. Sé que esos días sólo debo trabajar en la cocina; a mi madre no le gusta que me vean los demás, si ni a mí me gusta mirarme. Mi abuelita, que murió hace algunos años, decía que después que yo nací, la tierra se mejoró, que lo que se sembraba daba, que la tierra me tenía lastima y por eso mejoraron las cosechas. Cada año salían más papas y el trigo crecía más alto y firme, como si fuera de oro, hasta brotaron sandías y melones, un regalo del cielo.

Este invierno ha llovido como nunca, el barro es más denso, me caigo cuando voy a buscar porotos a la bodega, oscurece más temprano, las noches son más largas, interminables, pienso qué será de mí cuando mis padres se mueran como mis abuelos. La noche es tan larga en el campo, hace mucho frío, mi padre hizo un brasero de latas para mí, me lo viene a dejar cuando estoy dormida. Los animales están flacos, la helada ha secado los pastos, pero es rico acostarse en las sábanas de bolsas de harina, tan blancas y juntar las piernas flacas y chuecas y apretarlas fuerte hasta calentarlas, la señora noche ha llegado como una vieja loca y yo soy libre para soñar.

La luz del amanecer besó los campos, los cerros y las quebradas, mi padre y mis hermanos salieron muy temprano, a buscar camarones, me fui a acostar con mi madre después de que se fueron, dormimos hasta tarde, pero ¡vamos, a levantarse que la señora mañana ya va a llegar!

El Juano se cayó borracho de un caballo y se murió, lo pusieron encima de una mesa. Hace mucho frío, se cuela por las rendijas, ha venido gente de todas partes, mi madre y yo preparamos cazuela en unas grandes ollas que trajo mi madrina, algunos traen flores de plástico y dejan monedas en un plato que pusieron al lado del cuerpo de mi hermano. Oña Peta lo arregló con mi madre, mi padre está aún más callao, total, murió su hijo mayor. Silencio, es mejor el silencio.

Por fin llegó la primavera. Esta pena que siento por dentro se hace más pequeña cuando llega la primavera, quién puede tener tanta pena. Si Dios hizo las flores, de tantas formas y colores para que no tengamos tiempo para las tristezas, en la vertiente están creciendo unas amarillas que nunca había visto antes; mi mami dijo que se llamaban Alicia.

Nunca he salido de aquí, sólo conozco la casa de mi madrina y de los vecinos, pero ningún otro lugar, nunca me llevaron a una posta o a otro lugar. Tampoco fui a la escuela, porque decían que quedaba muy lejos, y mi mami pensaba que se iban a reír de mí. Al final nadie de mi familia fue a la escuela; mi abuela decía que yo era inteligente y que si tenía la tierra no necesitaba nada más.

Hace mucho calor al lado del fogón, hay que mantener muy vivo el fuego y las brasas para que queden ricas las tortillas, las vamos a comer con queso de cabeza de chanco, que hizo mi papi y con mate y mucho ají. Mientras limpio las tortillas mi madre canta una canción que le enseñó su abuela y que habla de una mañana alegre fresca y de una niña enamorada que junto a la piedra muele maíz.



El problema de ir al baño, es que el pozo está lejos. Mi madre me acompaña siempre, en las noches de luna llena es mejor, pero el león puede andar cerca.

Es de noche ya. ¿Cuántos años han pasado ya? Mi padre se acostó temprano; está tan enfermo, le he preparado muchas tizanas. La Oña Peta le trajo algunas hierbas para que le prepare. Estamos solos, ya no podemos trabajar la tierra con tantas ganas, aún así igual produce; es que como decía mi abuelita, me tiene lástima. Mañana le llevo flores a mis hermanos y a mi

mamita. Es tan grande este campo y la luna parece que cada vez está más brillante; a lo mejor soy la única en el mundo así. No sé cuantos años tengo, ni cuando nací. Ha sido bueno, esto no lo cambiaría por nada. Mi corral aún lo uso para dormir. En este lugar soy dueña de los amaneceres, de la luz de la mañana, del frío, del sol y de las flores, de los cerros y de las quebradas, del rocío, del olor a la palabra “temprano”, de los pájaros, de los árboles y he marcado mis pasos en las piedras y en la tierra. Ya, ya voy a acostarme, padre, déjame cerrar las ventanas; mañana, mañana será otro día. 🌿

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

PRIMER LUGAR

Rosa Olvido Jara Pezoa

65 años

Dueña de casa

CURACAUTÍN



El hijo del vaquero

RESUMEN

A muchos les sorprenderá esta historia de la vida campesina, no todos conocemos su trabajo, que es sano y honrado. El hijo del vaquero es una historia nacional de 1922, felices los que pueden leer esta historia con el alma abierta a sus emociones, sencillas. Bienaventurados los que pueden sentir a la Charito con el alma ingenua de Manuel Pitorra y felices los que adivinan lo que está pasando a su lado, con frescor de vida campesina, el divino amor de los 20 años de aquellos tiempos.

Su protagonista es un buen ejemplar de la raza chilena, altiva laboriosa y de buen juicio. En esos tiempos las escuelas eran muy pocas y los patrones se aprovechaban de la gente humilde.

Aquí voy a hacer un pequeño resumen de esta historia sacada del interior de un rancho campesino.

Deslumbra en la cocina la gloria del fuego, tal vez un poco rígida en la numeración y la intriga del mozo (hijo del vaquero) enamorado de la moza, hija del ovejero, “el patroncito rival, hijo del administrador,” una riña entre ambos, victoria del huaso, huida de éste a Santiago para hacer su servicio militar en el Regimiento Tacna. He aquí la primera etapa, la segunda pinta muy bien la vida del Regimiento. La estupidez de los conscriptos, el ansia del héroe por saber leer, su distinción en la escuela y la intervención del capitán en favor de sus padres, arrojados de la hacienda por venganza del administrador humillado y ofendido.

En la tercera parte, presenciamos el triunfo de la justicia, los inquilinos vuelven a su posesión, gracias -en parte- a la influencia del capitán, ya que se descubre el origen de una calumnia, matrimonio final, premio a los buenos, castigo a los malos: administrador, hijo y capataz fueron despedidos del fundo “Los Maitenes”.



El hijo del vaquero

Muy cercano al camino carretero, cercado de zarzamora, está el rancho de la hacienda “Los Maitenes”, Esteban Piturra, el vaquero del fundo, atiza las brasas con un suncho. Úrsula se acomoda en un piso junto a su ahijada Rosario, una guapa moza hija del ovejero del fundo. Esteban, sobre el fuego lía un enorme cigarro de hoja de maíz en tanto que Manuel y Domingo, hijos de aquel matrimonio, remiendan el cinchón de una montura. Manuel quiere hacer el servicio militar y toda la familia se opone como lo veremos a continuación. Todos callan como sumidos en honda preocupación, el Viejo rompe el silencio. ¡Voz lu’ habis de ver Mañungo *guaina* soy ya, y *sabís* bien lo que *hacís*! Si esto lo hace de puro testarudo que es, -rezongó Úrsula-, cansada estoy ya de dicírselo, que no lu’ haga contra *na’* pero él sigue ¡*Ale que ale!* con la idea de ser milico. Con que ni sorteado salió, siquiera *porfia’o* como él, es lo *mesmo* que machacar un fierro con *pieira*. Así no más es esto, dijo Rosario, alguien por *ey lu’* habrá *aconsejao*. Es muy factible, dice Úrsula, tal vez esos del lado, arriba del despacho de ño Goyo.

Manuel, callado, levanta la cabeza y envuelve a la niña con una mirada de amores a reproche. No, Charito, nadie me ha dicho *na’* a mí, ni nadie me ha aconsejado *na’*. Soy yo solo que quiero hacer la guardia como voluntario. Bien *repensao* lo tengo hace tiempito pues quiero hacerme hombre y aprender en la escuela del cuartel, ya que *po’* aquí a *naiden* le enseñan a leer y escribir como aprendió *agora* tiempo el sobrino de mi madrina Peta en el Regimiento Tacna, y también Lucho Peñaloza y Piero Pino y tantitos otros gallos de este *mermo* fundo. Así *naiden* vendrá a ser rival de uno, patentito tengo lo que pasó el otro día, Charito,

en su misma casa con el hijo del administrador que se burló de mí. ¿Se acuerda cuando tome un periódico y lo empecé a *ajear* patas pa’ arriba?. Sí, *pu’* Charito, haciendo mi servicio militar mato dos pájaros de un tiro sirvo a mi patria y aprendo a leer, así *poiré* enriendar la *fatalia* de haber nacido inquilino de un fundo en que la escuela de uno ha sío solo el potrero, sin más libro que el chuzo, la pala y el azaón y sin otro preseutor que un administrador *enperrao’* que se cree el patrón, que solo le enseña a uno hacerse bueno *pa’l* trabajo y sufrirlo *too* sin quejarse. *Intantito* tengo *tuavia* el recuerdo del *finao* de mi hermano cuando *pu’* allá en el hospital del *Salvaor* una semana antes de entregarlo a *juerza* del *pesao* trabajo que aquí le dieron, llorando de pena el pobrecito me *ijo’ guena* la *engracia* grande de no saber leer Manuel, casi todos los de la sala se divierten leyendo libros y diarios, mientras yo, tendido con mis dolencias *esesperado* lo paso sin tener qué hacer y *lagrimiendo* a ratos mis pesadumbres. *Renunquita poire olviar* lo de mi hermano ¡no no! no quiero seguir siendo el *mesmo piñon inorante*. *Ejaré* estas tierras en que me *ey crio* y las *amitaes* que aprecio y me iré donde sé que voy a servir a mi patria como chileno que soy y *aonde poiré* aprender a leer lo que tanto me hace falta. Al terminar estas palabras altas y nobles, Esteban suspira nervioso, Úrsula se cubre el rostro para contener el llanto, Rosario permanece inmovilizada. Ladran los perros, es el hermano chico de Rosario, “Vitoco”, que aparece en la puerta del rancho enojado. ¡Charo, dijo mi taitita que te *juéray* al tiro *pa’* la casa! *Gûeno*, espérame ya me voy. Oye Mañungo, ordena el viejo Esteban que vaya a *ejala* y le *icí* a mi compadre Tránsito que mañana te preste la bestia alazana, con eso te van a dejar a la estación.

Cuando Charito se fue le dijo a Úrsula no se le dé *na' mairina*, pues a Mañungo no lo dejaremos que se vaya, *va'ber* nomás. Manuel y Rosario salen juntos. Cualesquiera envidiaría al *guaina* la grata compañía, en verdad, la moza, es la flor más linda del aquel valle de Maipo, 17 primaveras resaltan la fresca campesina. Él, alto, regias espaldas, fornidos músculos, piel morena, ojos pardos, mozo que encarna la energía y el valor de la raza de los 20 años.

Noche de luna, mientras a un lado del alto sendero el oleaje de los trigales peinados por el viento sur, a una cuadra de la barraca de Esteban, sobre una colina una casita de teja, ventanas de vidrio y amplios corredores, los lugareños la conocen como “la casita nueva” el favorecido con esta vivienda fue el padre de Rosario, Tránsito, el cuidador de las ovejas, hacía poco que la habitaban, se la entregó justo cuando llegó el hijo del administrador, que destinó para Tránsito esta habitación. *On' Isiorito* se conquistó la gratitud de quienes aquella familia sobre todo del pequeño Vitoco, no tardaron en notar con cierto orgullo, el privilegio que estaban gozando. *Tan bien enojaos con vo'*, mi taitita *ijo* que *juérai* con toda prisa, *on' Isidorito* también te está esperando. Mire Mañungo *eje' me* aquí nomás, yo me voy con Vitoco, *¡agora* no quiere que yo vaya! ¡No, no! no es por eso es por él, tampoco yo lo hago por usted, sino por mí. Sí, por usted, vaya no comprendo, no quiero que se encuentre con él, por el intercambio que tuvieron el otro día, es que *on' Isidorito* puede decirle algo. A mí *naíta* tiene que *icirme* él a mí, es que él es tan arrebatado ¿Arrebatado? Tal vez es que me quiere meter cuco *pa'* que no vaya ¡no es cierto! No *hay pensa'o* tal cosa, porque yo soy de eso que no se echan *pa'trás* porque le soplan un ojo. Tengo pana grande y no me asustan los jóvenes y *pa'* que vea, voy nomás, quién podría ser como él para hacer lo *mesmo*

¿Quiere hacer algo por mí? No solo algo, sino *toitito*, lo que pueda ¡de *verita*! Se lo digo de todo corazón. Bien sabe *usté'* que siempre la he querido más que a mi *mesma vía* ¡me lo cree! Sí, Mañungo, se lo creo y por eso voy a pedirle un servicio: que no se vaya a hacer la guardia. La vacilación de él hiló el silencio. Ahora fue ella quien esperó con impaciencia la respuesta, solo por usted lo haré. ¿Me lo promete? Se lo prometo. Gracias, Mañungo. En el corredor departían Tránsito e Isidoro; éste echado atrás en una silla de paja, una pierna sobre la otra, fumaba un aromoso cigarrillo, en su mano sostenía una guasca de junco con la cual varillaba sobre una de sus botas de montar, relamido bien trajeado, brillantes espuelas de base traza de hacendado. Al llegar a la vivienda, Rosario dijo con timidez: ¡Oiga, Mañungo! delante de ellos muéstrese bien indiferente conmigo, la hueca voz de Tránsito se escuchó *¡guena cosa oh! Pa' que te juistes a venir ya te ia mandar la cama pa'lla'*. Es que estaba algo enferma mi *mairina*, mi *pairino* Esteban me mandó *a'ejár*. Pasó Manuel, avanzó triste, saludando con timidez con la chupalla en la mano, mi paire me ijo que viniera a *ejár* a la Charito. La vozuela de Isidoro aleccionó a Tránsito, usted debe preguntar a *Ño* Esteban si es verdad esto que dice. Yo no miento, dijo el muchachón. Rosario y su padre bajaron la vista, pues pretendían un altercado, el diálogo se enlazó con aspereza. Te creo muy capaz de tomar el nombre de tu padre. *Renunquita* he *tomao* el nombre de él ni de *naide*, y no será ésta la primera vez, orgullo tengo, el hombre no miente; y yo me creo bastante hombrecito, aunque pobre e *inorante* y sobre todo muy *inorante*.

En el semblante del mozo rebelóse su aflicción y despecho. Sí, patrón, *harto inorante*, es cierto, pero honrado y trabajador, aunque *na' sé*, sé al menos despreciar a los que como *usté* no tienen derecho



pa' comer el pan que no ganan con su propio sudor. ¡Insolente! Me insultas -dijo el hijo del administrador, levantándose con arrogancia.... lárguese de aquí el desfachatado y descargó el mango de la guasca sobre la cabeza de Manuel que lo hizo ver estrellas. Enojado, el ofendido, que dio pie atrás para tomar impulso, lanzó un puño de roca a la cara del acometedor. Se oyó un chasquido y el azote de un cuerpo contra el suelo. ¡Manuel! Dijo la niña. ¡Hombre, por Dios!, dijo el viejo Tránsito. *Èl mesmo* lo quiso -dijo el *guaina* y se irguió para estrecharse la faja, echó una última mirada a la muchacha, se acomodó la chupalla y salió en dirección a su rancho. Una fuerte brisa agitaba el ramaje de los árboles, el ladrar de los perros de la vecindad, por la mente de Manuel pasaban los sucesos de aquella noche, llegó sin saber cómo a su casa. Manuel se detuvo a pasos de la puerta, de buena gana no hubiera entrado; sabía que su relato iba a producir algo a sus padres. Sus padres y su hermano Domingo lo estaban esperando, lo notaron raro, vinieron las preguntas. Esteban alzó la vista ¿te sucedió algo? No pudo negar lo sucedido. Pues, diosito, hijo, lloriqueó la mujer, qué irá a ser de nosotros *agora*. Fijo que nos van a echar de aquí y *too* por el arrebato de este muchacho. No *hablís* así mujer. Hasta razón tuvo Mañungo *pa'* pegarle al *jut্রে*, por *qué* había de dejar atropellar y volviéndose a Manuel dijo hijo: Vos te *habís* portado como un verdadero hombre, no seré yo quien te *reprienda*, vergüenza y pena me habría dado *agora* si te hubiera que *ejao* pegar como un cobarde. Dame tu mano, hijo, *'eja* que tu *paire* te felicite y pido que siempre te portis así, como hombre. No te *aflijai*, Mañungo, porque nos van a echar de aquí... Buscaré trabajo en otro fundo, *'onde* nadie trate a mi hijo como un perro. No hay que perder tiempo, puede venir a buscar la policía del bajo; ya *sabís* como son de abusadores aquí, ándate al tiro *pa'l* pueblo, *onde* mi *comaire* Peta, allí *pasai* la noche

y mañana de allá te *embarcai pa'* Santiago para que te *presentís* al cuartel allá en el sitio está mitordillo. Corrió Manuel en busca del caballo. Allí los rodearon los suyos para darle lloriqueando el adiós de despedida. Inmóvil, caídos los brazos, yacía Isidoro después de la bofetada del hijo del vaquero, fue una suerte, dice la mujer que ese bruto de Mañungo no le rompiera la cara, le *llegó* a arrollarle el cuero, pero si *la guanta* fue a *too güelo pus*, mamita, declara "Vitoco". Fíjese que lo llegó a *levantalo* del suelo *pa'* arriba. Al cabo de un rato empezó Isidoro a recobrar el conocimiento y exclama, y él dónde está, adónde se fue ese canalla. Tenía su voz ruda llena de odio. Se fue patroncito por atender a su merced tuve que *'ejarlo* que se fuera. Líbrelo el diablo que caiga en mis manos, porque me las pagará, que no se atreva a venir *po'* aquí ese *baulaque* de Manuel Piturra, háganle saber que lo voy a castigar como se merece. Dice Tránsito, el que ofende a 'On Isidorito las pierde para siempre conmigo. Gracias, así me gusta *Ño Tránsito*, un cobarde no es digno de pisar esta casa. Ya *Ño Tránsito* vayan a dejarme ambos a caballo. Los dos jinetes al lento andar de sus cabalgaduras, van en silencio como prisioneros de un mismo pensamiento: La última incidencia con Manuel Piturra. En la mente de Isidoro, esta idea amasada con el odio tomaba ya los tintes de un próximo desquite. *Ño Tránsito*, por su parte, es también Manuel quien lo trae preocupado. Es la afición del mozo por Rosario y la de ella por él que el padre ve en serio peligro para seguir gozando de las mercedes que de Isidoro había recibido, recibía y que quería seguir recibiendo.

La simpatía entre Piturra y su hijo es perjudicial para lo que él y su mujer pretenden conseguir con el hijo del administrador. Los cálculos del ovejero y las ambiciones de su mujer no pierden las esperanzas de que un gran apasionamiento de Isidoro por la

muchacha concluya por fin hasta en un matrimonio ¿Por qué no? Por esta causa, el pobre joven Piturra es también para el viejo un obstáculo que debe remover a cualquier precio. Tuvieron que pasar cerca de la casa de Esteban ¡Miserable! dijo Isidoro, allí estará ahora riéndose de lo que hizo, pero juro quen calma patroncito, 'eje nomás, lo que es en mi casa ni un solo pie. Muy bien, pero eso no basta, porque de todas maneras él estaría cerca y yo no quiero verlo nunca más, ¡lo odio, lo odio! Mucho Ño Tránsito y quisiera matarlo. Oiga patrón no hay necesidad de eso, basta con una que los hagamos salir de aquí como sea. Pero, cómo, si el dueño del fundo ha dicho siempre que Esteban es el más antiguo y el mejor de los inquilinos. Cree entonces -digo yo- que mi padre va a consentir que lo despida. Ellos se pusieron de acuerdo en inventar cuanta calumnia se les ocurrió para que a los Piturra los despidiera, el verdadero patrón, porque en el fundo los patrones eran ellos.

Aquel día, la llegada del nuevo contingente al Regimiento Tacna, con el arribo a la Estación Central del primer tren melipillano, repleto de muchachos entusiasmados por las filas del ejército. El número de sorteados voluntarios aumentó considerablemente, unos vestían decentemente, siendo escasos los que usaban cuello y más raro quienes llevándolos agregaban una corbata, otros estaban ataviados con pobreza y muchos, con suma indigencia. Entre éstos habían dos en manga de camisa y uno que hasta de ella carecía y disimulaba su desnudez con los harapos de una prenda que sin duda fue chaleco en su tiempo. A la orden de un capitán, fueron haciendo filas los conscriptos. ¿Qué edad tienes? preguntaba un teniente a un campesino, él responde veinte años y medio, mi comandante. Vamos no me asciendas tanto, no soy comandante, apenas teniente. Yo no

sabía *na'* pues mi coronel. El capitán interroga a otro conscripto ¿Cómo te llamas? Éste contesta: José Luis Alberto Segundo del Carmen... ¿Y el apellido? quién sabe, pues patrón. ¿Cómo, no sabes tú apellido? No pues, patroncito, no ve que yo no tuve *na' paire*, fui hijo así nomás, pero me apellido Cantillana por la *maire*. ¿Qué profesión tienes? pregunta a un tercero. Ninguna, mi capitán, ¿Y en qué trabajas? Yo no trabajo *na'* mi capitán, ¿De qué vives entonces? De lo que trabajan los otros y así varios, totalmente rústicos que ni siquiera sabían donde vivían.

Cuando finalizó el trabajo de los conscriptos llamados a servicio, el jefe mandó que se presentaran los voluntarios entre los cuales debían solo aceptar un reducido número. El sargento hizo avanzar una fila de 20 hombres: ¡A ver, venga ese hombre! dijo el oficial, indicando al labriego mocetón de 20 años que tenía en su alma una honda tristeza. ¿Qué edad tienes? inquirió el capitán. 20 años, señor -responde, ¿Estás inscrito en los registros militares? Sí, señor, pero tocó la *fatali'a* que no salí sortiado. ¿Y quieres hacer tu servicio como voluntario? Claro, pues señor ¡Lo deseo de todo corazón!

El capitán fijó su vista en él y quiso indagar, tal vez te entusiasma el uniforme ¿No es así? Nada de eso, señor. ¿Qué, entonces? Servir a mi patria y cumplir uno de los deseos más grandes de mi vida. ¿A ver cuáles son esos deseos? Aprender a leer, mi capitán ¿No sabes nada? Naita, señor, y ésta es mi mayor *fatalida'*. Entonces, aquí vas a aprender, la escuela del regimiento necesita alumnos como tú, para poder dar a la patria ciudadanos conscientes de sus deberes cívicos y capaces de comprender que solo el orden, el respeto, la honradez y el trabajo constituyen la base de la felicidad del hogar, la sociedad y la nación. ¿Y



cómo te llamas? Manuel Piturra Macaya.

¿Dónde naciste? En el fundo “Los Maitenes”, en el departamento de Melipilla, *onde’ agora* vivo. ¿En qué trabajas? De vaquero con mi *paire*, miró el capitán su reloj y dijo al sargento, los demás voluntarios podrán volver mañana y señalando a Manuel, en cuyos ojos centellaba un chispazo de júbilo: Agregue a este buen muchacho a la dotación de mi batería.

Un mes llevaba Manuel Piturra en el regimiento, en fila y en clase, se ganó el cariño de sus superiores, era buen soldado y excelente alumno. En el silabario del ojo cifraba pues el mozo sus ambiciones y esperanzas por aprender a leer. A ver, levántense los de la primera fila que ya sepan la lección, Piturra fue el primero en saltar de su puesto como un viejo soldado, su compañero de banco dijo: éste no se sabe la *leución*, la dice de memoria. Lea usted Piturra y concluyó el trozo sin equivocarse. El instructor lo aprobó ¡muy bien! Se ve que tienes deseos de aprender, veo que eres el mejor alumno del curso; así lo haré saber a tu capitán y demás oficiales de tu batería. La llegada del cabo de guardia distrajo la atención de todos. Señor, solicitan hablar con el conscripto Piturra. ¡Es para algo urgente! Sí, parece; pues es la madre quien lo llama, y la pobre venía llorando. Entonces que vaya, el Profesor ordenó la salida de la tropa, y en aquel momento volvía Manuel Piturra. Su aparición en la sala llamó la atención de todos, pues su semblante pálido descubría que algo malo le estaba sucediendo. ¿Qué le sucede Piturra está usted enfermo? No, mi maestro responde Piturra. ¿Alguna mala noticia de su casa? Tal vez una desgracia ¡verdad! Vamos hombre, el corazón del soldado debe ser de acero y al acero una pequeña munición no lo perfora ¿Te veo muy afligido? ¿Qué te sucede? Habla, cuenta y quién sabe si podremos ayudarte. Inclínó la

cabeza el conscripto, escapase un suspiro, la tristeza que lo oprimía y con voz trémula vertió la amargura de su fatalidad ¡Sí, una gran desgracia! Señor, pobres *paires*.

Afectuosamente, el profesor descansó su mano en el hombro del muchacho ¡Valor no hay que acobardarse ante los pesares, más ánimo! ¿Cuéntame lo que te pasa?

Güeño, señor voy a *icirselo too*. Mi mamita vino *agora* a avisarme que mi *paire* fue echado ayer del fundo *ondi* ha trabajado y vivió más de 22 años. Le han quitado *to’o* lo mejorcito que tenía: una vaca, una potranca de amansa y una bestia de montura. ¿Pero no es posible muchacho? Lo que le digo mi maestro, llorando me lo ha contado mi *maire*.... ¿Y cuál ha sido el motivo? Una guanta que le atraqué al hijo del administrador, es pues que él me pegó a mí sin darle yo ningún motivo porque lo que he de *hisir*, él me tiene pica de puro celoso *pue* sabe que yo tengo mis agachas de ojos con la Rosario, la hija del ovejero ¡Eso es *to’o*! ¿Y ella te corresponde? Así me lo habían dicho, y lo *mesmo* me mando a *isir’* el otro día con mi *mairina*, pero los suspiros velaron sus palabras ¿pero qué? *Agora* mi *maire* me *lu’* acaba de contar *toito’*. Fíjese que ella, la Charo, ha *mentío*, me ha *calumniao* ante el patrón *pa’* que nos echaran del fundo y nos botaran lo *mesmito qui’* a perros.

Callaron sus labios, hablaron las lágrimas, calma no te aflijas, Piturra. Todo tiene remedio, cuéntame todo y veré si te puedo ayudar. *Afijese* señor que esa muchacha que yo quería con *too’* mi corazón, fue con su *paire* a mentirle al dueño del fundo, acusándome del robo de una yunta de bueyes, de la muerte de una bestia y *tuavía* más, que yo le había *faltao’* el respeto en su *mesma* casa y que le pegué al *jutre*, porque él entró a

defenderla; yo sé que mintió por puro contentar al hijo del administrador.

El profesor emocionado, le decía: ¡Grande es el golpe, terrible su desilusión, pero no debes afligirte! ¡Mira! A la cobardía de las almas bajas, que aflore la generosidad de los corazones grandes y éstos no escasean en nuestro ejército. Tu capitán te ayudará ¡Créelo! ¡Vamos, tranquilízate! que él se imponga con interés de tu percalce.

Los demás peones del fundo también se reúnen y afinan la purita verdad. Compañeros que como *iciamos* la *cochiná* que le han hecho esos perros con los pobres Piturras es *pa' regolverle* a uno la sangre, *co'ardes* acorralan así a una gente *güena comu'* el pan y honra como no hay dos. Lástima daba ir a contar ayer a ño Esteban su *engracia* fue 22 años de trabajo en este mismo fundo. Pero *na'* sería eso, si no fuera que *pa'* echarlo le han *levantao* a su hijo cosas que el pobre Mañungo no ha *pensa'o* ni pensará nunca, eso de tratarlo de *lairón*. Y cuando estaban reunidos llegó Charito, el padre y ño Tránsito, se adelanta la hija, ¿Qué te pasa? Todos la rodean.

Por Dios, Charo ¿Qué tenís? ¿Le sucede algo? dice el administrador. Parece que está afebrada opina el capataz. La moza cobra aliento y se encara con don Juan, el administrador. *Usté* y su hijo son 2 malos hombres, 2 cobardes, lo oye. Luego, le dice al capataz: y *usté* es otro cobarde, encubridor de calumnias y mala lengua. ¡Hija por Diosito, te *habis* vuelto loca! ¿Qué te pasa? Vamos donde tu madre, vos *estay* con la cabeza mala dice ño Tránsito. No, taita, yo tengo que hablar con el patrón. Cállate *te 'igo*, atrevida, y a la casa al tiro o te llevo a punta de azotes hasta allá *mesmo* y empujaba el viejo y resistiese la moza. Es inútil, no golveré a la

casa hasta *qui haiga habla'o* con el patrón, *pa' llá* voy y allá he de llegar aunque *usté mi* azote.

Obedézcale a su paire, interviene el administrador. Cállate acuarillaor, yo sé lo que hago y el patrón sabrá también lo que debe hacer con ustedes, que de aquí van a saltar como cuetes. ¡Insolente, pero no calumniara como vos...!

Todos callaron, es inútil *paire*, nadie a mí me hará callar *to'o*, lo *hey* sabido *agorita* nomás. Vitoco me lo ha *conta'o* *to'o* y hay que vengar la picardía que han cometido con esos inocentes. Nada es *efeutivo* de cuanto han dicho de ellos, *to'o* es *farso*, es mentira *urdía* por el hijo del administrador, a quien odio con toda mi alma y óigame bien, por culpa de su hijo han tratado así a ño Esteban y a Mañungo, echándolos de aquí lo *mesmo qui'* a los perros ¡No, no! No puedo callar, sería ayudar con mi silencio a que calumniasen a unos *paire*s con un hijo *honra'o* y *trabajaos*.

Usté no debe ir con chismes y cuentos donde el patrón, de partida nada sacarán, dijeron administrador y capataz.

Justo cuando llegó Charo donde el patrón, llegó la carta del capitán en que le pedía que hiciera una nueva investigación y que no hubiese alguna equivocación. Esta carta venía con fecha 11 de junio de 1922, a los 2 días llegó la carta del dueño del fundo. En la carta le decía que la muchacha fue donde él con un relato verídico de los hechos, los Piturra han sido villanamente *calumnias* y éstos son los cobardes detractores: el administrador, su hijo y el capataz, el padre de Rosario. Mi indignación excede a cuanto puede usted imaginarse. Carta del patrón, sí de él, la acaba de recibir el capitán, parece un sueño mi profesor, ya ves Piturra



que tú suerte no está mala, pon mucha atención a lo que dice esta carta y leyó pausadamente. Al terminar de leer esta carta copioso llanto del recluta. El profesor quiso disfrazar su emoción ¡Para, hombre! En vez de alegrarte, ¡Tranquilízate! Para que vayas a agradecerle a tu capitán el interés que se ha tomado por ti ¡Vamos, yo te acompañaré!

Hacia dos meses, que estaba licenciado el contingente. Una tarde en el salón del casino de oficiales, el profesor del regimiento dio lectura a la carta de un ex conscripto.

Los Maitenes, junio 04 de 1923

Mi respetado maestro:

Conforme se lo había prometido, tomo hoy la pluma para saludarlo a usted y a mi capitán y contarle algo de lo que por estas tierras me pasa.

Principiaré por decirle que mi suerte ha cambiado *enterita* desde que llegué al fundo.

En el modo cómo me recibieron aquí mis amistades, comprendí que ya no era yo el mismo de antes... Hasta el patrón, palmeándome el hombro, me dijo sin poder aguantar la risa.

¡Vaya, Piturra, oh!... Parece que te han hecho de nuevo: no eres ni la sombra del guasito del año pasado... ¡Qué bien te hizo el servicio militar! Mirándome de arriba abajo, largó estas palabras que se me han quedado como clavadas: ¡Hombre! me da gusto verte así: ahora sabes vestirme, sabes hablar, conoces el aseo, usas peine y escobilla, te lustras el calzado, llevas cuello y corbata... ¡Y hasta te divisé leyendo un diario! Qué

bonito es esto Piturra. ¡Cuánto me alegro de verte así!...

Créame, mi profesor, que estuve a punto de soltar el llanto...y me acordé con gratitud del regimiento, que no sólo me ha hecho bien a mí solo, sino también a mi familia; pues yo corrijo y enseño aquí en mi rancho todo lo bueno que aprendí allá, en el cuartel.

¡Si viera cómo ha cambiado todo y lo bien contentos que están conmigo mis queridos viejos y mi hermano y lo que gozan cuando les hablo de geografía y de historia de Chile, que usted me enseñó en la escuela!

Igual cosa sucede cuando me oye leer algún libro o diario y, sobre todo, ¡hay que ver la laya de carita que ponen al verme escribir y sacar cuentas!

Ahora, lo que es la Charito... ¡no habiendo otra más feliz: ella llama a esto ¡los adelantos de mi pobre negro! Porque le contaré, mi maestro, que la niña me quiere cada vez más y viene a verme toditas las tardes, con permiso de ño Tránsito...

¡Ni chista el viejo ahora que mi padre es capataz del fundo!.... ¡Lo que son las cosas de la vida, señor!...

Sin más, mi profesor, me despido dándole las gracias a usted y a mi capitán, por todo lo que hicieron por mí.

Manuel Piturra Macaya.

Un mes después, la oficialidad comentaba placenteramente una nueva y última hazaña epistolar del hijo del vaquero.

Los Maitenes, julio 04 de 1923

Mi respetado maestro:

¡No sé cómo empezar esta carta! Es tanta mi alegría que no encuentro palabras para decirle lo que siento. ¡Fíjese, señor, que acabo de ver cumplirse mis deseos mucho más de lo que yo pensaba: hace tres días, el oficial civil y el señor cura nos juntaron para siempre a la Charito y a mí! Y como si esto fuera poco, el patrón, que estaba convenido con mi padre para darme un alegrón, me mandó llamar tempranito para que fuera a recibirme del puesto que había determinado darme: ¡ahora, mi profesor, soy el segundo administrador del fundo!...

Además, mi buen patrón le mandó conmigo una linda vaca a mi Charito, con este encargo:

Dile a tu buena mujercita que con esta ama tiene que criar toditos sus cachorros...

Ingrato sería si no les diera las gracias de todo corazón a usted y a mi capitán, a quienes debo lo que soy. Que lo que es mi Patria ¡juro que puede y podrá contar siempre con el cariño y la vida de este agradecido campesino, que cuanto sabe ahora lo aprendió en las filas y en la escuela primaria del ejército!

Manuel Piturra Macaya 



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

SEGUNDO LUGAR

Silvano Becerra Palma

54 años

ANGOL



Con cariño:

A El Chilla y El Colorao, gran maestro uno, gran amigo el otro y grandes seres humanos

Mi infancia, que recuerdo con tanto cariño, fue muy feliz ¿cómo no? Si ésta transcurrió en el campo, básicamente en el predio “El Boldo”, antes propiedad de mi abuelo y ahora de mi padre.

Crecí junto al bosque, ovejas, vacas y caballos y en medio de los sembrados y satisfecho, feliz y en paz, ayudando en las distintas tareas del campo, sin dejar de asistir a la escuela rural del sector, junto a muchos compañeros, hijos de otros campesinos del lugar, entre ellos mi gran amigo y compañero de corcerías “el Colorao”. Le decíamos así, porque era bien colorín, se llamaba Eleuterio, no como yo que soy bien moreno, a lo mejor por eso me llaman “el Tordo”. En la escuela y en el campo todos teníamos sobrenombres, si hasta los profesores tenían uno, recuerdo al de mi curso, era tan bueno, alegre y cariñoso, pero tan calmado, tenía una paciencia de santo, no se enojaba nunca, cuando uno hacía una diablura solo decía, en el caso mío,

este Tordito, y nos daba unas palmaditas en la cabeza, que parecían un cariño en vez de reprensión. Así era con todos y a él le decían “el Chilla”, igual como un zorrito de nuestros campos, debe haber sido porque era chico.

Por los sobrenombres nadie se enojaba, también recuerdo a otros compañeros como el Peuco (Juan), el Tiuque (José), el Palomo (Luis), el Chilo y muchos más. El Chilo no era del lugar, éste vivía en el pueblo, no sé su nombre, parece que no va a la escuela, muy pocos lo quieren.

En el lugar, todos criaban animales, pero lo fuerte era la agricultura, como el maíz, papas, porotos, lentejas, trigo y de un cuanto hay... La cosecha de este último se transformaba en una verdadera fiesta, pues la trilla se hacía a yegua y duraba varios días, al final grandes cazuela, grandes tumbas y guitarreos.

¡Qué linda vida esa! Con el *Colorao* conocíamos todos estos trabajos, ayudando a nuestros padres.

Antes de las cosechas, cuando ya estaban casi maduros los sembrados era una gran alegría y dicha junto a mi amigo el *Colorao*, siempre estábamos juntos, porque el predio de su papá colindaba con el de nosotros.

En un potrero del *Colorao*, en medio de unos árboles y zarzas, teníamos un hoyo donde hacíamos fuego, era como un gran fogón.

Cuando estaban ya buenas las papas, escarbábamos unas melgas, sacábamos una hachada y las enterrábamos en la ceniza caliente y nos dábamos unas tremendas panzadas. En el tiempo de los choclos, asábamos choclos sin pelarlos, así no se queman. Éstos quedaban doraditos y más sabrosos, que nos regaloneábamos en los potreros con el *Colorao*, felices de vivir en medio de esta abundancia de productos, producidos por nosotros mismos, que nos causaba gran satisfacción, alegría y gozo.

Las frutas de todas clases abundaban tanto que hasta los chanchos la gozaban debajo de los árboles.

Una vez, se nos ocurrió asar un zapallo. Estos hay que escogerlos bien, los que tienen el palito rayado como escrito, esos son los maduros y dulcecitos. Lo enterramos enterito en la ceniza caliente, lo vigilamos a cada rato. Se demoró hartito, porque era muy grande, cuando pensamos que estaba asado, lo sacamos, lo partimos y lo probamos, estaba dulcecito. Nos miramos con mi amigo y empezamos a saltar y a gritar de alegría y él dijo, “viva el Tordo”; “viva el *Colorao*” dije yo y nos abrazamos, solos allá en medio de los árboles y las zarzas, porque eso no lo habíamos hecho nunca y lo creíamos un gran descubrimiento.

Comíamos tantas cosas en el campo con mi amigo, mientras trabajábamos regando, desmalezando o cuidando las ovejas y las vacas que al regresar en la tarde comíamos muy poco y nuestros padres decían, ¿qué les pasa a estos chiquillos que no comen nada?, yo calladito, el *Colorao* igual en su casa.

Una vez nos pusimos de acuerdo para contarles lo que hacíamos. En mi casa se morían de la risa, mi amigo me contó que en la de él igual y que el papá había dicho “estos cabros, de repente nos van a dejar sin cosecha”.

Todo esto les contábamos con mi amigo a nuestros compañeros en la escuela. Algunos no nos creían; otros nos envidiaban, sin saber que todo era verdadero.

Nos daban pastillas y otras cosas para que contáramos más historias y aventuras.

Nos turnábamos con mi amigo para contar estas cosas lindas de la vida campesina. Les gustó mucho cuando contamos que cuando íbamos a ver a los animales, hay que rondarlos, porque el zorro se casa a los corderitos, chivitos nuevos. Llevábamos solo un jarro, cuchara y harina tostada, mi mamá decía ¡que no lleve pan este chiquillo! Con el *Colorao*, le sacábamos leche a una vaca o chiva, eran mansitas y nos dábamos una llenada con harina, quedábamos pochitos. En el tiempo de las sandías, nos sentábamos en medio de las mismas hileras con una cada uno, le hacíamos un hoyo redondito con la cuchara, le echábamos harina y vamos comiendo mi alma, creo que pocas pepas botábamos. Una vez, para una fiesta mis padres me invitaron al pueblo, allá me encontré con mi amigo el *Colorao* y los otros de la escuela, andaba el Peuco, el Tiuke, el Palomo y otros más. Nos pidieron que les contáramos otra historia, por favor Tordito, ya *pue' Coloraito*, les compramos helados



y pastillas. Bueno, dije yo, nos sentamos en un banco de la plaza, se juntaron hartos más a escuchar, que eran amigos nuestros, entre ellos el Chito, nunca supe cómo se llamaba, pero sabía lo que hacía y cómo era por lo que decía la gente.

En el campo, dije yo con voz potente, sin vengüenza como me había enseñado mi mamá y mi papá, es costumbre, porque así se debe hacer, apartar los machos de las chivas y los carneros de las ovejas, para que no queden preñadas antes de tiempo y paran en pleno invierno, porque ahí se mueren los corderitos o chivitos. Por las grandes heladas y la lluvia, deben parir en primavera. Todos me escuchaban en silencio, atentos a lo que yo decía, algunos asombrados, porque nunca habían visto parir un animal por vivir siempre en el pueblo, yo creo que ni sabían lo que era parir. Mi papá, continué yo, apartó dos carneros que él tenía, los puso lejos de las ovejas, en otro potrero. Estos carajos aprendieron a salirse para juntarse con las ovejas, era imposible tenerlos aparte, mi papá resolvió ponerle dos ovejas de compañía para que no se salieran más, total dos ovejas que paran antes no es gran cosa dijo.

Van a creer ustedes que éstos, se han puesto a pelear, tan enojados que ninguno aflojaba, retrocedían un trecho y se iban de carrerita a la carnera, llegaba a sonar hueca la cabeza, peleaban tanto y ninguno aflojaba, hasta que retrocedieron harto *pa'* atrás, se van a apartar pensé yo, cuando de repente tomaron una tremenda carrera y se va uno contra el otro, sonaron huecas las cabezas, se fueron de espaldita y no se pararon más, habían muerto, partía la cabeza.

Así defendían a las hembras, hasta la muerte, no como el Chilo que se lo pasa hablando mal de las mujeres, en vez de defenderlas como los cameros hasta la muerte.

Eso es todo dije yo.

El Chilo se enojó tanto que se me vino encima y me dio una de combos, yo era mucho más chico, pero en eso saltó mi amigo el *Colorao* y entre los dos le dimos una zumba, que nunca más se metió con nosotros, los otros nos aplaudían y gritaban.

Nos olvidamos de los helados y las pastillas y nos fuimos con mi amigo, yo con un ojo en tinta. Me caí les dije a mis papás.

En la tarde teníamos que rodear nuestros piños, como lo hacíamos todas las tardes, cuando era hora, nos silbábamos y gritábamos y partía uno primero, después el otro, para que no se juntaran los animales, porque había una parte donde los dos debíamos pasar, pero siempre a la misma hora los dos.

Así se sufre, así se trabaja, y lo más importante así se vive y se goza, en paz y feliz en el campo.

Llegó un día en que mis padres me enviaron a una escuela de la ciudad, a la secundaria, me dijeron, a mi amigo le pasó lo mismo, pues éramos de la misma edad.

Me costó un mundo acostumbrarme allá, quería ver a mi amigo el *Colorao*, a las ovejas y las vacas, deseaba comer papas, choclo y zapallos asados en la ceniza caliente de rescoldo que teníamos allá entre los árboles y las zarzas. 

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

TERCER LUGAR

Luis Ernesto Aránguiz Andrades

54 años

ANGOL



Can harine mei

Era 18 de Septiembre y en todo nuestro querido Chile se celebraba con gran entusiasmo el día de la independencia, sin duda, una gran alegría reinaba en toda el alma nacional. En un sector campesino cercano a las casas patronales se había levantado una gran ramada popular hecha por trabajadores, inquilinos y vecinos del lugar.

La celebración ya llevaba dos días y el ánimo de los presentes no decaía, más cuando era pleno 18 de Septiembre, la guitarra pasaba de mano en mano, los toquíos eran netamente campesinos, por terceras, por segunda alta, por guitarras traspuestas...las cuecas, tonadas y más de algún descansito se dejaban sentir cuando el sol paradito marcaba el medio día.

José a lo lejos un poco aturdido por el largo caminar, que sin destino lo había llevado hasta esos parajes; con sed, con hambre, sudoroso, escuchaba los trinares, los brindis alegres que emanaban desde las ramadas.

El olor que a lo lejos comenzó a sentir, ese aroma tan

característico de las empanadas que chirriaban en alguna olleta, lo motivaron más a hacer un altito en su camino.

Se acercó sigiloso, mirando apegado al tronco de un frondoso árbol, donde se protegió del ardiente sol y dejó su saco apegado al árbol en el cual guardaba algunas prendas de vestir y otras pertenencias. José era un peón de fundo que después de haber trabajado en uno cercano, decidió emigrar en busca de mejores oportunidades, tenía mucha hambre, sentía el rugir de su estómago y la sequedad en su boca. Recordó alguna historia que contaba la costumbre chilena de ofrecer a los bailarines en bandejas, vino y empanadas después de bailar una cueca. La idea cubrió su mente, él era un hombre prudente, trabajador, honrado y no mal parecido, era tímido, el hambre y la sed eran más grandes, no comía del día anterior...Decidido se quitó su rasgado vestón, quedando en camisa; se remangó luciendo unos fuertes brazos que delataba que era un hombre de trabajo, caminó hasta el chorrillo que corría al lado del camino cerca de la ramada, lavó



sus manos y refrescó su rostro alisando sus cabellos con sus manos húmedas, eran sus últimas fuerzas y mirando al cielo pidió al señor que le diera fuerzas para bailar aunque fuera una sola cueca, pues sabía que el refrigerio estaría al finalizar el baile.

Con ese propósito ingresó a la ramada, contemplando al grupo de personas que disfrutaban alegremente de los cantos y bailes. Una china llamó su atención y se fue directamente a ella, pañuelo en mano, decidido le ofreció su brazo invitándola a bailar. La morena de largas trenzas aceptó, se abrió la cancha, comenzaron los vivos, trino la guitarra y acompañada de tañidos comenzó la tan deseada cueca. Los comensales entusiasmados con el nuevo bailarín no dejaban de avivar el baile, cuando llegaron al zapateo, y siendo un hombre muy creyente pidió al Todo Poderoso que le diera las últimas fuerzas para terminar airoso el baile y se dio el milagro, el zapateo fue vigoroso, levantando polvo del suelo, y de muy dentro del alma comienza a vivir su propio zapateo diciendo al compás de la música *"con harine mei, con harine mei, con harine mei, con harine mei"*...

Cansado y sudoroso remató la cueca, vio cómo se acercaba la tan apetecida recompensa ... una bandeja llena de copas de vino, ponche, chicha y más atrás otra bandeja con las tan deseadas empanadas. No lo podía creer, sintió los palmoteos que con admiración le brindaban los presentes respiró profundo y diciendo gracias, Señor, procedió a brindar y disfrutar de las ricas empanadas.. Estaba rodeado de mujeres y hombres que con mucho entusiasmo le pedían que bailara otra patita, recién pudo darse cuenta que la china no se había apartado de su lado.

Al fondo de la ramada, afirmado en un mesón, un huaso elegante había pasado inadvertido ya que la gran atracción era José, que cada vez que bailaba una cueca, en la parte del zapateo todos los presentes coreaban con gran entusiasmo y picardía *"con harine mei, con harine mei, con harine mei"*... El jutre que observaba desde el rincón balbuceaba diciendo... cómo es posible que la mujer que yo quiero para mí se quede junto a un roto *patipelao*, yo teniendo tanto dinero y estoy solo... ahora les voy a demostrar a todos quién soy yo. Ajustando su sombrero y acomodando su chamanto, se dirigió a paso firme hacia el grupo que admiraba a José. El tintinear de las templadas espuelas llamó la atención de los presentes quienes abrieron camino al jutré, éste sin mediar palabras, tomó fuertemente del brazo a la morena de trenzas largas quien miró a José buscando su consentimiento, él con un ligero gesto aprobó. La ronda se abrió, se hizo más grande la pista, comenzaron las guitarras y el tañido se hizo sentir con mucho ritmo; era elegante el huaso, la concurrencia guardaba silencio, el jutre notó la indiferencia y orgulloso dijo a los presentes aquí van a ver a un buen bailarín y les voy a demostrar cómo se debe zapatear la cueca.

Comenzó el baile y el silencio reinaba en los presentes, el jutre recordó que la parte más graciosa de José era en el zapateo y cuando llegó el momento a viva voz y un tanto desafinado, sin gracia comenzó a corear: *"con harina de maíz, con harina de maíz, con harina de maíz"*... Resultó tan desabrido que en vez de aplausos y vivos fueron carcajadas las que fueron aumentando a medida que se acercaban y rodeaban a José que no dejaba de mirar a la morena que repentinamente corrió a su lado...él la miró con ternura al momento que respiraba muy profundo.

El huaso viendo su derrota, prestamente salió de la ramada y montando su caballo se alejó al galope, dejando atrás una gran polvadera, lo último que escuchó y que pegó fuerte en sus oídos fue el corito que decía “con *harine mei*, con *harine mei*, con *harine mei*”, señal clara que la celebración continuaba.

Las Fiestas Patrias se alargaron dos días más, José recuperó sus fuerzas y fue la atracción del lugar, ya con más confianza se atrevió a pedir la guitarra, cantó cuecas y tonadas sin desprender la vista de su morena que no dejó de acompañarlo. De esta forma demostró que no solo era un buen bailarín sino un

buen cantor, siendo admirado por todos los vecinos. Después de las fiestas José encontró trabajo, y también el amor. Pasaron algunos meses, José recibió su casa como inquilino. Definitivamente su vida cambió al lado de María, la morena de trenzas largas.

Pasó el tiempo, la familia creció, y cuando se celebraba alguna fiesta, bautizo o mingaco en la zona, José era invitado de honor junto a su familia. Las cuecas se escucharon con más fuerza y alegría y al momento de zapatear los bailarines repetían “con *harine mei*, con *harine mei*, con *harine mei*”... 🍄



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE LOS RÍOS

PRIMER LUGAR

Armiris Vernón Trujillo Álvarez

58 años

Empleado particular

VALDIVIA

Visión de futuro

Día 2 de enero, como por muchos años de nuestra maravillosa niñez, arreglábamos nuestras mudas de ropa, algunos juguetes, los más preciados, y los regalos para los familiares: ollas, teteras, loza, cortes de género, golosinas y víveres, ¡claro!...unas cajas de víveres, así se estilaba antes cuando uno iba de paseo o de vacaciones.

Todas las maletas listas, las cosas embaladas y bultos con sábanas y frazadas para nuestro uso, y nos dirigíamos al paradero de “La Tralca”, como se le decía a la micro Ford del señor Alvarado, reliquia, en esos años, del recorrido Valdivia-La Unión, por el camino viejo.

Era el inicio de nuestro merecido descanso después de un agotador año escolar junto con Iberis, mi hermana, y de mamá Eduvina, por supuesto, después de largos meses de rutina hogareña.

Papá Armiris se quedaba en Valdivia, trabajando, y lo esperábamos al mes siguiente cuando le daban su feriado.

El paradero oficial, si se le podía decir, estaba en las esquinas de calle General Bueras con Avenida Picarte, justo al lado del entonces tradicional teatro Alcázar, y del gran emporio o pulpería de los hermanos Pape, donde la gente, el campesino, compraba todo cuanto podía necesitar para abastecer su despensa, y otros enseres...y la “Tralca” se cargaba hasta el mismísimo techo con cajas, sacos, bultos, patos, pollos y pavos.

Todo listo, todo cargado, y nos despedíamos de papá aunque con lágrimas en los ojos pero también ilusionados de las aventuras que comenzaríamos a vivir.

El trayecto de unos 35 kilómetros, hacia nuestro destino, era por la ruta primitiva hacia el sur, viajando en medio de bosques y montañas nativas cargadas de belleza y observando múltiples especies de pájaros y animales, extinguidos ahora, en su mayoría.

- ¿Quiénes vienen a “Tres Chiflones”?... gritaba el ayudante del chofer.

- ¡Hemos llegado al paradero de “Las Coloradas”!...

...y bajando nuestros bultos, maletas y canastos, con Iberis y mamá Lina, saludábamos con sendos abrazos a los chicos Mario y César López, quienes habitualmente eran los que nos esperaban en “Las Coloradas” con caballos para cada uno de nosotros y con la infaltable carreta con bueyes para llevar allí toda nuestra carga incluida nuestra inseparable amiga “la acordeón” que ponía la alegría bajo esas noches estrelladas o en ese fogón pasado a rico humo donde ardían los leños y colgaban las deliciosas tiras de charqui; allí cantábamos y reíamos, mientras esperábamos que se cocieran las exquisitas tortillas o las sabrosas papas que salían, también, de debajo de la caliente ceniza.

Siete u ocho kilómetros nos separaban desde la bajada de la micro hasta el campo del tata Camilo, avanzando por otros caminos más rústicos, pero de igual exuberante hermosura, pasando por el alto y siempre mal traído puente Futa, al que, de tiempo en tiempo, los lugareños regalaban gruesa madera nativa aserrada para su restauración.

En aquellos campos de mi infancia: bosque nativo, quilantos, aguadas, potreros, vertientes y quebradas... en aquellos campos...allí me crié.

El reloj de la mañana era el gallo castellano que en erguida posición cantaba : “Son las cinco de la mañana”...(kikirikikiiiiii)...“Levantarse”...(kikiriki); el medio día lo daba la posición del sol (cuando no había nubes); y las seis de la tarde, hora de la once comida, era cuando, sin un minuto de retraso, llegaba la fiel perra “Pastora” con su piño de ovejas y las introducía a su corral, ganándose su merecida batea de comida.

Al son del gallo castizo, pues tenía 25 hermosas doncellas que atender, nos levantábamos Mario, César, Iberis y yo.

Toalla y jabón en mano nos dirigíamos hacia el estero para realizar nuestro aseo matinal en la artesa que recibía la pura y heladísima agua de una vertiente y que se transportaba a través de la quebrada por medio de unas canoas.

En este trayecto, tanto de ida hacia el estero, como de vuelta hacia la casa, había que cruzar una pequeña vega tapizada de plantas medicinales como la menta, el poleo, la manzanilla y limpiaplata, cuyos aromas de maravillosas cualidades despejaban nuestras vías respiratorias e hinchaban nuestros pulmones con exquisita energía para las labores que más tarde vendrían.

La hazaña que a continuación nos esperaba, porque generalmente era una hazaña, consistía para ese entonces las 6:00 de la mañana, salir y encontrar, los cuatro aprendices a campesinos que no pasábamos de los 10 o 12 años, las vacas que habían parido esa temporada y llevarlas al galpón donde estaban sus terneros para amamantarlos y enseguida César y Mario con más práctica que nosotros, proceder a lecharlas.

Felices de admirar la belleza de los zorzales, fíos, tordos, chincoles, loicas y otras avecillas que a temprana hora ya gorjeaban y revoloteaban en busca de sus primeros granos, pasábamos a la cocina.

Esas cocinas de campo, grandes, con mesa y bancas rústicas y una estufa a leña igualmente grande donde Adriana ya tenía la olla de leche hirviendo presta



para llenar nuestros jarros, y sacando de la panera una tortilla de rescoldo o un trozo de pan amasado recién salido del horno, lo untábamos con mantequilla hecha en casa, agregándole una gruesa rebanada de exquisito queso hecho, al igual que la mantequilla, por las laboriosas y delicadas manos de la Nana, con secretas recetas que vendrían traspasadas de varias generaciones.

Las anécdotas, risas y aventuras que vivíamos en estas diarias tareas de búsqueda de animales, como, arrancar de un chingue o zorrillo; encontrar algún nido de pájaros; descubrir en algún sector barroso huellas recientes de un puma; gritos y susto al volar muy cerca de nuestros pies una bulliciosa perdiz, etc., hacían de estos mandados nuestra predilección.

Las frescas mañanas no se sentían tal, dado que el torrente sanguíneo bullía por las venas de nuestros juveniles cuerpos, y las subidas y bajadas de cerros aceleraban más las ansias de cumplir exitosamente las labores encomendadas.

El rugir de motores de los primeros camiones que bajaban de la alta montaña con sus cargas de trozos (...nativos, en ese entonces), nos indicaban que eran las 7:00 de la mañana. ...¡Qué resistencia! tenían esas máquinas Ford año 50...y ¡qué choferes! experimentados, audaces, eran los que controlaban esos fierros que crujían por esos caminos... huellas, diría yo, con subidas y pendientes donde la piedra laja, irregular como es, quedaba al descubierto después de que los crudos inviernos con sus torrenciales lluvias

escurriéndose sobre el camino arrastraban la capa de tierra que las cubría. Que yo recuerde, teníamos entre ellos a los osados hermanos Fehrmann; Pato, Nano, Enrique y Arturo (...el Cuervo, como le decían); a Fernando Valenzuela, Jorge Oporto, René Cárcamo, y a los conductores de los camiones Mock de la empresa Fried; como también las máquinas y los choferes de los madereros Freund y Rosner.

¡Qué maravilla de trozos de tepa, laurel, olivillo, raulí, ulmo y roble apellinados acarreaban estas máquinas donde muchas veces cabía un solo trozo en la carrocería.... ¡Era sorprendente!.

...Como es ahora sorprendente pensar que allí se iba, también, parte importante de la historia del planeta, parte vital de lo que produce más vida: "el bosque".

Queridos amigos, después de transcurridos casi medio siglo de estas vivencias que os he narrado, pido disculpas por haber sido testigo inconsciente de esta "visión de futuro" chilensis, de los potentados de aquella época.

Visión de futuro significa no sólo invertir 50 para recuperar más tarde 300, sino velar por el bienestar de las presentes y de las futuras generaciones en un progreso en común equilibrio con el medio que nos rodea: aire, tierra, ríos, mar, bosques, etc.

Algo aprendí en todo este tiempo y se los transmito a ustedes para que lo consideren....con "visión de futuro".

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE LOS RÍOS

SEGUNDO LUGAR

Leonardo Antonio Moya López

30 años, Profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica

Los Lagos

VALDIVIA

El meao' e perro

Oiga gancho, le voy a contar una historia de cuando yo era joven. En esa época trabajaba con otros viejos como balsero. Bajábamos balsas de pura madera nativa aserrada a través del lago Panguipulli y del Riñihue y de los ríos San Pedro, Calle-Calle y Quinchilca. Roble pellín, raulí, tepa, coihue, laurel, pura madera *güena* oiga, eterna, no como la de ahora que a la vuelta de unos años ya no sirve *pa' ná*. Esa madera la sacábamos de unos fundazos re-grandes que existían en esa época por allá por Panguipulli y Los Lagos, propiedad de alemanes y españoles. *Pa'* ellos trabajábamos nosotros. Ahí, en el “puerto” que tenía cada uno de esos fundos, amarrábamos las tablas con un alambre grueso formando paquetes, hasta que construíamos balsas de 800 pulgadas más o menos. Era un trabajo lindo, donde se ganaban *güenas* chauchas y se requería de mucho conocimiento y valentía, pero también era una pega dura oiga, meses fuera de la casa, durmiendo a orilla del río con un puro cuero o una manta *pa'* taparse, pasando frío y hambre. Muchos viejos murieron ahogados por una mala maniobra o porque el río iba muy lleno. Ahí se ponía hondo, bravo y mañoso. Al chocar la balsa

con una roca grande casi siempre se partía y quedaba la *cagá*, muy pocos se salvaban. Yo tuve suerte porque nunca me pasó nada grave, pero hubo un año en que anduve *meao' e* perro.

En menos de un año me pasaron varias desgracias, pero me salvé de todas. En junio estaba bajando madera por el río chico, el Quinchilca, junto a mi compañero El Zapallo. En ese río se trabajaba sólo en invierno, pues como es chico había que esperar a que se llenara con las lluvias de la estación para poder bajar. Un día profundamente gris, casi al atardecer, quedamos varados en un lugar que llamábamos La Quica, una islita en medio del río. Ahí nos pilló la noche. Yo tomé el espeque que siempre andábamos trayendo para hacer palanca y desencallar la balsa, pero El Zapallo no me ayudó, no quiso espequear ni nada. Se fue a acostar al tiro, se dejó morir, seguramente ya se sentía mal. Yo, como era más joven, tenía que vivir otros años más. Es la ley de la vida y ese era mi destino. Él murió entumido, se fue a acostar con hambre y frío, era de edad, estábamos mojados y no habíamos comido.



Dormí toda la noche con el pobre *finao* al *lao* y al otro día salí, fui a avisar a la administración del fundo. Ahí la orden era que, en estos casos, el compañero era el mejor testigo y tenía que ir a avisar a Carabineros; así es que me mandaron en el camión que tenía el fundo a avisar al Retén de Folilco. En Folilco todavía no terminaba de dar mi declaración y me plantaron al calabozo *re-toa* la noche no más oiga, porque los pacos no sabían cómo era el Gremio de Balseros. En el Retén de Malihue era distinta la cosa porque nos conocían.

Pa' seguir con las desgracias, en septiembre me fui a amarrar balsas a Choshuenco para unos alemanes. Terminamos de amarrar las balsas y un vaporcito nos remolcó hasta el desagüe del Panguipulli. Ya navegábamos "por las nuestras" en el río Enco, cuando mi compañero, El Taimado, se empezó a sentir mal. Le costaba respirar, le dolía intensamente el pecho y escupía un poco de sangre. Se veía re-*contra* fea la cosa. Otra vez nos pilló la noche y él no aguantó pasarla a la intemperie. Se le reventaron los pulmones y yo lo acompañé hasta que dejó de respirar. Esa noche me desvelé, pues me invadió una profunda y amarga tristeza, y también sentí miedo e ira por las condiciones en que trabajábamos y vivíamos, como verdaderos perros. Me volví a salvar, pero la *pelá* andaba re-cerca. Parece chiste cruel pero el pobre Taimado se murió en una *pasá* angostita del río Enco que llamábamos La Suerte. Mala suerte la mía que ya había perdido a dos compañeros en un par de meses.

Después de esa tragedia mis compañeros me empezaron a molestar. Medio en broma y medio en serio me decían que nadie quería amarrar conmigo porque de seguro iban a terminar tiesos. Me decían que yo trabajaba a medias con la *pelá*, que me dedique a vender fiambres y tantas otras leseras. Se reían. No

hubo nuevos muertos, pero sí tuve otros dos accidentes más dentro de esos doce meses.

Una noche, en noviembre, veníamos con un convoy de 60 balsas remolcadas por un vapor desde Enco, atravesando de *la'o* a *la'o* el lago Riñihue. El vapor iba como 100 metros adelante, unido al convoy de balsas por un cordel grueso, y nosotros bien repartidos sobre el planchón aprovechando de descansar un poco. Dos iban en la punta; dos más al medio; otros dos, un poco más allá y dos, al final del planchón. Al medio, habíamos hecho un pollo, una fogatita que nos exigían los de la Gobernación Marítima como luces de navegación a la que le poníamos abajo una capa gruacesita de tierra y piedras *pa'* que no se quemara la madera. Las 60 balsas, todas mancornadas con alambre, una tras otra, una tras otra, de repente empezaron a carnearse y el viento empezó a soplar más fuerte. Como a las once de la noche nos sacudió un tremendo temporal y entre carnereo y carnereo se cortó parte del remolque. Quedamos a la deriva Chancha Parda y yo sobre las últimas cinco balsas del convoy. Por suerte el viento nos botó entre Chaimán y Playa Remehue, allí hay una caleta y en ese lugar pasamos la noche en pura polera y calzoncillo. Juntamos hojitas y ramas y dormimos enterrados "a lo chanchito". Entonces los otros, al caletearse en Playa Remehue *pa'* protegerse del temporal, pasaron lista y faltábamos dos balseros y cinco balsas. Nos buscaron después que amainó el temporal y no nos encontraron.

En ese tiempo no había camino *pa'* salir por tierra a pedir ayuda, eran puras piedras y riscos. Al otro día temprano pasaron *pa'* arriba buscándonos, pero no nos vieron porque pasaron muy adentro, lejos de nosotros que vimos el barco. En Enco cargaron leña, porque El Águila era un barco a vapor, y luego de almorzar se

devolvieron, pero ahora se les ocurrió ir un poco más orillados. Mi compañero, el Chancha Parda, vio que venía el barco y me dijo “oye, el barco viene más cerca. Córtate una vara guacho *pa'* hacernos una banderola, a ver si nos ven”. Él tenía una polera que alguna vez había sido blanca, se la sacó, la amarró en la vara y con ella le hacía señas, la sacudía de lado a lado.

Nos vieron. Ahí estábamos nosotros, saludamos y pescamos el remolque al tiro no más. Hasta para eso éramos *aperraos*, nada de cómo estás guacho, al tiro *pa'* Playa Remehue. Nos llevaron *pa'* allá junto a las cinco balsas *pa'* que comiéramos y nos vistiéramos, y en la tarde ya estábamos haciéndole a la pega de nuevo.

El último chasco fue en mayo del año siguiente. Ese fue el más peligroso. En esta zona, ya a esa altura del año, en otoño, el río va llenito y se pone chúcaro. Estábamos trabajando en el río grande, en el San Pedro, y ya habíamos pasado susto en la *pasá* que llamábamos El Toro, el “Come Gente”. Ahí sí que murieron viejos oiga, pero nosotros logramos gobernar la balsa y nos salvamos. Seguimos viaje, pero el río iba demasiado rápido. Era tan difícil dominar la balsa que íbamos cuatro arriba, tirando remos a guata *pelá* y en puro calzoncillo. La lluvia y el granizo nos llegaban a chispear en el espinazo. *Pa'* que nuestra ropa no se mojara y tener algo seco *pa'* después pasar la noche, la llevábamos guardadita en unas bolsas colgando del roquinero, una especie de percha hecha con una rama grande de maqui donde también llevábamos pancito. Como ya le dije, esa vez íbamos cuatro: el finado Tigre; Doris González, a quien no le alcanzamos a poner apodo; el Lanceta y yo, el Tacho. Todavía no nos recuperábamos del

susto que nos habíamos llevado en El Toro cuando nos descontrolamos en La Escuadra, pasamos *rajaos* por el Portalón de la Sierpe, la Cuca y por el Salto de Champulli sin poder controlar la balsa aún. Ese sí que era salto. Ahí en Champulli se partió la balsa, se abrió y yo pasé voleado para abajo. Me hundí y en la vuelta que dio la balsa salí a flote. El finado Tigre me pescó de las mechas, me levantó *pa'* arriba, alcanzó a tirarme sobre la balsa y se juntaron los palos bajo mi otra vez, o si no la madera me corta en dos. Fue igual que una tijera. Se partió en dos mitades la balsa, pero quedó *amarrá* de un extremo, por eso se abrió y se cerró, y yo me salvé *jabonao* de nuevo.

Atracamos después en un remanso del río al que le pusimos el Hospital, porque ahí se paraba para arreglar las balsas que venían con problemas y nosotros arreglamos lo que quedó de la nuestra. Ese fue uno de los accidentes más grandes que tuve. Anduve jodido de las costillas como 15 días.

Así terminó el año en que me enfrenté cuatro veces seguidas con la muerte, pero no me quiso llevar. Fue un año duro, donde vi morir a dos amigos y pasé otros sustos. Así era la vida del balsero también, siempre sacrificada y peligrosa. A ver si usted le cuenta esta historia algún día a otra gente, a sus hijos o a sus nietos, la historia de este pobre viejo enamorado del río Quinchilca, del San Pedro y del Calle-Calle, que aunque tuvimos desencuentros siempre nos tuvimos mutuo respeto. Y a pesar de esos cuatro chascos en el año en que anduve *meao'é* perro, tuve la suerte de vivir para contarle, la misma suerte que le faltó a tantos otros viejos de este gremio *olvidao* que por tratar de ganarse unos pesos se *jueron pa'l otro lao*. 🍌



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE LOS RÍOS

TERCER LUGAR

Claudio Eliseo Vasquez Vasquez

30 años, Obrero forestal

VALDIVIA

En tesara escandida

Esta historia se remonta allá por el año 1989 en la localidad de Los Lagos, Región de Los Ríos, al sur de Chile en un sector que lleva por nombre Huite, localidad agricultora y conocida por el talaje de sus grandes bosques de eucaliptus con un porcentaje no menor a los 350 habitantes, para quienes el único medio de transporte para lograr llegar al pueblo más cercano, es Futrono, para comprar en la pulpería es en carretas a bueyes.

Como bien comencé diciendo yo junto a otros compañeros de Los Lagos y de otras localidades nos encontrábamos arrucados en campamento trabajando para la forestal An Chile, una forestal que por su larga trayectoria en el maderero y las plantaciones, aún sigue vigente, explotando bosques por todo el sur de Chile. En aquellos lugares era bello encontrarnos en esos inmensos bosques rodeados por la brisa mañanera, el rugir de aquellas moto sierras y el golpe de las hachas cada vez que se clavaba en un palo para ser arrastrado y colocado perfectamente en rumas largas, las cuales después eran llevadas por inmensos camiones para

ser entregados en las empresas de celulosa y allí tener el proceso adecuado en cada área ya sea para papel, terciado, chip, etc.

Por las tardes, muchas veces llegábamos mojados en los tiempos de invierno en donde la tos era nuestra mejor compañera, después de cambiarnos la ropa mojada nos íbamos a los comedores a tomar la choca “(tarro de café)”, y una caliente y por qué no decirlo rica comida, cuando nos tocaban aquellos tan preciados porotos con rienda (porotos con fideos) Era el plato preferido por todos y después una rica chupilca de harina tostada “(harina tostada, agua y azúcar)”.

Cada vez que comenzaba a oscurecerse nos allegábamos a una ruca que teníamos como fogón, allí quedaban los recuerdos familiares impregnados en las cenizas de aquellas brazas, allí se contaban los mejores chistes de la época. Recuerdo que un compañero dijo: había una vez un caballero que era vendedor de carbón y tenía sus bueyes tan adiestrados que los seguían por todas partes. Un día, bajó al poblado con sus bueyes y

gritaba carbón, carbón. A lo lejos se abrió una puerta y salió una anciana la cual le dijo me vende dos sacos de carbón casero, al darse la vuelta para bajar los sacos de la carreta se dio cuenta que había enyugado los bueyes, pero la carreta se le había quedado en la loma sin ser amarrada al yugo. Cuántas risas y cuántos llantos, quedaron cada noche en aquel fogón.

Cierto día que no tuvimos movimiento laboral por las condiciones del mal tiempo, ya que hubo viento y lluvia aproximadamente por una semana decidí, junto a otro compañero, bajar a caballo a la ciudad de Los Lagos a 59 kilómetros de recorrido por caminos frondosos por el barro y pedregoso en algunas partes con el único propósito de comprar cigarros y visitar por un momento a los parientes. Eran las 5:30 de la madrugada y montábamos a las bestias con las cuales desviábamos el peligro de los derrumbes de barro. Habíamos ya avanzado unos 15 kilómetros y en un sector del bosque salió al camino un hombre vestido completamente de negro, montando un caballo negro y con unas espuelas grandes de plata en las cuales se sentía muy fuerte el sonido de los rodillos de las espuelas, el hombre nos llevaba una distancia de unos 20 metros y se podía oler el olor a cigarrillo por lo cual presumimos que iba fumando. Nosotros decidimos alcanzarlo para tratar de pedirle unos cigarrillos, ya que hacía una semana estábamos sin vicio, pero por más que galopeábamos y azotábamos a los caballos no dábamos crédito a lo que sucedía,

pues no podíamos alcanzarlo mientras tanto él seguía solamente a tranco lento en su bestia. Al llegar a una curva había un gran roble aproximadamente de unos 2 metros de ancho en el cual aquel hombre misterioso dobló y allí desapareció.

Nosotros quedamos anonadados y no sabíamos qué había ocurrido pero lo único que se veía a primera vista cuando crucé la mirada con mi compañero era haberse cruzado con el diablo.

Después de haber conversado con nuestros parientes de la ciudad, lo primero que me dijo mi padre fue que supuestamente debajo de aquel roble en donde había desaparecido el misterioso hombre había un entierro, en pocas palabras “un tesoro escondido”. No quisimos volver por el miedo nunca más a aquel lugar, dejamos nuestro trabajo y seguimos haciendo nuestra vida. Pasaron aquellos meses de invierno y comenzó la primavera, la gente comenzó a bajar al pueblo y se gestionó una gran noticia que en ese mismo lugar se había dado vuelta un camión con trozos muriendo el chofer y sus dos pionetas. Desde entonces, al lugar se le llama el Tesoro Escondido. No sé si habrá un gran tesoro o serán las vidas de muchas personas que han muerto queriendo saber la respuesta de aquel mal que existe en ese lugar. Esto no es un mito, el que quiere venir a conocerlo es fácil de llegar, pero no sé si podrá contar esta historia como lo estoy haciendo yo. 🍄



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE LOS LAGOS

PRIMER LUGAR

Guido Ruiz Hibel

80 años, Profesor normalista (jubilado)

HUENTETIQUE, ANCUD



El enlesado

En los campos de Chiloé se cuentan infinidad de hechos sorprendentes, inexplicables, que se atribuyen a circunstancias y personajes reales o imaginarios que perduran en las creencias y supersticiones y pasan de generación en generación, creando la magia y el encanto que junto al paisaje caracterizan a esta bendita tierra.

Son innumerables los casos de personas que viven con sus facultades mentales o sentidos alterados y que son parte de familias y comunidades, siendo respetados y nunca discriminados. Son los llamados "enlesados". Algunos dicen que esa condición podría deberse a una brujería, a que fueron raptados por el "Caleuche" y devueltos a sus hogares totalmente olvidados de todo e incluso del habla o el razonamiento, o que han sufrido algún mal hereditario. En el último tiempo se habla mucho de abducciones de ovnis o efectos de extraterrestres.

Cómo llegó a mi conocimiento lo que voy a contar no puedo revelarlo, y los lectores deberán

reflexionar y tomar partido para catalogarlo de irreal o exageradamente fantástico. Es un manuscrito, en unas hojas de cuaderno, que contenía sólo tres palabras legibles para cualquier persona: "Para mi maestro". Lo demás estaba en blanco. Pero el destinatario, que era yo, pudo leer con claridad lo siguiente: "Maestro, usted ha sido bueno conmigo y podrá entender lo que me sucede. La verdad es que se vieron obligados a hacerlo. No puedo, por tanto, vanagloriarme que mis méritos personales me hayan llevado a esta situación de privilegio si así podría llamarse. Más aún he podido constatar que aquello fue una cosa fortuita y que, incluso entre Ellos el error se paga.

A veces me pongo a pensar si a mi vez he salido ganando o he perdido en este doble juego, con las dos vidas que debo sobrellevar. En la semi- oscuridad de la cocina chilota brillan mis ojos, como "los de un gato", dicen , cuando en mi típica posición fetal me entrego a estas reflexiones. Así he llegado casi a los cuarenta años de edad y a treinta de aquella tarde.

He seguido cumpliendo mi rutina de campesino en mi querido Pumillahue donde hay un clima propicio para las enfermedades sin que haya caído jamás en cama ni experimentado molestia alguna. “Eso es lo raro”, dicen. Llueve o truene o reviente la travesía, todas las tardes me interno por húmedos trozos de bosque y matorrales “a buscar mis animales”, dicen. Mis vecinos no logran entender por qué, especialmente cuando hay temporales y la mar se enfurece, me siento en las rocas más agrestes y aisladas, con la mirada inexpresiva, mirando la reventazón de olas, moviendo la cabeza como afirmando o negando. “Parece que hablara con alguien”, dicen, y agregan que me está fallando y muchas otras cosas, porque cuando voy a mis citas o camino por los estrechos caminitos del campo se esconden y me observan. Pero ni el batir de las olas, ni el chasquido de la lluvia pueden impedir que oiga sus conversaciones y cuchicheos. Y si están en silencio capto perfectamente sus pensamientos. Es que no saben que estoy entrenado para eso. En los primeros tiempos fue penoso, pero ya estoy acostumbrado. Esas citas-sesiones han conseguido dejarme unas pequeñas hendiduras en las sienes y en la parte posterior de la cabeza lo que causa variados comentarios y conjeturas de la gente. Son las huellas de las conexiones y el paso de la energía. Ellos no se han preocupado de borrar estas huellas de su presencia en mi cuerpo ni de la irradiación que escapa de mis ojos y que asusta incluso a los animales. En casa se ríen de mi costumbre de ponerme detrás del televisor a batería y se asombran cuando me preguntan algo sobre algún programa y puedo responder acertadamente con un movimiento de cabeza. No tienen por qué saber que veo perfectamente al revés e incluso a través de las paredes. A veces cuando se agota la batería

y hay frustración de los mirones, estoy autorizado por Ellos para traspasar algo de mi energía “de libre disposición” y hacer que aparezca una carga extra y siga la función por un par de horas más.

Todo esto me hace diferente a don Coto, a la Queta, al tío Mañuco, a los maestros de la escuela y en fin a toda la gente. Comprendo que tiene que ser así. Tengo cuarenta años y ni siquiera me han entregado una diez mil millonésima parte del conocimiento que podría guardar mi cerebro. No sé cuántas generaciones se necesitarán para llenarlo de la información que corresponde al nivel en que estoy. Nada se pierde, todo evoluciona, somos limitados, me dicen Ellos. Por el momento, mis instructores siguen en su misión: recolectar el valioso galaxium que tanto necesitan y que cae en pequeñísimas cantidades a los océanos, mares, lagos y ríos de la tierra. Este elemento químico parece tener alguna afinidad con nuestro conocido oro y se le encuentra juntos sólo en algunos lugares de nuestro planeta. Eso explicaría que Pumillahue *fuera uno de ellos y que allí, en una tarde de temporal desatado, cuando había ido a buscar las ovejas de mis padres para encerrarlas como de costumbre, pasara lo que me pasó. Ahora, maestro, voy a contarle cómo fue: Resulta que casi al borde del acantilado había unas matas que estaban cargaditas de murtas y podía alcanzarlas. Con diez años que tenía entonces no era capaz de darme cuenta del peligro de caer al mar embravecido por comer unas tan sabrosas frutitas silvestres. Una vez logrado mi propósito, saboreando el gusto agrisado de la cosecha, quise asomarme a ver el oleaje que rompía con estruendo veinte metros más abajo. Y entonces los vi... Ellos estaban trabajando con sus maquinarias brillantes, con muchos colores y luces... No se dieron cuenta



de mi presencia. Por ese descuido más de alguno debió pagar después... Yo estaba extasiado viendo maniobrar a tan extraños seres... Pero, de repente, uno me descubrió, extendió una especie de brazo hacia mí y sentí como un calor en todo mi cuerpo y una luz como un relámpago... y quedé convertido en un "enlesado". Lo demás lo sabe usted, maestro. Fue una gran novedad en todo el campo. Por Punta Corona, Quetalmahue, Huentetique, Pilluco, por todas partes se hablaba que el chico de don Salustio Astorga había quedado enlesado. No podía hablar ni escribir, dejé de ir a la escuela, pero eso no ha impedido que reciba por otras fuentes la instrucción y la capacidad de expresarme. Soy un enlesado más que inspira lástima y a veces temor, un ser incomprendido.

Maestro, usted fue bueno conmigo, Ellos me han autorizado para escribir estas líneas de tal manera que sólo usted pueda leerlas. La parte que le corresponde a mi familia es entregarle los papeles si me pasa algo, la suya, no sé..." 

Notas: * Pumillahue = Del mapudungún Pu= mucho, entre; milla=oro; hue= lugar. Lugar donde hay mucho oro.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE LOS LAGOS

SEGUNDO LUGAR

Marlene del Carmen Gamin Guerrero
47 años, Tutora de ciclo inicial (párvulo y básica)
OSORNO



Tito, el espantapájaros

En uno de los tantos campos de nuestro Chile vivía la familia Mansilla, compuesta por el padre don Carlos, su señora la Manuela y sus tres hijos: Juan, Ana y Luis.

Vivían en una modesta casa cerca de la casa patronal donde don Carlos trabajaba como tractorista y dedicado a la siembra de los terrenos de su patrón. Este año le correspondía sembrar choclos; estos tres últimos días había preparado la tierra y hoy junto a su hijo Juan sembraría las semillas del choclo.

Después de un tiempo de haber sembrado, no tardaron en brotar de la tierra tímidamente las pequeñas plantitas de choclo, que a medida que pasaban los días iban creciendo en tamaño.

Mientras, la familia Mansilla trabajaba en sus quehaceres cotidianos que se realizan en forma religiosa en el campo todos los días del año.

Llegó un día don Carlos comentando a su familia que la plantación de choclo había crecido y los pequeños

choclos ya comenzaban a aumentar su tamaño. La familia contenta y con ansias de poder ya comer el rico pastel de choclo o las sabrosas humitas que hace doña Manuela.

Pero un día, a la hora de almuerzo llegó muy afligido don Carlos pues una bandada de loros estaba merodeando cerca de su plantación y no sabía cómo protegerla. A Ana, la hija, se le ocurrió la gran idea de utilizar como guardián a un espantapájaros; todos comenzaron a reunir ropa y relleno para crear al espantapájaros: la vieja camisa a cuadros rojos del padre, el pantalón negro de Juan, la chaqueta de piel de oveja del patrón desechada hace tiempo y el chistoso sombrero de doña Manuela que había encontrado una vez que fue por primera vez al mar. Luis trajo la paja y todos comenzaron a rellenarlo y así el espantapájaros fue cobrando forma, se veía como un cristiano y decidieron como familia bautizarlo. Su nombre sería simplemente Tito, quien tendría la tremenda responsabilidad de salvaguardar la plantación de choclos del apetito voraz de los loros.



Todos como familia se fueron al sembradío con Tito el espantapájaros al hombro...buscaron el lugar ideal para colocarlo; no se ponían de acuerdo y la discusión se hacía cada vez más acalorada...pero al final fue en el centro del sembradío sobre unos viejos barriles donde Tito se quedó derecho, cual soldado en guardia, se veía imponente y ya bajado el sol, daba como un poco de susto, bueno esa era la idea dijo la madre para que los loros no se acerquen.

Lo que no sabía la familia Mansilla, fue que el amor que pusieron al crear a Tito fue visto por el duende de los deseos llamado Fermín, que habita donde hay helechos patas de buey. Como es travieso se dirigió hacia donde estaba el espantapájaros y sacó su polvo de estrella que lanzó sobre Tito, el cual a unos segundos cobró vida...preguntándose dónde estaba y quién era, a lo que el duende Fermín le contó y puso mucho hincapié en lo que el representaba. Tito al escuchar se quedó muy pensativo y decidió ser el mejor guardián y protector del sembradío de choclos. Esa era su misión y la cumpliría pues este era su lugar de trabajo...Pero ¿de qué tenía que defenderlo? El duende se lo dijo: de los loros que atacan en bandadas y son muchos y son una amenaza para los campesinos que con mucho esfuerzo cultivan y cuidan sus siembras tanto la de ellos como la del patrón...

Así fue como al otro día, Tito comenzó a realizar su trabajo a pleno sol con sus brazos que movía al compás del viento. Hacía que los loros se espantaran y con esa imponente altura parecía un gigante a punto de atraparlos en el aire...asustados no lograban estos loros acercarse a los choclos que tanto

deseaban comer...Trataron todo el día de acercarse, Tito estaba agotado, pero ponía cara de soldado iracundo y estos huían ...así su labor se extendió por algunas semanas, mientras el sembradío de los choclos lograba su madurez para ser cosechados con esos dientes que parecen pepitas de oro. La familia Mansilla, asombrada de la desaparición de los loros, se preguntaba qué había sucedido y Ana decía sonriente y orgullosa: ¡esto se lo debemos solo al arduo trabajo de Tito el espantapájaros!... que cumplió su labor estoicamente. Con sol, viento y lluvia, estuvo ahí defendiendo con gran celo su sembradío... Hoy es el gran día, la cosecha comenzará y por lo visto, dice el patrón será la mejor en mucho tiempo. Así es, exclamó don Carlos y se pusieron mano a la obra. Terminada ya la cosecha por la tarde todos estaban cansados pero alegres por lo logrado.

El patrón felicitó a su gente...pero exclamó: Saquen a ese feo espantapájaros de ahí y quémelo, ya cumplió su labor...Tito sentía un dolor en su corazón de paja no podía creer tanta ingratitud si no fuera por su gran esfuerzo, luchando cada día contra las bandadas de loros no hubieran tenido esta buena cosecha... pensó. El hombre que fácil olvida y la pena lo embargó. Sin embargo, salieron en su defensa los hijos de don Carlos diciendo: Patrón, el espantapájaros es nuestro; nosotros lo hicimos y deseamos conservarlo. Se llama Tito y es el mejor, vea usted cómo cumplió su misión de cuidar su sembradío...para nosotros es un héroe...es el gran Tito el espantapájaros y ya tendrá otra misión, se lo aseguramos, y juntos se fueron a su hogar a comer felices las ricas humitas que doña Manuela estaba preparando. 🍷

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE LOS LAGOS

TERCER LUGAR

Segundo Fructuoso Alvarado Torres

56 años, Agricultor

PUQUELDÓN



El niño que no podía hablar

Vivía en ese hermoso valle junto sus padres Nicasio y Florinda, además de sus hermanos. Todos lo querían sin esforzarse mucho, pues lo consideraban diferente a ellos.

Había nacido sano, muy despierto para entenderlo todo, pero era mudo, por ello el pequeño no les causaba el más mínimo contratiempo. No hacía rabietas, no contestaba mal a nadie.

Sus vecinos y amigos que vivían cerca, al igual que su familia, se alimentaban con los animales y aves que les proveía la naturaleza.

Estaban convencidos de que estos seres sólo estaban allí para su consumo. Otro tanto pasaba con la vegetación. Comían todo aquello que aceptaban sus estómagos y para calentarse todo cuanto podía quemarse.

Cultivar la tierra o criar animales domésticos estaba lejos de sus pensamientos. Era una población totalmente relajada.

La población había crecido en forma muy rápida, de tal manera que del hermoso valle que fuera antaño, sólo quedaba el recuerdo.

Mientras crecía Mañunguito, como le decían sus padres y hermanos, que ya eran bastantes, cada día se sentía más solo. No podía participar en los juegos, ni tampoco ir a la escuela para entretenerse, puesto que todo lo que allí se hacía era eso, matar el tiempo, por ese motivo se había creado un colegio para ir solamente a jugar.

Los alumnos podían llegar a la hora que quisieran, no se les enseñaba nada. El profesor estaba ahí para entretenerlos y evitar que se pelearan o fueran a dañarse.

Entonces Mañungo, en su soledad, se iba al pequeño bosque que estaba lejos del poblado, a jugar con los pocos animales que aún quedaban. Allí pasaba momentos realmente felices. Se acostaba en el pasto y los animales se acercaban a conversarle en un lenguaje que él podía entender perfectamente. Los árboles,



arbustos y yerbas parecían participar de estos diálogos, con los sonidos y movimientos que provocaba la suave brisa al pasar por entre sus ramas y hojas.

Luego cuando regresaba a casa, volvía a ser el niño triste de siempre, pensando en el cruel destino que les esperaba a sus amigos del bosque, incluida toda la vegetación que todavía quedaba alrededor del poblado.

Cierto día su padre le indicó a Mañunguito que deberían ir a cazar lo que fuera, pues las provisiones se estaban terminando. Como a pesar de todo, él era un niño respetuoso, aún con la pena que lo consumía, siguió a su papá dócilmente.

Apenas llegaron, el pequeño empezó a silbar de diferentes formas, para comunicarse con sus amigos, los pájaros; a fin de que ellos y todo el resto de los seres del bosque se ocultaran y otro tanto hicieran los árboles y arbustos, colocando al paso del hombre y el pequeño, las ramas más duras y pinchadoras. De tal manera que al término del día, ambos terminaron su jornada de caza sin ninguna presa, en cambio sus cuerpos de cabeza a pies, totalmente rasguñados.

Mañungo antes de retirarse, envió un último mensaje a su mejor amigo, el viejo cóndor, jefe de todos los pájaros del bosque. Le pidió fuera a la aldea muy de mañana, pues necesitaba pedirle un favor. El ave era enorme y fuerte y podría transportarlo adonde él deseaba ir. El padre que lo escuchaba silbar alegremente, se molestó mucho y hasta un coscacho en la cabeza le dio, puesto que su familia empezaría a pasar hambre por falta de comida y el muchacho demostraba total despreocupación.

El perro de la casa había perdido el último arbolito donde paraba su pata para orinar, y el gato solamente arreglaba sus uñas en un tapete viejo. Incluso pensaban con espanto, ellos también serían dentro de poco tiempo, bocados para la familia, si el hombre no encontraba otras presas en breve.

Tal como lo acordaron, antes que el sol despuntara por encima de los cerros, Mañungo se encontró con el viejo cóndor, un poco más allá de los roqueríos.

¿Qué sucede, amigo?- dijo el pájaro.- Aquí estoy tal cómo me lo pediste.

- Por favor- respondió el niño. Llévame rápidamente adonde el Gran Padre, para contarle cuánto sucede, ya que con el correr del tiempo, hasta los niños pequeños podrán ser usados como comida.

- Bien, pero deberás ser valiente, puesto que deberemos volar hasta inmensidades que no te imaginas.

Hasta es posible que nunca encontremos el camino de regreso... Yo no temo, pues a mis años he vivido lo suficiente, pero tu apenas eres un niño.

- No me importa, amigo cóndor, aceptaré el peligro, pero debo salvar a los que amo, por ello debo solicitar al Gran Padre nos dé alguna solución.

El viejo amigo, tomó al pequeño de su chaqueta a la altura de la espalda y remontó el vuelo. El niño luchó contra el pánico de encontrarse suspendido en el aire y cerró los ojos con fuerza para no sentir el vértigo que le provocan las grandes alturas.

Volaron mucho tiempo, no supo si minutos, horas o días. Hasta que de entre unas nubes divisaron un hermoso valle, donde se advertía una naturaleza jamás imaginada. Bellas flores parecían salir a su encuentro y sus variados perfumes inundaban todo, causando una sensación de paz y alegría.

Pronto salió a recibirlos un anciano de larga barba y blanca vestimenta, quien les dijo que el Gran Padre estaba muy ocupado tratando de resolver varios conflictos terrenales: Una gran guerra en el Medio Oriente, un atentado en un tren, un huracán en el Asia...Y así demasiados problemas donde había mucha gente que sufría y clamaba por la ayuda divina. Por tal motivo, él como su primer ministro, los atendería con tal agrado.

El venerable anciano, dijo llamarse Pedro y tener también muchos asuntos que resolver en sus carpetas de espera, pero tratándose de Mañungo, un niño bueno y respetuoso de sus padres, y más que nada, preocupado de algo tan olvidado por el hombre como era la naturaleza, lo atendería de inmediato.

El niño estaba muy cansado por el viaje. Se sentó junto al viejo en una roca donde el anciano le indicó y

apoyó su cabeza en las viejas rodillas, contándole con el pensamiento cuanto sucedía en su valle. Le habló de su angustia al ver desaparecer a sus amigos, los animales y su bosque, único lugar donde él era feliz. También, le dijo que amaba a su familia y no podía permitir verlos morir de hambre.

Y así, contándole una a una todas sus inquietudes, se quedó dormido.

De pronto sintió una voz que lo llamaba y unas manos ásperas que acariciaban tiernamente su cabeza. Era su padre que estaba a su lado.

- Hijo, ya es hora de volver a casa. Hemos sembrado demasiado y estamos cansados. Aún nos queda, al llegar, dar comida a los animales y cortar un poco de leña para mañana. Esa que sacaremos del árbol seco. Mañungo se estiró, restregó sus ojos y contestó con un:- Sí, papá- pero antes de eso se acercó a la cara del hombre y le dio un beso en la mejilla, junto con esto rodeó con sus brazos su cuello y le dijo a su oído:

Papá, te quiero mucho. Yo igual, hijo -le respondió el padre.- 🍀



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE AYSÉN

PRIMER LUGAR

Felipe Antonio Medina Quilodrán.
36 años, Técnico jurídico
PUERTO AYSÉN

Las niñas de Puerto Aguirre

Fiebre alta, dolor intenso de garganta y de huesos, erupciones en la piel de todo el cuerpo, excepto en manos y pies, malestar general. Período crítico, tres días, debe beber abundante líquido y guardar cama, bien medicado, un niño no debe temer a ella; es la Varicela o Viruela Loca.

Pero en Puerto Aguirre, en el fin del mundo entre Chiloé y Aysén, entre los canales y los agrestes cerros que humedecen su verde piel en las frías aguas, fue distinto, en los años cuarenta, recién fundado por Aguirre Cerda como una caleta más, olvidable y mínima en medio de las soledades, una pequeña isla, en otro islote atravesando un delgado brazo de agua a vista del pueblo. En todo el cementerio, en Aguirre hay más gente muerta que viva, su historia se guarda en las lápidas de piedra blanca.

No siempre fue así, hubo más pescadores y mariscadores, con sus esposas y niños de juegos alegres sobre la tierra que bajo ella, pero eso cambiaría pronto bajo las pústulas de agua que cubrieron los

rostros inocentes en un invierno ya olvidado; olvidado como las historias pasadas, las historias sin electricidad ni electrodomésticos.

Yo tampoco lo sabía, al igual que ustedes, y no lo sabría tampoco de no ser por el casual encuentro con la señora Clementina y su esposo aquella mañana en el hospital de Puerto Aysén. Mi hijo llevaba un par de días sintiéndose extraño, desganado, lo llevé al hospital y mientras esperábamos llegó a sentarse a nuestro lado una pareja de ancianos, la señora Cleme y su marido. ¿Está enfermo el niño? Preguntó él con esa cordialidad que a los más jóvenes nos es ajena. Sí, contesté, se siente mal de la garganta y le duele la cabeza. La señora Cleme se acercó más y levantó el rostro de mi crío con su mano vieja: "Tiene varicela", me dijo, luego intercambió una mirada con su esposo, - Mírale los granitos le dijo indicándole dos pequeñas erupciones en la frente. ¿Cree usted? le dije.

Seguro, pero no es grave, me tranquilizó de inmediato, le van a dar remedios, va a tener fiebre, se le van a

madurar los granos, que le van a salir muchos y después se va a mejorar, no tiene que rascarse para que no le quede la marca después.

Nosotros somos de Aguirre, dijo el esposo, en Aguirre, hace como cincuenta años se murieron casi todos los niños de varicela; todo en un mes, entre las venidas de la visita médica.

- ¿Tanto así?

- Así mismito, afirmó doña Cleme. Fue más por la ignorancia de uno entonces y como no había doctor ni nada, ni cómo comunicarse en invierno por el mal tiempo, ni teléfono, ni luz, ni agua potable, se fueron enfermando todos y muriéndose de peste, por eso hicimos el cementerio al otro lado del canal, para ir a dejar a los huachitos al otro lado para tratar de que no se siguieran muriendo, pero siguieron igual, hasta que la peste se acabó sola. Ardían en fiebre y como uno no sabe, en vez de darles agua les calábamos leche caliente con manzanilla, al final como que se reventaban por dentro los angelitos, algunas casas quedaron sin ningún hijo.

- Qué terrible señora, no pude menos que decir.

- Para peor, continuó, casi todos veníamos de Chiloé y creíamos en los brujos, y pensaba la gente que los niños se morían porque alguno le tiraba un mal para

enfermarlos. En las noches de tormenta en esas soledades, más de alguno dijo haberse encontrado con el Diablo en alguna esquina, vestido de manta negra y con los ojos rojos ardiendo de peste.

- Y usted, ¿tenía hijos?

- Cuatro, contestó, cuatro hijos.

- ¿Y sus hijos se le murieron señora? Intervino mi hijo que escuchaba embelesado a la mujer.

- No, ninguno, no se me murió ninguno de los cuatro y eso que los cuatro se me enfermaron. Si me preguntan por qué, no sabría qué decirle, estuvieron muy mal, pero se mejoraron: debe haber sido el Señor que me los dejó vivir. Así como en esas soledades caminaba el Diablo, debe el Señor haber estado igual y se los negó. Lo malo es que como no sabíamos qué hacer, les reventábamos con las uñas las heridas y quedaron con sus caras marcadas para siempre.

En ese momento nos llamaron y nos despedimos de ellos.

- Joven, me dijo, si conoce un hombre por acá de unos cincuenta o sesenta años que tenga la cara con cicatrices en las mejillas o en la papada, pregúntele si es de Puerto Aguirre, si de niño vivió en Aguirre. 🍒



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE AYSÉN

SEGUNDO LUGAR

Isidoro Alberto Castilla Ortiz

Empleado

GUAITECAS



El sol iluminaba con un brillo y frescura que hacía resplandecer todo el verdor del Valle.

Valle que en esta joven región conservaba mucho del verde tomado de sus bosques vírgenes, a pesar de que, de tanto en tanto, se podía observar extensas manchas oscuras y una que otra humareda de “las quemadas”, forma obligada para la época de despejar tierra para la siembra o cría de ganado. Esta forma para hoy incomprensible y condenada de “hacer campo” en esa época era la única económicamente posible. De otra forma hubiese sido imposible colonizar y hacer algo productiva esta región y menos aun incorporarla al quehacer económico social del país.

Pero cómo podía ser un día de estas decenas de improvisadas familias campesinas que soñaban con someter estas inhóspitas tierras, cuando por un lado, el dinero y, por otro, los bienes de consumo eran muy escasos. Esta pequeña historia nos ayudará a imaginar cómo se podía sobrevivir en, como dicen “los antiguos”, “esos años”.

Adelaida despertó abruptamente, un ruido indescriptible perturbó sus sueños, se sentó en la cama y pudo observar que todos sus hermanos se habían levantado antes que ella. La ventana dejaba entrar el sol, tal vez uno de los últimos antes de llegar el otoño. Un nuevo ruido agudizó su atención pero en esta oportunidad si pudo reconocerlo; era un bramido, no dudó en correr hasta la ventana, lo primero que pudo observar fue a su madre, que junto a sus hermanas mayores venían del arroyo cargando baldes de agua, siguió sus pasos hasta que se perdieron en el fogón; un rancho rústico hecho de troncos y a modo de techumbre madera labrada a hacha en forma de pequeñas y estilizadas canoas.

Al ver el humo que despedía el techo del fogón, una emoción le sacudió el corazón, intuía que cuando esto sucedía algo se celebraba, pero su regocijo fue interrumpido con otro fuerte bramido, seguido por ladridos alborotadores de los perros. Algo parecía suceder cerca del corral, dirigió su mirada en esa dirección, pero una gran polvareda sólo le permitió

ver a sus hermanos colgados del cerco y otro montado del tronco más grueso que tenía el árbol de carnear, que estaba junto a la tranquera. Todos parecían expectantes ante un misterioso espectáculo.

Lalita, como le decían cariñosamente sus padres, era la menor de siete hermanos y por ende la regalona; niña inquieta, curiosa e independiente, características que la impulsaban a tratar de saberlo todo y provocaba más de un disgusto a sus padres.

La niña aguijoneada por la curiosidad, decidió vestirse rápidamente y acomodándose el cabello con las manos salió corriendo hasta llegar al corral. Su curiosidad estaba en aumento al ver los caballos ensillados de algunos vecinos amigos de su padre y el poncho de su tío Mañungo, a quién no veía hace mucho tiempo. Trató de ver por entre los palos del cerco qué acontecía; a pesar de la polvareda que se disipaba lentamente sólo pudo distinguir la enorme silueta del “Tío Lucho”, que estaba atado al palenque, agitado con el hocico lleno de baba y sus ojos gigantes, brillosos, redondos como dos ciruelas, reflejando claramente miedo y desesperación. Esto la sorprendió tanto que se le escapó un grito de espanto. Hasta ese momento nadie se había percatado de su presencia, pero esto hizo que todas las miradas se fijaran en ella, su padre notablemente alterado empezó a gritar:

- Vieja... vieja... ¡¡¡ven a buscar a los cabros chicos!!!

- Te he dicho que los niños no deben ver esto...

Su madre, disculpándose por su torpeza y descuido, fue rápidamente en busca de los tres niños menores, a los que el padre se refería como “los cabros chicos”

y los entró “de un ala” (expresión que se usa cuando alguien es tomado de un brazo levantado y obligado a avanzar con rapidez), al fogón

La madre dijo con tono severo:

- ¡Se sientan ahí, mientras termino de limpiar el fogón!, indicándoles con la mano un tronco que había junto a la fogata. Lalita parecía no oír la orden y se quedó de pie junto a su madre y con voz lastimosa preguntó:

- ¡Mami! ¿Qué le van hacer al Tío Lucho?, la madre no respondió, la niña insistió una vez más, pero al ver que no tenía respuesta, se fue a sentar.

Sus hermanos trataban de responder a la inquietud sobre qué le pasaría al “Tío Lucho”, uno le decía:

- Le van a cortar la cola, porque está muy larga y se puede tropezar.

- No creo, respondió el otro ¿de dónde nos vamos a colgar entonces?

- Tonto, si después le va a crecer como a las lagartijas, replicó con confianza el otro.

Lalita permanecía en silencio, con la mirada fija en las brasas, pero sin verlas, en su mente permanecía la imagen del “Tío Lucho”, con sus ojos enormes y brillosos, tratando de zafarse del lazo que lo aprisionaba por el cuello.

Lo cierto es que el “Tío Lucho” era un buey viejo, hacía años que había dejado de ser útil, pastaba libremente merodeando siempre cerca de la casa. Solo se apartó



de la tropa, más de una vez fue mandado a echar del huerto o el jardín. Por las tardes solía acercarse al viejo carretón, olfateándolo nostálgicamente, como recordando viejos tiempos donde su fuerza era apreciada e indispensable para cualquier faena, desde acarrear leña hasta arrancar un tronco. Sólo un acontecimiento que se daba muy seguido lo sacaba de su aburrida vida, esto era que de tarde en tarde los niños lo incorporaban a sus juegos, se montaban en él o lo cargaban con cueros viejos y todo tipo de desperdicios simulando faenas habituales del campo, incluso el último invierno le hicieron tirar un trineo de nieve, lo que le hizo pasar unos maravillosos días; tan incorporado a sus vidas lo tenían los niños que el apodo de "Tío Lucho" se lo tenía bien ganado.

Mientras tanto en el corral, fuera de la mirada de los niños más pequeños, empezaba una faena de vital importancia para la subsistencia de esta familia campesina, había que faenar a este viejo animal antes que la vida se le fuera naturalmente y no se pudiera aprovechar su existencia.

Para todo esto se iniciaron los preparativos de madrugada, después de una buena mateada todos al corral, los hombres "baqueanos" en estas fajinas sabía cada uno su lugar y con orgullo trataban de lucir sus mejores virtudes: uno tomó una faja con la que tapó la vista del buey hasta que se tranquilizó, posteriormente otro tomó el hacha y midió cuidadosamente la frente del animal. Luego golpeó con todas sus fuerzas con el tungo de la misma herramienta la cabeza del buey. Éste se tambaleó un momento e hincó sus patas delanteras, cayendo pesadamente hacia un costado. Rápidamente, el dueño de casa cuchillo en mano, apoyó su rodilla en

el cuello del animal y buscando el lugar apropiado en el pecho clavó con fuerza su puñal. Al retirarlo, un chorro de sangre roja, espesa y burbujeante saltó a la arena. Otro hombre ágilmente puso una fuente para recoger la sangre, al tiempo que uno de los jóvenes esperaban con cilantro y especias en otro recipiente. Con la sangre y los condimentos hicieron una mezcla que después se coaguló; esto era observado con mucha atención por los niños mayores, quienes a pesar de no participar se encontraban ansiosos y con ganas de poder hacerlo.

El animal fue rápidamente arrastrado e izado de la patas traseras, pasando un lazo triple por el tronco de carneo y tirado por un caballo al que se le ató por la cincha. Luego de esperar prudentemente que se desangrara se empezó la faena de cuerearlo (sacarle el cuero y viseras) Tanto el carneo como, lo que parecía un rito primitivo y ancestral, que era comer la sangre cruda y coagulada eran acompañados permanentemente con vino que se bebía de una bota de cuero, "la Pamplona". Esta labor, motivo de algarabía entre los hombres demoró alrededor de dos horas; cumplido ese tiempo el buey se dispuso en partes para ser llevado al fogón donde continuarían los trabajos de desposte.

El primero en aparecer en el fogón fue el tío Mañungo, quien bromeando como de costumbre apareció con las patas del "Tío Lucho" en una bandeja. Esto confirmó los peores temores de Lalita, quien sin disimular su pena corrió hasta la casa y se abrazó a las faldas de su mamá y lloró desconsoladamente. Tanta pena y dolor produjo esto en la niña que su madre no encontró palabras para contenerla y para evitar la fiebre que le podía sobrevenir tuvo que

acostarla, dándole un té de hiervas que fue a sacar al huerto. Pero no fue eso lo que la durmió, sino que fue el agotamiento y el dolor que le provocó el trágico final del viejo animal, por supuesto que no participó de los festejos posteriores del que todos estuvieron muy satisfechos.

Los días que siguieron, le sirvieron a Lalita para darse cuenta que su “Tío Lucho” se convertía en “charqui”, grasa en molde, chicharrones y el cuero en lazos y tiento muy útiles para las faenas de su padre, hasta jabón hicieron mezclando los huesos y restos pocos servibles del pobre buey con una cal

y ácido que llamaban graciosamente “P de castilla”. Se puede afirmar claramente que el sacrificio de “el Tío Lucho” y los frutos del huerto que se mantenían en conserva fueron la base de la dieta de todo ese largo invierno.

Por supuesto que comprender que esto no era inevitable, lejos de provocar en su personalidad insensibilidad por acostumbramiento, Lalita cultivó un sentimiento de compasión y amor por los animales, que hoy en día, en la escuelita rural donde es maestra primaria, enseña y predica toda vez que se presenta la ocasión. 🍃



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE AYSÉN

TERCER LUGAR

José Guillermo Mancilla Quinán
47 años, agricultor
COYHAIQUE

Niños prestados

(Oscuro malacara)

Este frío que nace en mis huesos, que camina por mi sangre entumeciendo mi carne y luego mi piel, que sigue hacia afuera congelando el paisaje; este frío, me evoca los días en que sabía caminar descalzo por aquí donde todo es lejano y hostil... donde la tarde duele. Por aquí, donde el tiempo avanza lento sobre el fachinal(1), ... por este Cochrane de cerros lampiños donde se esconde mi infancia.

Pero es otro este Cochrane de hoy, aun cuando sus escarchas siguen siendo pertinaces, hay ahora un camino carretero; la pampa de don Baldo, es ahora un pueblo donde hay calles de material... mil casas hay ahora y en las noches todas se iluminan como si mil petromax(2) estuvieran encendidas a un tiempo... casas que están apretujadas en un espacio de no más de tres hectáreas. Sin duda, es otro este Cochrane de hoy. El de los años cincuenta era apenas un intento por ganarle campos a la Patagonia; un arrinconar guanacos contra los cerros para dejar espacio a las vacas... raleados pobladores en la inmensidad de la montaña.

En invierno los días se venían lentos en medio de la anchura patagónica; la primavera en cambio, traía trabajos innúmeros desde el amanecer... A orillas del Baker, jugué con mis hermanos a rodear las ovejas, a tropear y jinetear... jugábamos tardes enteras a sembrar papas y cortar pasto. Nuestras jugarretas comenzaban de madrugada ordeñando unas pocas vacas, estibando leña y acarreando agua. De muy niños todos teníamos deberes... nada extraño si consideramos que no había plata ni peones disponibles y los hijos debíamos echar una mano para mantener la puebla (3)... así era el campo entonces y yo crecí igual que otros, como un cordillerano más.

Era septiembre, mi casa amanecía entumida de sol y escarchilla; los trajines de mi padre al clarear aún suenan en mis oídos y casi puedo ver a don Miguel venir costeanando el río, yo estaba asomado a la ventana del soberado(4)... Sabía que el hombre venía a pedir prestado a uno de mis hermanos porque era época de siembra. Rápido corrí a avisarle a Jacinto, mi hermano mayor, él siempre sabía qué hacer... Nos

levantamos y bajamos a enjuagarnos la cara en el lavatorio que la mamá dejaba cerca de la puerta que daba al patio de las gallinas... Recuerdo el olor de la toalla húmeda y los tres dientes que le quedaban a la peineta. En un desfile silencioso entramos a la cocina y nos acomodamos detrás de la estufa. Mis hermanos estaban asustados, no sabían a quién se llevaría el vecino... todos rezábamos despacito para que ojalá pidiera a dos... así la falta, la pena y la distancia no dolerían tanto.

Mi padre nos dio una mirada severa y salió al patio gritando a los perros para que se sosegaran...

¡Eeepa! Don Miguel, ¿qué viento lo trae che?

Y... aquí don este, el buen tiempo no más poh...

- Desmonte amigo, pasemos a tomar unos amargoso...
(5) Y bueno che... aflojo el pingo y vamos.

Algo conversaron mientras ataban al oscuro malacara(6)... nosotros seguíamos inmóviles y bien peinados, expectantes.

En eso el papi nos plantó un grito y todos fuimos sin vacilaciones hasta la entrada donde estaba con el vecino... Yo era el más coltroito(7), por eso Jacinto me tenía tomado de la mano mientras abrazaba a la Fidelia... Cinesio, Fidel y Eterio estaban apegados a nosotros como si fuéramos un piño de corderos; bien sabíamos que se llevarían a uno de nosotros... quizá a dos si teníamos suerte; el papi casi nunca prestaba a Jacinto, porque era el más crecido y lo ayudaba en todos los quehaceres del campo; al que más prestaba era a Cinesio o Fidel... Don Migue! nos tasó y dijo que se llevaría a dos coltroitos, porque los trabajos eran

livianos... recorrió el hato de niños y finalmente hizo su elección: indicó con su dedo a Fidel... y a mí.

Era la primera vez que sería prestado y una angustia recorrió todo mi cuerpo, nunca había estado fuera de la casa y aunque sabía que iría con mi hermano, no dejé de llorar ni un solo momento. Recuerdo que la mami me hablaba mientras arreglaba un bulto con calzoncillos y chombas de lana, me decía que debía ser respetuoso con los mayores, que no rechiste por ningún trabajo y que sea obediente; grandes lágrimas me corrieron por las mejillas y se mezclaron con mis mocos salados. Ni una sola palabra de ternura escuché ese día de mi madre, pero creo recordar en su rostro una mueca de tristeza también.

Almorzamos luego, los mayores en la mesa y nosotros, la tropilla de niños, comimos en nuestras pailas de aluminio sentados detrás de la estufa... Yo seguía afligido y llorando despacito, las migas de pan arrebozaban mi boca mientras veía cómo mis lágrimas caían en la sopa...

En eso, mi padre escuchó un sollozo mío y me clavó la mirada con impiedad.

¿Qué es eso, Antonio? - ¡Berreando como un cordero el coltro! - Usted ya es un hombre y tiene que hacer lo suyo sin remilgos... deje los lloriqueos *pa'* las viejas...

Luego siguió la conversación con el vecino, entre mate y mate, se jactaba de faltarle solo un novillo *pa'* completar tres mancornas y una cocinera... que este año la nieve había durado más de la cuenta, que las vaquillas no tenían precio, que *pa'* la esquila de diciembre necesitaría vuelta de mano; que nos aforre nomás si no obedecíamos... que nos devuelva cuando pueda.



A mis siete años era ya un hombre, estaba bueno para el trabajo y debía ir a un potrero desconocido a seguir jugando los mismos juegos de siempre. Tenía siete años y debía entender que mis padres se ahorran la comida si yo no estaba en la casa, debía entender que si trabajaba me ganaba el día...

Jacinto ensilló el viejo alazán maniblanco para mí; Fidel, su tobianito m., atamos mantas y una frazada cada uno, llenamos las maletas con nuestras pilchas y partimos silenciosos siguiendo al malacara de don Miguel.

De nada valieron mis lágrimas silenciosas, de nada sirvió que le prometiera a mi papá que trabajaría mucho y que comería poquito, tampoco sirvió que me abrazara a la falda enharinada de la mami... La hora llegó y hube de aprender a ser un niño prestado, como Fidel y como Cinesio... como todos aprendieron en esos años de cordilleras y lejanías. No hay reproches, la necesidad y la solidaridad colona hicieron una costumbre este prestarse niños para los trabajos menores... forjamos así nuestro carácter, conocimos a nuestros parroquianos y se nos hizo entrañable cada palmo de esta tierra nuestra.

Salgo hoy a caminar por Cochrane, los senderos cordilleranos son ahora caminos carreteros, pero la inmensidad no ha cambiado. Hay ahora un puente cerca del vado de los Cárdenas y su casa de palos

amordazados esta derruida a un costado del río y el agua parece morder los despojos... me detengo a ver un hato de terneros que va tras el marucho (8) que guía la tropa rompiendo el silencio de los cerros con sus taconeos de herraduras... atrás y como siempre, van los arrieros cortando la cuadrilla en puntas, siempre los mismos perros nostálgicos que no dejan de morder las corvas... ladrando a los años. Saludo bajando brevemente la cabeza y continuo mi camino recordando que yo y mis hermanos muchas veces fuimos como esos terneros pequeños... arreados en hatos, destetados y conducidos por huellas desconocidas a potreros ajenos.

Cochrane, ciudad de la Región de Aysén, ubicada a 345 km, de Coyhaique... en la cabecera de Campos de Hielo. 🍷

Vocabulario Patagónico:

- (1) Fachinal: terreno húmedo y de matorrales enmarañados
- (2) Petromax: tipo de lámpara a parafina y aire comprimido usada en la época
- (3) Puebla: se usa para denominar la casa, el galpón, bodegas, etc., de un campo.
- (4) Soberado: desván, ático
- (5) Amargos: mate (mate amargo)
- (6) Oscuro malacara: pelo y color de caballo
- (7) Coltro(ito): niño pequeño.
- (8) Marucho: arriero que va delante, guiando la tropa

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

PRIMER LUGAR

José Guillermo Mancilla Quinán

55 años

PUERTO Natales



La necesidad tiene cara de hereje

Él está en nuestro emblema patrio, adornado con una corona de oro que recordará siempre los triunfos de nuestras fuerzas marítimas sobre España: el huemul, apuesto, pero a la vez sumiso cuadrúpedo habitante de las cumbres de la Patagonia. Desde muy niño le tuve y le tengo una gran admiración, le dibujaba cada vez que nuestro profesor de artes nos los pedía, ya sea en los días cercanos al homenaje de la bandera o cuando ambos cobran vida en los días cercanos al 18 de Septiembre. Me recibí como profesor básico en la Universidad Austral de Chile, allá en la hermosa Valdivia a fines de marzo de 1981. Y como buen patagónico, dominado tal vez por ese atavismo que llevamos dentro, llegué nuevamente a mi querido Puerto Natales, junto a mi hijo Rodrigo de dos años y medio y mi señora, también maestra. Con buenos contactos, antes de una semana ya estaba trabajando en un reemplazo. Pocos días después y, de improviso una llamada a mi escuela, me señalaban que el Alcalde me solicitaba con urgencia en su despacho. Eran épocas en que una llamada de ese tipo daba vuelta el corazón, dejaba sin respiración. -Anda enseguida niño- me dijo la directora, a la autoridad no hay que

hacerla esperar. Estuve en la antesala pensando lo que me deparaba el destino. Por fin me recibió el Alcalde. Sin preámbulo me dijo, muchacho tengo que hacerte un ofrecimiento. En Puerto Edén necesitamos crear el séptimo y posteriormente el octavo año, y también crearemos el kinder. Es un desafío personal que tengo, ya que los niños llegan hasta sexto año básico y allí quedan, quiero hacer historia. No sé del lugar, pero el veinticinco de abril viajo con una comitiva y te invito para que conozcas, observas todo y cuando lleguemos de regreso conversamos ¿Te parece?.. El dos de mayo estábamos conversando con el Alcalde. Claro que aceptamos, entre trabajar uno o hacerlo ambos en tan poco tiempo, no había donde perderse. Comenzamos, reuniendo lo necesario, víveres por lo menos para seis meses, ropa de cama, en fin todo lo que se necesita para comenzar; lo fundamental, muchas ganas para enfrentar una aventura de dos años, según el alcalde. No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague, y llegó el día en que tuvimos que partir. Un diez de agosto del año mil novecientos ochenta y uno, a las cinco de la mañana nos embarcamos en el "Evangelistas",



un transbordador que hacía la ruta Natales Puerto Montt en exactos tres días. Nunca me imaginé que la aventura iba a durar diez años. Puerto Edén quedaba a un día de viaje. Fue una navegación muy placentera. A las ocho de la mañana del día once de agosto llegábamos al pequeño muelle en la lancha “patrullera” de Carabineros de Chile, un viejo lanchón que hacía agua por todos lados, pintado de negro y blanco, en su casilla el símbolo de las carabinas cruzadas. Me enteré más adelante, le decían el “Pata Pata”, nombre que le pusieron los kawesqar por el característico sonido que hacía el viejo motor.

Puerto Edén, en aquel entonces tenía una población de cerca de trescientos habitantes, una escuelita muy hermosa que albergaba a unos sesenta estudiantes, un retén de carabineros con cinco funcionarios, un almacén del Estado, Eca se llamaba (Empresa de Comercio Agrícola), pero allí era una pequeña despensa. Nos recibió el director con su señora, profesora también. Todo fue muy cálido desde el comienzo. Nuestro pequeño hijo se adaptó rápidamente y acompañaba a Sonia, mi señora en sus actividades. El tiempo pasó velozmente, la lluvia fue nuestra eterna acompañante durante meses, junto a la infaltable vela. La escuela tenía un pequeño generador, el cual había que cuidar, se usaba para bombear el agua de los estanques que se abastecían de la lluvia, por lo tanto teníamos a lo mucho tres horas de luz.

El aislamiento se sintió mucho, pues los buques que viajaban a Natales no se detenían salvo una emergencia. Llegó diciembre y el barco no se detuvo, tanto es así que tuve que cortar un tierno arbolito para esperar al pascuero y los adornos fueron diseñados por Sonia, con papeles de colores y cintas. Cualquier engaño entregó el Viejito de la barba blanca aquella vez. Con suerte

podimos salir el cinco de enero del año siguiente en el último viaje que hacía el “Navarino” a Punta Arenas antes de ser desguazado. Casi tres días de viaje y por fin de vuelta a Puerto Natales. Como toda la movilización en la isla Wellington era en bote, le encargué a un especialista en la materia me construyera uno. Y más yo vería las posibilidades de agenciarme un motor fuera de borda. Mi bote, mi sueño a mi regreso le puse el nombre y su número de matrícula RORO I (primero), en homenaje a mi primogénito. En mi tierra el tiempo pasó muy rápido, entre asados, historias, anécdotas, recuerdos y viajes continuos a visitar a mis padres que residían en la Argentina. Ni cuenta nos dimos cuando los primeros días de marzo estábamos de vuelta en nuestra lluviosa isla, cinco mil milímetros de precipitaciones en el año. Y es aquí en donde empieza a tejerse la historia en que mencionaba al famoso huemul al comienzo de mi relato.

El dos de abril, de 1982 el día amaneció muy frío, sin lluvia. Hicimos nuestras clases normales, a la una de la tarde, luego de despedir a nuestros estudiantes, nos retiramos a almorzar. De inmediato comencé con el rito diario de tratar de ubicar alguna emisora en un viejo receptor, regalo de mi padre, con el cual a duras penas en el día nos tratábamos de conectarnos con el mundo, único medio de comunicación. En las noches era más fácil captar alguna emisora. Más ese día en forma entrecortada se escuchaban las informaciones de la lejana radio Reloncaví de Puerto Montt en que con sorpresa nos enterábamos que la República Argentina había entrado en un conflicto armado con los ingleses recuperando las islas Malvinas. Las primeras semanas todo ocurrió con normalidad. Los buques extranjeros se detenían a intercambiar alimentos por centollas y pescados, (trueque), mientras esperaban la marea para atravesar la temida Angostura Inglesa, luego los

lugareños nos vendían a un precio razonable, café, cigarrillos, cervezas, pollos envasados; esto fue así hasta cuando los ingleses llegaron a la zona e impusieron una zona marítima de exclusión. El Estrecho de Magallanes se tornó peligroso para todo buque y optaron por el Canal de Panamá. Allí comenzó el desabastecimiento total, hasta los escasos buques nacionales dejaron de navegar por temor de ser confundidos y ser atacados. A los pocos días, el azúcar fue reemplazado por la miel; el café y el té, por hojas de menta. Solo fideos y arroz y uno que otro róbalo componían la magra dieta diaria. Los mariscos, muy abundantes en el sector, para variar, estaban contaminados con la temible marea roja.

A fines de mayo la situación no daba para más. Fue así como un día, conversando con Manuel, un joven pescador, me sugirió que lo acompañara, junto a don Guillermo Igor, “Guarelo” le decían por apodo, a cazar huemules al sector del continente, para así tener algo de carne para el consumo. Primero fue sorpresa, pero luego me convencí por la seguridad con que hablaba. Fue así como un día sábado de amanecida partimos a la aventura. Pasamos a buscar a Guarelo, quien se subió a la lancha junto a un perro de aspecto muy calamitoso. Don Guillermo era un veterano canoso, delgado, de baja estatura, con unos bigotes blancos manchado por la nicotina, muy conversador, tendría cerca de setenta años. Pregunté por las armas que usaríamos, sonrieron ambos pescadores. Ahí va nuestra escopeta y me señaló a “Seguro”, el perro que descansaba en un rincón de la embarcación. Navegamos por cuatro horas rumbo norte y muy apegado a la costa. De pronto, Seguro corrió hacia la proa y se puso en total estado de alerta, don Guillermo hizo una señal al capitán de la embarcación, éste bajó la velocidad y se acercó lentamente a la costa. Apagó el motor y antes de tocar playa, amo y perro corrían cuesta arriba sin problemas en la enmarañada

selva de la hermosa zona de los canales. Un silencio total por larga media hora, mientras Manuel soltaba el pequeño bote que traía a remolque.

De pronto a lo lejos comenzaron a sentirse ladridos, gritos y quebrazón de ramas. Como un celaje apareció un huemul macho quien en su desesperación se lanzó al mar y comenzó a nadar, detrás Seguro, baqueano en estas lides, se lanzó al agua y con una rapidez abismante se subió al lomo del pobre animal y comenzó a hincarle sus colmillos en el cuello. Manuel que ya estaba con su pequeño bote cerca, sacó un lazo, con cuidado apresó al animal y remó hacia la playa en donde me lanzó la cuerda que prestamente tomé sujetando con todas mis fuerzas al huemul que estaba en estado de terror. Seguro volvió rápidamente hacia el cerro, mientras Manuel muy diestro, sacó un filoso puñal y lo clavó en el pecho del huemul. Antes de que terminara su faena, de nuevo, ladridos, gritos y otro ejemplar que se echaba al agua, era la hembra, se repitió la maniobra. A los pocos minutos apareció Guarelo, cansado, fumando un cigarrillo, con una sonrisa en el rostro, feliz, la tarea estaba cumplida. Los corazones, las panas fueron los trofeos de Seguro, mientras diestramente despellejaban a los animales y los cortaban en cuartos.

Nunca olvidaré esta experiencia, no lo podía creer, así de fácil cazaban a uno de los símbolos de nuestro escudo. Un remordimiento recorrió mi ser, el silencio fue el acompañante en el retorno a Puerto Edén, por supuesto mis acompañantes me hacían bromas. Llegamos de noche, en un saco llegué con mi trofeo, medio huemul. Al día siguiente y con la receta de don Guillermo, comíamos opíparamente un exquisito estofado, luego de casi dos meses de abstinencia. La guerra continuaba. 🍌



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

SEGUNDO LUGAR

Carlos Héctor Garay Miranda

PUNTA ARENAS



*Alma batella con oro,
unos diez kilos netos*

Diversas razones motivaron que a fines de 1800 y principios de 1900, llegaran a la isla de Tierra del Fuego cientos de aventureros de distintas nacionalidades atraídos por la presencia de oro en las serranías del Cordón Baquedano. Y se instalaran en estas tierras australes, aún su manifiesta precariedad de recursos. La suerte de quienes así lo intentaron, sobre todo de los pirquineros que comprometieron sus máximos esfuerzos tanto de carácter material como económico, derivó en resultados tan diferentes como distinta era la formación y espíritu emprendedor que les asistía a cada uno. De este modo, las historias que se han urdido en torno a sus capacidades laborales, gestión financiera y conducta personal son tan disímiles que es posible, al cabo de algunos años, encontrar aplicados comerciantes, laboriosos estancieros y, también, desafortunados ciudadanos tanto chilenos como extranjeros que nunca “levantaron cabeza”, ya por su desidia, mala fortuna o porque su actuar en la vida fue deplorable y así el destino les respondió mezquino.

Referido a estos temas, en más de una ocasión, las conversaciones entre amigos ya en los clubes, boliches o casas particulares de Porvenir, permitieron conocer alternativas de hechos curiosos respecto de acontecimientos donde sus protagonistas, eran personajes conocidos del lugar. En una de aquellas tertulias, Dragutín Kalazich Bauk, el vecino siempre risueño y jovial que tenía una y mil historias que contar, de entre ellas, extrajo una narración con algo de sentida tragedia que nos mantuvo extasiados a los presentes y también conmocionados, porque los nombres que él mencionaba eran veteranos del pueblo que bien conocíamos.

Es la historia o drama personal de Florencio Gómez y comenzó explicando así... “Era la primavera de 1910 cuando este laborioso minero, después de realizar más de un par de años de arduo y fructífero trabajo en Mina Nueva, su cosecha aurífera le había reportado la no despreciable cantidad de 10 kilos netos de este preciado metal. Al bajar al pueblo para distraerse, en

recompensa por tanto sacrificio y cansancio acumulado, sus primeros pasos lo condujeron al Hotel "Phoenix" de propiedad de don Daniel Bhór quién le recibió, como era su costumbre, afirmado en sus torneadas barandas mientras, pipa en mano, exhalaba el humo de su tabaco perfumado. Una vez instalado en su respectivo dormitorio, vistió su mejor tenida, extrajo algunas pepas para sus gastos menores, acomodó su botella con el oro bajo su larga chaqueta y se encaminó en dirección a una casa de juegos que su amigo Biskupovic le había recomendado, no sin haberle advertido antes de los peligros que escondía el desarrollo de tal afición. Ya en el lugar, desestimó otros juegos como la dama, el pudo o siete y medio que gozaban de gran simpatía, pero prefirió el truco un juego de envite que este afortunado minero manejaba con cierta maestría. Primero jugó en pareja con excelentes resultados, pues su ocasional compañero usaba de manera diestra las cartas de igual signo para el envío, y sobre todo sus cartas de mejor valor individual para el truco, alternativas ambas con expresión de mucha mentira. Bien entrada la noche, nuestro amigo notó algunos signos de embriagués y comprendió entonces que su preciada botella corría peligro, salió sigilosamente de esta casa de juego y, en medio de la oscuridad, procedió a elegir un lugar distante pero cerca de un calafate de características que podría reconocer más tarde, para ocultar su tesoro y volver por él al día siguiente.

Tres días permaneció en el "boliche" nuestro personaje y, cada tarde, dominado por su afecto al juego de cartas, medio ido por efecto del alcohol que ingería, perdió la reserva de pepitas de oro que había separado de su cosecha de temporada.

Recuperado de su borrachera, nuestro afortunado amigo regresó a su hotel transitando por espacios

cubiertos de nieve que, en días anteriores, se dejó caer de manera profusa.

De inmediato, su preocupación se centró en la recuperación de su botella de oro, cuyo contenido pensaba vender en la ciudad de Punta Arenas a buen precio y partió raudo hacia el lugar en que creía había realizado tan valioso entierro, pero su sorpresa fue mayúscula; la nieve caída y el barro que se formó borrarón todo vestigio de tierra removida y, también, descubrió que había muchos calafates que tenían una altura similar. No supo distinguir el que eligió la noche de juerga y truco ni a qué distancia del salón de juego. En repetidas oportunidades volvió al lugar que le parecía haber elegido en aquella oportunidad para ocultar su tesoro, pero aún sus esfuerzos que realizaba en cada rebusca, luego de seis meses, terminó por convencerlo que le habían robado.

Muy desdichado, Florencio volvió a la mina, mientras en el pueblo se comentaba profusamente este acontecimiento y no dejaban de buscar esta botella en todo lugar. Se llenaron de hoyos los patios y huertos al ser registrados, sin obtener resultado alguno.

Al transcurrir algunos años, la botella con oro fue extraída por unos chanchos que tenía el "Chueco" Stuardo, quién administraba un negocio de menestras en lo alto del muelle. Estos inquietos porcinos, en sus evoluciones por el barro, lograron que este áureo recipiente aflorara y apareciera a la vista de quién hubiese transitado por el lugar, pero, finalmente, quedó en posesión de este vecino que decidió guardar el secreto y conservarlo para sí. Más, la reserva del secreto duró poco tiempo, pues Stuardo



con unas copas de más confidenció sobre este valioso hallazgo a unos amigos, que también lo eran de Florencio. Por esta razón última y ante la actitud poco digna observada, no tardaron en enviarle una nota a su común amigo del Cordón Baquedano, relatándole la historia que ahora conocían respecto de su oro. Este se preparó de inmediato para “bajar” al pueblo, pero no lo hizo con tanta rapidez como aquel que empleó Stuardo para desaparecer con su providencial y mal habido tesoro. Aprovechó la presencia del vapor “Minerva”, que se aprestaba a zarpar hacia Punta Arenas, para escabullirse y vender en este lugar las pepas de oro, que le reportaron a este naciente bandido la suma de cincuenta y cinco mil pesos. Con este capital inició su viaje a Europa, el día anterior a la llegada de quién era el legítimo dueño de la fortuna que portaba.

Luego de ocurrido estos hechos tan lamentables, el tiempo y las preocupaciones diarias echaron tierra a esta malograda experiencia vivida y, en todos, existía el propósito de olvidarla. Si, esa era la intención, pero no se contaba con la ocurrencia de hechos fortuitos que a veces se convierten en la fatalidad del perseguido. Había transcurrido más de un año y, sorpresivamente, ante los ojos atónitos de los porvenireños, el “Chueco” Stuardo, ahora justificando mejor su apodo, desembarca rengüendo en el muelle del pueblo. ¿Qué había pasado?, la historia no es extensa. Con los cincuenta y cinco mil pesos, este desleal vecino, tomó rumbo a Europa a donde no alcanzó a llegar, pues una enfermedad contagiosa lo retuvo postrado a bordo y cuando el barco reinicia su viaje desde Nueva York, le obligan a desembarcar e internarse en un hospital. Al

intentar reiniciar el viaje, antes de embarcar tropieza con unas cadenas en movimiento que, inevitablemente, le impulsan contra un puente que le destruyó su pierna izquierda. De regreso al hospital, su curación total no fue posible al atrofiarse su miembro mutilado, por lo que se procedió a su amputación y posterior colocación de una prótesis de goma. Las atenciones médicas incluidos el valor de las medicinas y elementos ortopédicos, le consumieron casi toda su fortuna mal habida y, para regresar a Porvenir el único lugar donde le era posible reiniciar su vida a pesar de todo lo sucedido, necesitaba algún dinero el cual logró reunir trabajando como mozo en un importante hotel americano y así, pudo reembarcarse hasta llegar al punto en que inició tan desgraciada aventura.

Al transcurrir algunos años, perdonado por sus amigos y por el propio afectado, el “Chueco” Stuardo continuó criando cerdos en el pueblo y el bueno de Florencio Gómez, tras nuevas y productivas faenas en el Cordón Baquedano, se trasladó a la ciudad de Punta Arenas, en donde por muchos años y hasta su muerte, dirigió y administro el gran Hotel “Comercio” que adquirió con sus nuevos ahorros.

“Por eso a mí me gusta ser honrado y trabajador fiel”, terminó diciendo “Drago” como le nombrábamos comúnmente. “Poca plata, pero buena y que suene, en otra oportunidad le cuento la historia de “Las Nalgas de Rosa”, esa es muy buena”...risas, muchas risas irrumpieron espontáneas en el recinto y... así termina esta entretenida historia fueguina. 🍷

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

TERCER LUGAR

Teresa del Carmen Santana Águila

71 años

PUNTA ARENAS



Aln asado de miedo...

Corría el año 1952 aproximadamente.... Mis padres Juan y Juana, mi hermana Marta y yo; Teresa, vivíamos en el campo de la Estancia Punta Delgada cerca del sector Buque Quemado, el cual se denomina así por el hecho de que pasaban los barcos por el Atlántico cerca de la segunda angostura y que uno de ellos, se incendió y hasta hoy solamente se ve una parte de la proa, obviamente quemada.

Retomando el relato, mi padre las oficiaba de puestero en dicha estancia y su trabajo era estar a cargo de un campo donde existían muchas ovejas de parición y tenía que estar pendiente cuando las ovejas van a parir sus corderitos, ya que a veces, es difícil para ellas la parición, sobre todo, para las primerizas.

Recuerdo que en ese tiempo a los campañistas o puesteros les estaba prohibido sacrificar a uno de estos corderitos y debían esperar sus buenos meses para comerlos; si desobedecían, podía ser incluso, causal de despido. Obviamente, el Administrador estaba en

todo su derecho de despedirlos sin darles mayores explicaciones, ya que para el puestero, aunque se lo pida o se lo compre siempre tendría una justa y merecida respuesta negativa.

Un buen día, mi papá quiso hacer un asado al palo y lo fue a cocinar cerca de la playa, la cual quedaba a unos 500 metros de donde se ubicaba el puesto e invitó a los hermanos Hansen-Young, los cuales trabajaban en el cruce de Primera Angostura, cerca del Faro de Punta Delgada.

Ya teníamos todo preparado para comenzar a degustar ese rico asado, sólo teníamos que esperar a nuestros invitados, era un hermoso día domingo, lo cual nos hacía suponer que como de costumbre, no llegaría nadie de la Administración a vernos al puesto; pero con tanta mala suerte, que justamente ese día llegó el administrador con una comitiva que iba a conocer cómo vivían las familias de los puesteros. Al llegar, le preguntaron a mi mamá dónde se encontraba



el puestero, a lo que ella respondió, sin titubear que andaba buscando una tropilla de caballos para hacer cambio por el animal que estaba de guardia.

Mi mamá asustada, me llamó y me dijo que como yo era más pequeña, corriera entre los matorrales sin ser vista y le avisara a mi papá que había llegado el administrador del puesto.

Corrí como una liebre y le conté lo sucedido a mi padre, quién se asustó mucho también pues eso significaba su despido. De inmediato, montó en su caballo y se dirigió a buscar su tropilla para justificar lo que había dicho mi madre y con el susto y la angustia que llevaba, ni se preocupó de su asado.

Cuando mi padre ya volvía al puesto, le llamó la atención un hombre que iba bajando en dirección a la playa en donde se estaba cocinando el asado, ya que seguramente a este hombre le llamó la atención el humo que salía entre las matas cedío ante la curiosidad que siempre es más fuerte.

Cuando todos se reunieron en la casa patronal, el administrador le presentó a mi padre a la comitiva,

entre los cuales, estaba nada más y nada menos que don Francisco Coloane; el mismo que se dirigió a la playa a ver el humo y por ende, se dio cuenta que se estaba cocinando un asado al palo sin el permiso del Administrador!!!

A esas alturas, mi padre, tiritaba de miedo, ya que si este caballero comentaba algo, el despido sería inminente.

Pasado unos momentos, el sr. Coloane se le acercó a mi padre y le dijo que pierda cuidado, que no diría nada ya que él también sabía bastante de campo y de las nefastas consecuencias que eso acarrearía; y muy risueño le agradeció por lo rico que estaban los riñones del animal y de paso también le comentó que había retirado el asado del fuego, de lo contrario.... Buque y asado quemado....jajajaja.

Mi padre, hombre humilde pero bien educado, agradeció el gesto de don Francisco, y una vez que se fue la comitiva y ya pasado el susto, pudimos comer ya bien caída la tarde, un rico cordero al palo, que sin lugar a dudas, estaba mucho más que sabroso; y por años nos reímos de ese "asado de miedo"...

SEGUNDA PARTE





“ME LO CONTÓ MI ABUELITO”
Me lo contó mi Abuelito

por... Se me anudó... más o menos un año, me... para cerciorarme de los trabajos en... de don Manuel Quilchamal, el Indio... me explicó cierta vez... no había me... de toda esta zona - me acomodé bien pa' que hag... de la loma, la acomodé con el árbol... uno no... guanaco, el zorro o el árbol... mujer, pocas tehuelchas iban que... última reducción Tehuelche... terrao junto a mis antigu... frente la vincer... zón quería descansar. Dos... seguramente Don Manuel era... na' es de uno... si uno... con él y todos sus aperos para... hacer el viaje más llevadero, con... noco a poco se iba a... ba cada vez

Tenia mi abuelita treinta gallinas y dos pavos,
a quienes cuidaba celosamente, dándoles la
harinilla en la mañana y a media tarde, cuando
el sol caía, los restos de la comida que había
sobrado del almuerzo. Nunca se enfermaba,
y cuando le dolía la cabeza, costaba rodajas de
papas y las maceraba en vinagre para luego
colocarlas como una corona vegetal sobre su frente
ajada y gastada por el tiempo. Yo la miraba,
mientras dormía al lado del perro blanco y a
sus pies el Churrunga, un gato que de tan viejo
no tenía dientes. Yo le preguntaba qué es lo que
comía el gato, y ella sonriendo amablemente
me decía:

PREMIOS NACIONALES "ME LO CONTO MI ABUELITO"

PRIMER LUGAR

Amanda Andrea Núñez Bermudo

10 años

5° Básico, Colegio República del Brasil

CONCEPCIÓN, REGIÓN DEL BIOBÍO



El camarón del pozo

El 21 de febrero hacía más calor que nunca y era más difícil, porque escaseaba el agua.

La casa tenía una manguera negra que goteaba dentro de una tinaja de greda, que, según mi mamá, había sido de mi bisabuelo.

Escuché a la abuela decir "hay que ir a limpiar el pozo, debe de estar tapado" y partimos para allá.

Era un pozo grande que nacía de una vertiente debajo de un viejo boldo.

Mi abuela se puso unas botas negras hasta la rodilla, yo me arremangué el vestido y le hice un nudo. Luego, comenzamos a trabajar. Aunque el agua estaba helada, fue un alivio refrescar mis pies en aquella agua lodosa.

Mientras sacábamos una especie de telas verdes y algunas plantas que crecían en la orilla, comencé a observar la enorme vida que tenía el pozo. Pasó

rápidamente una libélula que parecía un pequeño helicóptero; reconozco que me dio un poco de susto.

Miré unos escarabajos que nadaban felices en el agua como corriendo de un lado a otro. Había también unas pequeñas ranitas en la orilla, casi no las veo porque eran del color de la tierra. Un montoncito de abejas se refrescaba las patitas en el agua, igual que yo, quizás un poco inquietas por tanto movimiento.

Entre tanto observar la gran cantidad de seres que allí vivían, me di cuenta de que el agua ya no estaba tan verde, sino que de un color café claro por tanto ajeteo.

- Cuidado con el camarón, dijo la abuela, señalándome un rincón del pozo.

Rápidamente, saqué los pies del agua por temor a que me mordiera con alguna de sus tenazas, mientras mi abuela se reía debajo de su chupalla que la protegía del sol.



- No, mi Negrita, el camarón no te va a morder. Él vive aquí y es el encargado de limpiar el pozo, pero a veces hay que ayudarlo. Él se preocupa de sacar las basuras que caen del boldo para que no se tape.

Yo no me explicaba cómo un pequeño camarón tenía tanta responsabilidad y que gracias a él yo podía tomar agua.

- Así es, dijo mi abuela. Él es el señor del pozo. Gracias a que cuida y limpia nuestra agua, ésta puede llegar hasta la tinaja.

Quedé sorprendida y me dio risa. Quizás el camarón pasó muy cerca de mis pies y no lo vi, menos ahora con el agua turbia. Imagínense que lo hubiera pisado, no tendríamos agua limpia; no quería ni imaginármelo. Habían pasado algunas horas y ya era un poco tarde, por lo que regresamos a la casa.

Vimos que salía fácilmente el agua, pero era de un color como leche con chocolate. Me dijeron que no me preocupara y que al otro día estaría mejor.

Apenas desperté al día siguiente, fui inmediatamente a ver la tinaja. Ésta brillaba por la claridad del agua, salía muchísima y estaba muy limpia.

Agradecida partí corriendo a visitar a don Camarón por lo que hizo esa noche al limpiar el pozo del barro que tenía el agua.

Pasó un buen rato y todavía no podía verlo. De pronto, un chorro de agua pasó veloz frente a mis ojos; ahí lo conocí, grande y gordo, con dos enormes tenazas y una cola que movía como escoba: el camarón del pozo ya estaba trabajando para nosotros. 🐙



PREMIOS NACIONALES “ME LO CONTO MI ABUELITO”

SEGUNDO LUGAR

Felipe Andrés Muñoz Molina

16 años

3° Medio, Liceo B N°8 José Santos Ossa

VALLENAR, REGIÓN DE ATACAMA



El diablo en su caballo

La Mami Flora vive en la majada La Cantero, al sur de la ciudad de Vallenar. Ahí ella cría cabras, gallinas, chanchos, conejos y burros.

Le decimos Mami, porque nunca ha querido que la llamemos abuela.

Ella es muy especial, tiene tantas historias como años sobre sus hombros.

Esta es una de esas veces en las cuales, como siempre, guardamos silencio y nos dejamos envolver por su voz llena de magia.

Yo era una niña, creo que tenía unos 11 ó 12 años. Vivía con mi mamita y mis hermanos, el Lázaro y el Melqui, en la majada El Molle. Nosotros éramos los más chicos, porque mis hermanas Gala y la Berta ya se habían casado. La Gala vivía cerca, pero la Berta se había ido a la mina La Abundancia, por allá por Camarones, el mineral de plata y cobre que años antes había sido muy grande. Incluso ahí había hasta pulpería, pero por ese entonces quedaban las puras ruinas y unas cuantas minas que aprovechaban los pirquineros.

Entre esos pirquineros estaba mi cuñado Manuel, marido de la Berta, pero él era tan bueno *pa'ndar* tomando que lo poco que ganaba se le iba en puro vicio, así que la Berta pasaba harta necesidad, y mi mamita vivía *preocupa'* por ella, por eso siempre me

mandaba a dejarle alguna cosa. Claro que antes no era como ahora, cuando las mamás mandaban, uno tenía que obedecer al tiro y *na'* de andar rezongando, fuera lo que fuera que te mandaran a hacer, uno lo hacía. Y así *pu'*, mi mamita un día de los tantos se puso a arreglar unas cosas para mi hermana, la Berta, y sin preguntar *na'*, me dijo: “Oye Flora, *vai* a ir a dejarle un poco de hierba, harina y azúcar a tu hermana”.

Yo *callá'* obedecí y aunque el sol ya se había puesto, ni tonta reclamar que era tarde *pa'* ir y volver. Así que ensillé al Calchilla, un burro que teníamos bien mansito, y era bien difícil que se espantara con algo. Yo me sentía bien segura cuando andaba en él, le arreglé la alforja con los víveres y llamé al Pichintún, mi perro, que nunca me dejaba y me cuidaba como hueso santo cuando yo andaba por

el cerro. Y me fui po', me demoré en llegar, porque los caminos eran malos, caminos de arrieros nomás.

Cuando llegué a Camarones, allá estaba la Berta, había hecho unas tortillas de pacul y las tenía en la parrilla... ¡pacul, *pu'!*, esas semillitas que ustedes recogen *pa'* hacer con azúcar *quemá'*, pero en esos tiempos cuando uno no tenía pan las molía en piedra, después con un poco de agua quedaban como manjar de campo y bien cocidas eran capaz de tentar al diablo. Cuando me vio, la Berta se puso contenta y me ofreció un tecito. Yo comí rapidito porque estaba cayendo la noche y tenía que volver y mi vieja era *jodía'*, y no aguantaba que uno se quedara en las casas. No como los niñitos de ahora que se amanecen en la calle y no les importa ni una cuestión, así que la Berta me alistó una tortilla de las que había hecho en la alforja: "Es *pa'* la mamita" -me dijo- "*pa'* que tome mate, y te *apurai pa'* que no se te haga de noche" -terminó diciéndome.

Salí rapidito de ahí *pa'* alcanzar un poco de sol, pero a mitad de camino se me vino la oscuridad, empezaron a salir las primeras estrellas y la noche se vino encima como una mina vieja sin lámparas. Yo arriaba al Calchilla *pa'* que se apurara, pero el burro caminaba despacito, y entre tiras y aflojas llegué hasta el portezuelo del Romero, y bajé pensando que sería mejor irme por la *quebrá'*, *pa'* evitar encontrarme con algún minero, porque habían hartos por ahí y, según mi mamita, uno tenía que alejarse de ellos, porque no conocía las intenciones de toda la gente, y yo que era niña nomás.

Ahí empezó la noche más larga de toda mi vida. No alcancé ni siquiera a avanzar un metro cuando de repente sentí un *roda'o* de piedras y una sonajera de riendas detrás de mí. La piel se me puso de gallina y un

escalofrío me recorrió completa, pero como mi mamita siempre decía:

- "Cuando anden por ahí y sientan lo que sea, nunca ¡pero nunca miren *pa'trás!* porque puede ser cualquier cosa mala y si la miran de frente pueden hasta perder la vida".

Así que no sé cómo le di rienda al Calchilla y de vez en cuando le apretaba las costillas con los talones *pa'* que se apurara, pero parecía que el Calchilla no me entendía, porque cada vez me sentía más cerca de ese huaso a caballo que me seguía sin siquiera decir una palabra. Me siguió metros y yo de reajo podía ver que el caballo era negrito y que de las riendas le salían chispas amarillentas, lo mismo que de las herraduras. El hombre que montaba ese animal era grande y no era de este mundo, porque aunque yo no podía verlo, sentía que no era algo bueno, además que el Pinchintún gemía como si alguien le hubiese *pega'o*, pero nunca se apartaba de mi lado.

No sé cuánto camino recorrí, pero ese trecho fue el más largo que nunca había andado, el Diablo y su caballo estaban tras de mí y yo sin siquiera poder pronunciar ni una palabra. Yo creo que me siguió como una media hora, nunca miré, pero podía sentir el resuello caliente y húmedo por la espalda, y así fue por toda la *quebrá'*. Cuando llegamos a media falda del cerro, donde hay unas piedras negras grandes, sentí como si venía una tropa de caballos rodando... como si un cerro se me venía encima y un viento fuerte con olor a azufre me entró por la nariz. Sentí un miedo grande y quedé como hipnotizada, me caí del burro con montura y todo, me acuerdo que traté de agarrarla, pero no pude y en mi inconsciencia busqué la alforja con la tortilla de



pacul y no estaba, era como si alguien la hubiese *saca'o* del burro: todo era muy terrible.

Al rato me paré como pude y me quedé como *paraliza'* sin pensamientos ni nada, no sé cuánto rato estuve así, a lo lejos sentía una voz que me gritaba: ¡Flora!, ¡Flora! pero no podía contestar, estaba muda e ida...

Lo que me dijeron después fue que mi hermano Melqui me encontró al aclarar y que estuve tres días

sin decir una palabra. En la casa pensaban que algún hombre me había hecho algo, pero no *pu'*, si lo que yo había vivido esa noche nunca más se me olvidará, incluso ahora que ya estoy vieja...

Esa noche, hijo mío, me había seguido el Diablo en su caballo y de seguro el muy sinvergüenza se habrá chupado los bigotes con la tortilla de pacul que me robó. 🍌



PREMIOS NACIONALES “ME LO CONTO MI ABUELITO”

TERCER LUGAR

Marcela Alejandra García Ángel

13 años

6° Básico, Escuela Nuestra Señora de La Divina Providencia

CISNES, REGIÓN DE AYSÉN



El cóndor agradecido

Me contó mi abuela que cuando era pequeña vivía en la montaña, cerca del río Cisnes. De ese tiempo me cuenta la siguiente historia.

“Un día vimos a unos hombres extraños, con ponchos y cabellos largos, que iban montados en caballos y llevaban colgando de las alas un cóndor que sangraba. La sangre dejaba una huella en el suelo.

Con mi hermana seguimos la huella para ver de dónde venía, subimos unos roqueríos y encontramos un nido con un cóndor pequeño que reclamaba por comida. Le dimos de comer insectos y gusanos que encontramos y pareció quedar contento. Después de ese día, lo fuimos a ver seguido y le llevábamos comida. Empezó a crecer y pronto andaba volando en el cielo, se veía hermoso. De ahí en adelante, llegaba cada vez a nuestra casa, a visitarnos y comer lo que le ofrecíamos.

Cierta vez, se acercó a mi hermana y dice que le habló al oído. Le dijo que le daría el don de ver las cosas desde muy lejos, como él.

Nos fuimos a vivir cerca del mar. Una vez supimos que dos pescadores desaparecieron cerca de la isla San Andrés. Nos subimos a los roqueríos y mi hermana pudo ver a dos hombres en un islote, en medio del canal. Avisamos de inmediato y los otros pescadores los salvaron de morir de hambre y frío.”

Según mi abuela, luego de haber ayudado a mucha gente, la llamaron “la Niña Ojos de Cóndor” y toda su familia estaba orgullosa y feliz. 🍃

PREMIOS NACIONALES "ME LO CONTO MI ABUELITO"

PREMIO ESPECIAL PUEBLOS ORIGINARIOS

Camila Andrea Orellana Delgado

15 años

1º Medio, Colegio Adventista de Temuco

TEMUCO, REGIÓN DE LA ARAUCANÍA



El gran canelo

Había una vez, en un hermoso valle, un gran canelo; era grande y sus hojas siempre estaban verdes, su tronco era grueso y en su corteza tenía distintos tonos de color café. Este árbol era muy importante para toda la comunidad, pues para las ceremonias se sacaban de él las ramas para adornar el rehue y todo lo demás, y también la machi lo usaba para distintas medicinas. Aunque su sombra era grande y fresca, la mayoría de las personas no quería acercarse a él, porque nuestro canelo estaba rodeado de sapos.

A nosotros, los niños, siempre nos mandaban a cuidar nuestros animalitos. Yo tenía cuatro chanchitos y diez ovejitas que cuidar y era bueno llevarlos allá, porque mientras nosotros compartíamos catutos y sopaipillas, que a veces llevábamos de roquín, nuestros animalitos comían pastito verde y tomaban agua cerca de nuestro canelo.

Sin embargo, los grandes cada vez decían más

y más que algo malo había alrededor de nuestro canelo, porque no dejaban de crecer sapos y parece que cada vez había más y más sapos. A nosotros hasta nos gustaban y jugábamos con ellos todo el tiempo. A veces los grandes, cuando pasaban por ahí, se sentaban un ratito a descansar pero se iban rapidito porque se enojaban al ver los sapos de un lado al otro y además que cantaban tanto.

Un día, en un consejo, alguien dijo que deberían cortar el canelo, otros decían que no podían, porque era nuestro árbol sagrado. Nosotros, los chicos, no podíamos opinar y la pena se nos hacía cada vez más grande.

Una tarde llegó un anciano, se llamaba Nahuel, y se sentó con nosotros a conversar. Nos dijo que él quería mucho ese canelo y nos contó que cuando él era chico tenía una herida por dentro que le dolía mucho, era una hernia. La machi le dijo que tenía que marcar su pie en la corteza del gran canelo y

cortar toda la cáscara que marcara su pie y cuando la corteza sanara, él estaría sano de su enfermedad. El anciano nos dijo que así fue y que muchos más también habían curado sus enfermedades allí.

Hicieron muchos consejos hasta que decidieron cortar nuestro canelo. Qué pena tan grande teníamos nosotros, igual hicieron una ceremonia y la gente se llevó ramas de él. Al paso de los días, las cosas cambiaron tanto, los sapos se fueron, pero con ellos se fue el agua, por alguna razón el gran canelo atraía una vertiente y cuando él no estuvo la vertiente se fue con él. Nosotros no teníamos agua para nuestros animales ni sombra donde recostarnos. Estábamos cada vez más tristes. Teníamos que buscar agua por otros lados y hasta casi ni nos veíamos como antes. Entonces todos nos dimos cuenta de lo importante que era el canelo para nuestras tierras.

Una tarde, cuando ya volvíamos a la ruka, venía caminando hacia nosotros el anciano, nuestro amigo Nahuel que también amaba el canelo como nosotros y nos dijo que tenía una sorpresa, que tenía algo que mostrarnos.

Decidimos acompañarlo y nos llevó a un lugar hermoso donde había un canelo chiquitito y él nos dijo:

-“Este pequeño árbol es una rama del gran canelo que tanto quisimos. Algún día, si ustedes lo cuidan, llegará a ser tan grande como el gran canelo. Él cuidará el agua y quizá también lleguen muchos sapos a vivir aquí, pero la naturaleza es buena y sabia y quizá Ngen Ko y Ngen Mapu nos escuchen y manden mucha agua y buena tierra para que crezca. Haremos rogativas para que este canelo sea grande y fuerte”.

Desde ese día, mis amigos y yo llegábamos temprano con nuestros chanchitos y ovejitas y cuidábamos también nuestro canelo. Con el tiempo creció mucho y hasta se formó un mallín cerca que también tenía sapos, pero este canelo era nuestro. Aquí también había una vertiente. El canelo era nuestro amigo y lo visitábamos todos los días, incluso cuando estábamos en fiestas como el Wi tripantû. Nahuel fue también siempre nuestro amigo y era ¡tan bueno cuando él venía en las tardes y nos contaba historias debajo de nuestro gran canelo! 🍃



PREMIOS NACIONALES "ME LO CONTO MI ABUELITO"

MENCIÓN HONROSA PUEBLOS ORIGINARIOS

Óscar Tomás Llebul Millapi

13 años

8° Básico, Escuela Básica Nueva Toki Kaupolikan

CAÑETE, REGIÓN DEL BIOBÍO



Mi abuelito me dijo que Chaw-Ngunechen estaba enojado

Cada vez que tiembla o Chaw Ngunechen muestra su poder, moviendo la Tierra, como dice mi abuelito y eso fue lo que ocurrió en la década del '60.

Mis abuelitos vivían en Ponotro, cerca del río Quídico. Este lugar pertenece a la comuna de Tirúa. El ruido subterráneo no tenía dirección de donde venía, solamente que transcurrido un momento comenzó a moverse la tierra, los árboles se golpeaban y el sonido se escuchaba como silbido de muchos hombres. Los animales se comunicaban en su lenguaje y apresuraban su tranco al corral, también lo hacían las gallinas, pollitos y el gallo, éste último aceleraba su canto con desespero. Mi abuelo tomando a su Kurre (esposa) y su Koñi (hijo hombre) se abrazaban, pero no se sostenían en pie, tenían que botarse en la tierra.

El eco del kull - kull (cuerno de animal que se usaba para comunicar o anunciar algún mensaje) susurraba al oído que venía del Nguillatuwe (lugar dedicado para la ceremonia del Nguillatun, ceremonia religiosa), este sonido era más fuerte que nunca, era el llamado del

longko, al que toda la comunidad debía acudir por tradición, unos llegaban en carreta, otros a caballo y otros a pie, todos se apresuraban -desde los pichikeche (gente chica) hasta los más ancianos.

Se dirigió el longko a su comunidad: "Debemos hacer una rogativa a Chaw-Ngunechen (Padre, Dios), ya que está enojado con nosotros". Mientras tanto, la machi junto a su rewe (lugar sagrado, tranco con escaleras y ramas de canelos), comenzó a hacer sonar su kultrung al aire, su eco sensibilizó a toda la comunidad. Dirigiéndose la machi al longko, le habló en chedugun (habla o voz de la gente), éste tradujo el mensaje de inmediato, se dirigió a la comunidad y les dijo que debían acudir al Treng-Treng (cerro sagrado para estar seguro) para ponerse a salvo, ya que el mar iba a salir de su lugar, mientras la lluvia traspasaba las mantas y los rebozos.

Para llegar al Treng-Treng, debían cruzar el río de Quídico; sin embargo, al llegar al puente éste ya no se encontraba en su lugar, pues ya había realizado su

primera salida, por lo que hubo que arriesgarse y cruzar el río por la desembocadura, para ello utilizaron sus caballos y carretas.

Mi abuelito recuerda que en su caballo tuvo que volver a rescatar a unas mujeres que se estaba llevando el río, alcanzó a tomarse de la tusa y de la cola del caballo y lograron llegar a tierra firme.

Luego, pasando el sector de Quídico se dirigieron a lo alto de esta ciudad donde se ubica el Treng-Treng.

Se dice que si el mar se saliera, este cerro (Treng-Treng) se empezaría a levantar, y a este lugar llegan diferentes tipo de seres vivos.

Ahí, en lo alto del cerro, se reunió mucha gente por el rugido que causaba el mar, que hacía temer una posible salida, porque el movimiento de tierra continuaba y la lluvia también era imparable. Nadie entendía por qué Chaw-Ngunechen los estaba haciendo pasar ese mal rato.

Luego de varios días en el cerro, comenzó a escasear el alimento, por lo que se inició el retorno, aunque antes acordaron bajar y reunirse a la orilla del mar para realizar una rogativa de agradecimiento ya que había dejado de llover y el mar se había calmado; sin embargo, seguía temblando y fue allí en la "Puntilla" (como se conoce ahora), que toda la comunidad agradeció a Chaw-Ngunechen de una forma muy especial.

La rogativa fue como nunca antes la habían realizado, ya que no era común hacerla en el mar, siempre la rogativa tenía un lugar específico (Nguillatuwe).

El rewe fue instalado en el centro y alrededor las carretas, ramadas y las personas. Se invocó a Chaw-Ngunechen,

mientras la machi pidió que todas las mujeres se presentaran a orillas del mar donde las olas llegaban con poca fuerza. Cada domo (mujer) debía llevar consigo una concha de macha, todas llenas de ilon (carne), kako (mote), merken (aji). Estas ofrendas debían ser colocadas de tal manera que quedaran todas frente al mar. Lo fenomenal de esto, era que al retirarse las mujeres, una ola alcanzaba mas allá del lugar de donde quedaban las conchas, los productos que llevaba cada concha en su interior eran escondidas por las olas y la rogativa continuaba al son del kultrung, la trutruca, las cascahuillas, la pibilka y otros instrumentos. En un momento, se percataron que las conchas de macha habían sido devueltas tal como fueron dejadas, en la misma posición, pero, sin los alimentos, fue ahí donde todos quedaron espantados, aunque entendían que Chaw-Ngunechen estaba de acuerdo y gratificado por la acción del pueblo.

La presentación de los alimentos se repitió varias veces y cada vez las conchas volvían desocupadas, los alimentos no era devueltos, solo las conchas. Con esta indicación, lograban entender que Chaw-Ngunechen había aceptado las ofrendas y que Dios estaba con ellos, pues a partir de aquella hora disminuyeron los temblores y se "sosegó" la tierra.

Luego, dijo mi abuelito, todos regresaron por fin a su casa, después de haber pasado varios días durmiendo en el Treng-Treng, mojados por la lluvia, aunque el temor a Dios perduró por varios años.

Me explica mi abuelito que el suceso que ocurrió este año (2010) es algo similar a lo que pasó en la década del '60, aunque hoy no ve mayor compromiso del pueblo mapuche por llegar a Dios. Será porque el Treng-Treng está oculto por árboles (pinoS, eucaliptos) y es difícil llegar hasta allá arriba, además "la maldad ha aumentado hijo", me dice mi abuelito.



PREMIOS REGIONALES
"ME LO CONTO MI ABUELITO"
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

PRIMER LUGAR
Katty Melitssa Quispe Gutiérrez
11 años
6° Básico, Colegio Alta Cordillera
ARICA



El príncipe de la cordillera

Dice la leyenda que antes, hace mucho tiempo existía un rey que vivía y gobernaba toda la precordillera y la Cordillera de Los Andes. Este rey tenía una hija, una princesa muy linda y hermosa. El gobierno del rey iba a desaparecer, porque era muy antiguo y su fuerza comenzaba a debilitarse.

Un día, juntó a todos los súbditos y amigos de su pueblo, que eran diversos animales de la zona, como llamas, zorros, ñandúes, etc. y propuso desposar a su única hija. Para realizar un pronto matrimonio, los candidatos tenían que pasar una prueba que había dado el mismo rey.

Esta prueba consistía en que quien trajera el mejor regalo para su hija, se casaría con ella y como plazo les dio siete días.

Todos corrieron en busca del mejor regalo que podría gustarle a la hija del rey, pero la princesa tenía puestos

los ojos en sus pretendientes que eran guapos y bellos de apariencia. En particular estaba enamorada del zorro y del cóndor; del zorro por su acolchonada cola y su oreja grande y del cóndor, por su elegancia y su mechón blanco. Sin embargo, había otro pretendiente, a quien la princesa no lo consideraba como un galán y lo ignoraba. Nos referimos al puma: era flaco, con bigotes grandes y manos peludas.

Pasaron los siete días en busca del mejor regalo para la princesa y comenzaron a llegar los candidatos. El primero en llegar a palacio fue el cóndor, quien trajo nada menos que una vicuña muerta que tenía varios días de descomposición y según él, era el mejor banquete para la princesa. El rey muy molesto por lo que había traído, hizo que lo echaran del palacio, porque el olor era demasiado fuerte. La princesa quedó decepcionada del cóndor.

Más tarde llegó el zorro, quien trajo una cría de llama

muerta de varios días, también en total descomposición, hecho que enfadó más al rey y también lo echó del palacio. La pobre princesa perdió las esperanzas con sus pretendientes. El zorro, el más enamorado, no podía creer lo que pasaba.

El último de los candidatos que llegó a palacio fue el puma, quien trajo un venado vivo y solo tenía mordido el cuello. El rey no podía creerlo y todos quedaron sorprendidos, al ver que el puma con su astucia, inteligencia y humildad había llegado con ese regalo.

El rey se puso de pie y muy contento dijo a todos los presentes, que veían al puma cómo sujetaba al venado vivo: "Hoy es un día especial en mi reino y quiero decir que la belleza exterior tiene que nacer con una belleza interior, no dejarse engañar por la apariencia".

Por lo tanto, nombró al puma príncipe de la fauna cordillerana, por su habilidad y destreza. En cuanto al regalo, todos comieron y disfrutaron del sabroso y fresco venado. La princesa muy contenta condecoró al puma y se casó con él y fueron felices por mucho tiempo. ●



PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

SEGUNDO LUGAR

Jairo Javier Mamani Mamani
9 años
4° Básico, Colegio Alta Cordillera
ARICA



El joven zorro y la señorita Rosita

Hace mucho tiempo había una señorita llamada Rosita. Ella vivía sola en un campo pastoreando sus ovejas. Un día, al atardecer, cuando Rosita encerraba sus ovejas, de repente miró alrededor y vio que se acercaba un joven simpático, que llevaba un charango e iba vestido con un poncho color café claro y una bufanda de color vicuña.

El joven saludó a Rosita “buenas tardes” y ella le respondió también. El joven le dijo que no tenía dónde dormir y le pidió si lo podía alojar por esa noche, a lo que Rosita respondió que sí. Después, Rosita le preguntó de dónde venía y el joven respondió: “Vengo del norte”.

Rosita le preguntó su nombre y él le contestó: “me llamo Tido”. Él también le pregunta a ella quien responde: “Me llamo Rosita”. Esa noche, el joven Tido tocó unos temas muy bonitos con su charango y la noche se hizo muy larga para Rosita y el joven. A las 5 de la mañana, el joven se despidió de la Rosita. Ella le preguntó: “¿Adónde vas tan temprano?” y él respondió que tiene muchas cosas

que hacer y le dijo que al atardecer volverá. Rosita no le creía que volvería y él le reitera que sí, que volverá. Rosita llevó a pastear sus ovejas y pensó todo el día en el joven Tido.

Esa tarde, al anochecer, Rosita encerró a sus ovejas y esperó al joven con la cena lista. Cuando ya estaba oscuro, llegó el joven Tido y después de cenar hablaron muchas cosas bonitas y también tocó el charango.

Rosita le preguntó “¿Por qué no me miras a los ojos? Él le respondió: “Yo te veo con mis ojos”. Él nunca miraba de frente, sino que siempre estaba agachado y la bufanda tapaba su rostro; después llegaba la amanecida y se iba y todas las veces hacía lo mismo. Rosita se enamoró de él y el encuentro de ellos era solo de noche y mucho tiempo anduvieron juntos. En una noche de conversación, Rosita le dice: “¿Por qué no vienes a alcanzarme donde estoy pastando mis ovejas?” Él le dice, “mañana a mediodía te alcanzaré” y ella llevó sus ovejas a pastear al lugar donde tenían que encontrarse y él nunca se aparecía en el lugar.

Rosita estaba desesperada por encontrarse con él. Miraba por todo el lugar. En una de esas, mientras caminaba, encontró un zorro durmiendo debajo de un monte con bufanda de color vicuña y ella le tiró un pedazo de leña y al momento despertó y dijo: “karr, karr” y salió arrancando y quedó botado un hueso de la parte del omóplato y tenía las cuerdas de cuero bien delgado, hecho como un charango. Rosita lo alzó y lo botó a otro lugar sin importar de dónde era ese hueso.

Al atardecer, Rosita llevó sus ovejas a casa y, como siempre, esperó la llegada del joven, pero él no llegaba. Más tarde se quedó dormida y escuchó que alguien golpeaba la puerta y decía: “Ábreme la puerta, Rosita, ábreme la puerta”. Ella preguntó quién golpea la puerta. “Yo, Rosita”, respondió el joven, que era quien tocaba la puerta.

Ella le dijo: “Entra, no está trancada”. Esa noche, Rosita lo encontró muy preocupado y le preguntó: “¿Por qué

no viniste?” y él le dice: “Sí, vine. Tú estabas pasteando tus ovejas y te vi”. “Yo no te he visto”, -dijo Rosita- solo vi un zorro durmiendo debajo de un monte. ¡Oh, eras tú!”, le dice Rosita

Esa noche, el joven llegó sin su charango. Se durmieron y cuando amaneció, Rosita hizo comida por la mañana. Como tenía que llevar sus ovejas a pastear y el joven seguía durmiendo, lo despertó. De un de repente, salió arrancando el zorro diciendo: “karr, karr”.

En ese momento, Rosita se asustó mucho y corroboró que todo ese tiempo había estado con un zorro aficionado que era persona de noche y zorro de día, pero para ella era una persona muy simpática y encantadora. Rosita prometió no volver a conocer a nadie más.

(El zorro era bien aficionado, porque para él todo era posible y siempre lo perdía) 🍒



PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”
REGIÓN DE TARAPACÁ

PRIMER LUGAR
Elizabeth Marcela Ramos Mamani
14 años
1° Medio, Liceo Camiña
CAMIÑA

El cerro de Laimisiña

Cuenta la leyenda que desde el cerro de Laimisiña, de vez en vez se oyen gritos y un profundo rugido, los que sirven de aviso de malos presagios para los habitantes de Camiña.

Estos gritos son presagios de muerte, enfermedades y malas cosechas.

También, se cuenta que en el cerro de Laimisiña se esconde una riquísima mina de oro y para el que se acerca a ella, su destino será la muerte. Para el busca fortunas la leyenda de este cerro, en cuyos pies está el pueblo de Camiña, data de tiempos inmemorables. 

PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”
REGIÓN DE TARAPACÁ

SEGUNDO LUGAR
Dayana Quispe Quispe
16 años
3° Medio, Liceo Padre Alberto Hurtado Cruchaga
PICA



Gracias abuelito... te extraño...

Esta es la historia que me narró mi abuelito, una historia que vive siempre en mi corazón que late aceleradamente ante cualquier caída que me agobia.

Conocí el dolor del amor juvenil, ilusionándome con una persona algunos años mayor que yo y que aparentaba ser lo que no era realmente, pero solo mi abuelito y yo conocíamos su verdadera personalidad. Ambos éramos cómplices de esa verdad y ninguno de los dos nos atrevíamos a conversar sobre este tema ni compartirlo con los demás miembros de mi familia. Él, constantemente, me decía que la verdad no tardaría en salir a flote y así fue. La verdad se descubrió por medio de aquella mala acción de esa persona que yo, tan ilusamente, creía que sería mi pareja eterna.

Mi pena fue tan grande, que me desestructuré psicológicamente ante su mal comportamiento conmigo y más aún me dolían las críticas de mi entorno social, que destruían todo aquello que con mi esfuerzo

y sentimiento había logrado construir. Dentro de mi inconsciencia, sólo deseaba continuar ese sueño junto a él, pero ya algo se había quebrado. Así transcurrió un largo tiempo en el cual logré superar esa caída gracias al apoyo de toda mi familia.

Cierta tarde, me encontraba orando en mi dormitorio, cuando ingresó mi abuelito, en ese instante supe que él era la respuesta que yo esperaba, pues venía a contarme una historia y a mostrarme una carta que yo le había escrito cuando era niña y recién había aprendido a escribir. En esa carta y en ese tiempo, yo le prometía que cuando él muriera iba a ir en busca de una carta que, según me decía, me dejaría escondida entre las montañas... y en mi inocencia infantil, yo le creía.

Me contó que en su niñez, tenía como mascota una paloma muy blanca que al mirarla, le inspiraba un mundo de tranquilidad y paz, pues cantaba todos



los días al amanecer. Por el contrario, al atardecer, llegaba a su choza un murciélago que le inspiraba sentimientos de maldad, crueldad y odio. Cierta día, se le ocurrió dibujar un boceto de ambos animales y cuando en la mañana venía la paloma, él le ponía por delante el dibujo del murciélago, la paloma miraba y miraba con extrañeza aquella figura y le irradiaba sentimientos de amor. En la noche, cuando llegaba el murciélago, le colocaba por delante el dibujo de la paloma, en este caso, también el murciélago miraba largamente la figura de la paloma y poco a poco se fue enamorando de ella; igual le pasaba a la paloma con el murciélago.

Al observar estas escenas que se repetían día a día y percibir el sentimiento recíproco que iba surgiendo entre ellos, pensaba y pensaba cómo hacer para que se unieran y ver qué podía suceder. De repente, inesperadamente, al dirigir su mirada hacia la ventana, descubrió que el murciélago abrazaba a su querida paloma, no podía creer lo que estaba viendo, emocionado se acercó más, pero las aves se dieron cuenta y huyeron en precipitado vuelo alejándose cada vez más de él.

Ante esta escena, se sintió débil y triste, su querida paloma había huido con el murciélago, quizás ya nunca regresaría. Esa noche, producto de su pensamiento, soñó que pronto su paloma regresaría, ya que el murciélago no resistiría más el hambre de su hábito nocturno y tendría que dejar libre a su amada.

Al día siguiente, salió a ver si su paloma habría regresado. No podía creer lo que veía, era verdad;

estaba allí, pero esta vez ella se hallaba triste y débil. Mi abuelito sabía que extrañaba al murciélago. Nuevamente, transcurrida una semana, tuvo otro sueño, en el que el murciélago regresaba, esta vez para vivir siempre junto a su paloma. Mi abuelito comprendió que debía asumir el cargo de alimentar y cuidar a ambos, ya que se sentía responsable de la travesura de los dibujos que eran la causa del sentimiento que nació entre ellos.

Se le repitió el sueño, pero ahora esa nueva pareja -conformada por la paloma y el murciélago- se había transformado. ¡Oh! Sorpresa, el amor había hecho el milagro de volver al murciélago a su forma inicial... ¡era un hermoso palomo negro! Éste había sido hechizado por una bruja y sufrió mucho tiempo hasta que el amor de la blanca paloma pudo rescatarlo.

Ahora, todos los días mi abuelito salía temprano al patio para observar la pareja de aves que ya tenían descendencia producto de su amor... unos lindos polluelos que recién estaban aprendiendo a volar.

Queda en mi corazón la enseñanza de mi abuelito, en el sentido de que él se sentía como el papá de la palomita y siempre la veía triste, pero cuando se fue con su palomo, era su hija que se iba y eso le hizo sufrir mucho, pero finalmente comprendió que era la ley de vida y que siempre los hijos o hijas terminan por irse para formar su propio hogar.

Ahora ya adolescente, creo sentirme mejor preparada para cuando llegue ese momento. ¡GRACIAS, ABUELITO! 🍷

PREMIOS REGIONALES

“ME LO CONTO MI ABUELITO”

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

PRIMER LUGAR

Jonathan Samuel Orellana Araya

6 años

1º Básico, Escuela-20 Nuestra Señora de La Candelaria

CASPANA



Mi perro Botella

Mi perro se llama Botella y yo me llamo Jonathan Samuel Orellana Araya. Tengo 6 años y el Botella en febrero cumplirá cuatro años con nosotros. El Botella es un perro pequeño y peludo, su papá era un perro pequinés y su mamá, una poodle.

Sábado y domingo, mi familia y yo vivimos en Calama y de lunes a viernes, en el pueblo de Caspana.

Todos los viernes viajamos a Calama en nuestra camioneta. Yo y mi hermana, Ivannia, nos encargamos de subir al Botella a la camioneta, pero a veces él no quiere subir, porque se quiere quedar para salir a pasear, porque en Calama no lo puede hacer como en el pueblo. En el pueblo pasea feliz, corre rápido y tiene amigos: es libre. En Calama, no puede salir a la calle, porque un día el perro grande del vecino lo atacó y le rompió una costilla y la costilla se le enterró en un pulmón; casi se muere y me dio mucha pena, pero lo llevaron al veterinario y ahora ya está sano.

Yo creo que la vida en el pueblo es más saludable, porque es más natural, hay paz, aire libre y menos peleas, los animales y las personas son más tranquilos. Pero también me gusta estar en Calama, porque así visito a mi abuelita Bubu, que es la mamá de mi papá. Me gusta estar en la ciudad, porque siempre hay luz y puedo jugar en internet y ver dibujos animados; en Caspana hay un motor que se enciende en la noche para que haya luz. Cuando llega la luz prendo la televisión, pero mi mamá me dice que primero tengo que hacer las tareas y darle la comida al Botella y después ver televisión, así que el tiempo para ver mis monitos es corto, porque a las 21:00 horas dan noticias y yo y mi hermana debemos acostarnos. En invierno, cuando hace mucho frío, el Botella duerme adentro de la casa para que esté calentito.

Cuando lloro, el Botella se preocupa por mí, él me protege, se va a mi lado. El Botella es mi amigo y yo lo amo mucho. 



PREMIOS REGIONALES
"ME LO CONTO MI ABUELITO"
REGIÓN DE ANTOFAGASTA

SEGUNDO LUGAR
Javiera Sarahí Maizares Navarro
14 años
8° Básico, Colegio Nuestra Señora de Ayquina
CALAMA

El Media Taza

En el pueblo de La Tirana, se encontraba un hombre cuyo nombre era José. Muchos de los habitantes no le hablaban, ya que su carácter era muy fuerte y no tenía paciencia con los demás. Él era mi abuelo, pero empezaré a contarles un poco de su vida.

Él era un hombre mayor, de unos sesenta y cuatro años o más, había nacido en tiempos difíciles. Él se sentía seguro en su pueblo. Sus padres lo mantuvieron siempre muy protegido, aunque la comida era escasa y sólo contaban con lo mínimo, aparte del agua y el pan. Él no entendía lo que pasaba, pero se daba cuenta de la mirada de su madre ante las necesidades que enfrentaba la familia y de la preocupación del padre, situación que lo marcó para siempre.

Cuando ya tenía unos seis años, considerando lo que pasaba en casa, decidió ahorrar por su cuenta y empezó a tomar solo la mitad de la taza, de lo que fuera, leche, té o café, nunca una entera. Su madre se empezó a dar

cuenta de esto, pero él nunca le contó por qué lo hacía. Cuando fue joven y adulto, continuó con esta manía, que no era necesaria, pero le era muy difícil no hacerlo.

Él era un soñador, pensador y filósofo. Cada vez que lo escuchaba, me hacía reflexionar. Me contaba cosas maravillosas, historias de seres mágicos que existían sólo en su pensamiento; él me inspiró a escribir.

Un día, cuando me dirigía a su casa, me encontré con el señor Sánchez, quien me preguntó por mi abuelo, si seguía estando solo. En mi mente pensé sobre su pregunta, él sólo quería que se lo llevaran, ya que en el pueblo lo creían loco. Le respondí que mi abuelo se encontraba mejor y no continué la conversación.

Su casa solo contaba con una pieza, un baño y una salita de estar, donde él siempre permanecía. En su silla solía tomar su café y leer todas las tardes; reitero que tomaba sólo una media taza, nunca una entera. 

Cuando llegué a su casa, me estaba esperando como siempre, me miraba por la ventana, su cara era tierna, pero por dentro yo sabía que él sentía temor de que algo malo en algún momento le ocurriera. Él no confiaba en la gente, pero decía que en mí sí podía hacerlo, porque me parecía a él, en su forma de ser; yo íntimamente deseaba algún día llegar a ser como él.

En una ocasión, me contó la leyenda del zorro. Era un relato donde se contaba que cada vez que moría una persona, el zorro llegaba para llevarse su alma, la aspiraba y luego se iba con el viento hacia el cielo. Le pregunté, si algún día él lo pudo ver, pero de sus ojos cayó una lágrima y no me respondió. Luego, me aclaró que se acordó de la señora Mercedes, su amada mujer; ella prefería que la llamaran así, nunca supe la razón de ello, por qué no llamarla abuela o abuelita. No quise seguir preguntándole, porque me di cuenta de que el zorro había aparecido cuando la señora Mercedes murió; el zorro, para el abuelo, era una realidad.

En mi casa, escuché a mi padre decir a mi madre: “A él ya no le queda mucho tiempo; los médicos solo le dan unos meses de vida”. En ese tiempo, no comprendí de quién estaban hablando.

Un día, me encontré con Nime, el perro de mi abuelo, que estaba persiguiendo palomas en la calle. Corrió hacia mí, le acaricé el hocico, corrimos juntos hasta la casa de mi abuelo, quien estaba tomando su media taza de café. Me dijo que cuando tomara una taza de café completa estaría cerca su muerte, su taza estaba marcada con los restos de café que iba dejando el tiempo.

Sus únicas compañías éramos Nime y yo, por cierto, ni siquiera le he dicho mi nombre: soy Felipe, nieto del Media Taza. Quise contarles mi historia, la que hago en recuerdo de él.

Otra de las historias que me contó mi abuelo, fue la del cuervo. Decía que hace mucho tiempo, los niños eran obligados a trabajar, los encerraban en distintas prisiones y los maltrataban. Un niño de esos había muerto y tomó la forma de un cuervo, éste ayudaba cuando era invocado por niños que se encontraban en situaciones difíciles.

Siempre me sorprendió mi abuelo, con su expresión de felicidad, su cariño hacia mí, esas recomendaciones que nunca olvidaré.

El 12 de septiembre, mi abuelo murió. Recuerdo que me dirigí a su casa, cuando observé que Nime ladraba en dirección a la puerta; entré, mi abuelo dormía, en su mano tenía su taza. Recuerdo que era de un color marrón. Cuando traté de despertarlo me di cuenta de que estaba frío: había muerto. Lloré sobre él por largo rato, luego de recuperarme, miré su taza, en ella se veía la marca de café hasta arriba, solo quedaba un resto, como él me había dicho. El zorro entró por la ventana y se llevó su alma en el viento.

No pude ir a su entierro, porque todavía no aceptaba su muerte. Juré cuidar a Nime, pero no pude, se murió de pena. Dentro de mí, siempre estará el recuerdo de EL MEDIA TAZA, mi abuelo, el ser más importante de mi vida. Ahora les dejo su recuerdo también. 🍂



PREMIOS REGIONALES
"ME LO CONTO MI ABUELITO"
REGIÓN DE ATACAMA

PRIMER LUGAR
Daniel Leiva Arqueros
11 años
El Chañar
COPIAPÓ



El zorrillo llamado Horacio

Horacio era un pequeño zorrillo que vivía en unos cerros que quedaban detrás de la casa donde vivía Luchín. Lo llamaban así porque 13 años atrás un hombre lo había descubierto merodeando por el lugar, mientras observaba maravillado el milagro del desierto florido, que aquel año había bendecido a la ciudad. Su apellido era Quiroga, y en honor a ese encuentro fortuito lo había bautizado.

Horacio era como todo zorrillo: solitario, y cuando se sentía observado se sentaba a distantes metros del lugar y fijaba su vista en quien tenía al frente.

Salía durante el día para capturar ratones y algunas alimañas con las que se alimentaba y era muy sabio al no acercarse a la humanidad, porque de seguro alguien lo cazaría. Horacio y Quiroga pudieron establecer cierta relación. De hecho, cuando Quiroga fotografiaba asombrado y maravillado el desierto, Horacio se ubicaba en un lugar cercano que él prefería, curiosamente cerca de las añauucas, y servía de modelo.

Quiroga se preguntaba por qué, luego entendió que durante la noche y la amanecida, las añauucas guardaban agua en sus flores las que el zorrillo Horacio lengüeteaba incansablemente.

Horacio se había convertido casi en una leyenda. De hecho, Luchín y sus amigos salían por la mañana de cabalgata para el cerro en busca de Horacio.

Un día, al pasar algún tiempo, Luchín invitó a sus amigos a una cabalgata por el cerro Capi y sus alrededores, pues sabía que podía encontrar a Horacio ahora con familia, con crías y con otra edad y color, porque Horacio tenía el color dorado más precioso que zorro alguno tenía, y eso, según se lo había contado el señor Quiroga a ellos en una tarde, se debía a los largos baños de sol que Horacio se daba al amanecer para confundirse con su peor depredador: EL HOMBRE.

Luchín y sus amigos emprendieron el viaje, pero conforme avanzaban fueron descubriendo que en vez de los

hermosos cactus y copiapoas que crecían libremente en el lugar, había basura, restos de animales muertos, muchos jotes carroñando y basura, mucha, pero mucha basura.

Luchín pensó que jamás encontraría a Horacio en aquellos lugares, porque ya no eran los de antes, entonces comprendió que el hombre no era tan solo el depredador natural de los animales como Horacio, sino también de su propio hábitat.

Él y sus compañeros se detuvieron en los faldeos del cementerio indio que quedaba detrás del cerro Capi y revivieron por un rato la vida pasada. A los atacameños bajando el cerro o yendo a buscar agua al río Copiapó que en ese tiempo debió haber llevado un precioso caudal, también actualmente depredado por la mano del hombre.

Como había eco en esa cadena de cerros, gritaban fuerte él y sus amigos en conjunto:

- ¡¡¡Horacio!!!

Y el eco respondía.

- cio...cio....cio....

Los niños reían porque podían escuchar sus propias voces y lo volvían a hacer....

- ¡¡¡Horacio!!!

- cio....cio....cio....

Respondía el eco, pero después de aquello ya nada volvía a repetir... Horacio no estaba, porque el hombre había destruido el hábitat del zorrito.

Cuando venían de regreso a la civilización, encontraron en el camino al señor Quiroga, quien -ahora más moderno y en bicicleta- los acompañó en su regreso a casa.

- ¿Viene de ver el desierto, señor Quiroga?

- No hay nada que ver aquí. ¡Pura basura, nomás! El hombre se ha encargado de tapar con basura este hermoso lugar, antes un jardín natural después de las lluvias de invierno.

- Nosotros fuimos a ver a Horacio, pero no lo encontramos, debe de haberse ido o tal vez....

- ¿Muerto? -interrumpió el señor Quiroga.

Los niños se miraron unos a otros procurando un deje de tristeza en sus miradas.

- Sí.....-respondió uno de ellos- lo hemos llamado entre todos, pero solo el eco nos respondía.

El señor Quiroga se detuvo y bajó de su bicicleta y apiló a los muchachos en una roca y los hizo mirar el desierto.

- Antes, mucho antes de ustedes, éste era un lugar privilegiado. Vivían, además de Horacio, otras especies, como iguanas, guanacos y otros animales y aves, que compartían este bello lugar con los indios atacameños que aquí habitaron. Después de las lluvias, florecía en magnitud el desierto y también aparecía la más prestigiada fauna. ¡Pero miren ustedes, lo que ha hecho la inconsciencia del hombre! Ha sepultado la belleza de este lugar, pero nunca



es tarde. Unámonos y pidamos a las autoridades que nos devuelvan este lugar, que lo limpien, que nos enseñen cómo preservar el ambiente, quizás después de eso podremos encontrar a Horacio nuevamente.

- ¡Sí, sí, señor Quiroga, lo haremos! En nuestras escuelas, en nuestras calles, ayudaremos para que este lugar sea nuevamente la casa del zorrito Horacio.

Otro niño preguntó.

- ¿Pero existirá Horacio o habrá muerto producto de la contaminación?

- Miren. Juntémonos el domingo aquí mismo y díganle a sus papás que el viejo Quiroga los llevará a dar un paseo, incluso ellos mismos pueden venir.... Y les daré una sorpresa.

Luchín y sus amigos se fueron felices a sus casas y compartieron con sus padres y hermanos lo que les había contado el señor Quiroga. Entonces el domingo siguiente, acompañados de algunos adultos y del señor Quiroga, llegaron hasta el Pretil, un lugar donde hay un mini zoológico.

El señor Quiroga de inmediato los llevó a una gran jaula y pudieron ver al animal, encerrado, moviéndose de un lado a otro. Conservaba Horacio su color dorado y cuando le llamaban, sus orejas puntudas quedaban detenidas y sentado en su cola les miraba. Luego, corría de allá para acá con mucha alegría.

El señor Quiroga vio la alegría de los niños y los abrazó.

- Lo rescaté de la basura y la contaminación de la que antes fue su casa.

- ¿Y no le hizo daño señor Quiroga?

- No, porque los animales sienten cuando los humanos harán cosas buenas con ellos. Yo le prometí a Horacio que cuando el desierto volviera a florecer y los humanos se preocuparan de descontaminar y limpiar el lugar lo devolvería a su hábitat natural.

- ¡¡¡Horacio, Horacio.....!!!!

Lo llamaban los niños con alegría.... Pero ya no se escuchaban los ecos ausentes de un desierto abandonado. Luchín y sus amigos visitaron el resto del parque, donde oyeron el rugir de los leones, el pío de las aves, el mugir de las vacas y el aleteo de las águilas.

- Nosotros prometemos a Horacio que lucharemos por la limpieza del desierto, para que nuevamente haya flores, animales e insectos que habiten en nuestros cerros.

Y todos rezaron junto al señor Quiroga, quien les había dado esa tarde un hermoso regalo. 🍀

PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”
REGIÓN DE ATACAMA

SEGUNDO LUGAR

Nelson Leiva

15 años

Los espantos de mi tía

Copiapó es una ciudad minera por excelencia, nombrada en el mapa del Chile colonial como la más próspera de las tierras del norte y eso quedó comprobado con las insólitas historias que mi abuelo Gregorio solía contarme.

Él era un hombre solo. Me contaba que a su padre se lo había llevado “el Cachúo”, porque fue a buscar un entierro por entre los cerros, historia que a pesar de que le apenaba, lo empujaba a lanzarse a la aventura por lo menos para tener un recuerdo -por vago que fuera- de aquel padre a quien tanto extrañaba y que jamás había podido olvidar y a quien admiraba eternamente por su coraje y valentía.

En cierta ocasión fuimos de paseo. Comenzamos nuestra cabalgata, internándonos por los cerros costeros, verdaderas pirámides naturales que nos envolvían en la inmensidad y el silencio. El sol parecía no moverse de su sitio, inspirado en brindarnos toda su luz y su calor. Subíamos, bajábamos y descansábamos, todo en un silencio que inexplicablemente comunicaba lo real con

lo imaginario. Más allá de la aventura, la experiencia que viviríamos no la repetiría por nada en el mundo.

Yo iba detrás de él, imitando cada uno de sus pasos, cuando de repente un grito que me curó del espanto salió de su boca.

- ¡Jesús, María y José!

- ¡Quéeee!

- Anday di tres veces diablo al revés, que hemos encontrado un nido de oro en la cola del patas de toro....

- ¡Olbaid, olbaid, olbaid, que el diablo no me lleve a mí!!!

Efectivamente, mi abuelo me había preparado para la eventualidad de encontrar una mina abandonada entre aquellos vientres de tierras y piques olvidados, en los que de seguro andaba ese caballero que no quiero ni nombrar...



- ¡Olbaid, olbaid, olbaid, que el diablo no me lleve a mí!

Mi abuelo detuvo el caballo a la entrada de un gran tajo, bajó rápido y sin temor alguno, me tomó de la mano que sudaba de espanto y me advirtió una y otra vez.

- Si ves algo extraño, solo di tres veces lo que te dije..... quédate al lado del caballo, iré a echar un vistazo y vuelvo enseguida.

Yo debía ser un hombre a los 12 años, porque para eso había venido con mi tata Gregorio desde Tierra Amarilla, para acompañarlo en su búsqueda, pero debo confesar que el miedo era tan grande que me tiritaban las cañuelas y se me secaba la garganta de tanto decir al revés y tres veces "olbaid, olbaid, olbaid....." que se había convertido casi en una oración.

Aquella mina estaba abandonada por años y la curiosidad obviamente me llevó a entrar en una de las casuchas que al parecer cobijaba a los pirquineros. Todo estaba intacto, cubierto de telarañas, de polvo y de recuerdos dormidos. Una cama, un cajón manzanero que servía de velador, una silla, un tablón apoyado a la pared lleno de papeles, revistas y diarios....

Con cada paso que daba crujía la madera como reclamando al intruso que venía a desordenar el pasado, pero la curiosidad pudo más que el espanto y empecé a trajar las cosas que estaban en aquella improvisada mesa, entre ellos, diarios que databan de 1954, revistas, cajetillas de cigarrillos y varias cartas, algunas que jamás fueron abiertas. De pronto y mientras trajinaba, un fuerte crujido resonó en la pieza.

- Crunccccccccchhhhhh

No sé si fue una rata o un zorro que se había escondido entre los olvidos, pero inmediatamente quise salir de aquel lugar, obviamente diciendo "olbaid, olbaid, olbaid, que el diablo no me lleve a mí".... (Eso resultaba según mi abuelo, porque a él también se lo enseñó su papá, o sea, mi bisabuelo).

La puerta se abrió estrepitosamente frente a mis ojos, mis cañuelas nuevamente comenzaron a bailar incontroladas y el sudor bañaba mi frente y mis manos. Los ojos me salían de las órbitas, mientras esperaba que la puerta se abriera completamente para ser descubierto por el patas de toro.

Una silueta de como dos metros se desdibujó en la sombra que proyectaba el sol y el cerro; una sombra tan larga e interminable como mi miedo. Demoré en llegar hasta su rostro, porque tenía los ojos cerrados de espanto y no cesaba de decir: "olbaid olbaid olbaid... que el diablo no me lleve a mí".

-¿Qué estás haciendo aquí chiquillo de moledera?

- ¡Mamáaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaá!!!!!!!!!!!!!!
Grité preso del espanto y salí corriendo sin mirarle la cara al patas de toro, porque mi abuelito me dijo que no tenía que hacerlo. Corría y corría, pero ni siquiera estaba el caballo y el tajo de la mina abandonada parecía más oscura... mucho más oscura que al llegar. ¡Claro, si ya estaba oscureciendo!

- ¡Abueliiiiiiiiitooooooooo!- llamaba sin cesar una y otra vez.

Alguien me tomó por los hombros y me levantó en los aires como si fuera una hoja de papel seca o una de esas

cartas que encontré en aquellos sitios de olvidos....

- Aquí estoy niño tonto.... ¿Qué te ha pasado?

Sin mirarlo aún, porque la posición no me lo permitía conocí su voz, pero tenía miedo, porque también me habían contado que “el Malulo” se transformaba en cualquier cosa. Así como vaciando todos los conocimientos adquiridos por mi abuelo Gregorio me acordé también que me dijo que había que mearlo. Así que muy sigiloso y con las manos aún temblando me propuse cumplir con mi cometido y una vez que me hubo bajado procedí...

- Allí *tenís*, diablo malo!!!!

El diablo que no era el diablo, sino verdaderamente mi abuelito quien se espantó de la mojada que le entregué, trataba de convencerme de que no siguiera haciéndolo, pero la humedad de mi miedo era tal que ni siquiera podía terminar de hacerlo.

Abracé a mi abuelo Gregorio, luego de haber entendido todo y me puse a llorar.

Él me abrazó y me consoló diciéndome que las cosas que me contaban eran solo mitos y que formaban parte del folclore copiapino.... Que nada de eso ya existía. Entonces le pregunté:

- ¿Y estas cartas abandonadas?

- Esta es una mina de oro muy antigua.... Ya no queda nada que hacer aquí, seguramente su dueño la abandonó junto con la historia que vivió, pero nada de diablos ni cosas por el estilo.... Vamos, se hace tarde y debemos cabalgar a casa....

- ¿Y qué hago con esta carta?

Mi abuelo Gregorio la tomó, la abrió y la leyó a viva voz....

“Estimado don Gregorio Marquesina:

Le saludo con todo respeto y le ruego me envíe el dinero de mi padre, ya que producto de la caída en la mina ha quedado muy quebrado el pobre y necesitamos remedios para que se recupere, porque sabemos que usted se irá a vivir a Inglaterra. Además de las fichas que nos tiene que enviar por haberle lavado los sacos harineros y haber remendado la ropa de los pirquineros.

Mi hermana Lorenza ya no trabajará más en su mina, porque... quiero contarle, además, que su hijo Gregorio Marquesina, pretende a mi hermana, y déjeme decirle que mi padre no estaría a gusto si el joven Gregorio sigue pretendiendo a mi hermana..... Usted sabe, eso de las sociedades y todo....

Espero por el dinero, estaré en la Estación de Copiapó el jueves 24 de junio de 1932 a espera de que la “Copiapó” pase a dejar los pescados y mariscos al mercado municipal. Le ruego me envíe con el boletero el sobre correspondiente y con hartito la cre por favor.

*Atentamente,
Candelaria Maturana”*

Mi abuelo Gregorio respiró profundo y comprendí que algo más allá de la curiosidad lo movió a caminar a esa pieza atestada de recuerdos detenidos. No me dijo nada, me pasó la cincha del caballo y palmoteó mi hombro. El sol ya caía pleno tras los indemnes cerros



y las primeras brisas frías bañaron el lugar. Lo esperé no muy convencido de lo que mi abuelo me había asegurado, así es que por si acaso comencé mi ritual de "olbaid, olbaid, olbaid, que el diablo no me lleve a mí", mientras mi abuelito avanzaba de regreso, sin ninguna carta en la mano.

- Vamos, muchacho -me dijo.

- ¿Y las cartas abuelito, vas a dejar las cartas?

Me miró con sigilo y una línea brillante había surcado su rostro. A mí me pareció la huella de una lágrima...

- Es bueno dejar los recuerdos..... tal vez dormidos duelen menos....-respondió.

Ahora, al pasar los años, supe que aquella mina era de mi bisabuelo quien por largos años tenía guardado aquel secreto de esa mina de oro y que su desaparición repentina no era obra del diablo, sino que se había hecho silenciosamente rico y se había ido a Inglaterra, dejando a su esposa y a su hijo Gregorio solos en esta ciudad. Han pasado los años, pero los recuerdos perduran guardados en aquella mina abandonada entre los cerros, junto con los silencios penosos de mi querido abuelo Gregorio Marquesina. 🍒

PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”
REGIÓN DE COQUIMBO

PRIMER LUGAR
Aristides Rojas Roco
10 años
5° Básico, Escuela Pedro Pablo Muñoz
LA HIGUERA

Atrapados en la nieve

Me lo contó mi abuelito Iván, cuando era un invierno del año 1971, en la mina de reconocimiento y sondaje, llamada “Los Pingos”, ubicada en la ciudad de Ovalle, Región de Coquimbo.

“En esta faena, yo, Iván Roco, trabajaba con cinco compañeros más mi jefe: José, Manolo, Eulogio, Guillermo, Carlos y el jefe, Raúl, además de la mascota, la perrita llamada Mona. Yo siempre he vivido en el pueblo La Higuera, que se encuentra a sesenta kilómetros al norte de la ciudad de La Serena, aunque esta zona también es rica en mineral, sobre todo, en cobre, no tuve suerte de encontrar trabajo acá, por eso tuve que salir.

Como en esos años no se contaba con vehículos como ahora, el traslado lo hacíamos dos veces al mes en un “Jeep Land Rover”, que nos subía al lugar de trabajo y nos bajaba cada quincena. A veces, mientras estábamos en faena, el vehículo era trasladado a la ciudad de Ovalle a un taller por fallas mecánicas.

Como las condiciones climáticas son variables, aquel año el invierno fue desastroso, mucho frío y nieve. Pensamos que aquella era otra nevazón pasajera, pero se transformó en pesadilla. Los cerros estaban vestidos de blanco, fueron cinco días que nos quedamos refugiados en el interior del campamento, pero se nos acabaron las provisiones y el agua. Nos vimos obligados a tomar la decisión de bajar a buscar agua al pueblo más cercano, llamado La Ramada. Fuimos los tres más jóvenes en compañía de la inseparable perrita Mona. Así empezamos nuestro caminar alrededor de las siete de la mañana, creyendo que nuestro viaje terminaría más o menos a las dos de la tarde, pero el destino nos tenía preparada una odisea. Subíamos y bajábamos cerros.

Después de tanto andar, nos dimos cuenta de que llegábamos al mismo lugar de inicio, al extremo que en varias ocasiones quedamos al borde del barranco. Uno de nuestros compañeros al ver lo peligroso del camino, regresó al refugio. Nuestra única vista era un

manto blanco de norte a sur y de este a oeste, lo único que se divisaba era nieve.

Los dos seguimos nuestro andar, aunque fueron muchas las veces que queríamos rendirnos, acostarnos en la nieve y no volver a pararnos. Así transcurrieron largas horas y ya no sentíamos nuestros cuerpos. A raíz de esto, en varias ocasiones, nos dimos golpes de puño uno al otro para poder entrar en calor, era una pelea

por la desesperación de no encontrar a alguien que nos brindara ayuda. Así pasó el día, llegó la noche y cuando pensábamos que ya todo estaba perdido, la oscuridad hizo que divisáramos a lo lejos fogatas que habían hecho los habitantes del pueblo La Ramada, pues se les había avisado que unos mineros se encontraban atrapados en la nieve. Corrimos entre risas y llanto con la perra Mona adelante, abriendo paso; al llegar a la primera fogata, supimos que ya estábamos a salvo. ●



PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”
REGIÓN DE COQUIMBO

SEGUNDO LUGAR
Luis Simón Díaz Urrutia
10 años
5° Básico, Escuela Pedro Pablo Muñoz
LA HIGUERA

Figura irreal

¡Hijo!, dijo mi abuelo, es difícil contar todo lo que uno ha pasado en la vida. Sucedió aquí en La Higuera. Yo no quería trabajar en la minería, pero por diversas circunstancias llegué a hacerlo; no me arrepiento, creo que es una profesión que muchos no podrían hacerlo, hay muchas historias de grandes personajes mineros, que han hecho de la minería una gran actividad, pero todo debe ser con el máximo de seguridad.

Una de mis grandes anécdotas fue cuando yo trabajaba de nochera. Cerca de las 4 de la madrugada me dirigía a verificar unas perforaciones y de repente escuché una llamada de ayuda. De noche, escuchar un grito es para asustarse mucho, pero era un compañero al que se le había terminado la llama de su lámpara. Cuando salíamos de allí, de repente escuchamos un aullido; alumbrándonos con nuestras lámparas divisamos dos brillantes luces, ninguno de los dos quería seguir y menos acercarse, porque estábamos asustados, pero cuando vimos que las luces se movían en el suelo, el susto fue mayor. Al abrir los ojos, vimos un zorro, lo que jamás imaginábamos

encontrar en una mina. Comprobamos que el pobre zorro estaba tan asustado, que nadie atinó a decir algo. ¿Cómo pudo llegar hasta allí? Nadie lo sabía.

Después de reírnos y descansar, seguimos nuestro camino subterráneo. Es sabido que en las minas subterráneas se escuchan diversos ruidos y sonidos raros y a veces reflejos. Al otro día, se acabó la energía, las luces del viejo campamento se apagaron. Felizmente estaban las de emergencia, pero para peor, quedaron alumbrando de distintas maneras, por lo que las sombras ahora eran otras. Una de esas sombras parecía una persona colgada. De nuevo un gran susto y la impotencia nos dejó helados, nadie atinaba a nada, estuvimos como una hora y media y nadie se atrevía a acercarse; el miedo nos paralizó. Uno de mis compañeros empezó a tirar piedras, pero no pasaba nada. Como a las dos horas llegó la camioneta de la mina, con ella alumbramos la mina y ahí nos dimos cuenta de que la figura era creada por las sombras de una parte de la mina. Todos nos pusimos a reír, a pesar del gran susto y miedo que habíamos pasado. 

PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”
REGIÓN DE VALPARAÍSO

PRIMER LUGAR
Katalina Pilar Baeza Valdebenito
12 años
7° Básico, Colegio Nacional Limache
LIMACHE

El diablo no existe

Un día mi abuelita me contó una historia que a ella le contaba su papá (mi bisabuelito)...

Mi abuelo Víctor aseguraba que el Diablo no existía, porque él lo había matado cuando era joven.

Cuando él tenía 15 años, allá en 1925, en la pequeña localidad de la Laguna de Las Flores, al interior de Yumbel, Región del Biobío, los caminos eran muy solitarios; en esos años no habían autos, bicicletas ni mucho menos caminos asfaltados. Las personas de aquel pueblito solo contaban con una carreta tirada por bueyes, la chancha, como la llamaban ellos.

Uno de esos caminos pasaba por un bosque y las personas del lugar tenían miedo de pasar por allí, sobre todo de noche, ya que, siempre se escuchaban ruidos muy feos, pasos y la presencia de un ser extraño. De día no pasaba lo mismo, las personas cruzaban por aquel camino como si nada, no había ruidos, ni pasos, ni presencias extrañas. Pero no sucedía lo mismo por

las noches. El que se quedaba un ratito más en el pueblo no podía volver a su casa por temor a pasar por aquel camino donde los esperaba el Diablo.

Una noche en que mi abuelo y unos amigos salieron a cazar conejos por los alrededores y se tomaron unas copitas de más, no tuvieron ningún problema en ir a enfrentar al Diablo, para que todos pudieran pasar con tranquilidad por el camino en las noches. Cuando llegaron al lugar, los amigos de mi abuelo se acobardaron y no quisieron continuar. Él, muy valiente, o mejor dicho, el que tenía más copitas encima, preparó su escopeta y comenzó a caminar. De repente escuchó ruidos y pasos y vio dos grandes ojos rojos entre los arbustos; no lo pensó dos veces y disparó, al segundo disparó escuchó un gran chillido y salió corriendo. Sus amigos le preguntaron qué sucedía y él les dijo: “Maté al Diablo, maté al Diablo, sálvese quien pueda” y salieron corriendo como un rayo.

Al día siguiente, mi abuelito y sus valientes amigos fueron a ver si en verdad había matado al Diablo. En verdad había matado algo, pero no precisamente al Diablo, sino que a un gran gato de montaña. Las risas eran tan fuertes que se escuchaban por todo Yumbel, el único que no reía era mi abuelito, porque según él, sí había matado al Diablo.

Hay algo que nadie en el pueblo puede negar. Desde ese día, todos comenzaron a pasar de noche por el camino, ya nada les daba miedo, no se escuchaban ruidos ni pasos, tampoco presencias extrañas; muchos incluso todavía dicen: "Menos mal que San Martín, mató al Diablo, si no todavía no podríamos dormir tranquilos". 🍄



PREMIOS REGIONALES
"ME LO CONTO MI ABUELITO"
REGIÓN DE VALPARAÍSO

SEGUNDO LUGAR

Natalia de los Ángeles Latín Achu

15 años

1° Medio, Escuela Industrial Guillermo Richards Cuevas

SAN FELIPE

Mi abuelita me la conta

Una tarde de invierno, me sentía triste al ver cómo las personas pasaban a mi alrededor, sin fijarse lo que pasaba y sucedía frente a ellos. Suspiré profundamente y me acordé que siempre que tenía una duda, un problema o algo que me incomodara podía ir a visitar a mi abuelo y tomar una dulce taza de chocolate caliente.

Me puse mi mejor vestido, un sombrero y me encaminé a casa de mi abuelo, siempre dispuesto a escucharme y explicarme las cosas con una bella historia.

Mientras iba caminando me dio hambre y pasé al negocio de doña Carmen a comprar unas galletas. Cuando faltaba poco para llegar a la casa de mi abuelito, vi echado en la entrada a Takú -su perrito- que era blanco con manchitas café en sus patitas. Algo en su mirada me dijo que tenía hambre, por lo que preferí dejarle las galletas, las coloqué en el suelo y seguí, movía feliz la colita al comérselas, eran de mantequilla.

Llegué al fin a casa de mi abuelito, golpeé la puerta fuertemente y salió él con su clásica sonrisa y me dijo:

- ¡Mira qué grande estás, si parece que fueras a llegar al cielo! - se rió y siguió - ¡No vayas a chocar con un avión! - hubo un silencio... Pero pasa niña... ¿Qué, te vas a quedar allí toda la tarde?

Yo me reí, lo saludé y entré.

Con una voz cálida y amable como siempre, me preguntó:

- ¿Quieres una taza de chocolate caliente?

Yo sólo sonreí y asentí con la cabeza.

Puso a hervir chocolate y se sentó junto a mí en su sillón de mimbre junto al ventanal que da hacia el jardín. Con suavidad me preguntó: "¿Qué te trae a

visitarme, a mí, un viejo solo, que sólo toma chocolate caliente?" Yo reí y le conté mi pena, a lo que él me dijo: "Ven, siéntate en mis piernas", yo le obedecí. "Te voy a contar una historia de un pequeño pueblito ubicado junto al río de los Recuerdos Felices"... se aclaró la voz y comenzó.

En un lugar escondido entre las praderas, junto a frondosos árboles y bellas flores violetas, pajarillos azules y un pasto verde y brillante, había un pueblito que se llamaba Lettelier, era hermoso y se ubicaba junto al Río Yuna. Así se llamaba anteriormente un río precioso, donde bailaban los peces naranjos, azules, de todos los colores en la refrescante melodía de la corriente. La gente del pueblo era humilde, feliz y reinaba la paz y la tranquilidad. Si había algún problema se solucionaba en conjunto; si alguien necesitaba ayuda, los otros lo apoyaban. Era un mundo mágico, con gente bondadosa y carismática. Allí no existía nada de la tecnología que hoy conocemos, ni siquiera el dinero.

La gente del pueblo había sido así desde siempre, pero un día comenzaron a escuchar ruidos y a ver mucho movimiento al otro lado del río, no le dieron mucha importancia. Pasó el tiempo y supieron que al otro lado habían construido una fábrica de autos; después de unos meses, un banco y ya en un año había edificios, poblaciones y malls. Luego la gente quiso cruzar el río para saber cómo era aquella vida, qué era todo eso, para qué servía, así que comenzaron a construir un puente de un extremo al otro del río.

Cuando estuvo terminado, la gente cruzó y empezó a ver todo ese mundo extraño para sus ojos y oídos. Luego se les acercó un joven de terno y corbata y les ofreció tener acceso a todo lo que quisieran, mientras

pagaran su precio. Le preguntaron cómo podían pagar; el joven les dijo que se pagaba con dinero y que para conseguirlo tenían que trabajar y así recibirían dinero. La gente con duda preguntaban dónde conseguir trabajo y él les dijo que en las fábricas.

Pasado el tiempo, la gente empezó a trabajar y a vivir del otro lado del río y no cruzaron para nada al pueblo. Empezaron a comprarse autos, ropa y todo lo que ellos mismos hacían y se olvidaron por completo de cómo vivían antiguamente, ya no se saludaban y sólo caminaban hacia su destino, sin mirar a los lados, ni para atrás. Con el pasar de los años, las personas se preocupaban sólo de ellas mismas y no les importaba lo que le pasaba al resto de su propia gente.

Hoy el pueblo se puede ver deshabitado, en completo silencio, sin nadie por ningún lado, y en el río se refleja una ciudad contaminada por la soledad y la desatención. En sus aguas se divisa uno que otro pez de colores opacos, pero eso sí, en él no hay puente y no hay ciudad; al otro lado solo se escucha el silencio de los corazones de los ex habitantes del pequeño pueblo a través del río de los "Recuerdos Felices"...

De repente, sonó la olla del chocolate caliente. Mi abuelito me sirvió en una taza con flores, siempre me servía en la misma, y se sentó a la mesa junto a mí y me dijo: "Mi nieta.... jamás dejes que tu corazón esté vacío. Cuando te sientas triste y yo no esté, mira a tu alrededor y te darás cuenta de que el mundo es más bello de lo que parece. No busques lo material, sólo sigue tus sentimientos, sin olvidar lo que dejas atrás.... No olvides el río de los Recuerdos Felices".



PREMIOS REGIONALES
"ME LO CONTO MI ABUELITO"
REGIÓN METROPOLITANA

PRIMER LUGAR
Rocío Belén Carreño Castillo
18 años
3º Medio, Liceo Hermanos Sotomayor Baeza
MELIPILLA



El fantasma del fundo Santa Julia

Saliendo de Melipilla, cruzando la línea del tren, se divisan los cerros de Santa Julia, cuyo campo nos parece tan lejano. Esa sensación tiene mucho que ver con las infinitas piedrecillas que tejen el camino rural.

Desde lejos, se divisa la "vuelta de la piedra", cuyo punto del camino le debe su nombre a un gran peñasco, que como altivo y gallardo centinela, parecía vigilar el paso de los inquilinos que acudían trenzando caminos, a sus trabajos en "Ostolazas".

Este camino nacía a los pies del cerro San Isidro, en cuya cima un centenar de eucaliptus siempre altaneros y orgullosos apuntan al cielo, esperando un regalo de la vida, motivo de su existencia, acompañar en su destino a los hombres.

¡Qué paradoja! En el día inmóviles, vigilantes, unidos pero ausentes, hermanados en su sombra.

En la noche, haciéndoles guiños a la luna y fintas a la

lluvia, transformando las sombras de sus enhiestos cuerpos, en temidos fantasmas, que a la medianoche bajan a los valles de Santa Julia a escuchar historias de miedo, nacidas en fogones de cocina, que asustan a chiquillos de ojotas y que peones aumentan agregando infantiles y fríos sudores.

Don Pancho, capataz del fundo galopa junto a las vacas y pingos, receptores de sus monólogos, risas y lagrimones, que cual espuma, serpenteaban entre las piedras del canal, que refresca las laderas del San Isidro dibujadas de arbustos y huillis furtivos sembrados por el viento y el sol.

Misia Aurelia, ama y señora, organiza las labores de la casona, donde reina el fogón, anfiteatro en los atardeceres, en que las hojas en suave vaivén besan la tierra, dejando los nidos sin su sostén.

Al amanecer, y cuando las sombras son vencidas por la luz ella comienza su jornada, atendiendo a don Pancho,

quien con su pingo favorito ya aperado, desayuna un suculento plato de “sopas de pan” y un jarro de “ulpo” calienta su mano.

Luego, ella se dirige a los corrales, donde esperan sus regalonas, como ella les dice, las que le producen leche más blanca que las nieves eternas.

Justo en ese momento, llega don Floro el lechero, en su carretela tirada por “Regalo”, brioso corcel de pequeña estatura, de largos crines, brillante pelaje, anca partida y fiel compañero del abuelo lechero. Don Floro, agradable persona, de trato afable y cordial, sonrisa de encanto y de nunca acabar.

El cerro San Isidro, limita al norte con el fundo “El Tránsito”, justo en su encuentro se levantaban los hornos, donde el hombre practica un ritual de fuego y tizne, utilizado desde tiempos inmemoriales, y donde se desmiente que los árboles mueren de pie, pues aquí comienza una de sus agonías, con el “quemado del carbón” y que luego terminará sus días junto al hombre, con el final del asado, convirtiéndose en cenizas que el viento esparcirá por doquier.

Como una de las apariciones más terroríficas del fantasma de Santa Julia, se cuenta que cuando las sombras de la noche cubrían los hornos de quemado, emergía desde el interior una negra figura, cuyos ojos y dientes afilados brillaban como oro.

Ante tales relatos, los niños de ojos abiertos pero, somnolientos, ni siquiera pestañeaban escuchando y, al momento de acostarse, ninguno iba solo a las “casitas”, por temor al fantasma de Santa Julia.

Además de la familia del capataz, vivía con ellos un personaje, un hombre que había detenido sus pasos de “torrante” con su “linguera” al hombro, siendo adoptado por la familia.

Era un hombre de tez morena curtida por el sol y el sudor, de grandes manos con gruesa piel y callos enormes, de tanto arar surcando la tierra y de dibujar con la pala, figuras extrañas como Dalí, al ritmo del agua para la tierra sedienta, y los pies, los pies con ojotas cuyos “corriones” encarnados, ya forman parte de ellos, pues, nunca los cubrieron zapatos.

Entendía por el nombre de Julio, de edad indescifrable, pocas palabras, que ensimismado al responder, usaba una muletilla gutural, apenas audible, “em-m-mm”, que se podía interpretar como una protesta o una señal de rebeldía por su aciago destino: sin padres, ni hogar, sin estudios, sin pasado, ni futuro, solo con un hoy.

Julito era dueño de las caricias del viento y de la lluvia, amigo del sol que lo cubre, de raído sombrero de alas pequeñas, que apenas mantenía quietos sus rizos oscuros, y le permitía mantener en alto, su frente morena y surcada, de hombre sincero y sencillo, simple, pero, honesto a carta cabal.

Todos los días, al caer la tarde, uno a uno como las cuentas de un rosario, van llegando los inquilinos después de cumplir con sus labores en las diferentes faenas del fundo y se reúnen en el corredor de la casa del capataz. Mientras, el Lalo, su hijo, ensilla y prepara su “pingo cinzano”, calzando orgulloso las corraleras, taloneras y espuelas, cuyo trinar anuncia a todos que ya sale en busca de las “galletas”, tortillas hechas de harina candeal, que también forman parte de la ración que dan en el fundo.



Ya oscurecía, cuando el Lalo regresa a galope tendido como “alma que lleva el viento”. No supo cómo pasó la curva de “la vuelta de la piedra”, ya que este punto está a los pies del cerro San Isidro, dominios del fantasma de Santa Julia.

Mientras un sudor frío cubre su rostro, espoleó su caballo, que dio un respingo al sentir las espuelas golpeando sus verijas. El Lalo aprieta sus rodillas contra el caballo, mientras su mano agarra muy firme el rebenque y golpea a diestra y siniestra, golpes que se multiplican al sentir una presión en su espalda. Con tanto galope, lejos saltó su chupalla, pero, indudablemente ésta sería una nueva pérdida para él, porque dado el momento que estaba viviendo, no pensó ni un instante, en detenerse a recogerla.

A cara descubierta y a todo galope entró al gran patio, dando gritos para que los peones reunidos, le sacaran al supuesto fantasma que le cargaba la espalda, gritos a los que acudieron presurosos los inquilinos, para salvar del apuro al Lalo. Apuro que no fue tanto, ya que el supuesto fantasma, resultó ser el saco de pan, que debido al galope, se había soltado en una parte y golpeaba la espalda del muchacho, causando una risotada general.

En la casa, doña Aurelia en sus dominios, alinea los tazones y la mantequilla forma olitas, al besar la “galleta” tostada. Mientras en el fogón, la emperatriz de la cocina, la enorme tetera tiznada, es acariciada por el calor, las llamas y las chispas del espino ardiente.

También espera su turno de hervir, el “choquero” de Julito, que está al “agüaite”, sentado en la

penumbra, taciturno, ausente con su quejido gutural característico.

Promediaba la medianoche, cuando un grito de espanto y una carrera de Leontina, la hija menor de doña Aurelia, interrumpió la tertulia en la cocina. Don Pancho dio un respingo, corriendo a su encuentro, calmándola para saber el motivo de su agitación. La niña asustada, con las palabras atropellándose por salir, algo sobre un fantasma se le entendió, poniendo en vilo a todos, los niños, lloraban y en tropel se dirigieron al corredor, aumentando la confusión.

Encabezando el grupo, don Pancho, doña Aurelia y Agustina, agudizaban la vista y comprueban lo que indica la niña, una oscura figura que se mueve y algo brillante que serían los ojos o dientes, según el decir. Ante semejante visión, allá en el cerco, cunde el griterío, y los testigos se apiñan. Segundos después, que parecen eternos, surgen voces nerviosas, que sugieren ir a corretearlo, pero nadie asume, solo apoyan la ofensiva, sin tomar la iniciativa.

El miedo los domina y los paraliza, aferrándose unos a otros, hasta los perros se suman con sus ladridos y aullidos, haciendo más tétrica la escena.

De repente, un grito sobresalió acallando el clamor ¡Julio! ¿Dónde está Julio?

¡Julito! Algunos repitieron nerviosos. En eso, aparece el mencionado, que se mantenía alejado, se acerca lentamente, provocando el enojo de doña Aurelia, quien al borde de la histeria, repitió el urgente llamado.

Don Pancho, que había entrado a la bodega contigua,

salió sosteniendo un pesado machete, que entregó a Julito ordenándole al mismo tiempo, que fuera al cerco a liquidar al fantasma.

Julito lo miró de reojo con su eterna mirada sumisa, ni una sola palabra ni un gesto de protesta, sólo su característico ronroneo “mmm”. Cogió el machete y lentamente en su caminar, se dirigió al lugar, a enfrentarse al temido fantasma.

El grupo atento, temeroso y expectante observa desde el corredor en penumbras, sin imaginar siquiera, lo que pasa por la mente limitada de Julito. Probablemente, no solo la obediencia guía sus pasos y quizás nadie entiende que lo hace por proteger a la familia que Dios le regaló.

Continuó caminando, arrastrando las ojotas, mientras el fantasma sigue moviéndose, con sus ojos brillando en la oscuridad. Ya frente a él, Julito se detuvo observando, mientras desde la casa, lo animaban para que lo matara.

Fue entonces cuando Julito reaccionó, se dio cuenta que por fin, la vida le daba la oportunidad de desahogarse, por lo injusto de su destino, las humillaciones sufridas, por sus raíces ausentes y su eterno dolor. Levantó el

machete y golpeó con rabia una y otra vez, a la figura dibujada en el suelo, que cobra vida, cuando el viento mueve las ramas de los álamos, generando las sombras que según ellos es un fantasma.

Golpeó repetidamente el suelo, sacándose todo el rencor, destrozando el vidrio, que les hizo pensar en los ojos de la aparición. Golpeó hasta caer rendido, fue entonces cuando el grupo se acercó, levantó a Julito, abrazándolo por vez primera, con mucho cariño.

Todos en silencio, sin proferir palabras, quizás avergonzados, regresan aferrando con amor a Julito, dirigiéndose después a sus lechos, porque las horas pasaban y al otro día había que trabajar.

Julito mientras tanto, pensaba que la muerte del “fantasma”, no ha sido en vano ya que se dio cuenta, que el tic gutural, que lo había acompañado de por vida, se le había ¡terminado! Mientras, lágrimas ruedan por su rostro moreno, abriendo paso a su primera sonrisa.

Hoy en un nicho olvidado, descansa Julito, sin un epitafio, ni una fecha grabada y por vez primera, tiene una rosa roja, que desde lo alto, me guía.... una hoja. 🍃



PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”
REGIÓN METROPOLITANA

SEGUNDO LUGAR
Angélica Constanza Villarroel Espinoza
16 años
3° Medio, Liceo Jerusalén
LAMPÁ

Cuando despierta la vida

Era una tarde invernal, gris... una tarde triste, con los colores propios de la muerte... sí, de la muerte y la orfandad.

En un antiguo ataúd de bronce yacía el cuerpo lívido de una mujer más muchacha que adulta, más hueso que carne, más pobreza, más madre, más ángel que humana... ¡Pobre mujer! Su vida, esa fuerza chispeante, se había desvanecido. En el campo, las cosas son muy distintas a la ciudad...no hay tecnología ni hospitales. Marta había enfermado hasta que sus ojos opacados se cerraron por acción de la hoz de la muerte. Su única razón de existir aún permanecía y la miraba desde el regazo de una pariente cercana. El pequeño no comprendía, ni lo necesitaba.

Rodolfito tenía un año y medio y las ganas de vivir. Su padre era un minero que había pasado un ¿buen o mal día?...Sólo Marta podía juzgar aquello y ya no estaba para hacerlo. El padre engendró al pequeño y estuvo

los primeros cuatro meses viviendo en una pequeña casucha a los pies de un cerro de Lampa con Marta, pero luego no aguantó y decidió irse al “norte moreno”, como llamaba a su tierra natal, dejando sola a la mujer con su bebé.

Mas sólo estaba ahora la “pobre criaturita de Dios” como le llamaban los campesinos que supieron de la muerte de su madre. Todos en el pueblo quisieron despedir a la mujer y las hermanas de ésta dijeron que se ocuparían del pequeño. En un momento del velorio (que a esa altura ya contaba con cantores, lloronas pagadas por las propias hermanas de la difunta y una buena cantidad de vino “para pasar las penas”), llegó un hombrecillo de hombros enjutos y mirada desconfiada que dijo necesitar ver a la “finada”. Las hermanas de Marta reconocieron a Jacinto, el minero perdido, que ya era tabú nombrar en todo Lampa por el dolor que había causado su paso por el lugar.

Marta era una muchacha tranquila, lista y alegre. Trabajaba mucho para ayudar a su madre; criaba los animales, sacaba leche de vaca y cabra y vendía quesos y flores en el centro del pueblo. Cuando Jacinto llegó no hubo poder humano ni divino que pudiera quitarle el “mal de amores”. Las mujeres antiguas le aconsejaron, pero no hubo caso.

Cuando nació Rodolfito, Jacinto ya era historia y nadie deseaba saber de él. Ahora que la pobre muchacha no podía verlo ni llorar por él, se dignaba a aparecer y también deseaba ver al niño.

Todos se apiñaron en la puerta para ver el rostro cansado y los ojillos aturridos y llorosos del hombre (que era también muy joven). Los hombres mayores (mineros, campesinos, pirquineros y respetados ancianos) quisieron sacarlo de manera violenta. Jacinto quiso explicar, pero comenzó a tartamudear y sólo pidió una cosa:

- “Quiero ver a mi hijo, señoras..., por favor”.

Una de las hermanas de Marta, viendo que el minero estaba realmente angustiado y que peligraba ser golpeado y hasta herido por los hombres del pueblo, decidió ir en busca del niño para calmar la situación. Cuando entró a la habitación donde supuestamente dormía Rodolfito, vio que nadie estaba en el lugar. Comenzó a buscarlo por debajo de los catres, dentro de un viejo baúl, bajo las frazadas de lana, por todos los rincones y... ¡¡¡Nada!!! ¡El pequeño se había esfumado! La mujer dio un grito de desesperación y todos los ojos se posaron sobre su figura destartalada de mujer atropellada por los años y el campo.

- ¿Qué pasa, Magdalena? -preguntó don Kiko, un anciano conocido por sus tejidos de mimbre.

- ¡¡Es que no está el Rodolfito!!

- ¿Lo buscaste bien, niña?... ¿Estás segura?... Mira que no queremos una doble desgracia... -dijo doña María, esposa de don Kiko.

- O una triple -agregó con los ojos rabiosos, el Luchín, mirando al minero aparecido.

- Claro que puede ser triple, si así lo desea usted... -dijo Jacinto, dejando de lado su tartamudeo, y cuando se aprontaba a golpear con el rebenque de su caballo al Luchín, fue interrumpido por Magdalena.

- Déjense de “tonteritas”... Aquí hay que encontrar al pobre angelito- dijo ésta.

Todos estuvieron de acuerdo con Magdalena y los varones salieron a caballo a buscar al pequeño. Comenzaba a caer una gran helada, típica del mes de julio en Lampa. Siempre en el pueblito las temperaturas han sido extremas y esa noche no fue la excepción. La escarcha cubría los campos y cerros.

- Con este frío... -dijo doña María- ¡la pobre criaturita ya debe estar con Diosito!

- ¡Ay! doña María, ¡ni Dios lo quiera! -dijo Magdalena. – Ya bastante se han demorado los hombres. ¡¡Partieron hace tres horas!!

La luna fue mostrándose cada vez más redonda, más imponente y el cielo comenzó a llorar. La lluvia era



fuerte y helada. De pronto, sintieron en el techo de la casucha ruidos como de piedras: ¡¡Eran granizos!! Ya no había esperanza para el pobre Rodolfito.

- ¡¡Dios lo tenga en su gloria!! Fue la sentencia del cura del pueblo cuando escuchó los golpes de hielo.

Los hombres llegaron a las seis de la mañana a la casucha del velorio. No traían al pequeño ni una idea de dónde podía estar. Lo habían buscado por todo el cerro y el río. Este último se había desbordado, haciendo más dificultosa la búsqueda.

Con los granizos, el Luchín se había asustado mucho por Rodolfito, e histérico y fuera de sí, culpó a Jacinto, lanzándolo al río. Éste se alcanzó a afirmar de una rama y ahora venía sobre una mula, empapado y con escalofríos.

Durante el día, llegaron algunos parientes lejanos de Marta. Algunas curanderas, floristas, tejedoras; todas tías de la mujer, que quedaron espantadas al saber del niño extraviado, ya que, tomando en cuenta el clima, se resignaron a un segundo entierro.

Nadie lo decía directamente, pero todos lo sabían: el niño no podía estar con vida. Magdalena se paseaba culpándose y llorando, haciendo honor a su nombre.

Don Kiko decidió ser más directo y mandó al Luchín a buscar unas tablas, clavos y pintura blanca.

-¿Para qué? - dijo el Luchín.

- El angelito también merece su cajoncito... ya sabe usted, Luchín... su cunita de tierra. Dijo don Kiko, bajando la vista.

Llegó la hora del entierro de Marta y el niño no daba señales de vida. Se veía venir un frío aún peor que el de la noche anterior y la lluvia no se había detenido.

Medio pueblo asistió al entierro y la otra mitad fue en busca del niño. La búsqueda duró hasta pasadas las dos de la madrugada, ya que luego fueron las propias mujeres quienes aconsejaron detenerla debido al frío intenso y a la eterna lluvia que ya llevaba siete ovejas y unas vacas muertas y otros animales como gallinas y corderos arrastrados por el río.

A la mañana siguiente, por fin paró la lluvia y el sol se dejó ver radiante. Los lugareños se propusieron encontrar sí o sí el cuerpo del menor desaparecido. Don Kiko guió la expedición de búsqueda esta vez, con el Luchín a su lado. Comenzaron a subir por el cerro "Chicahuma", mientras otros hombres venidos desde Til-Til hacían sus propios esfuerzos buscando en el centro del pueblo.

De pronto, don Kiko gritó al borde de un ataque cardíaco:

- ¡¡¡¡Lo encontré!!!!... ¡¡¡Encontré a Rodolfito!!!!

Todos pensaron que el buen hombre deliraba y se acercaron al lugar. En efecto, ahí estaba el pequeño, completamente seco y limpio. Cuando el Luchín se acercó pudo sentir el calor de su pequeño cuerpo y el aroma dulce de sus mejillas rosadas... Ese aroma, propio de su madre...

- Pero *m'hijito* -dijo el Luchín aún sorprendido -, ¿dónde estuvo? ¿con quién? ¿quién lo cuidó?

El niño que apenas balbuceaba, dijo alegremente:

- Mamá... mamá cuidó...

- Pero Rodolfito... ¡¿Estuvo con la mamá?!!

- Sí, mamá... aquí.

Los que creían en santos daban gracias a los santos; los que creían en Dios, a Dios; otros agradecían a los "brujos buenos" del pueblo y así, cada cual agradecía... No todos al mismo benefactor,... pero agradecimientos no faltaron...

Y este es el principio del fin... ¿Qué más podemos agregar a una historia verídica?.. Una historia ocurrida en Lampa, en el cerro de Chicahuma, cerca de la "casa de los Carrera"... En un pueblo de campo donde el "Mandinga" podía azotar a un hombre de día claro y los ángeles cuidaban a los niños...

Esta es una historia verídica (con ciertos detalles modificados) contada por mi abuelito, Fernando Espinoza, un minero, trabajador en mimbre y lampino. Dicen que el hombre al que he llamado "Rodolfito" aún vive en nuestro pueblo y tiene más de ochenta años... 🍂



PREMIOS REGIONALES
"ME LO CONTO MI ABUELITO"

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

PRIMER LUGAR

Claudia del Carmen Abarca Osorio

14 años

1º Medio, Colegio Los Cipreses

DOÑIHUE

Los misterios de la noche

Cómo no recordar todas esas historias, anécdotas, relatos y vivencias que me contaste desde que era una niña. Cada cosa que decías era como si la estuviésemos viviendo en ese momento, todo era tan real que nos encantaba escucharte con la gracia y la chispa que sólo tú tenías y aunque ya no estés con nosotros, tu recuerdo y tus historias seguirán latentes.

Esa noche fue especial, la luna resplandecía como un lucero en la oscuridad y como todos los días iba el joven Antonio -como lo llamaban los trabajadores de su padre- en su bello caballo "El Varilla", que era uno de los más hermosos de la zona por su pelaje de color negro que brillaba a lo lejos, por su paso tan elegante como si fuese marchando, por su galope, distinguiéndose por su rapidez y astucia.

Antonio se dirigía hacia su casa en las cercanías de Coltauco, luego de haber visitado a su hermana en Doñihue, pero él nunca pensó que esa noche sería tan diferente a las otras y que la recordaría para siempre.

Con paso firme caminaba "El Varilla" y su jinete observaba el camino con tranquilidad, ya que el trayecto era conocido por él como la palma de su mano. Faltando poco para llegar a su hogar, enfrentó un lugar llamado La Arboleda, caracterizado por sus grandísimos árboles nativos y donde las personas de más edad decían que estaba maldito, porque se presentaba el Diablo, pero Antonio siempre hizo oídos sordos, porque él no era supersticioso. Él creía que sólo eran habladurías de la gente, pero esa noche se dio cuenta de que estaba equivocado.

De repente, sintió una fuerte brisa en su cara y su caballo cambió su caminar. Presintió que algo raro estaba sucediendo; siguió avanzando y sintió un ruido por la orilla de la cerca de la arboleda y observó que lo seguía un perro negro, al que le brillaban los ojos de manera impresionante. Antonio, a medida que seguía su camino, lo comenzó a mirar, pero el susto imperó en su cuerpo, cuando se dio cuenta de que el perro empezó a cambiar su tamaño y crecía cada vez más.

Antonio galopó a toda velocidad en su flamante caballo, pero el perro casi era más rápido que él. Antonio comenzó a sudar y sintió que su piel era como la de las gallinas y también el susto hizo que sintiera que su pelo se le engrifaba. En ese momento, ya no hallaba qué hacer, la desesperación comenzó a incrementarse, el perro ya tenía la altura de su caballo y corrían paralelamente los dos. En su corrida desenfundada se sintió el ruido de los chonchones, más conocidos en el campo como tué-tué por su canto. Dicen que son brujos que salen en la noche a recorrer anunciando la muerte y son una especie de pájaros con cabeza humana, éstos volaban por los aires y muy bruscamente se abalanzaron hacia el perro para atacarlo.

Antonio no sabía qué hacer, ya que el ruido de los tué-tué se sentía como si fuesen cientos. Miró y vio que el perro desapareció en medio de un tremendo árbol que había en un potrero y los pájaros estaban alrededor de éste y siguió su camino apresuradamente cuando se dio cuenta de que no llegaba nunca a su casa y se encontraba perdido. Observó cautelosamente el lugar y encontró que estaba a varios kilómetros de su casa, en las riberas del río Cachapoal en el sector de Monte Grande. Comenzó a avanzar, pero los tué-tué no lo dejaban, ya que lo habían seguido hacia ese lugar. Galopaba y galopaba sin parar, el pobre Varilla sudaba de manera impresionante, pero siguió su recorrido sin descansar. Avanzó desesperadamente sin lograr llegar a su hogar, era como si se diera vueltas en círculo y llegara al mismo lugar y, además, esos pájaros nocturnos no lo dejaban tranquilo. De repente, sintió otro tué-tué que se unió al grupo, pero éste se abalanzó hacia la manta de Antonio y lo agarró conduciéndolo por minutos por el camino.

En ese momento, Antonio lo único que pensaba era que iba a morir en manos de los tué-tué y al sentir ese horrendo pájaro en su hombro pensó que su vida terminaría en ese instante.

A los pocos minutos, el asombro reinó en el joven, no lo podía creer cuando vio la entrada de su casa y se dio cuenta de que el tué-tué lo había llevado hasta allí.

El padre de Antonio salió por el ruido que hacían los pájaros. El joven dio un gran brinco desde su caballo y entró corriendo a su casa. El padre observó al tué-tué que había llevado a su hijo y miró a los otros que estaban más alejados revoloteando y le dice al pájaro más cercano a él: “martes hoy, martes mañana, martes para toda la semana y venga mañana por su encarguito”.

Al otro día, el padre de Antonio mandó a un trabajador a buscar el cerdo más bonito. No pasó mucho rato, cuando se sintió que buscaban en la casa. Era una anciana que vivía a unas cuantas cuadras de ahí y le dice al dueño de casa: usted sabe a lo que vengo. Sí, por supuesto, le contestó. Estoy tan agradecido doña María por traerme a Antonio a casa que aquí le tengo su encargo. Doña María tomó el cerdo con un lazo del pescuezo y se lo llevó tranquilamente a su casa.

Desde ese día, Antonio creyó todo lo que se rumoreaba en el campo, porque para muchos puede ser una fantasía, pero hay que vivirlas para sentir que son verdad y que con esas cosas no se puede jugar. 🍌



PREMIOS REGIONALES "ME LO CONTO MI ABUELITO"

REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

SEGUNDO LUGAR

Maité Carolina Zúñiga Cantillana

8 años

3° Básico, Escuela G-496 Valdebenito

LAS CABRAS



Esta es la historia de un matrimonio de campo del sector de Valdebenito, quienes viendo las condiciones de pobreza en las que se encontraban, deciden que el marido (jefe de hogar) viaje a Argentina a probar mejor suerte en el trabajo. Después de unos años, este hombre decide regresar a su tierra, pero antes de viajar fue a visitar a un meico (hechicero) para que lo aconsejara. El meico le dio dos consejos: primero, nunca cambies lo viejo por lo mozo (nuevo) y, segundo, nunca preguntes lo que no te importa. El hombre, después de escuchar estos consejos, regresó a Chile.

Una vez en Chile, llegó a una cuesta donde se había construido un camino nuevo y recordó el primer consejo: nunca cambiar lo viejo por lo nuevo, por lo que se fue por el camino viejo. Al avanzar por este camino empezó a anochecer y decidió pedir alojamiento para pasar la noche y seguir al otro día su camino a su casa para ver a su familia. Encontró una casona antigua y al gritar en la puerta apareció la institutriz (empleada).

El hombre explicó su caso al dueño del hogar, quien aceptó acogerlo por esa noche. Una vez dentro de la casa, lo invitaron a pasar a la mesa, pero le llamó la atención que junto a él colocaron otro puesto y al momento de empezar a comer se acercó una perrita de color blanco y manchas negras, la que se sentó junto a él y empezó a comer del plato. A los segundos, empezó a caer una gota de sangre junto al plato de la perrita y el hombre recordó nunca preguntar lo que no le importara y siguió comiendo y no preguntó nada. Luego, se retiró a su pieza a descansar y al día siguiente, a las 9 de la mañana, golpearon a su puerta para que fuera a desayunar. Otra vez estaba el plato junto a él y al momento de empezar a comer apareció de nuevo la perrita blanca con manchas negras.

La gota de sangre también comenzó a caer, pero más seguido y el hombre volvió a recordar: "nunca preguntar lo que no me importa". Una vez terminado el desayuno, el dueño de casa lo invitó a recorrer el fundo, caminaron un rato, vieron las siembras, los

animales y luego se dirigieron a una bodega que tenía 2 entradas y 2 salidas: por una puerta entraron ellos y por la otra, la perrita. Mientras el dueño de casa le contaba lo que cultivaban en su terreno, el hombre se dio cuenta de que en los costados de la bodega había cristianos (personas) colgadas del cuello con unos clavos de madera cuadrados. Algunos estaban en descomposición y otros más frescos como del día anterior y el hombre volvió a recordar “nunca preguntar lo que no me importa”. Al momento de llegar al otro lado de la bodega se dio cuenta de que la perrita ya no estaba y se encontraba una hermosa mujer. El dueño de casa corrió y le dio un gran abrazo

y un beso a esta mujer y le contó la historia: una bruja malvada le había hecho un hechizo a su esposa y la única forma de que terminara era que una persona que visitara la casa no preguntara nada, pero cada vez que llegaba alguien, lo primero que hacía era preguntar por qué la perrita comía en la mesa.

Como él no preguntó nada, pudo romper el hechizo y en agradecimiento el dueño de casa le regaló una carga de plata (250 kilos de un macho cargado). El hombre fue feliz a reencontrarse con su familia. Lo último que se sabe es que el hombre vivió feliz para siempre. 🍀



PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”

REGIÓN DEL MAULE

PRIMER LUGAR

Carlos Alejandro Cerda Alfaro

8 años

3° Básico, Colegio Pablo Neruda

PARRAL

Atrapado en la nieve

Era una tarde de invierno fría y lluviosa. Mi tata Alejo improvisaba una fogata en su vieja cocina de adobe, la que no quería dejar a pesar de tener las comodidades que la nueva le ofrecía.

Allí me miró..., y me dijo: “gueñe, voy a contarte una historia añeja, una rememoranza de mi juventud, para que cuando no esté contigo mires el resplandor del fuego y evoques recuerdos míos”.

Mi tata tiene 86 años, pero admiro su memoria lúcida y su fuerza perseverante para seguir en pie. Tomó en su mano temblorosa, el mate de calabaza que ha sido su compañero durante años; yo, en cambio, un vaso de leche tibia que a esa hora me venía muy bien y con mucha certeza, como si fuera una película muy antigua que aún no había sido estrenada, comenzó:

“Era el año 1949, yo tenía aproximadamente 25 años y era el capataz de un fundo, por lo que tenía que preocuparme del campo, los trabajadores, los cultivos y los animales.

Todos los años, en la misma fecha, tenía que llevar el piño de vacunos a invernar a “las Vegas de Wenkivilo”, un lugar cordillerano de la comuna de Longaví. El camino era largo, duro y agotador, por lo menos tres días a caballo para llegar. Mis piernas las cubría con unas botas de chivo para protegerlas del frío arrollador que me llegaba al tuétano de los huesos. Mi amigo Lucero, mi caballo, era mi acompañante, mi guía. El charqui, el agua casi congelada por las heladas madrugadas y mi galleta, una especie de pan preparado con harina de hoja, grasa y la ternura y el cariño que ponía mi madre cuando la hacía, eran mi alimento para esos diez largos e interminables días que demoraba mi travesía.

Fue un día después de que llegué a las Vegas de Wenkivilo, cuando comenzó fuertemente a nevar. No lo tenía presupuestado, pues nunca antes había pasado, el frío era mucho, pero afortunadamente encontré una casa de piedra donde refugiarme para no morir congelado.

Era tanta la nevazón de ese año que, en pocas horas, el refugio que encontré estaba totalmente tapado por la nieve. Mi desesperación era muy grande, el oxígeno comenzaba a faltar, la comida y el agua a escasear, y yo, rendido ante la certeza de que ésta sería mi última travesía y que moriría sin volver a ver el rostro de mamá, me entregué a mi suerte.

En mi agonía y sin ni siquiera ver un foco de luz o esperanza, me entregué a todo lo humanamente divino que encontré y, a pesar de que mis fuerzas flaqueaban y que cada minuto se me hacía más largo y eterno, luché, luché por mi vida.

Fue en la última vigilia de las ocho noches que permanecí atrapado que la vi. Era hermosa y resplandeciente, una visión o simplemente aluciné, no sabría decirlo, lo único verdadero y más importante es que al despertar vi una pequeña luz en la entrada de la casa de piedra; la nieve comenzaba a bajar súbitamente, ya no era un sueño, ni alucinación producto del frío, del hambre o la sed. Esos ocho días “atrapado en la nieve”, me enseñaron a ser fuerte y valorar el cariño y abnegación de mi madre, quien me estaría esperando para darme sus abrazos. Ya recobrando poco a poco mis fuerzas, salí de esa casa que me albergó esos ocho interminables días, el ganado estaba muerto y el talaje cubierto por la nieve. En ese momento me pregunté ¿quién había salvado mi vida?, pensando que era un espíritu que vagaba sin dirección. Mi amigo Lucero fue lo único que traje conmigo de esta nueva experiencia.

Con mucho cuidado, bajé la cordillera. El camino aún estaba resbaloso y yo, muy fatigado. En mi cantimplora solo quedaba un poco de agua que bebía de vez en cuando para sobrevivir. Cuando estaba

llegando a casa, mi mamá salió a recibirme con sus brazos abiertos y lágrimas en esos maravillosos ojos verdes; bajé del caballo y la abracé, era hermoso para mí volver a ver el rostro de la persona que yo más amaba.

“Dios escuchó mis plegarias”, me dijo. Al momento comprendí que ella era la hermosa mujer que salvó mi vida y que hoy a mis 86 años me sigue cuidando desde el lugar donde se encuentra.

Así terminó su relato, bajó su cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Una extraña sensación me invadió entero. Lo miré, me levanté de mi silla y lo abracé tiernamente. “Gracias, Tatita, por enseñarme que, pese a las adversidades, hay que luchar”, susurré.

Mi Tata me dio el abrazo más dulce y largo de mi vida, me dio una lección y me enseñó el valor de la familia. Esa tarde fría y lluviosa, que era como el más caluroso día de verano para mí, fui en busca de su manta de castilla apolillada por los años y la deposité en sus piernas y nos cobijamos para protegernos del frío. Su historia era una remembranza que nunca olvidaré.

Desde entonces, cada día cuando clarea el alba y los primeros rayos de sol entran por la ventana corro a su pieza, le doy un beso de buenos días y me marcho al colegio pensando que esta travesía hermosa que hoy está viviendo algún día puede llegar a su fin y solo llevará mi cariño y este recuerdo, cuando duerma el sueño más largo y bello de su vida, cuando cruce el umbral a otra dimensión.



En homenaje a mi tata Alejandro del Carmen Cerda Retamal, mi abuelito, mi amigo y compañero de juegos, quien cada día me entrega su cariño en un sencillo gesto: "sus abrazos".

Hace unos días, mi Tatita estuvo grave en el hospital, pero luchó para seguir junto a mí en esta nueva travesía que espero sea la más importante para él... "estar a mi lado en mi niñez"... 

"TE AMO, TATITA".

PREMIOS REGIONALES

“ME LO CONTO MI ABUELITO”

REGIÓN DEL BIOBÍO

PRIMER LUGAR

Catalina Angélica Carrasco Albornoz

12 años

7° Básico, Escuela Parroquial San Diego de Alcalá

TUCAPEL



El toro del diablo

Esta historia me la contó mi tío que trabaja en un gran campo, el cual tiene miles de hectáreas plantadas de arándanos y otras especies. Sin embargo, la historia no trata de esto, sino de otros sucesos que ocurren en este lugar. En este campo hay muchas vacas y toros, todos están juntos en un gran corral y uno de ellos se caracteriza por ser un toro muy singular; mi tío lo llama el “Toro del Diablo”.

Cada día, como de costumbre, mi tío llevaba el alimento a las vacas y a los toros del corral. Lo que más me llamaba la atención era ese toro singular que se encontraba encerrado en un corral aparte y solo. Mi tío le llenaba una fuente con agua y le dejaba tan sólo un fardo de alimento.

En cierta ocasión, le pregunté: ¿por qué le dejas tan poco alimento siendo un animal tan grande? Y me respondió que me contaría la verdadera historia.

Realmente este animal era un hombre que se caracterizaba por ser muy gordo y debido a esto sentía mucha vergüenza por su apariencia. Un mal día, decidió hacer tratos con el “Cola Larga” y le pidió ser delgado para toda la vida; a cambio, el Diablo le pidió sus tres gatos negros, los que el hombre nunca entregó, ya que sintió mucha pena separarse de sus mascotas regalonas. Como consecuencia y casi por arte de magia, el hombre desapareció sin dejar un solo rastro, lo buscaron por cielo, mar y tierra, pero aún así no se supo más de él.

Con el paso de los días, apareció en los corrales este toro tan especial, que al mirarlo fijamente a los ojos era posible descubrir la mirada del hombre desaparecido. Claro está que fue convertido en tal animal.

Este toro ahora vive solo en un corral, es muy manso, pero los domingos de cada semana intenta salir. Cuando



mi tío le llena la fuente con agua, hace mil intentos por abrir la puerta, empujándola pero no puede.

Hubo un día en que el toro se enfermó y bajó mucho de peso. Esas semanas, el toro no se podía ni levantar, estaba muy enfermo y mi tío iba todos los días a ver cómo seguía.

Un día martes, mi tío fue a ver al toro a su corral y se encontró con la sorpresa de que estaba muy bien, pero había algo extraño; el toro comía más que de costumbre; según mi tío, ese día el Diablo estaba ocupado y no pudo cumplir su maldición; pero a la semana siguiente el toro volvió a enfermar y es así como el Toro del Diablo cae enfermo una semana y a la siguiente, se recupera, lo interesante es que a pesar de los años que pasan y de que el toro envejece, aún está vivo y en sus mejores momentos luce como si los años no pasaran por él.

Esto porque el Diablo lo único que quiere es torturarlo y hacerlo sufrir y lo que no quiere es dejarlo morir.

Algunos dicen que el Diablo no deja ni un minuto al toro y que prácticamente vive en él. Hace algunas semanas, fuimos al campo y mi tío me llevó a ver al toro, es grande, y de un color negro, sus ojos brillan y reflejan tristeza. Ese domingo, mi tío entró y dejó sin pestillo la puerta, el toro quiso salir, pero justo mi papá alcanzó a cerrar la puerta. Luego, nos fuimos y esta historia y los fuertes ojos me quedaron rondando y pensando lo malo e hiriente que puede ser el Diablo con un humano o un animal. 🍒

PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”
REGIÓN DEL BIOBÍO

SEGUNDO LUGAR
Nathalie Nicole Herrera Cancino
14 años
6 ° Básico, Escuela John F. Kennedy
CHIGUAYANTE

El espantapájaros milagroso

Hace mucho tiempo, en un campo de varias hectáreas, vivía un campesino llamado Martín. Este caballero siempre había vivido solo en su casa en medio del campo. La poca gente que lo conocía lo llamaba “don Martín”. El tenía hijos y nietos, pero vivían en la ciudad. Por desgracia, hace pocos años había fallecido su esposa, después de 15 años de matrimonio feliz, lleno de amor y comprensión. Don Martín era dueño de un terreno bien grande, donde cosechaba todo tipo de frutas y verduras y, como era lógico, donde hay cosechas tiene que haber un espantapájaros. Como era grande el terreno, tenía varios espantapájaros, pero de todos había uno muy particular.

Este espantapájaros era especial, ya que cada vez que don Martín tenía algún problema y pasaba cerca de aquel espantapájaros, se le venía la solución a la cabeza. Cada día don Martín se preguntaba por qué sucedía eso solo con ese espantapájaros y no con los demás.

Un día, don Martín decidió averiguar sobre aquel fenómeno.

De repente se dio cuenta de que desde antes de que él llegara a vivir ahí, el espantapájaros ya existía. Eso le pareció muy raro y misterioso.

Don Martín comenzó su investigación sobre el origen de aquel espantapájaros. Preguntó a las pocas personas que podían saber sobre aquel fenómeno extraño.

Luego de indagar por varios lugares, supo que aquel espantapájaros lo habían hecho unas personas hace muchísimos años, con el propósito de solucionar cualquier inconveniente que tuviera la gente de aquel tiempo.

La mayoría de la gente lo usaba para que los ayudara en sus cosechas y mantuvieran la prosperidad y serenidad que caracteriza el campo chileno. Desde ese momento,



don Martín, cuidó de aquel espantapájaros como si fuera su hijo, le hablaba cada vez que tenía problemas con su cosecha de lechugas, papas, entre muchas otras cosas. También le pedía que la “helada” matutina no dañara los vegetales que con tanto esmero había cuidado.

Todo lo que pedía se cumplía, hasta que llegó a oídos de personas que ni siquiera conocía, quienes se mudaron al campo y plantaron con ayuda del espantapájaros.

Con el tiempo, varias empresas trataron de invadir aquel campo que llamaban “milagroso”, pero don Martín no aceptaba; hasta ofrecían darle una nueva casa y pagarle, pero su respuesta siempre era “NO”. Pasaron

años y don Martín decidió formar su propia empresa, la que llamó “El Espantapájaros Milagroso”. Cada cosecha, se podía decir, era “tocada por un polvillo mágico” del espantapájaros.

Un día, al despertar el alba, el campesino se dirigió adonde su espantapájaros como de costumbre. Tal fue su asombro cuando no lo encontró; se sorprendió y vino a él una tristeza inmensa, pues pensó que su fortuna llegaba a su fin. Decaído y triste dio la vuelta y caminó, cuando de improvviso un extraño y sutil mensaje emerge como lo hace una hoja al viento. El campesino se agacha y lee lo que dice en su interior: “siempre existió sólo una magia que dio prosperidad a tu campo: la de tu propio esfuerzo y perseverancia”.



PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

PRIMER LUGAR

Tafat Rivas Lepilaf

15 años

1º Medio, Liceo Tradicional H.C. Jorge Taller Sandoval

LAUTARO



Minchekeu

En algún recóndito lugar, en aquel tiempo en que abundaban las montañas vírgenes, se levantaba humeante la pequeña ruka del niño Minchekeu, quien travieso e inquieto, recorría de un lado a otro los ondulados caminos y el viento sureño jugaba con su largo, tosco y abundante cabello negro.

Llegada la tarde, cansado de tanto jugar, muchas veces lo recogían dormido en el lecho del mullido pastizal.

El padre del niño, un hombre rudo y adiestrado en la guerra, tenía muchos hijos más con sus diferentes esposas, pero se sentía contento y orgulloso de este hijo menor y no se cansaba de comentarle a sus peñis de raza que Minchekeu sería un valiente guerrero y copia fiel de sus ancestros.

El niño tenía alrededor de siete años y le faltaba muy poco tiempo para recibir instrucción guerrera dictada por los hombres mayores. Todos confiaban en que el niño llegaría a ser gran Koña que defendería su tierra de la invasión extranjera.

La joven Liken-Killem, en tanto, se dedicaba a darle todo tipo de cuidado a su único hijo para que llegara a ser un hombre fuerte. También se sentía orgullosa de que la contextura y apariencia de su hijo lo distinguieran respecto de los demás niños. Sin embargo, en el fondo de su corazón, en el palpitir de su entraña maternal, ella quería tenerlo siempre a su lado.

Como aún no tenía la edad suficiente para ser instruido en la estrategia de guerra, la madre lo llevaba consigo a todas partes, tratando de aprovechar al máximo los instantes con su amado y pequeño hijo.

Diariamente Liken-Killem debía bajar al arroyo para llenar sus metawes y ahí se quedaba largo rato mirando el reflejo del cielo en el agua y pensando en nada.

En eso estaba cuando, a cierta distancia, se oyeron los pasos veloces de caballos que se perdieron casi al instante entre los matorrales. Al reaccionar,



instantáneamente buscó con su mirada a Minchekeu, pero no lo halló por ninguna parte.

Pasaron días, meses y nada se sabía respecto del niño, sólo lo que la gente comentaba y la madre oía con mucho dolor cuando más de alguno decía:

- Tienen que habérselo llevado cautivo los winkas.

- ¡Winkufe! ¡Mueran los winkufe!- gritaba desesperada Liken-Killem.

Después de unos cuatro o más años, la mujer, embargada aún por la pena, subió a una pequeña montaña a buscar leña para el fuego de la tarde. Al mirar hacia abajo, divisó a lo lejos a un grupo de winkas, hombres, mujeres y niños que avanzaban más al sur por el estrecho camino. A pesar de la distancia, distinguió a su hijo en medio del numeroso grupo. Entonces alzó la voz con un grito desgarrador.

- ¡Minchekeu!

La voz recorrió las montañas despertando el vuelo de las aves. El niño se volvió a mirar, se detuvo un breve instante y retomó la marcha asido de la mano de una shiñurra, quien lo animó a caminar tras los pasos de los winkas.

Liken-Killem cayó de rodillas y lloró amargamente. Momentos después, algo hermoso brillaba con los últimos rayos del sol, se acercó curiosa a mirar y era una pequeña piedra de un color negro hermosísimo y muy especial. Era en realidad un trozo de pedernal. Secó sus lágrimas que escurrían por su moreno rostro, lo guardó entre sus ropas y dijo:

-Minchekeu- su voz parecía un susurro. El hallazgo advertía que nunca más volvería a ver a su hijo, pero se consoló, porque preservó con ella el fragmento de piedra, hasta el día en que partió de esta tierra.

Esta historia se la oí muchas veces a mi abuelita (Q.E.P.D.) Ella decía que era una historia real. 🍒

Glosario:

Ruka: Casa.

Minchekeu: Debajo del pedernal.

Koña: Guerrero.

Liken-Killem: Luna plateada.

Metawe: Cántaro.

Winka: Extranjero, no mapuche.

Winkufe: Winkas malos, ladrones.

Shiñurra: Mujer extranjera, no mapuche.

PREMIOS REGIONALES

“ME LO CONTO MI ABUELITO”

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

SEGUNDO LUGAR

Camila Andrea Orellana Delgado

15 años

1o Medio, Colegio Adventista

TEMUCO



La pequeña María

Soy una araucaria muy antigua, he visto muchas cosas, muchos tiempos han pasado y podría contar tantas cosas, pero nunca había visto a alguien tan solita. María se llama mi amiga, María Colihual.

A ella le gustaba venir a conversar conmigo por las tardes, yo le regalaba algunos piñones, a veces le caían en la cabeza y ella se reía mucho y me lanzaba piedras, amenazando que me iba a doler. En ocasiones, en primavera hasta se quedaba dormida cantando las viejas canciones que la abuela le enseñaba; María sólo tenía a su abuela, vivían las dos solitas. De repente vinieron unas tías de la ciudad y dijeron que María estaba grande y tenía que ir a la escuela, hasta le compraron ropa nueva y yo no vi a mi niña durante una semana.

Cuando la nieve cae, casi nadie viene a verme, pero ella siempre se las arreglaba para venir hasta aquí, yo no sé si ella me echaba de menos o le gustaba mirar conmigo el valle. Desde aquí se puede ver todo.

La escolita de María no quedaba muy lejos de su ruca. Quedaba en un montecito a unos metros de su ruca. Cómo sufría mi pequeña María, la pobre no podía hablar con sus compañeros, porque ella solo hablaba mapudungun como su abuela le enseñaba. Por eso mi María se sentía muy sola, ella quería aprender a hablar español para poder conversar, jugar y estudiar con sus compañeros. A mi María le gustaba la idea de poder escribir en una hoja tan limpia y blanca.

Mi preciosa María se esforzaba mucho por aprender a hablar, se sentaba bajo mis ramas a estudiar y repasar las letras y el abecedario.

A mi María le gustaban los libros que tenía su profesora, podía ver en ellos los dibujos de otras partes y animales muy hermosos, eso la hacía muy feliz. Ella me contaba las cosas que veía y hasta puso en un papel una figura que dijo que era yo.



Ella empezó a hablar de otra forma, pero yo igual la entendía. Pasó el tiempo y un día me dijo que se iba muy lejos, porque la escuela tenía que seguir. Ella quería ser profesora, pero quería ser una profesora para los niños como ella, que no hablaban otra lengua, solo mapudungun.

Yo no sabía si volvería a verla. El tiempo pasaba y pasaba. Cada vez venía más gente a visitarme a mí y a mis compañeros, nuestros piñones son muy ricos.

Un día llegó una joven a visitarme, su cara me parecía conocida ¡Ah, si era mi María! sólo que un poco más grande. Vino y me abrazó muy fuerte, me dijo que ahora era maestra de la escuelita y que traería a todos sus alumnos a conocerme.

Al otro día, llegó con muchos niños. La pasamos muy bien, ese día nunca lo voy a olvidar, porque fue el más feliz de mi vida y ¡Eso que nosotras, las araucarias, vivimos muchos, muchos años! 🌿



PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”
REGIÓN DE LOS RÍOS

PRIMER LUGAR
Karla Alejandra Suazo Abello
7 años
1º Básico
VALDIVIA

La gatita Josefina

Me contó la abuela Ana María Véliz que una gatita llamada Josefina, que vivía en un barrio a orillas del río Calle-Calle, acá en Valdivia, tuvo hace un mes tres lindos felinos, los que estaban en una cajita de cartón. Para alimentarlos, la gatita Josefina salía a cazar de noche. Un día, su dueño fue a verla y asombrado llamó a su mujer, ya que no se explicaba, cómo Josefina alimentaba, no solo a sus tres felinos, sino también a un pequeño coipo.

Al investigar, descubrieron que una de esas noches en que la gatita salía a cazar a orillas del río, se encontró con este pequeño coipo y lo acogió, brindándole protección y alimento.

La abuela me dijo, que no importan las diferencias de raza, color ni religión, cuando somos capaces de querer y amar a otros por sobre nuestras diferencias. 



PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”

REGIÓN DE LOS RÍOS

SEGUNDO LUGAR

Jorge Alberto Suazo Abello

11 años

5° Básico

VALDIVIA

El árbol del amor

Mi abuelo, el tata Esnel, trabajaba con un grupo de alumnos en un taller que se llamaba “Nuestras Raíces”. Uno de sus alumnos, Evaristo Lienfal, vivía en la comunidad mapuche “Alepué”, sector rural pegado al mar que en su lengua significa “el lugar donde brilla la luna”.

En uno de esos viajes, Evaristo le contó una historia muy especial. En medio de la montaña, se encontraba el árbol del amor. Las parejas, cuando se comprometían hacían una ceremonia muy bonita, que consistía en testimoniar dicho compromiso, amarrando sus pañuelos al árbol del amor, lo que más adelante se convertiría en una nueva familia.

Hasta aquí la historia era muy normal, lo malo era que las familias de dos de estos enamorados, Lautaro y Rayen, estaban peleadas. La molestia era más bien odio de parte del padre de la niña, quien decidió enviar a su hija a Santiago, donde tenía

unos parientes, de manera que el enamorado jamás pudiera encontrarla.

Cuando Lautaro supo lo que pasó con su Rayen, se volvió como loco, corría por los cerros gritando la injusticia y quería enfrentar a los mayores. De pronto, nubes grises pasaron por su mente y decide que el culpable es el árbol del amor, porque a ellos no les había cumplido y con un hacha lo cortó hasta que del árbol salió un hilo de sangre. Esto impactó horriblemente a Lautaro, quien se da cuenta en ese momento que efectivamente ese árbol tenía vida y él había cortado no tan solo el árbol, sino también las tradiciones de su comunidad y las ilusiones de las nuevas generaciones. Con el alma adolorida, se dirige al mar y de pronto se da cuenta que la sangre de sus manos se había fundido con el hacha y ya no pudo despegarse de ella; algo había cambiado en él, hasta que una ola muy grande lo atrapó y lo llevó mar adentro y nadie más lo volvió a ver.

Dicen que en las noches de luna clara, se ve a un hombre luchando con un hacha en su mano.

Si bien, la historia que cuenta mi tata es un poco triste, hay partes que son verídicas como el amor, que los árboles tienen vida y cómo a pesar de la diversidad, podemos hacer permanecer en el tiempo los sentimientos de amor, comprensión y amistad. ●



PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”
REGIÓN DE LOS LAGOS

PRIMER LUGAR
Paula Monserrat Castillo Álvarez
10 años
5° Básico, Escuela Rural Costa Río Blanco
RÍO NEGRO



La mamita Paula y la tela

La mamita Paula es mi bisabuela que, por costumbre mapuche, le decimos mamita a todas las abuelitas. Yo vivo en un lugar llamado Costa Río Blanco, en la comuna de Río Negro. Ésta es una comunidad mapuche huilliche y los relatos de los antiguos se transmiten a los piche keches (niños). Mi historia empieza así:

Cuenta la mamita Juana, hija de la mamita Paula, que hace unos 36 años, su hermana Rosalía y su sobrina María iban a hacer la Primera Comunión. Para tal evento, otra de sus hermanas, que vivía en Santiago, enviaría para el campo la tela para confeccionar los vestidos para la ceremonia. La encomienda se perdió y la mamita Paula necesitaba hacer los vestidos pronto, pero no tenía tela. El papi Nempu tenía un poquito de dinero y le dijo: “Viejita, tratemos de comprar lo que nos alcance con esta platita”.

Entonces, fueron a Osorno y pronto se dieron cuenta de que las telas eran muy caras y que con el dinero

que tenían no podían comprar mucho. Entonces, cuando ya habían perdido las esperanzas, la mamita Paula entra a una tienda que nunca antes había visto y encuentra una tela hermosa y delicada, tan barata que hasta para comprar un serrucho les alcanzó la plata. Al salir de la tienda se dan cuenta que estaban frente al río Damas. La mamita Paula llegó a su casa y se puso a hacer los vestidos. El día de la Primera Comunión de las niñas, todo el mundo admiraba los hermosos vestidos y pensaban cómo pudieron comprar tan caros vestidos, porque los viejitos eran muy pobres.

La mamita Paula quería comprar más tela, ya que estaba muy barata. Entonces, fue nuevamente a Osorno y buscó y buscó, pero no encontró la tienda. Preguntó a los vecinos del sector y le dijeron que ahí nunca había habido una tienda, con lo que quedó muy asombrada.

Al llegar a su casa, le cuenta al papi Nempu y él le dice: “Viejita, lo que pasó fue que se nos apareció

la antigua ciudad encantada de Osorno. La leyenda cuenta que fue encantada por antiguas machis para que los extranjeros nunca la encontraran y se dice que únicamente se le aparece a la gente bondadosa y necesitada y solo una vez en la vida y después no se puede encontrar más". ●



PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”

REGIÓN DE LOS LAGOS

SEGUNDO LUGAR

Luis Rolfy Diedrichs Villarroel

10 años

4º Básico, Escuela Rural El Saraos

LOS MUERMOS

Las enseñanzas de mi abuelo

Mi abuelito me cuenta historias increíbles; algunas son muy reales y dice que le ocurrieron a él, aunque en realidad creo que las inventa. Una de sus últimas historias me dejó sorprendido y se transformó en una de mis favoritas, jamás la olvidaré.

Contaba mi abuelo que hace varios años, en un campo cercano a Los Muermos, vivió un hombre muy trabajador que disfrutaba del trabajo en el campo. Todos los días, se despertaba con el anhelo de que su campo fuera más hermoso; cada día plantaba nuevos árboles y diversas plantas, las que abonaba y cuidaba con mucho amor.

Muy pronto, su campo se vio lleno de nuevos árboles, cultivos y refrescantes frutos. El campesino se sentía muy feliz de poder ayudar a la naturaleza a recuperar todo lo que el hombre le estaba quitando. Muchos de sus vecinos no comprendían cómo el campo de este hombre rendía tanto y los más envidiosos comenzaron a murmurar que estaba loco ¿Cómo podía preocuparse

tanto por una planta o un simple animal? ¿Cómo se le ocurría hablar con los árboles y animales?

Al campesino no le importaban esos rumores y seguía con gran esmero cultivando su campo, tanto así que los pequeños retoños, que acababa de sembrar, y las viejas plantas que ya no le daban frutos, estaban muy agradecidos, pues los cuidaba como si fueran sus hijos. ¡Qué bueno es!, decían las plantas, árboles y animales que allí vivían y pensaban qué lindo sería el mundo si todos los hombres actuaran como él, pues él había descubierto que el amor producía mejores resultados que cualquier otra acción.

Pasó el tiempo y el campesino enfermó y tuvo que viajar a Santiago; con mucha pena se despidió de sus plantas y animales y les prometió que pronto volvería a cuidar de ellos. Así fue que el hombre se marchó y dejó su campo en manos de uno de sus vecinos de nombre Ernesto, quien le prometió cuidarlo tal como él lo hacía.

Ernesto, al llegar al campo y ver tanta hermosura, no pudo evitar sentir envidia. Comenzó a recorrer cada rincón de este hermoso lugar, lleno de ideas para obtener dinero. Pronto comenzó a cortar los gigantes árboles que por muchos años el hombre había cuidado y a vender las frutas y animales para obtener dinero. Era tanta su ambición, que no le permitía escuchar el grito desesperado de los árboles y las plantas que arrancaba. El dinero que obtenía lo malgastaba con sus amigos en bebidas y fiestas.



Fue así como las únicas plantas y brotes de vida que aún quedaban comenzaron a morir por la falta de agua y de cuidados que ya nadie les daba. Ernesto, al darse cuenta de esto, corrió al pueblo a comprar nuevas semillas y al revisar su bolsillo, descubrió que ya casi no le quedaba dinero, entonces decidió comprar las semillas más baratas, sin darse cuenta de qué semillas se trataban.

Llegó al campo y plantó las semillas que le habían vendido; las regó y esperó un tiempo para ver qué brotaba. El tiempo pasaba y pasaba y nada crecía de aquellas semillas; hasta que un día comenzaron a salir pequeños brotes que crecieron rápidamente. Lamentablemente, eran malezas que comenzaron a expandirse por todos lados; eran plantas dañinas, tristes y grises. Al ver esto, Ernesto se dio cuenta de que estas semillas habían actuado como él, con envidia; brotaron y destruyeron todo a su paso sin importar la vida y alegría que allí existía.

Así fue como mi abuelo me explicó que en esta vida existen personas con sentimientos de egoísmo y envidia, que no valoran las cosas hermosas que existen en su vida hasta que éstas han desaparecido y no las pueden recuperar. 🍀



PREMIOS REGIONALES
“ME LO CONTO MI ABUELITO”

REGIÓN DE AYSÉN

PRIMER LUGAR

Yordy Orellana Lincomán
8° Básico, Colegio Valle Simpson
COYHAIQUE

El huevo de doble yema

Había una vez, un hombre que andaba pescando por toda la orilla del río, cuando de repente, encontró un pajarito que estaba en unos quilatales que estaban a la orilla del río y se puso a mirarlo. De repente, le puso atención a un huevo que era más grande que los otros y el pajarito tenía tres huevitos. El pajarito los estaba empollando.

El hombre dijo: “¿Este huevo es más grande que los otros? ¿Este huevo no es del pajarito?”

Seguramente debe de ser de una gallina. El hombre lo sacó y se lo llevó para su casa para ponérselo a su gallina. Se lo puso a la gallina y a los veintidós días la gallina sacó sus pollitos y el hombre, lo primero que fue a ver fue el huevo de doble yema.

Ahí se dio cuenta que no era de gallina, sino que del pajarito; habían nacido dos pajaritos pegados. Él los tomó y los llevó al veterinario para que los despegara. El veterinario los despegó y uno vivió y el otro murió en el momento de la cirugía. El hombre cuidó al pajarito que vivió. Con el tiempo, el pajarito creció y el hombre lo dejó en libertad para que fuera libre y se sintió muy triste cuando lo largó.

Con el tiempo, el pajarito volvió a la casa y se quedó con él y le trajo mucha suerte. 

PREMIOS REGIONALES

“ME LO CONTO MI ABUELITO”

REGIÓN DE AYSÉN

SEGUNDO LUGAR

Paloma Viviana Sáez Rodríguez

13 años

8° Básico, colegio Santa Teresa de Los Andes

PUERTO AYSÉN



El ermitaño

La historia que voy a contar está relacionada con lo que les sucedió a unos amigos años atrás, cuando luego de salir de clases fueron a pasar las vacaciones a un campo cercano. No sé si es verdad, ustedes saquen sus propias conclusiones.

Andrés, Hans y Valentina llegaron temprano, levantaron su carpa, tomaron desayuno y unas horas después fueron a reconocer el campo, tomaron algunas fotos, y es aquí donde ocurre el primer suceso anormal. Al revisar las fotos se dan cuenta de que entre medio de los árboles había una figura de aspecto humano, fuera de lo común, alta y huesuda, con una larga barba, que -como es obvio- asustó a mis amigos. Cabe decir que el campo era privado, por lo que pensaron que podía ser el dueño, así que se alejaron un poco más.

Cae la noche y después de cenar se van a acostar, porque al otro día tenían que subir un enorme cerro y necesitaban dormir harto, pero esto no ocurrió, ya que cuando eran cerca de las doce sintieron unos pasos

alrededor de la carpa que los asustaron mucho. Andrés salió a ver, pero ya habían cesado. Al otro día, luego de no haber dormido mucho, comienzan su camino hacia el enorme cerro que tenían en frente. Mientras caminaban, Valentina preguntó a sus amigos qué o quién pudo haber estado merodeando a esas horas de la noche, pero ninguno tuvo respuesta. Luego de harto rato caminando, se topan con una casa que por su aspecto daba la impresión de que estaba abandonada. A Hans se le ocurre la idea de entrar, pero a los otros chicos les dio miedo, así que siguieron su camino. Cuando llegan a la cima del cerro, se ponen a grabar un video donde aparecen todos saludando y de fondo los hermosos paisajes. Después regresaron a su campamento. Cuando la noche caía, cenaron y se fueron a acostar. Esta vez no sucedió nada extraño.

Valentina se levantó temprano a calentar agua, rato después aparecen los chicos. Hans insinúa visitar la casa que vieron el día anterior. Andrés aceptó, pero Valentina no quiso, porque tenía miedo y optó por



quedarse en la carpa, mientras los chicos iban. No había pasado más de media hora cuando a Valentina se le ocurre ver el video que habían grabado el día anterior y se da cuenta que nuevamente aparecía la persona de las fotos, que era de una barba larga, flaco y vestía unos trajes antiguos. Valentina se asustó mucho y pensó que esta persona les quería hacer daño, entonces fue en busca de sus amigos. Luego de una hora de caminar sola por el campo llega a la casa abandonada, pero los chicos habían desaparecido. Sola y asustada, pensando que el hombre le había hecho algo a sus amigos, vuelve a la carpa a guardar las cosas para irse de inmediato.

Cuando llega se encuentra con Andrés, quien le pregunta si Hans había vuelto, ya que dejó de verlo cuando después de ver la casa se adentró al bosque, después de visualizar a un hombre con un hacha. Juntos fueron a buscarlo, pero no apareció. Valentina llamó a sus padres, pero éstos llegarían hasta el otro día. Como ya era tarde, decidieron quedarse en la casa, ya que nadie vivía ahí. Eran como las nueve, cuando sienten un fuerte golpe en la puerta, por miedo no quisieron abrir y segundos después se siente el roce de un metal en las paredes. Andrés fue a cerrar las cortinas y cuando estaba en la última ventana aparece en el vidrio este ser alto, esquelético que lo miró fijamente y empuñando el hacha empieza a golpear el

vidrio. En ese momento, de un golpe se abre la puerta y aparece Hans lleno de sangre y cae al piso. El hombre del hacha se aleja de la ventana y se dirige a la puerta; al entrar levanta el hacha e inesperadamente comienza a reír. Entonces Hans se para y ríe también junto a este hombre. Los chicos no entendían y Hans le explica que este señor es el dueño de la casa, que se llama José y que los estuvo viendo desde que llegaron, pero le daba vergüenza acercarse a hablarles e invitarlos a su casa, pero en la tarde cuando Hans lo siguió, éste le dijo que hace años que no lo visitaban y necesitaba amigos, así que acompañó toda la tarde a José a cazar conejos, por eso era la sangre. Al verse así se les ocurrió la idea de venir a asustarlos.

Valentina y Andrés, al principio, se enojaron, pero luego lo tomaron con humor y compartieron toda la noche. José les convidó mate y pancito, jugaron naipes y se acostaron a la madrugada. Al otro día, salieron a buscar papas en el huerto, recorrieron otros sectores del campo y anduvieron a caballo. A las cuatro de la tarde, llegaron los padres de Valentina a buscarla y a los chicos, pero ellos no se querían ir, porque nunca antes la habían pasado tan bien. Finalmente se van, pero se comprometieron a visitar constantemente a José.

Después de contar esto me pongo a pensar: no haber ido yo también. 🍷

PREMIOS REGIONALES

“ME LO CONTO MI ABUELITO”

REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

PRIMER LUGAR

José Ignacio Jara Gómez

10 años

5o Básico, Escuela Diego Portales

LAGUNA BLANCA



El río Penitente

Un antiguo residente trabajador de la localidad de Morro Chico fue a mi casa, tomó onces con nosotros y después comenzó a contarnos una serie de historias y anécdotas que personalmente me llamaron la atención.

Deben considerar que yo no soy de la zona, pero vivo en Morro Chico con mi familia y por el trabajo de mi papito llegamos acá.

El caso es que este caballero al que llamaré Pedro, de todo lo que nos relató, hubo una historia muy curiosa. Esta es la historia de por qué el río que pasa cerca de mi casa se llama Penitente.

Según Pedro, hace muchos, muchos años, existió un pequeño poblado en Morro Chico, donde había un conjunto de casitas, una capilla, un colegio y hasta una improvisada posta. Todos los vecinos se llevaban muy bien. Había uno en particular que era más amable

y gentil que todos, como quien dice amigo de sus amigos.

Pedro decía que este hombre era así, porque no tenía familia y estaba muy solo.

Un día, sin que alguien se lo imaginara, este pobre hombre sufrió una terrible depresión que lo llevó a quitarse la vida. Esto fue de una manera muy extraña. De un momento a otro, lo encontraron colgando de una soga que había atado a una lenga que sobresalía a orillas del río.

Pedro nos contaba que por el hecho de que este hombre en vida había sido tan bueno con toda la gente, los vecinos creían que también lo sería en la otra vida.

Entonces, los pobladores decidieron levantar una especie de altar, también llamado animita,



en las orillas del río para ir a solicitarle favores a este hombrecito, pues dice Pedro que, aunque no le creamos, este hombre sí cumplía los pedidos de la gente del poblado y a cuanta persona le fuera a orar en busca de ayuda. Las mismas personas que le solicitaban ayuda a la animita, a cambio ofrecían hacer penitencias, o sea, “un tú me cumpliste y yo te doy”.

Como obviamente, las personas cumplían las penitencias a orillas del río, la gente del poblado no dudó en llamar al río “Penitente”. ●

PREMIOS REGIONALES

“ME LO CONTO MI ABUELITO”

REGIÓN DE MAGALLANES

SEGUNDO LUGAR

Diego Alexis Mellado Ojeda

10 años

5° Básico, Escuela Diego Portales

LAGUNA BLANCA



El puma sin dientes

Había una vez un puma que le gustaba comer caballos, ovejas y otros animalitos más pequeños que encontraba en el campo. Un día, quería comer un caballo, pero el caballo para defenderse le pateó el hocico y se le empezaron a caer los dientes poco a poco y al atardecer no tenía ninguno. Al otro día, se levantó muy hambriento y como olvidó lo ocurrido el día anterior, se fue a cazar ovejas y cuando mordió una, se dio cuenta de que no tenía ningún diente. Se fue llorando a su casa, se reunió con su manada y cuando llegó, los demás pumas lo vieron y se burlaron sin piedad de él. El pobre se quedó tan desamparado y triste que se fue de la manada y se perdió en el bosque.

Después de algunos días de caminar y vagar desconsoladamente, se encontró con una abeja sin aguijón y una vaca sin cola. Cuando se pusieron a conversar, cada uno contó qué les había pasado.

La primera en contar su experiencia fue la vaca, quien dijo que un pariente del guanaco le había arrancado la

cola de un mordisco en una pelea. Luego, la abeja contó que una persona le había sacado el aguijón tratando de matarla con un palo y después ambas preguntaron al puma: ¿Y a ti qué te pasó?

El puma respondió:

- Un malvado caballo me sacó los dientes de una patada feroz.

- ¡Oh! Qué desgracia más grande - exclamaron alarmadas -¿y los demás se rieron de ti como se rieron de nosotras?

El puma contestó llorando:

- Sí y me fui de mi manada por eso, porque me había convertido en la diversión de ellos.

La vaca dijo: “A mí me echaron por ser distinta a los demás”. La abeja dijo: “Yo me fui, porque me dijeron



que sin aguijón parecía una mosca y no iba a permitir que me humillaran”.

Así fue como estos tres animalitos, sin darse cuenta de que en otra ocasión serían enemigos y nunca se hubiesen acercado a conversar civilizadamente como lo estaban haciendo en ese momento, se hicieron amigos y pasaron un buen tiempo juntos, compartiendo la tristeza de sentirse distintos a los de su especie.

Al pasar el tiempo el aguijón, la cola y los dientes volvieron a crecer. Se sintieron felices y cada uno siguió su camino en busca de sus iguales para recuperar la vida que habían perdido por culpa de un accidente que, de seguro, no le desearían a nadie, pues sentirse distinto a los demás nos hace ver el mundo diferente, pero a la vez se nos olvida que estos contratiempos también nos unen, haciéndonos olvidar que las pequeñas cosas que marcan la diferencia, también nos hacen iguales en distintas ocasiones de nuestras vidas. En fin, los tres vivieron felices y pudieron volver con los de su grupo. 🍒

TERCERA PARTE





POESÍA DEL MUNDO RURAL

Poesía del Mundo Rural



Sin tener ninguna pretensión, este cuento sucede -nada más ni nada menos, que en el Valle de los Pájaros, ubicado entre las serranías del secano costero; donde habita un gran número de pequeños agricultores que están severamente castigados y empobrecidos por lo de siempre, los rigores de la naturaleza. Aún y todo, se organiza una reunión y le cursan respetuosamente una invitación al para que venga a conocer su extrema y difícil situación, a la cual el señor Director accede positivamente, respondiendo a vuelta de correo, fijando día, fecha y hora. Los agricultores están maravillados y empiezan los preparativos para recibir a tan connotada visitante.

PREMIOS NACIONALES
POESÍA DEL MUNDO RURAL

PRIMER LUGAR

Rolando Andrés Martínez Trabucco

31 años

Profesor básico

ARICA

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA


Casamiento asomara
|

COMPARSA DEL VALLE LLUTA EN LA IGLESIA DE LAS PEÑAS

La noche se agrupa en camionetas y folclóricos furgones
luce su smoking el valle atormentado y su maíz
el polvo imaginario del Chuño / un empedrado río Lluta
o ver siquiera en surcos imaginarios / el arado y la yegua / dormidos

las chiquillas ríen y es su metal un vestido
un pájaro muerto que trina entre dos pechos
loco / ebrio / capitán de su navío
sobre la calle iluminada / está la iglesia / las madres y las piedras
el vecino en la comarca / maldiciendo

están los viejos / el padre haciendo una oración para el novio
se muere y no es el muerto: es la muerte
es el alcohol / las cosechas y el retrato en el recibidor:
hay un niño muerto

es la melodía del viernes podrido en el fuego de la ciudad
se ha ido el cielo / la noche sobre la iglesia es un festín de jotes negros
son las páginas en luto / donde ahora escriben moscas
/ y grillos paridos de la sed: hay un niño muerto

vuela un tropel de torcazas reclamando su cobre
el amigo de la infancia –dueño de la memoria-
la parentela olorosa de ansiedad / de agua / de un sufrido tiempo y cumbias

II

SURCO PARA IRSE DE FRENTE A LA GLORIA

vuelca un dormido tren su infancia en largas palomas
el viaje dibuja con rouge y vestidos
al pueblo oscuro que vive asolapándose la luz

cuando el novio alza la cabeza
el valle es una manta de viejos parientes y hermanos
amigos compañeros y harapos
hierbas / diucas y la niña como una blanca sonata en pasos de gloria

habla Dios / la luna es un run run zumbando
/ en el Chuño / la voz de las viejas que a diario matan gallinas
Dios es un lenguaje simple como una rueda rota
su palabra desprende del novio / la infancia / lengua herida / la infancia

III

VIAJE ASTRAL DE UNA MANO CURTIDA AL SÍ DE LAS DESGRACIAS

dice una bolsa de nylon confundida en el alambre
las estrellas aflojando sus pedales sobre la falla del cholguán
o el limón vacío / mostrando un columpio de palo
el telar de la muchacha durante el viaje de sus manos gordas al agujero del oro

el círculo / el círculo que es parecido al estómago
/ de una nota musical
se acaba la infancia en dos actos / los invitados y la fiesta
no hay otro secreto después del sí
el sí de la niña vestida de blanco y su sal
su Chuño prisionero / sus patas de ángel



la niña encerrada en naipes y ánforas
dice ahora que es un ángel dormido embellecido por la fiesta:
que vengan las estrellas a pastar de mis vestidos

IV

TROPEL DE CARROS A LA SODOMA DE LLUTA EN LA CALLE JUAN ANTONIO RÍOS

el primero es un caballo parecido a un tren / noble animal / y al que siguen torcazas
chivatos que rugen como furgones celestes de tanto silencio

el cuarto es un taxi / una muchacha llora en su luna
su luna es un taxi apagado que sigue la procesión
la procesión tiene un quinto motociclista enchaquetado
que no hace otra cosa que fumar y desear a la muchacha de la luna

la sexta posición / un feligrés que habla en pájaros
sus ojos ven en uvas / y tildan la cuarta estrofa de su camioneta
como una muñeca de fieltro a quien no logran dibujar

luego –sobre un camión- el diablo / no es un chivo ni un toro blanco aparecido en la carretera
no es la imagen del mal sino el deseo
el sexo / la cumbia es el diablo / la cumbia y la sed

los últimos son dos o tres peones muertos / que conocieron a la novia
y la vieron jugar empolvada en los potreros / mucho antes de nacer

V

LA HABITACIÓN DEL TOÑO RÍOS

a donde llega una turba de vehículos
músicos / campesinos / notarios / hijos ilustres / comerciantes / borrachos
estudiantes / bailarines / comuneros / los recién casados / los hermanos
los pájaros / chivatos / enfermeros / hijastros
pataches / ternos / zapatos lustrosos / corazones tristes

el diablo pechando buena leche
los muertos de Lluta sin un hueso de ausencia
el olor del rebaño en los minutos
y en fila camino a los enormes pastizales negros del cielo de la ciudad
el chivato a bordo del tren / humeante

suenan la banda / todas las estrellas del mundo desfilan sus lenguas muertas
no hay una sílaba de Dios / ahora / es la tierra quien gobierna
la orquesta desata una segunda religión: sonatas / rancheras / chicas bermejas

los Churata y los Yucra / los Zapata y los Mamani
los Guarachi / los Condori / los Filomenos y los Pategallo
donde hay una chispa de tierra
flotan gusanos color de navaja / porque la comarca hoy
festeja / come / y se mira en el golpe del brazo
hacia toda la vanidad del santo y su dudosa cortesía

VI

SÁBADO AL MEDIODÍA CON CHICHA – CUMBIA FRICASÉ Y CARAPULCA

los chasquis plantan su gema / caballos feroces
sobre la mesa / duerme el padre de la novia / lengua afuera
sus frases recorren la cavidad del aire con garzas descoloridas y funestas
las que fallaron al entierro del niño
vuelven arrepentidas: ancianas dobladas como salmuera
obreros / amigos de la ciudad
el olor atraviesa la calle Juan Antonio Ríos hasta la casa del contador en la calle Juan Noé
llegaron a la fiesta vibrando / y quedaron tendidos y olvidados
recordando la primera canción
cuando el terno era una luz / y el cabello una escarchada carretera negra
la casa prendida de caldo abre espacio para la resurrección
muere la última pizca del viernes / reviven los potros y las viudas
los caporales / los músicos suenan una chicha y emprenden su vuelo torcido/ petreles / chupilcas y canciones



PREMIOS NACIONALES
POESÍA DEL MUNDO RURAL

SEGUNDO LUGAR

Ada Erica Zapata Mera

24 años

PANGUIPULLI, REGIÓN DE LOS RÍOS


Campo y pena
(Colección de décimas)

I

Por la falda de los cerros
Viene asomando la lluvia
El viento suelta su furia
Se alborotan los terneros
Van bajando pa'l estero
Pa pasar el temporal
Que entre tanto matorral
La lluvia pega más suave
Eso el animal lo sabe
Desde que es animal

II

Hay que tener sentimiento
Para cultivar la tierra
Conocerle sus maneras
De darnos el alimento
Así el hombre halla sustento
Con cariño y con cuidado
No es bueno dar por sentado
Que la tierra es un recurso
Nadie trata con abuso
Su tesoro máspreciado

III

La perdiz en el rastrojo
Escondida se lo lleva
Entre las cañas de avena
No la pillan ningún ojo
Como en la cabeza el piojo
Encuentra su camuflaje
La perdiz tiene por traje
Plumaje y lindo color
No se ve ni por error
Forma parte del paisaje

IV

En la noche de San Juan
Dicen que anda el diablo suelto
Que se lamentan los muertos
Si los van a molestar
La vela hay que asegurar
No soltar el crucifijo
Mi abuela siempre lo dijo
Rezando el ave maría
Que así el diablo no venía
Se arrancaba a su escondrijo



V

Por el camino del cerro
Viene un viejo y su carreta
Se le ve una rueda suelta
Y al lado trotando un perro
Abatido el carretero
Como cargando pesares
Lento van sus animales
Vagando medios perdidos
Eterno se hace el camino
Bajo los cielos australes

VI

Que no me digan a mí
Que no conozco de penas
A mí que traigo en las venas
Dolor desde que nací
Que no me digan a mí
Que no sé lo que es el llanto
A mí que he sentido tanto
Esta vida de pesares
Mejor no me hablen de males
Que me basta con mi canto

PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL

TERCER LUGAR

René Andrés Vargas Llanllán
24 años
Instructor, profesor de Hatha yoga
PUNTA ARENAS, REGIÓN DE MAGALLANES



DESCIENDO

Con el alma en los brazos
Las llamas que abrazan a los ancestros
El fuego es hoy de los antiguos
Arde la vida, arde el destino
La tierra se transforma otra vez
Y con ella ya ni los recuerdos podrán subsistir
Solo quedarán ellos
Los descendientes de nosotros
Los que no pudimos dejar más legado
Que una memoria moribunda

ABUELOS

Entre el brujo de mi abuelo y la inocencia de mi abuela
Crecí en un mundo que ya no puedo visitar
Con ellos descubrí cómo surge el mundo
Como un pájaro nos dice la hora
Cuando tendremos que velar algún finao
Debido a la visita de un pájaro negro
Comprendimos que las intenciones ojean a los niños
Que el luche es un buen alimento
Que con el Güiro curamos nuestras heridas
Cómo hacer un buen fuego
Cómo vivir en armonía con la vida



Con los animales y plantas
Cómo no perderse entre el mal y el bien
Con el brujo de mi abuelo y la inocencia de mi abuela

MI ABUELA

Con junco construye canastos
Con ellos, solo vacío
Teje cada uno
Como si fuera el último
Olvida dónde deja su afán
Recuerda donde aprendió
Mientras consume su mate
Confecciona una joya perdida
Aún no comprende qué es lo que hace
Mientras otros ocupan su obra...
Cual robo de ideas, con la intención de artistas sin musas Confeccionan parodias de ella
Así son los colonizadores de ideas
Y ella solo teje canastos llenos de vacío
A veces construye una canoa
Que nos lleva a otra historia

DANZA ERÓTICA

Enredada en raíz de calafate al cuerpo tosco que te amarra
Vuelas, saltas al vacío de la reciprocidad de tu baile
Gritas la inocencia de tu canto
La sordera de tu lamento funerario
El réquiem peregrino del saludo reflejado de cosmos espiritual
Si te fumo... eres mía
Si te veo.... me veo
Así, en esta hierba humeante de la choza de tu hipócrita postura de una olvidada fotografía
de museo
Como un salesiano inocente te prometo salvación y me equivoco
Danza conmigo mujer luna, recuerda mi promesa
Eso será el olvido de todo lo mencionado
Quizás pocas sean las instancias donde encontrar la verdadera era del bailarín
que alguna vez se posó sobre esta tierra a sacudir los fuegos
Quizás sean nuestros hijos quienes comprendan los ecos de los antiguos bailarines
Embarrados de rojo como aves

PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL

PRIMERA MENCIÓN HONROSA

Felipe Andrés Vásquez Soto

28 años

Técnico en Telecomunicaciones

CASTRO, LOS LAGOS



La vieja casa de adobe

CIMIENTOS:

Firme base de rigor
Diversas piedras de moral
Para el carácter formar
En su máximo espesor
Y de paso era cantor
En la paya era perfecto
Y eso usó como pretexto
Pa' beber con los amigos
Y su canto ahora yo sigo
Su nombre era Modesto

Suave mezcla para aunar
El cariño y la dureza
Piso firme de entereza
Pa' la familia criar
Malas tuvo que pasar
Pero bien que resistió
El temor no la agrietó
Porque ha fraguado con fe
Roca suave es usted



Y por Rita se nombró
Empezando a nivelar
El terreno destinado
El sueño tan esperado
Se ha empezado a labrar
La casa se va levantar
Con la ayuda de amigos
Corren cazuelas y vinos
Pa' los que están en labor
Es el fraterno fulgor
De la unión entre vecinos.

PAREDES:

Cubierta perimetral
De la tierra has nacido
Que con paja has unido
La cálida arcilla ancestral
Es el lazo inmortal
El de la sangre heredada
en hermandad perpetuada
Para ser firme armazón
Aunque duela el corazón
Por disputas olvidadas

Cinco fueron los llegados
Cinco vidas recibieron
En cinco vigas afirmó
Cinco sueños apreciados
Cinco hermanos lado a lado
Cinco vidas construyeron
Cinco que juntos crecieron
Cinco caminos tomados
Cinco que al verse inquietados
A los cinco reunieron.

INTERIOR:

Y los nietos que llegaron
Adornando el interior
Con su inocente color
Tierno papel la forraron
En los rincones jugaron
Y la casa agradecida
Dio cobijo enseguida
Pues certera entendió
Que a mocosos abrigó
Y a cambio recibió vida.

Travesuras y mil juegos
Fue la casa de los tatas
Imborrables caminatas
Frescas tardes de sosiego
Sol que siempre veraniego
Entregó dulce energía
Para estar re todo el día
Haciendo muchas diabluras
Linda infancia que es pura
Que el adobe permitía



TERMINACIONES:

Como el río va puliendo
Con los años su rivera
Y encontrando la manera
El cause ir corrigiendo
Así es que fue creciendo
Y dando terminaciones
Al espacio de ilusiones
Que uno tanto amaba
Ahí la vida ahí pasaba
Como intensas canciones

Y así resistió por años
Como el amor verdadero
Ese que es duradero
Y no se tiente al engaño
Por más que hayan regaños
Y algunas diferencias
Es la fraterna paciencia
La que la unión permitió
Y la casa así aguantó
Todo tipo de inclemencias

27 DE FEBRERO:

Cuatro minutos bastaron
Pa' destruir el lugar
Cuando te vine a encontrar
Vi que en el suelo quedaron
Pero todos acordaron
que el sueño no nos robe
Mientras el recuerdo nos sobe
La memoria del hogar
Jamás se va a olvidar
"La vieja casa de adobe"

PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL

SEGUNDA MENCIÓN HONROSA
Laura Nivia Jaque Zúñiga
CUNCO, REGIÓN DE LA ARAUCANÍA



Oda al campo chileno

Hermoso campo chileno,
Paradisiaca belleza
No hay otro igual bajo el cielo
Como el que adonai nos dio,
En el norte está el desierto
Con las mayores riquezas,
En el sur, el bosque inmenso
De incalculable valor.

Al este, la Cordillera
De Los Andes majestuosos,
Al oeste, el manso océano
Pacífico, mi solaz,
En el centro muchos ríos
De raudales impetuosos,
Riegan este suelo mío,
Desembocando en el mar.

Así es mi tierra chilena,
¡la más linda del planeta!
Y su gente campesina
La más noble y más leal,
Esforzada y laboriosa,
Siempre en pos de grandes metas,
Muy valiente y muy heroica
En la guerra y en la paz.
En el norte, los mineros...



¡perdón! La voz se me quiebra
Se anuda la garganta,
Se me rompe el corazón
Al recordar a esos hombres
Que están aún bajo tierra,
Distantes de sus familias
Y sin ver la luz del sol.

Esos treinta y dos chilenos
Y un hermano boliviano
Que atrapó la mina infausta
En su profundo interior,
Acíbar del infortunio
Que amarga el Bicentenario
De nuestro amado terruño,
¡cruel designio del Señor!

Les ruego que me disculpen
El preámbulo angustioso,
Pues quería referirme
Al minero en general,
Que extrae el hierro y el cobre,
El oro maravilloso,
El acero y tantos otros,
Del fecundo mineral.

En la montaña, el arriero,
En el mar, los pescadores
En el centro, el huaso noble
Que con diligente afán
Cultiva la agricultura
Desde el alba hasta el ocaso,
Trabajando con ahínco
Desde el futre hasta el gañán.

Y siguiendo más al sur
El apetito se abre
Al pensar en Magallanes
Y su vasta ovejería,

¡Bendita la tierra mía!
¡Benditos los ovejeros,
El asado dieciochero,
La empanada y la cazuela!
¡Bendita sea mi abuela,
Bendito también el abuelo!

¡Al fin me salió la décima!
¡Alabado sea Dios!
Porque mucho me costó
Hilvanar mi poesía;
Enferma la musa mía
Ha estado el último tiempo,
Por los muchos sufrimientos
Que estoy padeciendo a diario,
¡Qué viva el Bicentenario!
¡Las penas ya no las siento!

Para todos los presentes,
Cogollito de verbena,
¡viva mi tierra chilena,
De celestial hermosura!
El Ministerio de Agricultura
Y este concurso afamado,
Los señores del jurado
Y todos los concursantes,
¡Qué sigan siempre adelante
Por la senda que han trazado!

Con esta última estrofa
Brindando yo me despido,
Por mi Chile tan querido
Y mi bandera tan hermosa,
Por la flor maravillosa
Del copihue nacional,
También por el manantial
Que riega los huertos míos
Y por las aves que crío
¡Qué viva el mundo rural!



PREMIOS NACIONALES
POESÍA DEL MUNDO RURAL

TERCERA MENCIÓN HONROSA

Aurelia Rosa Pincheira Plaza

65 años

Dueña de casa

La ruta del cocharuzo

Hueñalehuén exhibe su natural belleza,
Roqueríos y montes rodeados por el mar,
El hombre de su tierra con tez color morena
Y amarrada en el alma su cultura ancestral.

La familia mapuche toda está involucrada,
Cuando van a las rocas del mar a cosechar,
Las danzarinas algas que no fueron sembradas,
Pero su mar amado se las sabe entregar.
El hijo mayor calza un engomado traje,
Se va premunido de un corvo cortador.
Y frente al roquerío esquivando el oleaje,
Con ímpetu se lanza y empieza a desgarrar
De las rocas eternas el negro cochayuyo,
Y el vaivén de las olas hasta la misma orilla se las viene a ofrendar.

Rodeados de peligros, los niños y las niñas,
Esas hebras doradas comienzan a sacar.
Sobre piedras o arena deben quedar tendidas,
Cual mantas empapadas las deben de cargar.
Cuando ya sale el agua de su vientre salado,
Hacia la humeante ruca es preciso llevar.
A la luz de la vela y el fogón encendido,
Por la noche prosigue la empresa familiar.
Los adultos con ágiles manos van formando
Uniformes paquetes que amarran sin cesar,
Mientras tantos apegados hay ojitos que miran,
Y manitos pequeñas que intentan imitar.
Más entre la fatiga y la destreza
La esperanza se torna luz y guía,
Confiando que el esfuerzo unificado
Llenará su despensa ya vacía.

El padre y su muchacho, y su compadre Juan,
Con sus voluminosas carretas preparadas están,
La dura persistencia que corre por sus venas,
Les hará transitar hasta Temuco,
Gran capital de la región novena.



Con el alba comienza esa larga jornada,
Los bueyes van sumisos bajo el yugo,
 Símbolo santo de misión sagrada,
 Continúan por ásperos caminos,
 Cayendo ya los rayos del Ocaso,
Se detienen buscando un hospedaje.
 Bajo un roble gigante donde corre
 Una vertiente de agua cristalina.
Sus yuntas liberadas beben y devoran,
Con ansioso placer la verde hierba,
Mientras tienden sus mantas desteñidas.
 El niño saca de un cajón ahumado,
 El mate, la tortilla y la manteca,
 El picante merquén, el huevo duro,
Cocaví que su madre ha preparado,
Y la negra tetera va hacia el fuego
Que está brillando sobre leña seca.

Después de un merecido refrigerio,
 Esa tarde dorada ya se ha ido
Junto a su padre y bajo la carreta,
El muchacho confiado se ha dormido
Sobre curtidos cueros de cordero.
Todo quedó en abrumador silencio,
Más no todos descansan complacidos,
 Uno se queda vigilando atento,
Puede andar por ahí un ladrón furtivo
O quizá merodeando un puma hambriento
¡Ay, melancólica noche de impaciencia!
 Al pensar que es tan solo la primera,
De tantas otras noches que le esperan,
 Antes de regresar a su querencia.

Pero el viento le trae conmovido
El aullido de un zorro solitario,
El silbido de un pájaro nocturno
Y al fin el canto de un lejano gallo.

Antes que el Sol salude la mañana,
Sobre el suelo la mesa está servida,
Con espumoso mate energizante
Para dar nueva fuerza a la jornada,
Que reanudan por puentes y collados,
Con su garrocha conductora siguen
Acortando el camino polvoriento,

Saliendo del camino carretero
Se les ve hacer un alto en la jornada
Para cubrir los cascos de sus bueyes,
Con singulares chalas engomadas,
Haciendo su trabajo menos graves en su batalla contra la pobreza.

Pero entrando a la dura carretera,
Los cruzan y adelantan cual rayos estridentes,
Vehículos modernos atestados de gentes,
Se ven como tortugas gigantes que han quedado
En épocas lejanas por el tiempo olvidado.

Con sudor impregnado, de polvo sal y arena,
Han pasado vendiendo por los pueblos pequeños,
Lejos quedó Trovolhue, Carahue, La imperial,
Han pasado Labranza, alcanzando su meta,
Y hacia las periferias dirigen sus carretas,
La experiencia les dice donde van a encontrar
Aquella gente amiga que gusta cocinar
Esas algas marinas que su casero amigo,
Sufriente y resignado se las trae del mar.



PREMIOS NACIONALES
POESÍA DEL MUNDO RURAL

CUARTA MENCIÓN HONROSA

Jaime Mancilla Romero

36 años

Licenciado en educación, mención español, y poeta



¡Pitío pitío pitío!
canta el pájaro pitío
haga calor haga frío
pitío diciendo va.

Y en la espesura del monte
donde el silencio se esconde
de pronto sin saber dónde
pitío pitío y ya.

Le salió fácil al hombre
sin que al pitío le asombre
solito se puso el nombre.



er la tra...
on los mío...
ágame el f...
os mejores...
na que usa...
último...
en Aysén...
seguramente,
a su deseo,
tomar unos
el...
ayútele a...
ropa de do...
Los dolores...
ahora le to...
ya sé por...
quise traer...
sacrificar...
si uno se...
sus cosas...
nos enfren...
conversar...
en mi caso...
apren...
más distan...
las frases...
me nombr...
aquí se pre...
mis antigu...
ecos de la...

a... Cada
der de la sabiduría
pampa y al último tramo del
s lugares, las cosas y los animales con
media a trote regular) se detuvo... y yo junto a él
manuel Quilchamalal Ancalao, nieto del Gran Cacique Quilchamalal
pa... recíbeme Pampa del Chalia...!

continuamos viaje... el último viaje...



Sin tener ninguna pretensión, este cuento sucede -nada más ni nada menos, que en el Valle de los Pájaros, ubicado entre las serranías del oceno costero; donde habita un gran número de pequeños agricultores que están severamente castigados por las inclemencias del tiempo, los rigores de la naturaleza. Ante todo, se organiza una reunión y le cursan respetuosamente una invitación al señor Director, a conocer su estrecha y difícil situación, a la cual el señor Director accede positivamente, respondiendo a un correo, fijando día, fecha y hora. Los agricultores están maravillados y empiezan los preparativos para recibir a tan connotado visitante.

Editado por la Fundación de Comunicaciones,
Capacitación y Cultura del Agro FUCOA.
Ministerio de Agricultura

Diseño y diagramación:
Unidad de Diseño de FUCOA.

2011

Organiza:



Patrocina:

